

The background of the book cover is a detailed painting of the Nativity scene. In the foreground, the infant Jesus lies in a manger, surrounded by a thick layer of golden straw. The baby is depicted with a serene expression, wearing a simple white cloth. Behind the manger, the figures of the Virgin Mary and Joseph are visible, though less distinct. The setting is a rustic stable with stone walls and a wooden roof. In the background, a church with a tall bell tower and a dome is visible under a pale sky. The overall style is characteristic of 19th-century religious art.

PHILIPPA CARR
milagro en
san bruno

seudónimo de
VICTORIA HO

Lectulandia

Todos dijeron: un milagro. En el mismo día de Navidad, un niño recién nacido apareció en el pesebre de la Abadía de San Bruno. La Leyenda podría haber desaparecido, pues con el correr del tiempo, los monasterios fueron disueltos. Sin embargo, cuando los rudos hombres de Cromwell irrumpieron en la Abadía en busca de tesoros, salió a luz una historia de intriga y sensualidad.

Bruno, el hombre que de niño fue encontrado en la cuna navideña, será víctima de sus principios. Kate, una mujer de su tiempo, y Damask, hija de Bruno, son tres vidas inextricablemente unidas. Bruno está envuelto en el misterio. La reconstrucción de la Abadía, el matrimonio de Bruno y la decisión de probarse a sí mismo y al mundo de la existencia de un milagro, forman el nudo de esta apasionante novela.

Lectulandia

Philippa Carr

Milagro en San Bruno

Saga: Hijas de Inglaterra - 1

ePub r1.0

guau70 29.07.14

Título original: *The miracle at St. Bruno's*
Philippa Carr, 1972
Traducción: Sara Espinosa Viale

Editor digital: guau70
Corrección de erratas: paco_anayad
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

A temprana hora del día de Navidad del año 1522, el Abad de la Abadía de San Bruno corrió las cortinas que separaban la Capilla de Nuestra Señora del resto de la Iglesia de la Abadía y allí yacía, en el Pesebre de Navidad que el Hermano Thomas había tallado tan hábilmente, no ya la figura de madera del Cristo que había sido colocada la noche anterior, sino un niño viviente.

El Abad, un hombre de edad, pensó inmediatamente que la luz vacilante de las velas del altar le jugaba una mala pasada a su vista decadente. Miró desde la cuna hacia las figuras inanimadas de José, María y los tres Reyes Magos y desde estos hasta la estatua de la Virgen ubicada en lo alto del altar. Sus ojos volvieron al niño, esperando que hubiera sido reemplazado por la imagen de madera. Pero todavía estaba allí.

Se apresuró a salir de la capilla. Necesitaba testigos.

Encontró al Hermano Valerian en el claustro.

—Hijo mío —dijo el Abad, con voz temblando de emoción—, he tenido una visión.

Condujo al Hermano Valerian a la capilla y ambos contemplaron al niño en la cuna.

—Es un milagro —aseveró el Hermano Valerian.

Alrededor de la cuna se encontraba un círculo de figuras envueltas en hábitos negros, el hermano Thomas de la carpintería, el hermano Clement de la panadería, los hermanos Arnold y Eugene de la *destilería*, el hermano Valerian, cuya alegría era el *scriptorium*, donde trabajaba con manuscritos y el hermano Ambrose, cuya tarea consistía en labrar la tierra.

El Abad los observó cuidadosamente. Todos guardaban silencio con reverencia y asombro, excepto el hermano Ambrose, que exclamó con voz tensa por la excitación.

—Un niño nos ha sido dado —sus ojos brillaban con una emoción que no podía reprimir.

Era un monje joven, veintidós años, y era Ambrose, de todos sus hijos, el que mayores preocupaciones causaba al Abad. A menudo se había preguntado si Ambrose debía permanecer en la comunidad; a veces, sin embargo, este monje parecía abrazar la vida monástica más fervientemente que sus compañeros.

El Abad había llegado hacía poco tiempo a la conclusión de que el hermano Ambrose podía ser tanto un santo como un pecador y, quienquiera que lo reclamara, Dios o el Diablo, el hermano Ambrose resultaría ser un discípulo sumamente devoto.

—Debemos cuidar a este niño —dijo el hermano Ambrose con fervor.

—¿Nos ha sido enviado para permanecer entre nosotros? —preguntó el hermano

Clement, el dulce y simple.

—¿Cómo llegó hasta aquí? —preguntó el hermano Eugene, el mundano.

—Es un milagro —replicó el hermano Ambrose—. ¿Se discute un milagro?

De manera que este fue el milagro de la Abadía de San Bruno. La noticia se desparramó rápidamente por la campiña y la gente, viajaba desde lejos para visitar el lugar bendecido. Traían regalos para el niño como los Reyes Magos de la antigüedad y en los años que siguieron, hombres y mujeres ricos recordaron a San Bruno en sus testamentos. Fue así que a su debido tiempo, la Abadía, que estaba en franca declinación —hecho que causaba grave preocupación a su Abad—, se convirtió en una de las más prósperas del sur de Inglaterra.

LA VIRGEN RECAMADA

Nací en septiembre de 1523, nueve meses después que los monjes encontraron al niño en la cuna en esa mañana de Navidad.

Mi padre solía decir que mi nacimiento fue otro milagro. Por ese tiempo tenía cuarenta años y no era joven; había desposado recientemente a mi madre, que era veinte años menor que él. Su primera esposa había muerto al dar a luz un niño muerto después de varios intentos de embarazos, todos los cuales habían fracasado y, puesto que mi padre pudo tener finalmente un hijo, pensó que este hecho era milagroso.

No resulta difícil imaginar el regocijo de la casa. Keziah, que era mi niñera y preceptora en esos días tempranos, me contaba constantemente acerca de ello.

—¡Misericordia! —recordaba—, ¡qué banquete! Era como un casamiento. Se podía oler por toda la casa el venado y lechón. Y había torta de azafrán con aguamiel para todo aquel que la pidiera. Los mendigos venían desde kilómetros a la redonda. ¡Qué tiempos de abundancia! ¡Pobres almas! Subían a San Bruno a buscar albergue por una noche, un bocado para comer y una bendición, y luego a la casa grande por la torta. Y todo gracias a ti.

—Y al Niño —le recordé, ya que muy pronto me había enterado del milagro de San Bruno.

—Y al Niño —convino ella. Cada vez que hablaba del Niño, una sonrisa especial le iluminaba la cara y la embellecía.

Mi madre, cuyo mayor placer era ocuparse de su jardín, me llamó Damask en honor a la rosa que el Dr. Linacre, el médico del Rey, había introducido en Inglaterra ese año. Comencé a crecer consciente de mi propia importancia, ya que los intentos de mi madre por tener más hijos se vieron frustrados. En los cinco años que siguieron se produjeron tres abortos. Fui mimada, cuidada, protegida.

La gran casa con su estructura de madera y sus techos empinados había sido construida por el padre de mi padre; era cómoda, con su gran hall, sus numerosas alcobas y habitaciones de recepción, su sala de invierno y sus tres escaleras. En el ala este había una de piedra en espiral, que conducía a los dormitorios en las buhardillas ocupados por nuestros sirvientes y había, además, la mantequería, el calefactor, la lavandería, la panadería y los establos. Mi padre poseía muchas hectáreas que eran labradas por hombres que vivían en su propiedad y también había animales, caballos, vacas, cerdos. Nuestra tierra lindaba con la de la Abadía de San Bruno y mi padre era amigo de varios hermanos seculares, ya que una vez había estado a punto de convertirse en monje. Entre la casa y el río se encontraban los jardines que mi madre tanto apreciaba. Allí cultivaba flores durante la mayor parte del año, iris y lirios atigrados; lavanda, romero y rosas, desde luego. La rosa de Damask era, sin embargo,

su favorita.

El césped era parejo y hermoso; el río lo conservaba verde y tanto ella como mi padre amaban los animales. Teníamos nuestros perros y también nuestros pavos reales; cuántas veces nos reíamos de los pájaros vanidosos que pavoneaban sus hermosas colas mientras las hembras, mucho menos llamativas, seguían a la vera de sus amos y señores. Uno de mis primeros recuerdos es el de haberlos alimentado con los guisantes que tanto les gustaban.

Siempre me deleitaba sentarme sobre la pared de piedra y contemplar el río. Cuando lo miro ahora me sugiere serenidad y perfecta paz, más que cualquier otra cosa conocida. Y creo que en esos días en mi hogar feliz no era totalmente ignorante del profundo sentido de seguridad, si bien entonces no lo apreciaba: no era lo bastante sensata como para hacerlo, sino que lo daba por sentado. Pero rápidamente iba a verme sacudida de mi complaciente juventud.

Recuerdo un día cuando tenía cuatro años. Me gustaba contemplar los barcos navegando a lo largo del río y como mis padres no podían negarse a sí mismos el placer de consentirme, mi padre me llevaba a menudo al borde del río; me estaba prohibido ir allí sola porque les aterraba que pudiera ocurrirle algún accidente a su única hija adorada. Él se sentaba allí sobre la baja pared de piedra y yo me paraba sobre ella. Sostenía, aparentemente, un brazo alrededor mío, señalando los barcos a medida que pasaban. Algunas veces decía: Es el milord de Norfolk, o...

—Esa es la barca del Duque de Suffolk. Conocía levemente a esos señores porque algunas veces los encontraba a causa de sus negocios.

En ese día de verano, mientras nos llegaban unas melodías desde una gran barca que navegaba río arriba, el brazo de mi padre me estrechó. Alguien tocaba un laúd y se oían cantos.

—Damask —dijo, hablando en voz baja como si pudieran escucharnos—, es la barca real.

Era bella, la más grande que había visto. La adornaba una hilera de banderas de seda; era de colores alegres y vi gente en ella; el sol se reflejó en las alhajas de sus jubones haciéndolas brillar.

Pensé que mi padre iba a alzarme y regresar a la casa.

—Oh, no —protesté.

No pareció escucharme, pero me di cuenta de su vacilación y me pareció diferente de su usual manera de ser, fuerte e inteligente. Pequeña como era, sentí un cierto temor.

Se puso de pie, sosteniéndome más fuertemente aún. La barca estaba muy cerca ya; la música era bastante fuerte. Escuché el sonido de risas y entonces reparé en un gigante un hombre de barba dorada rojiza y una cara que parecía enorme, y sobre su cabeza había una gorra que brillaba con joyas; también relucían gemas sobre su

jubón. A su lado había un hombre con una túnica granate, y el gigante y el hombre de rojo estaban muy juntos.

Mi padre se quitó el sombrero y permaneció descubierto. Me susurró:

—Haz la reverencia, Damask.

Casi no hacía falta que me lo indicara. Sabía que estaba en presencia de una criatura semejante a un dios.

Mi reverencia parece haber sido un éxito, ya que el gigante rio amablemente y saludó con una mano reluciente. La barca pasó; mi padre respiró más libremente pero permaneció con sus brazos fuertemente apretados alrededor mío, contemplándola.

—Padre..., —exclamé— ¿quién era?

Respondió:

—Mi niña, acabas de ser reconocida por el Rey y el Cardenal.

Había captado su excitación. Quise saber más acerca de ese gran hombre. De manera que era el Rey. Había oído acerca del Rey; la gente decía su nombre con voces apagadas. Lo veneraban, lo adoraban como se suponía que debían adorar a Dios solamente. Y más que nada le temían.

Ya había notado que mis padres eran cautelosos cuando hablaban de él, pero este encuentro había hallado desprevenido a mi padre. Rápidamente me di cuenta de ello.

—¿Adónde van? —quise saber.

—En camino a Hampton Court. Has visto Hampton Court, mi amor.

¡Hermoso Hampton! Sí, lo había visto. Era grandioso e imponente, más aún que la casa de mi padre.

—¿La casa de quién es, padre? —pregunté.

—Es la casa del Rey.

—Pero su casa está en Greenwich. Tú me la mostraste.

—El Rey tiene muchas casas y ahora tiene otra más, Hampton Court. El Cardenal se la ha dado.

—¿Por qué, padre? ¿Por qué le dio Hampton Court?

—Porque se vio obligado.

—El Rey... ¿la robó?

—Calla, calla, mi niña. Hablas traición.

Me pregunté qué era traición. Recordaba la palabra pero no pregunté entonces porque me interesaba más saber por qué el Rey le había quitado esa hermosa casa al Cardenal. Pero mi padre no me contaba más.

—El Cardenal no quería perderla —dije.

—Tienes una mente demasiado adulta sobre esos hombros —expresó mi padre cariñosamente.

Era algo de lo que se sentía orgulloso. Quería que fuera inteligente. Era por eso que a esa temprana edad ya tenía un preceptor, sabía las letras y podía leer palabras

simples. Yo sentía el ardiente deseo de saber, y esto era aplaudido y auspiciado por mi padre, de manera que supongo que era precoz.

—Pero él estaba triste de perderla —insistí—. Y tú también estás triste, padre. No te gusta que el Cardenal pierda su casa.

—No debes decir eso, mi queridísima —dijo él—. Cuanto más feliz sea nuestro Rey, más feliz debo ser yo como fiel súbdito, y también debes estarlo tú...

—Y el Cardenal debe estarlo —concluí— porque es también súbdito del Rey.

—Eres una niña inteligente —observó tiernamente.

—Ríe, padre —dije—, ríe de veras, con la boca y con los ojos y con la voz. Es solamente el Cardenal quien ha perdido su casa... No somos nosotros.

Me contempló como si yo hubiera dicho algo muy extraño y luego me habló como si yo hubiera sido vieja y sabia, parecida al hermano John, que a veces venía desde San Bruno a visitarlo.

—Mi amor, nadie está solo. La tragedia de uno podría bien ser la tragedia de todos nosotros.

No comprendí sus palabras. Sabía lo que era tragedia y me intrigué en silencio acerca de lo que lo él había dicho. Pero lo recordé más adelante y pensé cuán proféticas habían sido sus palabras ese día junto al río.

Cuando tenía cinco años, Kate y Rupert vinieron a vivir con nosotros. Ese había sido un verano terrible. Nos habían llegado noticias acerca de que la peste azotaba Europa y que habían muerto por millares en Francia y Alemania.

El calor era tremendo y la fragancia de las flores era apagada por el hedor que llegaba desde el río.

Supe lo que estaba sucediendo por Keziah. Yo había descubierto que podía enterarme más por ella que por mis padres, que eran siempre prudentes con respecto a lo que yo debía escuchar. Ellos sentían un poco de temor, si bien estaban inmensamente orgullosos de mi precocidad.

Keziah había estado en Chepe y había visto que varias tiendas estaban tapiadas porque sus dueños habían caído víctimas de la enfermedad del sudor.

—El terrible sudor —lo llamaba y ponía los ojos en blanco cuando hablaba de ello. Se llevaba gente por millares.

Keziah fue al bosque a ver a la Madre Salter, a quien todos tenían miedo de ofender: al mismo tiempo se decía de ella que tenía remedios para toda clase de males. Keziah se entendía muy bien con ella. Cuando hablaba de la Madre Salter, solía sacudir orgullosamente su abundante pelo rubio ensortijado, arrugaba los ojos con alegría y sonreía conocedoramente.

—Es mi vieja Abuelita —me confió una vez en una repentina confidencia.

—¿Entonces eres una bruja, Kezzie? —le pregunté.

—Hay quienes me han llamado así, chiquitina —luego simulaba tener garras en

las manos y se abalanzaba sobre mí—. De manera que más vale que seas buena o iré por ti. —Yo chillaba con la alegría que Keziah podía provocar en mí y simulaba estar asustada.

Con su risa a veces socarrona, a veces tierna y cariñosa, Keziah era la persona que más me atraía en la casa. Fue ella quien me habló por primera vez del milagro, y un día que nos encontrábamos paseando me dijo que si me portaba bien podría enseñarme el Niño.

Habíamos llegado a esa pared donde nuestras tierras lindaban con las de la Abadía. Keziah me alzó.

—Siéntate en silencio —me ordenó—. No te atrevas a moverte. —Luego trepó ella a mi lado.

—Este es su lugar favorito —dijo—, bien puede ser que lo veas hoy.

Tenía razón. Lo vi. Vino a través del pasto y miró directamente hacia nosotras dos encaramadas sobre la pared.

Su belleza me impactó, si bien no lo noté entonces; todo lo que sabía era que quería seguir mirándolo. Su cara era pálida: sus ojos del más asombroso azul oscuro que jamás había visto y el pelo se le enrulaba alrededor de la cabeza. Era más alto que yo, y ya a esa edad había un aire de superioridad alrededor suyo, que me intimidaba.

—No parece santo —susurró Keziah—, pero es demasiado joven para que se note.

—¿Quién eres? —me preguntó, arrojándome una fría mirada directa.

—Damask Farland. Vivo en la casa grande.

—No debías estar aquí —respondió el niño.

—Bueno, querido, tenemos derecho a estar aquí —replicó Keziah.

—Estas son las tierras de la Abadía —contestó el chico.

Keziah rio por lo bajo.

—No donde estamos. Estamos sobre la pared.

El chico tomó una piedra y miró a su alrededor, como si quisiera ver si sería observado si nos la tiraba.

—Eso está mal —exclamó Keziah—. No pensarías que es santo, ¿verdad? Sin embargo lo es. Sólo que la santidad no se revela hasta que no crecen. Algunos santos han sido chicos muy traviosos. Sabes eso, Dammy. Está en algunos de los cuentos. Más tarde aparecen sus halos.

—Pero este nació santo, Keziah —susurré.

—Tú eres mala —exclamó el chico, y en ese momento uno de los monjes se aproximó, caminando a través del césped.

—Bruno —llamó el monje. Entonces nos vio sobre la pared.

Keziah le sonrió en forma extraña, pensé, ya que después de todo era un monje y

sabía por su hábito que no era uno de los seglares que salían de la Abadía y se mezclaban con el mundo.

—¿Qué están haciendo aquí? —gritó y pensé que Keziah iba a dar un salto, me bajaría y correríamos ya que él estaba evidentemente muy alterado de vernos.

—Estoy mirando al Niño —contestó Keziah—, es muy bonito.

El monje pareció consternado por nuestra maldad.

—Soy yo solamente y la chiquitina —dijo Keziah, con esa manera de ser simple que hacía que todo fuera menos serio de lo que los demás trataban que fuese—. Iba a tirarnos una piedra.

—Eso está mal, Bruno —indicó el monje.

El chico levantó la cabeza y repuso:

—No tendrían que estar aquí, Hermano Ambrose.

—Pero tú no debes tirar piedras. Sabes que el Hermano Valerian te enseña a amar a todo el mundo.

—No a los pecadores —dijo el Niño.

Me sentí muy perversa entonces. Era una pecadora. Él lo había dicho y él era el Niño Santo.

Pensé en Jesús que había estado en Su cuna el Día de Navidad y en lo diferente que debía haber sido. Era humilde, me había dicho mi madre y había tratado de ayudar a los pecadores. No podía creer que Él hubiera deseado tirarles piedras alguna vez.

—Se lo ve muy bien, Hermano Ambrose —expresó Keziah. Daba la impresión de estar hablando con Tom Skillen, uno de nuestros jardineros, con quien hablaba muy a menudo. Había un pequeño gorjeo al final de su frase que no era exactamente risa, pero que servía los mismos fines, ya que daba a entender su rechazo por admitir que nada era demasiado serio en ninguna situación.

El niño nos contemplaba con intensidad, pero mi atención se vio fijada sobre Keziah y el monje. Había oído decir que el Niño podría convertirse en un profeta, pero en ese tiempo era simplemente un niño, si bien uno poco común. Yo aceptaba el hecho de que hubiera sido hallado en el pesebre de Navidad como aceptaba los cuentos de brujas y hadas que Keziah me contaba; pero la gente adulta me interesaba porque muchas veces parecían ocultarme algo y descubrirlo era para mí una especie de desafío que no podía resistirme a enfrentar.

De vez en cuando veíamos a los hermanos seglares por el camino, pero no a los monjes que vivían la vida de clausura. Yo había oído decir que en los últimos años, cuando se había extendido la fama de San Bruno, el número de hermanos seglares había aumentado. A veces iban a la ciudad, ya que había que colocar los productos de la Abadía y tenían que discutir de negocios; pero siempre salían en pares de la Abadía hacia el mundo. Las Lunillas adineradas enviaban a sus hijos a la Abadía para ser

educados por los monjes; los hombres que buscaban trabajo a menudo lo encontraban en la granja, el molino, la panadería o la ¿Utilería de la Abadía? Había mucha actividad, puesto que no solamente estaba la vida de la comunidad monástica sino también los mendigos y los viajeros pobres, que siempre recibían una comida y albergue por una noche, ya que era una regla que nadie que tuviera estas necesidades se viera despedido.

Pero si bien yo había visto a los hermanos caminar de a dos a lo largo de los caminos, generalmente en silencio, con los ojos bajos para evitar las vistas mundanas, nunca había visto antes a un monje y una mujer juntos. No sabía qué clase de mujer era Keziah, pero a pesar de mi corta edad, sentía mucha curiosidad en esa ocasión y me sorprendió el desafío y la jocosa falta de respeto que Keziah parecía demostrar hacia el Hermano Ambrose. No podía entender como este no la reprendía.

Todo lo que dijo fue:

—No debes mirar lo que no estás dispuesta a ver.

Tomó luego firmemente al Niño de la mano y se lo llevó. Esperé que el chico mirara hacia atrás, pero no lo hizo. Cuando se hubieron ido, Keziah saltó hacia abajo y me alzó para bajarme de la pared.

Yo parloteaba excitadamente acerca de nuestra aventura.

—Su nombre es Bruno.

—Sí, por la Abadía.

—¿Cómo sabían ellos que ese era su nombre?

—Ellos se lo dieron y está muy bien acertado que así haya sido.

—¿Él es San Bruno?

—Todavía no, eso está por venir.

—Creo que no le gustamos.

Keziah no contestó. Parecía estar pensando en otra cosa.

Cuando estábamos por entrar a la casa, dijo:

—Esa fue nuestra aventura, ¿no es así? Nuestro secreto, ¿eh, Dammy? No se lo diremos a nadie, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Oh, es mejor que no. Promételo.

Lo prometí.

Algunas veces John y James, dos de los hermanos seglares, venían a ver a mi padre, quien me contó que una vez, hacía mucho tiempo, había vivido en la Abadía de San Bruno.

—Pensé que sería monje y viví allí durante dos años. Después de eso retorné al mundo.

—Tú hubieras sido mejor monje que los Hermanos John y James.

—No debes decir eso, mi amor.

—Pero tú has dicho que debo decir lo que sea verdad. El Hermano John es viejo y se fatiga, lo que Keziah dice que significa que tiene el pecho malo. Necesita unas hierbas de la Madre Salter. Y el Hermano James siempre parece estar tan enojado. ¿Por qué no te hiciste monje?

—Porque el mundo me llamaba. Quería un hogar y una esposa y una niña.

—¡Como yo! —exclamé triunfante—. Parecía ser una razón suficientemente buena para dejar la Abadía.

—Los monjes no pueden tener niñas, pero tienen al Niño.

—Ah, pero su llegada fue un milagro.

Siempre me gustaba estar cerca cuando los Hermanos John y James nos visitaban. Me repelían a la vez que me fascinaban con sus hábitos mohosos.

Un día que había estado jugando con los perros en el jardín, me sentí repentinamente cansada, de manera que trepé a las rodillas de mi padre y, de la manera rápida que lo hacen los niños, me quedé dormida.

Cuando desperté, los Hermanos John y James estaban sentados en el banco del jardín junto a mi padre, hablando con él, así que permanecí quieta con los ojos cerrados, escuchando. Hablaban sobre la Abadía.

—Me pregunto a veces, William —dijo el Hermano John a mi padre—. La Abadía ha cambiado tanto desde el milagro. Es reconfortante hablar y podemos hacerlo contigo, como si no fueras un extraño a la Abadía.

—Fue un día triste —prosiguió el Hermano John— el que decidiste dejarnos. Pero tal vez hayas sido sabio. Tienes esta vida... ¿Te ha traído la paz que deseabas? Tienes una buena esposa. Tienes tu hijita.

—Me contento con que todo permanezca como hasta ahora.

—Nada permanece estático, William.

—Y los tiempos cambian —dijo mi padre con tristeza—. No me agrada la forma en que cambian.

—El Rey es violento en sus deseos. Conseguirá su placer a no importa qué precio. Y la Reina deberá sufrir por causa de aquella que viene de Hever a perturbar nuestra paz.

—¿Y qué será de ella, John? ¿Por cuánto tiempo logrará retener su corazón y sus sentidos? —Todos guardaron silencio durante un momento.

Luego el Hermano John dijo:

—Hubiera pensado que nos deberíamos haber vuelto espirituales con la llegada del Niño. Es muy distinto. Recuerdo un día... un día en junio, alrededor de seis meses antes que llegara. Hacía mucho calor y yo había salido al jardín con la esperanza de recibir una brisa fresca del río. Me sentía Intranquilo, William. Éramos pobres. Nuestra cosecha se había arruinado el año anterior. Nos veíamos forzados a comprar nuestro trigo. Habíamos estado enfermos; no estábamos cumpliendo nuestro

cometido. Parecía que, por primera vez en doscientos años, San Bruno caería en la ruina. Permaneceríamos allí y moriríamos de hambre. Y ese día en los jardines, me dije a mi mismo: «Solamente un milagro puede salvarnos». No estoy seguro si oré por ese milagro. Creo que deseé que sucediera un milagro. No lo pedí con humildad, como uno lo hace en oración. No dije: «Santa Madre, si es tu voluntad que San Bruno se salve, sálvanos». Sentía enojo dentro de mí, no tenía ánimo para la oración. Me parece ahora que mi espíritu era atrevido y arrogante. Yo exigía un milagro. Y luego cuando llegó, recordé ese día.

—Como fuera, tus palabras fueron escuchadas. En pocos años la Abadía se ha enriquecido. No temas ahora que Bruno caerá en la ruina. Jamás en su historia la Abadía puede haber sido tan próspera.

—Es cierto, y con todo me pregunto si no hemos cambiado, William. Nos hemos vuelto mundanos, ¿no es así, Hermano James? —James gruñó su asentimiento.

—Hacen mucho bien a la comunidad —les recordó mi padre—. Llevan vidas útiles. Tal vez sea más valioso ayudar a los compañeros que encerrarse en la meditación y la oración.

—Había pensado eso. Pero el cambio es notorio. El Niño nos obsesiona a todos.

—Puedo entenderlo —dijo mi padre, apoyando sus labios sobre mi pelo. Me acurruqué más y luego recordé que no quería que supieran que estaba escuchando. No comprendía mucho de lo que hablaban, pero disfrutaba con el tono de sus voces y ocasionalmente veía algo de luz.

—Rivalizan entre sí para contentar al chico. El Hermano Arnold está celoso del Hermano Clement porque el muchacho está más a menudo en la panadería que en la cervecería; lo acusa de sobornar al chico con tortas. Casi nunca se observa la regla del silencio. Los oigo susurrar entre sí y pienso que es sobre el niño. Juegan con él. Parece ser una extraña conducta para hombres dedicados a la vida monástica.

—Es una situación complicada. ¡Monjes con un chico que criar!

—Tal vez debiéramos habérselo dado a alguna mujer para que lo cuidara. Tal vez tu buena esposa debiera haberlo tomado y criado aquí.

Me cuidé de protestar a tiempo. No quería al chico allí. Ese era mi hogar, yo era el centro de atracción. Si él venía la gente se ocuparía más de él que de mí.

—Con seguridad que se esperaba que permaneciera en la Abadía —dijo mi padre—. Allí fue enviado.

—Dices la verdad. Pero podemos hablarte de nuestras dudas. Hemos ganado en bienes terrenales, pero hemos perdido nuestra paz. Como he dicho, Clement y Arnold comparten esta rivalidad. El Hermano Ambrose está intranquilo. Habla de esto con James. Parece ser que no puede resistir esta indulgencia. Dice que el Demonio está constantemente a su lado y que su carne domina su espíritu... Mortifica su carne inútilmente. Quiebra constantemente la regla del silencio. Algunas veces pienso que

debiera salir al mundo. Encuentra solaz en el Niño, el cual ama al Hermano Ambrose más que a ninguno.

—Ha venido para ser una bendición para todos ustedes.

—Sin embargo, es un niño, con modales de niño. El Hermano Valerian lo encontró ayer comiendo tortas calientes que había robado de la cocina. El Hermano Valerian estaba perplejo. ¡El Santo Niño robando! Luego Clement hizo creer que él le había dado al Niño las tortas, y Valerian lo encontró haciendo un guiño con una especie de complicidad.

—Travesuras inocentes —dijo mi padre.

—¿Inocente robar..., mentir?

—Sin embargo, la mentira demostró bondad de parte de Clement.

—Nunca hubiera mentido así antes. Está engordado. Come demasiado. Pienso que él y el muchacho comen juntos en la panadería. Y en las bodegas, Arnold y Eugene prueban constantemente su cerveza. Los he visto salir enrojecidos y alegres. Los he visto palmearse mutuamente en la espalda, olvidando que una de nuestras reglas es la de jamás entrar en contacto físico con otro ser humano. Estamos cambiando, cambiando, William. Nos hemos vuelto ricos y complacientes con nosotros mismos. No era eso a lo que estábamos dedicados.

—Está bien ser rico en estos días. ¿Es cierto que se han disuelto ciertos monasterios para fundar los colegios del Rey en Eton y Cambridge?

—Es cierto, y también es cierto que se habla de reunir los monasterios más pequeños con los más grandes —dijo el Hermano James.

—Entonces está bien para ustedes que San Bruno se haya convertido en una de las Abadías más poderosas.

—Quizá. Pero vivimos en tiempos de cambio y el Rey tiene algunos ministros inescrupulosos a su alrededor.

—Silencio —exigió mi padre—. Es insensato hablar así.

—Ahí habló el abogado —observó el Hermano John—. Pero estoy tan intranquilo, más aun que lo que estuve ese día en que pedí el milagro. El Rey está profundamente preocupado por una conciencia que parece haber surgido ahora que desea deshacerse de una esposa que envejece, y llevar a su cama a una que es llamada bruja y sirena.

—No le será concedido el divorcio —dijo mi padre—. Conservará a la Reina y la Dama continuará siendo lo que es ahora para siempre, la Concubina.

—Ruego que así sea —acotó el Hermano James.

—¿Y han oído ustedes —continuó mi padre—, que la *Lady* está en este momento enferma de peste y con su vida en peligro, y el Rey está casi loco de ansiedad pensando en la posibilidad de que muera?

—Eso evitaría muchos problemas a una buena cantidad de gente.

—¿No rezarán por ese milagro, Hermanos?

—Nunca más pediré milagros —afirmó el Hermano John.

Siguieron hablando de cosas que no comprendía y dormité.

Nuevamente me despertó la voz de mi madre.

Había salido al jardín y estaba evidentemente agitada.

—Malas noticias, William —dijo—, mi prima Mary y su marido han muerto de peste. ¡Oh Dios mío! Esto es trágico.

—Mi querida Dulce —expresó mi padre—. Son realmente noticias terribles. ¿Cuándo sucedió?

—Hace tres semanas, más o menos. Mi prima murió primero, su esposo la siguió a los pocos días.

—¿Y los niños?

—Afortunadamente mi hermana los había enviado con una vieja sirvienta que se casó y vivía a algunos kilómetros de distancia. Es esta sirvienta quien me envía ahora el mensajero. Desea saber qué será de los pequeños Rupert y Katherine.

—Por mi alma —dijo mi padre—, no cabe duda. Su hogar debe ser el nuestro ahora.

Y de esa manera Kate y Rupert vinieron a vivir con nosotros.

Todo cambió. Parecía ser una casa llena de niños y yo era la más pequeña, ya que Kate era dos años mayor que yo y Rupert tenía dos más que ella. En un principio yo estaba resentida. Luego comencé a reparar que la vida era más entretenida, si bien no tan confortable ahora que mis primos habían venido.

Kate era bonita aún en ese tiempo en que era un poco regordeta. Su pelo rojizo, sus ojos verdes y su piel cremosa con una salpicadura de pecas sobre el puente de la nariz. Ya era vanidosa con respecto a su apariencia a los siete años y se preocupaba mucho por las pecas. Su madre había usado una loción para pecas, ya que tenía la misma clase de piel delicada y Kate solía robársela. No podía hacerlo ahora. Era más despierta que yo, aguda y astuta, pero a pesar de sus dos años de ventaja, yo la superaba en griego, latín e inglés, que había estado estudiando desde los tres años, hecho que yo sabía que causaba gran satisfacción a mi padre.

Rupert era más tranquilo que Kate; se hubiera pensado que ella era mayor, sólo que él era más alto y delgado. Tenía el mismo color de pelo, pero le faltaba el colorido de los ojos verdes. Los de él eran casi incoloros, grises algunas veces, ligeramente azules, otras. Yo los llamaba color de agua, ya que reflejaban los colores como el agua solía hacerlo. Se esforzaba mucho por complacer a mis padres, solía pasar desapercibido y era la clase de persona en que la gente no reparaba. Mi padre pensaba que podría estudiar para ser abogado, en cuyo caso iría a alguno de los Colegios de Abogados después de dejar Oxford, como mi padre había hecho, pero Rupert era un enamorado de la tierra. Le gustaba estar en los trigales cortándolo y

acarreándolo y en esas ocasiones parecía más vivaz que nunca.

Mis padres eran muy bondadosos con ellos. Secretamente se me dijo que debía tratarlos como si fueran mis hermanos y que siempre debía recordar, si por azar iba a maltratarlos, que yo era más afortunada que ellos ya que yo contaba con dos padres amantes y ellos los habían perdido.

Kate me dijo que nosotros no éramos gente a la moda. Sus padres habían sido distintos. Su padre iba a menudo a la Corte. Me decía, erróneamente según resultó, que Rupert tendría un importante patrimonio cuando llegara a su mayoría de edad y que era mi padre quien se ocupaba de esto, dado que era abogado estaba preparado para hacerlo.

—Te das cuenta que estamos haciéndole un favor al permitirle que se ocupe de nuestros asuntos. —Eso era típico de Kate. Ella hacía un favor al aceptar algo.

—Entonces podrá cultivar su propio trigo —comenté.

En cuanto a ella, se casaría, me decía. Nada menos que un Duque le vendría bien. Tendría una mansión en Londres y suponía que debería tener alguna propiedad en el campo, pero viviría en Londres principalmente, e iría a la Corte.

Londres era divertido. ¿Por qué no íbamos más a menudo? Estábamos muy cerca. Era justo río arriba. Todo lo que teníamos que hacer era meternos en un bote e ir allí. Pero rara vez íbamos. A ella misma la habían llevado a ver el gran Cardenal cuando iba con gran pompa a Westminster.

¡Qué espectáculo había sido! Kate sabía actuar; tomó mi capa roja y se arrebujó en ella y tomó una naranja sosteniéndola junto a su nariz, mientras se pavoneaba delante de mí.

—«Soy el gran Cardenal» —exclamaba—. «Amigo del Rey». Así era como caminaba, Damask. Debías haberlo visto. Y alrededor suyo estaban sus sirvientes. Dicen que vive con más pompa aún que el Rey. Estaban los portadores de la cruz y los ujieres y milord mismo en carmesí... un rojo mucho más brillante que esta capa tuya. Y su esclavina era de martas y la naranja era para evitarle el olor de la gente. Pero tú no entiendes.

Ella podría haber visto al Cardenal con su naranja, le repliqué, pero yo lo había visto con el Rey.

Sus ojos verdes relampaguearon ante la mención del Rey y después de eso tuvo un poco más de respeto por mí. Pero desde el principio rivalizamos. Siempre estaba tratando de probarme no cuánto más instruida que yo era, ya que le importaba un bledo la instrucción que nuestros preceptores nos tenían que dar, sino cuánto más inteligente, cuánto más mundana era.

Keziah la admiró desde el primer momento.

—¡Misericordia! —Solía exclamar—. Los hombres la rondarán como las abejas a la madreselva. —Y eso, de acuerdo con Keziah, era la condición más envidiable en

una mujer. Yo estaba un poco celosa de los efectos de ella sobre Keziah, si bien era siempre su «Chiquitina», su bebé y siempre me defendía, cuando la defensa era necesaria, contra la deslumbrante Kate.

Pero después que Kate vino, todos los pequeños placeres parecían ser ligeramente menos excitantes. Jugar con los perros, alimentar a los pavos reales, juntar flores salvajes para mi madre y ver cuántas distintas podía encontrar y nombrar, todo eso era infantil. A Kate le gustaba disfrazarse, simular ser otra persona, treparse a los árboles entre los nogales, esconderse allí y arrojar nueces a la gente que pasaba por debajo, le gustaba envolverse en una sábana y asustar a las doncellas. Una vez asustó tanto a una en la bodega, que la pobre muchacha se cayó de la escalera y se torció un tobillo. Me hizo jurar que no diría que ella había sido el fantasma y desde entonces los sirvientes quedaron convencidos que la bodega estaba encantada.

Siempre había drama alrededor de Kate: solía escuchar por las cerraduras de las puertas lo que la gente decía y luego ella daba su propia versión coloreada; mortificaba a nuestro preceptor y cuando este daba la espalda le sacaba la lengua.

—Eres tan mala como yo, Damask —solía decirme—, porque te reíste. Si yo voy al infierno, también irás tú.

Era un pensamiento terrible. Pero mi padre me había enseñado a ser lógica y yo insistía en que no era tan malo reírse de algo como hacerlo. Kate me aseguraba que era igualmente malo. Le preguntaría a mi padre, decía yo; a lo cual respondía que si lo hacía ella inventaría alguna maldad y juraría que yo era la culpable para que él me echara de la casa.

—Nunca lo haría —decía yo—. Renunció a ser monje para tenerme.

Ella se mostraba desdeñosa.

—Espera que lo sepa.

—Pero yo no hice nada —protestaba con lágrimas.

—Lo diré de manera tal que sería igual que si lo hubieras hecho.

—Irás al infierno por ello.

—De todas maneras voy a ir. Tú me lo dijiste. De manera que: ¿qué importa un poco más de maldad?

Por lo general insistía en que yo la obedeciera. El peor castigo que me podía infligir era despojarme de su presencia excitante y ella pronto descubrió esto. Le encantaba que fuera tan importante para mí.

—Desde luego —le gustaba decir—, eres solamente un bebé.

Hubiera deseado que Rupert estuviera más tiempo con nosotras, pero le parecíamos muy pequeñas. Siempre era bondadoso y muy amable conmigo, pero realmente no quería estar conmigo. Una de las ocasiones en que lo recuerdo más vívidamente fue en invierno, en el momento de las pariciones de las ovejas y en la manera en que salió bajo la nieve, trajo un corderito y se sentó a alimentarlo durante

toda la noche. Era muy tierno y yo pensaba en lo bondadoso que era y cómo podría amarlo si me dejara hacerlo.

Una vez mi padre me llevó a la orilla del río, como solía hacerlo antes de la venida de mis primos y se sentó sobre la pared. Yo permanecía de pie allí, con su brazo alrededor mío, mientras contemplábamos pasar las barcas.

—Es una casa diferente ahora, Damask —dijo él.

Supe lo que quería decir y asentí con la cabeza.

—¿Y eres tan feliz como antes? —No estaba segura y él me apretó contra él—. Es mejor para ti —afirmó. Los niños no deben ser criados solos.

Le recordé la vez en que habíamos visto al Rey y al Cardenal pasar en la barca real.

—Nunca volvimos a verlo —dije.

—Ni tampoco lo veremos —respondió mi padre.

—Kate lo vio con su túnica roja y su esclavina de piel, con una naranja en la mano.

—Pobre hombre, la pompa y la gloria han pasado —dijo mi padre en voz baja.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Y mi padre repuso:

—Lo que el cardenal tenía en exceso y ya no tiene más. Pobre hombre triste, su caída es inminente.

Yo no podía creer que el poderoso Cardenal fuera un pobre hombre triste. Iba a pedirle una explicación. Pero no lo hice. Le preguntaría en cambio a Kate. Esa era la diferencia en nuestra casa. Kate se había convertido en mi instructora: ya no tenía que pedirle más a mi padre que me explicara las cosas que no sabía.

Mis primos habían estado con nosotros dos años cuando el Cardenal murió y para ese tiempo me parecía que siempre habían estado en mi casa. Por ese entonces tenía siete años y los dos años de tutela de Kate me habían hecho madurar considerablemente.

Yo había trabajado arduamente en mis estudios. Mis preceptores le decían a mi padre que sería bastante erudita en unos años más; él me comparaba con las hijas de su amigo *Sir Thomas More* que eran notablemente inteligentes. Yo necesitaba la seguridad de poder elevarme por sobre Kate de alguna forma. Ella desdeñaba el latín y el griego. ¿Van a convertirte en Duquesa? ¡Todas tus agudezas y muletillas! ¿Qué son? ¡Apenas citar algo que alguien dijo antes! Ella montaba magníficamente y verla allí con su traje de montar verde y el sombrero con la pluma verde levantaba el espíritu como el espectáculo imprevisto de jacintos azules con rocío bajo los árboles o el primer canto del cuclillo. Supongo que otros sentirían lo mismo; siempre se volvían para mirarla y ella solía ignorar las miradas, pero yo sabía por la manera en que sostenía la cabeza y en que sonreía secretamente que había notado el efecto que había producido y lo disfrutaba.

Le gustaba bailar y lo hacía con una gracia que encantaba a nuestro maestro de baile. Podía tocar el laúd de una manera extraña, sin haber aprendido, que parecía ser más efectiva que mis piezas entonadas y rítmicas. Dominaba la escena, ya fuera en Navidad cuando juntábamos muérdagos y hiedra, y decorábamos el gran hall o en el Día de Mayo, cuando contemplábamos a la gente del pueblo bailando. Cuando los Bailarines Morris venían a la casa ella bailaba con ellos. Le gustaba disfrazarse de Robin Hood y yo tenía que ser la Doncella Marian. Siempre tenía que tomar yo la parte inferior.

Los sirvientes se reían y meneaban las cabezas ante Mistress Kate y Keziah solía decir con su risita ronca:

—Esperen... esperen solamente a que Mistress Kate sea mujer.

Tenía más libertad que la que tenía antes que ella viniera. Mis padres parecían darse cuenta de que no me podrían mimar para siempre y, a veces, cuando Kate encantaba a todo el mundo yo encontraba la mirada de mi padre sobre mí. El solía sonreírme y esa sonrisa me decía que yo todavía era y siempre sería la querida de su corazón y nadie, no importaba cuán hermosa y excitante fuera, podría sacarme de mi lugar.

Kate sabía que el Cardenal había muerto y me dio su propia versión al respecto.

—Es todo debido a la pasión del Rey por Ana Bolena. Está decidido a poseerla y ella dice: «No, no seré tu amante; tu esposa no puedo ser». Lo cual demuestra lo lista que es... —Kate alzó las manos como defendiéndose de un amante insistente. Ella era Ana Bolena. En ese momento pude ver que ella se preguntaba si un Duque era lo bastante bueno para ser su futuro marido. ¿Por qué no un Rey?

—¿Y qué pasa con la Reina? —pregunté yo.

Los labios de Kate se distendieron.

—Es vieja y ya no es hermosa. Y no puede darle un hijo al Rey.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no qué, idiota? ¿Por qué no es bella? Porque es vieja y es horrible ser vieja. ¿Por qué no puede darle un hijo? No puedo explicarte eso. Eres demasiado pequeña para comprenderlo.

La explicación preferida de Kate cuando no sabía algo ella misma, era que yo era demasiado niña. Le había señalado eso y había servido para que lo empleara más que nunca.

Prosiguió:

—El Cardenal trató de detener al Rey. ¡Hombre tonto! De manera que... murió.

—¿El Rey lo mató?

—En cierto modo. El viejo Hermano John le dijo a tu padre que murió con el corazón destrozado.

—¡Qué terrible! —Pensé en ese día en que los había visto juntos en la barca,

parados muy cerca, riendo.

—No debió haber contrariado al Rey. Fue tonto, de modo que su corazón se quebró. El Rey va a divorciarse de la Reina y entonces podrá desposar a Ana Bolena y tendrán un hijo que a su vez será Rey. Es todo muy simple.

Dije que no me parecía simple.

—Eso es porque tú eres demasiado niña para entender.

Lo que yo sí entendía y lo que ella no podía, era la diferencia en nuestra casa después de la muerte del Cardenal. Parecía que una melancolía hubiera recaído sobre ella. A menudo mi padre se veía triste y cuando yo le hablaba sonreía y me atraía contra él como antes, pero me parecía que su alegría era forzada. Parecía estar demasiado alerta y durante las comidas lo encontraba escuchando, como si esperara algún mensajero que no sería bien recibido.

A menudo nos visitaban amigos. La conversación era animada en la mesa durante sus visitas y cuando habían bebido generosamente del vino que mi padre les servía, a menudo hablaban de los asuntos del país. Algo que ocupaba la mayoría de las conversaciones eran «Los Asuntos Secretos del Rey». Yo notaba como brillaban los ojos de Kate cuando se hablaba de ello y mi padre dijo en una ocasión:

—Recuerden mis amigos, que es Asunto Secreto del Rey y por lo tanto no es para que nosotros lo discutamos o emitamos juicios.

Eso los aplacaba; yo notaba como casi todos ellos miraban furtivamente sobre sus hombros e insistía mucho en que por cierto eran cuestiones secretas del Rey y que ninguno de sus súbditos debiera intentar cuestionar las decisiones reales.

Sí, era difícil.

Pero tal vez eran el Hermano John y el Hermano James quienes más intranquilos estaban. A menudo solían venir y sentarse a hablar con mi padre. Yo ya era demasiado grande para acurrucarme en su falda y escuchar. Kate no se interesaba mucho por ellos. Arrugaba su naricita con disgusto y decía:

—Monjes. Viejos tontos que van a vivir a monasterios y se arrodillan durante horas para rezar. Deben tener las rodillas bastante doloridas.

De manera que yo no sabía de qué hablaban el Hermano John y el Hermano James con mi padre, pero creía que sus conversaciones estaban llenas de presagios y me percataba de su intranquilidad. Pero sólo momentáneamente, ya que Kate pronto disipaba estas ideas. Para ella la vida era alegre y debía serlo para mí si yo había de compartirla. Ella sabía tanto. Me contó que Jim, el caballero principal, que tenía esposa y seis hijos y vivía en una cabaña en nuestra propiedad, se deslizaba al bosque para encontrarse con Bess, una de las doncellas y que los había visto acostados sobre los helechos.

Le pregunté qué haría al respecto. ¿Le contaría a mi padre o a la esposa de Jim? Entrecerró los ojos.

—No se lo contaré a nadie más que a ti... y tú no cuentas. Me servirá cuando quiera utilizarlo. —Rompió luego a reír. Le gustaba el poder. Quería tener control sobre nosotros como el titiritero lo tenía sobre los muñecos que nos había enseñado en Navidad, cuando había venido junto con los cómicos.

Y luego se interesó por el Niño.

Un día vino hasta mí mientras yo estaba sentada en la huerta, bajo un árbol, haciendo mis ejercicios de latín. Era un día hermoso y había decidido que podía trabajar con más facilidad afuera.

—Deja ese libro tonto —ordenó Kate.

—Está lejos de ser tonto, Kate. En realidad, es bastante difícil de leer. Necesito todo mi poder de concentración.

—Poder de tonterías —exclamó Kate—. Quiero mostrarte algo.

—¿Qué?

—Primero —dijo Kate—, tienes que jurar que no le contarás a nadie. Jura.

—Juro.

—Alza la mano y jura por los santos y la Santa Madre de Dios.

—Oh, Kate, eso suena a blasfemia.

—Jura, o no te cuento nada.

Juré.

—Ahora vamos —ordenó.

La seguí fuera de la puerta, a través de nuestra propiedad hasta la pared que nos separaba de la Abadía. La enredadera de hiedra crecía espesa en ciertas partes. En un lugar la apartó y para mi sorpresa descubrió una puerta.

—Me di cuenta que la hiedra parecía haber sido movida, de modo que investigué —dijo con una risa—, y así encontré esta puerta. Es dura de abrir. Hay que empujarla. Vamos. Tira conmigo.

Obedecí. La puerta dio un crujido de protesta y luego se abrió. Entró a través de ella a la Abadía. Permanecí del otro lado de la puerta.

—No debemos hacerlo. Es violar la propiedad ajena.

Se rio de mí.

—Por supuesto sabía que serías una cobarde. Me pregunto por qué me molesto por ti, Damask Farland.

Inmediatamente traspuse la puerta y al hacerlo, la hiedra volvió a su sitio, cubriéndola. Miré a mi alrededor, suponiendo que la tierra de la Abadía sería diferente a las demás. El pasto era del mismo verde succulento: los árboles estaban a punto de dar sus primeras hojas. Nadie adivinaría que estábamos en lo que siempre había parecido ser tierra sagrada.

—Vamos —dijo Kate y tomándome de la mano me llevó a través del pasto. La seguí a regañadientes. Atravesamos los árboles y repentinamente se detuvo porque

habíamos llegado a la vista de las paredes grises de la Abadía—. Mejor no nos acerquemos demasiado. Podrían vemos y descubrir cómo entramos. Podrían clausurar la puerta y yo tengo la intención de volver aquí cada vez que quiera.

Retrocedimos hasta el amparo de los arbustos y nos sentamos sobre el pasto. Kate me observaba, sabiendo exactamente cómo me sentía y que lo que realmente deseaba era volver atrás, porque odiaba estar donde no debía.

—¿Qué dirían los mohosos John y James si nos encontraran aquí? —expresó Kate.

Una voz detrás nuestro nos sobresaltó.

—Las llevarían a las mazmorras y las colgarían de las muñecas y permanecerían allí hasta que se les rompieran las manos y cayeran en tierra... muertas.

Nos volvimos y parado detrás nuestro se encontraba el Niño.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Kate. No saltó sobre sus pies como hice yo. Simplemente permaneció sentada allí con calma, mirándolo.

—¿Me preguntas tal cosa a mí? —replicó el Niño orgullosamente—. Me parece divertido.

—No debieras asustar a la gente —dijo Kate—. Podría ser alarmante.

—En especial cuando se hallan donde no debieran estar.

—¿Quién dice que no? Las puertas de la Abadía deben estar siempre abiertas.

—Para aquellos que están necesitados —dijo el Niño—. ¿Eres una necesitada?

—Siempre estoy necesitada... de algo diferente... algo divertido. La vida es muy aburrida.

Me sentí hervir de indignación, ya que me pareció muy desagradecida y me ofendió la referencia a nuestra casa.

—Mis padres son muy buenos contigo —dije—. Si no te hubieran acogido...

Kate soltó una risa burlona.

—Mi hermano y yo no somos pordioseros. A tu padre se le paga bien por manejar nuestras propiedades. Además es algo así como un primo.

El Niño había desviado la vista de Kate hacia mí y yo sentí un extraño júbilo. Pensé en que había sido colocado en la cuna de Navidad por los ángeles y en el gran destino que le esperaba.

Permanecía alejado, pareciendo tener conciencia de la diferencia que existía entre él y los mortales comunes. Era una especie de sublime arrogancia. Kate también la tenía pero la de ella era el resultado de su belleza y vitalidad.

Kate lo abrumaba a preguntas. ¿Cómo era ser un Niño Santo?, quería saber. ¿Recordaba algo del Cielo, ya que debió haber venido de allí? ¿Cómo era Dios? ¿Qué había respecto a los ángeles? ¿Eran verdaderamente tan buenos como la gente decía? Eso debía ser muy aburrido.

La estudió con una especie de divertida tolerancia.

—No puedo hablar de esas cosas contigo —dijo con frialdad.

—¿Por qué no? La gente santa debería ser capaz de cualquier cosa. Ser santo no parece ser muy distinto de cualquier otra cosa.

Estaba muy impresionada por él, por mucho que disimulara y le debe haber resultado claro que no podía mortificarlo o atormentarlo como hacía conmigo. Era demasiado serio y, sin embargo había un brillo extraño en sus ojos que no podía entender. Pensé en eso que había escuchado acerca de las tortas robadas de la cocina.

—¿Tomas lecciones como todos los demás?

Repuso que estudiaba latín y griego.

Le conté que estudiaba con el señor Bruton y a qué nivel había llegado.

—No hemos atravesado la pared de la puerta para hablar de estudios —se quejó Kate.

Se puso de pie y dio un salto mortal sobre el césped. Le gustaba hacerlo y lo practicaba con frecuencia. Keziah lo llamaba conducta de buscona. Supe que lo hacía para distraer la atención de mí hacia ella.

Ambos miramos a Kate dando saltos mortales. Súbitamente se detuvo y desafió al Niño a que se le uniera.

—No sería decoroso —dijo él.

—Ah —rió Kate triunfantemente—. ¿Quieres decir que no puedes hacerlo?

—Podría. Podría hacer cualquier cosa.

—Pruébalo.

Pareció estar confundido durante un momento y luego tuve la insólita experiencia de ver a la caprichosa Kate y al Niño Santo dando saltos mortales sobre el pasto de la Abadía.

—Vamos Damask —me ordenó ella.

Me uní a ellos.

Fue una tarde para recordar. Cuando Kate hubo probado que podía dar saltos mortales a mayor velocidad que cualquiera de nosotros dos hizo un alto, nos sentamos sobre el pasto y charlamos. Supimos algo acerca del Niño, que se llamaba Bruno en memoria al fundador de la Abadía. Nunca había hablado con otros chicos. Tomaba lecciones con el Hermano Valerian y aprendía de plantas y hierbas con el Hermano Ambrose. A menudo estaba con el Abad, y este tenía un sirviente que era sordomudo, alto como un gigante y fuerte como un caballo.

—Debe ser muy solitario estar en la Abadía —dije.

—Tengo a los monjes. Son como hermanos. No es solitario todo el tiempo.

—Escucha —ordenó Kate en su voz autoritaria—. Volveremos. No digas a nadie lo de la puerta bajo la hiedra. Los tres nos encontraremos aquí. Será nuestro secreto.

Y lo hicimos. Las tardes que podíamos cruzábamos la puerta y muy a menudo Bruno se nos reunía. Era una experiencia extraña, ya que por momentos nos

olvidábamos que había aparecido en el pesebre de Navidad y parecía simplemente un chico común y a veces jugábamos juntos bulliciosos juegos en los que Kate se destacaba, pero también le gustaban juegos de adivinanzas y era allí donde yo tenía una oportunidad. Él y yo éramos rivales en eso, de la misma manera en que él y Kate lo eran en los juegos que implicaban esfuerzos físicos. No obstante, estaba siempre decidido a ganarnos a las dos, su inteligencia era más aguda que la mía y tenía una fortaleza física que Kate no podía igualar.

Desde luego, decía yo, era de esperar en un Niño Santo.

Rupert, que todavía no contaba quince años, trabajaba más y más en los campos. Podía hablar cabalmente con mi padre de cosechas y animales. Encontraba regocijo en las criaturas recién nacidas y le gustaba compartir esa excitación con otras personas, en especial conmigo.

El tiempo de emparvar era un tiempo feliz; solíamos salir todos a los campos. El mejor tiempo era el de la cosecha, sin embargo; y una vez que estaba todo enfardado y amontonado y los pobres habían terminado de espigar, solía haber una alegre «cena de cosecha». Durante todo el día llegaba desde las cocinas el aroma a ganso asado y a tortas horneándose. Mi madre solía llenar la casa de flores y todo el mundo estaba animado. Kate y yo colgábamos las diminutas espigas que tenían que ser conservadas durante todo el año para traer suerte en la próxima cosecha. Bailábamos luego y Kate se encontraba entonces a sus anchas, pero mi padre quería que Rupert y yo abriéramos el baile de la cosecha.

En ese mismo tiempo las conversaciones parecían centrarse sobre el casamiento del Rey con Ana Bolena. Había repudiado a la Reina, quien había ido a Amptill. Bruno solía contarnos mucho más de lo que sabíamos por otros medios, puesto que los frailes que los visitaban llevaban noticias a la Abadía.

Un día en que estábamos sentados sobre el pasto manteniéndonos al abrigo de los arbustos para no ser vistos, hablamos acerca de la pobre y triste Reina y una vez más él y Kate discutieron.

—La Reina Catalina es una santa —dijo Bruno y siguió describiendo sus sufrimientos. Me gustaba contemplarlo mientras hablaba. Su cara me parecía tan hermosa: el perfil era firme, orgulloso y sin embargo inocente, y la manera en que el pelo se le enrulaba alrededor de la cabeza me recordaba las imágenes de los héroes griegos que había visto.

—Y la Reina —insistió Bruno—, reprende a sus mujeres cuando maldicen a Ana Bolena. «Oren por ella», dice. «Tengan compasión de ella, porque llegará el tiempo en que necesitará de sus oraciones».

—Ella no necesitará sus oraciones —exclamó Kate—. Es Reina de veras, aunque haya muchos que dicen que no lo es.

—¿Cómo puede ser Reina cuando ya tenemos otra Reina?

—Hablas traición, Niño Santo —dijo Kate burlándose—. Ten cuidado que no te delate.

—¿Harías eso? —le preguntó con intensidad.

Ella le sonrió astutamente.

—¿Crees que no lo haría? Bueno, no te lo diré. Te dejaré adivinarlo.

—Entonces, puesto que no estamos a salvo no hablaremos de estas cosas contigo —aventuré yo.

—Cállate la boca, Niña Tonta —me había dado ese nombre cuando estaba enojada conmigo, del mismo modo que él era el Niño Santo. Los términos expresaban su exasperación o su deseo de burlarse—. No me ocultarás nada.

—No queremos que nos delates —dije.

—Él está a salvo —indicó señalando a Bruno—. Si cualquiera tratara de dañarlo, la campiña entera se alzaría en armas. Además todo lo que tiene que hacer es realizar un milagro.

—Los santos inocentes fueron asesinados —comenté.

—Esta es una conversación infantil —dijo Bruno altanero—. Y si Kate quiere delatarte, déjala. No se verá a salvo, porque ella habló con nosotros y los delatores rara vez quedan en libertad.

Kate permaneció en silencio y él prosiguió.

—La Reina pasa su vida en oración y bordando. Está haciendo un magnífico mantel de altar para la gloria de Dios.

—A ti te podrán gustar los santos —dijo Kate—, pero a mí no. Son viejos y feos..., por eso son santos.

—No es cierto —repuse.

—No trates de ser inteligente, Niña Tonta. —Pero estaba molesta y dijo que debíamos regresar o podrían buscarnos y ¿qué pasaría si nos encontraban? Entonces también hallarían la puerta y ya no sería un secreto y se cortarían nuestros encuentros.

Este era un pensamiento que nos horrorizaba a todos.

Era mayo y se habían enviado las proclamas indicando que iba a tener lugar una Coronación. La Reina Ana Bolena saldría desde Greenwich hasta la Torre y después de permanecer allí iría hasta la Abadía de Westminster. Sería un espectáculo tal como rara vez se había visto.

Kate se sentía impaciente con la que calificaba de nuestra familia pasada de moda. Esto era una coronación, mejor que un casamiento, decía. Se juntarían multitudes en las calles y en las márgenes del río para ver pasar a la nueva Reina. ¡Y de acuerdo con algunos podía ser un funeral! Señalé que habían habido algunos funerales debido a esta coronación.

—Eso no importa ahora. Yo voy a ver la coronación.

—Mi padre no querría que lo hiciéramos.

Entrecerró los ojos.

—Es traición no ir a la coronación de la Reina escogida por el Rey.

¡Traición! Era una palabra que la gente temía cada vez más.

Ese hermoso día de mayo en que Ana Bolena iba a comenzar la primera etapa de su coronación, Kate llegó hasta los nogales donde yo estaba leyendo en mi lugar favorito, bajo un árbol. Tenía los ojos encendidos de excitación.

—¡Levántate enseguida —dijo— y ven conmigo!

—¿Por qué? —pregunté.

—No importa porqué. Ven igual.

La seguí, como lo hacía siempre y me condujo a través de un atajo a través de los huertos hasta la escalera del desembarcadero y desde allí a una barca donde estaba sentado Tom Skillen, mirando con timidez.

—Tom remarará hasta Greenwich —expresó Kate.

—¿Mi padre ha dado su permiso?

Tom estuvo a punto de hablar cuando Kate le impuso silencio y afirmó:

—No hay de qué preocuparse. Todo está bien. Nadie puede manejar un bote mejor que Tom.

Me empujó dentro del bote y Tom me sonrió, tímidamente todavía. Pensé que todo estaría bien, porque Tom no nos llevaría a ninguna parte sin el permiso de mi padre.

Empezó a remar rápidamente río abajo y muy pronto pude ver el motivo de la excitación de Kate. Íbamos hacia Greenwich y el río se poblaba más y más de embarcaciones. Yo también me sentía tan excitada como ella al ver tanta actividad. Estaba la gran barca de ceremonias de la Ciudad, en la cual iba sentado el *Lord Mayor* vestido de rojo con una gruesa cadena de oro alrededor de su cuello, y estaban todas las compañías y cofradías en sus distintas barcas. El sonido de música llenaba el aire y se oían risas y charlas de las embarcaciones más pequeñas. Se podían oír a la distancia los disparos de salva.

—Pronto veremos a la Reina —murmuró Kate—. Este es el comienzo de las festividades de la coronación.

—¿La veremos?

—Para eso estamos aquí —respondió Kate con una impaciencia extrema.

Y la vimos. El hábil trabajo de Tom con los remos nos llevó cerca del palacio, de manera que vimos a la nueva Reina con su séquito de bonitas muchachas a bordo de su barca. Estaba vestida con una tela recamada de oro y parecía extrañamente atractiva..., no hermosa tal vez, pero más elegante que nadie que yo hubiera visto jamás y sus enormes ojos oscuros brillaban tanto como sus alhajas.

Kate no podía apartar sus ojos de ella.

—Dicen que es una bruja —murmuró.

—Quizá lo sea —contesté.

—¡Es la mujer más fascinante que he visto! Si yo estuviera en su lugar...

Kate mantenía erguida la cabeza; sabía que estaba imaginándose a sí misma en esa barca navegando río arriba hacia la Torre, donde el Rey estaba esperándola.

La barca de la Reina había pasado; un bote que pasaba nos chocó y se levantó agua, empapándonos hasta los huesos. Kate rompió a reír a carcajadas.

—Será mejor que volvamos —dijo Tom nerviosamente.

—¡Por cierto que no! —exclamó Kate.

—La barca de la Reina se ha ido.

—Yo diré cuándo nos iremos —replicó Kate.

Me sorprendió que Tom fuera tan dócil. No lo había advertido antes.

Pero Kate pareció darse cuenta repentinamente que todo lo que ahora pudiera ver después del paso de la Reina sería aburrido en comparación, de manera que indicó:

—Muy bien, nos iremos ahora.

Yo temblaba a pesar del tiempo cálido. Dije:

—Podríamos haber visto el paso desde nuestros escalones del embarcadero.

—No habríamos visto tan de cerca a la Reina —observó Kate— y yo quería verla cerca.

—Me sorprende que nos hayan dado permiso.

—Yo di el permiso —replicó Kate.

—¿Quieres decir que mis padres no sabían que estábamos en el río?

Tom parecía intranquilo.

—¿Pero quién dijo que Tom podía llevarnos remando en semejante día?

—Yo lo hice —dijo Kate y mientras hablaba miraba a Tom. Me asombró que tuviera tales poderes sobre él.

Nos vieron desembarcar y mi madre se apresuró a recibirnos; cuando vio mis ropas empapadas hubo un gran alboroto. ¡Yo temblaba! ¿Dónde había estado? ¡En el río! ¡En un día como ese! ¡En qué estaba pensando Tom! Tom se rascó la cabeza.

—Bueno señora, no veo qué daño hacía...

Mi madre no dijo nada, pero yo fui llevada apresuradamente a mi antecámara con instrucciones de quitarme las ropas mojadas y tomar un cordial.

Kate subió a contarme que Tom había sido interrogado, que había dicho que las niñas habían querido ir y que él había pensado que no había ningún daño en llevarlas.

—¿No les dijiste que tú hiciste que Tom fuera?

—¿De manera que sabes que yo lo hice ir?

—No podía entender por qué nos llevó. Realmente él no quería ir.

—Tienes razón, Damask. No quería ir. Pero no se atrevió a hacer otra cosa cuando yo se lo ordene.

—Hablas como si él te perteneciera.

—Eso es lo que me gustaría..., que la gente me perteneciera. Quisiera ser el Rey o la Reina, que todos temieran ofenderme.

—Eso demuestra una naturaleza desagradable.

—¿Quién quiere una naturaleza agradable? ¿Acaso eso atemoriza a la gente?

—¿Por qué quieres que te teman?

—Para que hagan lo que yo diga.

—Como el pobre Tom.

—Como Tom. —Dudó, pero sentía tanta ansiedad porque yo advirtiera su astucia, que reveló:

—Lo oí salir del dormitorio de Keziah una mañana temprano. No querrá que nadie lo sepa, ¿verdad? Ni tampoco Keziah. De manera que si no quieren que cuente, tendrán que hacer lo que yo diga.

La contemplé con asombro.

—No lo creo —dije.

—¿Que duermen juntos o que yo los haya descubierto?

—Ninguna de las dos cosas.

—Tú sigue con tu griego y tu latín. Es todo lo que puedes hacer. No sabes nada... nada de nada. Y te contaré algo más. Iremos a la coronación. Vamos a estar en una ventana en el lugar donde trabaja tu padre.

—Mi padre no querrá que vayamos.

—Oh, sí que quiere y te diré por qué. Yo hice que quisiera.

—¿No vas a decirme que él no se atreve a desobedecerte?

—En esto no se atreve. Le pregunté: «Tío, ¿por qué no quieres que veamos la procesión de la coronación? ¿Es porque tú no crees que la Reina es la verdadera Reina?». Estuve muy inocente... nadie podía parecerlo más. Y empalideció porque había unos sirvientes allí. Ves, ahora no se atreve a no llevarnos y yo lo sabía, porque si se decía que no permitiría ver la coronación a su familia, la gente diría que él era un traidor y entonces...

—Eres perversa, Kate.

—La manera de conseguir lo que quieres —dijo Kate— es haciendo que la gente se atemorice de no concedértelo.

Tuvo razón. Vimos pasar la procesión a través de la ciudad. Mi padre y mi madre nos llevaron y nos sentamos en la ventana superior de su lugar de trabajo, que miraba sobre la calle. Esta había sido cubierta de grava como todas las demás desde la Torre hasta Temple Bar. Se habían colocado cercas para que la gente no fuera lastimada por los caballos. La casa de mi padre quedaba en Gracechurch Street y tenía una magnífica vista.

¡Qué espectáculo fue! Toda la nobleza se hallaba presente. Estaba el embajador francés con todo su séquito de servidores en terciopelo azul; los arzobispos estaban

allí y vi a Cranmer, el Arzobispo de Canterbury, que parecía muy severo y serio. Estaban los Duques y los Condes, los más altos dignatarios del Estado y la Iglesia, y al final, aquella en quien se centraba toda la atención, la nueva Reina en persona.

Estaba magnífica, con el largo pelo oscuro flotando desde la tiara tachonada de rubíes, cayéndole alrededor de los hombros como una capa de seda. Su vestido y abrigo eran de tela plateada, orlados de armiño. Verdaderamente parecía una Reina, recostada sobre su litera con cuatro hombres apuestos que sostenían un dosel de tela de oro sobre ella.

No podía olvidarla, y adiviné que Kate tampoco podía. La contempló como deslumbrada y estaba segura que en su imaginación ella era la joven de la litera, en camino a su coronación en la Abadía: ella era la mujer que el Rey había honrado, aun cuando hubiera enviado a muchos a la muerte para poder alcanzarla.

La gente que trabajaba para mi padre se reunió con nosotros después para tomar un refrigerio y conocí por primera vez a Simón Caseman, un hombre de poco más de veinte años.

Mi padre dijo:

—Damask, este es Simón Caseman, que irá pronto a vivir a nuestra casa. Estudia para abogado y vivirá con nosotros durante algún tiempo.

Anteriormente había estado viviendo con nosotros un joven, pero me había impresionado tan poco, que apenas lo había advertido. Suponía que había estado con nosotros alrededor de tres años. Eso fue cuando yo era mucho más pequeña. No era fuera de lo común que un hombre de la posición de mi padre llevara a su casa a aquellos aprendices que eran sus pupilos.

Simón Caseman se inclinó. Luego Kate se adelantó como siempre interesada en impresionar. No estaba segura de lo que pensaba acerca de Simón Caseman. Algo que sí sabía era que era diferente al otro joven.

Simón Caseman preguntó a Kate qué pensaba de la procesión y ella expresó su entusiasmo. Yo noté que mi padre parecía algo triste, de manera que no participé del relato, si bien había estado tan encantada como Kate con el espectáculo fastuoso.

Era necesario esperar hasta que la apretada multitud disminuyera antes de poder dirigirnos al embarcadero y a nuestra barca. Mi padre seguía en silencio y algo triste.

Cuando entramos a casa pregunté a Kate:

—¿En qué pensaría ella recostada sobre su litera?

—¿En qué iba a pensar —respondió Kate—, sino en su corona y en el poder que le acarrearía?

Durante el mes de septiembre de ese año hubo mucha excitación en todas partes, ya que la nueva Reina iba a dar a luz un niño. Todo el mundo esperaba confiadamente que fuera un varón. El Rey había tratado de hacer creer a la gente que esa era la verdadera razón para el cambio de esposas. Después de todo, la Reina Catalina ya le

había dado a *Lady María*.

—Habría gran júbilo —observaba mi padre durante uno de nuestros paseos hasta la orilla del río—, pero si la Reina fracasara...

—Padre, no fracasará. Le dará su hijo al Rey y habrá bailes en el gran hall. Vendrán los cómicos, repicarán las campanas y los cañones despedirán salvas.

—Mi queridísima niña, roguemos porque así sea.

Me conmovía que él, cuyas simpatías estaban con la pobre Reina Catalina, pudiera ahora sentir pena por la Reina Ana Bolena.

—Pobre alma —dijo.

—Muchos han sufrido por su causa, padre —respondí.

—Sí, es cierto. Muchos han perdido sus cabezas por ella. ¿Quién sabe cuándo la perderá ella también?

—Pero ella es la bien amada del Rey.

—También lo fueron las otras, mi niña, y ¿qué fue de ellas cuando dejaron de inspirar ese amor? Muchos descansan en sus silenciosas tumbas. Cuando llegue mi momento querría descansar en el camposanto de la Abadía. He hablado con el Hermano John sobre eso. Pienso que puede ser arreglado.

—Padre, ¡te prohíbo hablar de muerte! ¡Y todo empezó hablando de nacimientos! Sonrió con un poco de melancolía.

—Hay un vínculo, querida niña. Todos nacemos y todos tenemos que morir.

Unos días después nació el niño real. Oímos que el Rey estaba amargamente decepcionado, ya que el niño, si bien era sano, era una mujer.

Hubo júbilo con ocasión de su bautismo y fue llamada Elizabeth.

Llegó Navidad con sus festividades: cómicos, villancicos, festines y la decoración con muérdago y hiedra. Estábamos creciendo y en la primavera siguiente escuché por primera vez el nombre de Elizabeth Bailón porque todos hablaban de ella: era conocida como la Santa Doncella de Kent y había profetizado que si el Rey repudiaba a la Reina Catalina y colocaba a Ana Bolena como su Reina, él moriría al poco tiempo y ahora que así lo había hecho, mucha gente creía que no tenía mucho tiempo de vida.

El Hermano John y el Hermano James venían a ver a mi padre y los tres caminaban por el jardín enfrascados en su conversación; pensaban que la Santa Doncella podría hacer advertir al Rey de su «error». El Hermano John decía que podía ser muy bien una señal del Cielo. No sé qué sentía mi padre, porque nunca me hablaba de esas cosas. Me doy cuenta que él temía que yo pudiera, en mi inocencia, decir algo que lo incriminara no solamente a él sino también a mí, ya que la gente joven podía ser acusada de traición. Ahora entiendo que el Rey estaba fuera de sí por el deseo que le provocaba la mujer que lo había fascinado y por el aburrimiento con la Reina, que ya no lo atraía. Sus sentidos lo dominaban, pero temía mucho la ira de

Dios hacia los pecadores. Por lo tanto necesitaba convencerse a sí mismo de que estaba en lo cierto. Debía creer, como lo repetía constantemente, que no eran sus sentidos sino su conciencia la que dictaba sus acciones. Insistía en que el matrimonio anterior de la Reina Catalina con su hermano Arturo significaba que ella no era legalmente su esposa porque el casamiento se había consumado, si bien la Reina juró que no había sido así. El Rey decía que la razón por la que su matrimonio había fracasado al no verse bendecido con varones, se debía al descontento de Dios. No era su deseo por Ana Bolena lo que le había hecho pedir el divorcio de Catalina. Era su deber de proveer a Inglaterra de un heredero varón. La nueva Reina tenía ya una hija y había probado ser fértil: el próximo niño sería varón.

De esa manera razonaba el Rey y no había lógica que pudiera abatir a su conciencia. Eso lo supe después, pero por ese entonces olvidaba la melancólica sensación de inseguridad por largas horas.

Mi madre también lo olvidaba. Era una mujer dulce, sumisa, quien quizá debido a ser tantos años más joven que mi padre, confiaba en él para todo y tenía pocas opiniones propias; pero mantenía en orden nuestra casa y nuestra servidumbre le era fiel; más aún, estaba comenzando a ser reconocida como una de las mejores jardineras del sur de Inglaterra. Se entusiasmaba siempre cuando se introducían plantas nuevas en el país; la rosa mosqueta había llegado ya y la cultivaba junto a la de Damask. También se habían traído uvas de Corinto de la Isla de Zante y había planeado tener viñedos.

Gradualmente aprendí que era la clase de mujer que cree que si cierra los ojos a los desagradados, estos dejan de existir. Yo le tenía cariño y ella me mimaba; pero nunca me sentí tan cerca de ella como lo estaba de mi padre. Mi mayor placer era estar con él, caminar con él hasta el río o a través de los huertos y a medida que yo crecía, podía hablar seriamente conmigo.

Recuerdo que el día en que Elizabeth Barton iba a ser ejecutada, él enlazó su brazo con el mío y bajamos hasta el río. Le gustaba ir allí porque el parque era abierto y hablábamos sin ser escuchados, como podía suceder bajo los nogales o en el huerto.

Me contó cómo la Santa Doncella había formado parte de la servidumbre del séquito del Arzobispo Warham y cómo había enfermado y sufrido ataques. Estos se habían convertido en trances y había declarado estar bajo profunda influencia espiritual.

—Puede ser que haya sido utilizada —dijo—. Puede ser que haya dicho verdades a medias, porque como sabrás, Damask, ha murmurado contra el Rey: ha profetizado su muerte si alejaba a la Reina Catalina de su lado.

—Lo cual ha hecho, padre.

—Y ha tomado para sí a Ana Bolena.

—¡Nosotros deberíamos olvidarlo! —dije—. Si el Rey ha pecado, es él el que

deberá responder por ello.

Mi padre sonrió.

—¿Recuerdas, mi niña, cuando tú y yo vimos navegar al que fuera una vez gran Cardenal, junto al Rey?

—Nunca lo olvidaré. Creo que fue la primera vez que empecé a advertir cosas.

—Y yo te dije..., ¿qué te dije? ¿Lo recuerdas?

—Dijiste: No estamos solos. El infortunio de uno es el de todos nosotros.

—¡Qué niña despierta eres! Oh, Damask, gozaré de verte hecha mujer... si vivo hasta entonces.

—Por favor no digas eso. Desde luego que vivirás hasta verme convertida en mujer. Ya casi lo soy y siempre estaremos juntos.

—Y algún día te casarás.

—¿Crees que eso me apartará de ti, padre? Cualquier marido que quisiera separarme de ti no encontraría muy buena disposición en mí.

Rio.

—Esta casa y todo lo que yo poseo serán para ti y para tus hijos.

—Pero permanecerá siendo tuya por muchos, muchos años —insistí.

—Damask, no pierdas esto de vista: vivimos en tiempos tormentosos. El Rey se ha cansado de su esposa y ha querido otra. Eso puede afectarnos. Quiero que estés preparada. —Apretó mi mano—. Eres una pequeña sabihonda tal que olvido tu edad. Te hablo como podría hacerlo con el Hermano John o el Hermano James. Olvido que eres solamente una niña.

—Kate me lo recuerda constantemente.

—Ah, Kate. Ella tiene su sagacidad, pero nadie puede pretender tener dos personas tan despiertas en una misma casa.

—Eres un padre cariñoso —dije.

—Lo admito. —Y siguió—: Hoy llevan a la Doncella de Kent a Tyburn. La ejecutarán allí.

—Solamente por una profecía.

—Por profetizar lo que el Rey no quiere que le profeticen. —Tuvo un escalofrío y prosiguió—: Basta de hablar de muertes. Vamos a ver cómo están las rosas mosquetas de tu madre.

La Doncella de Kent murió. En el cadalso admitió su culpa.

—Soy una pobre joven ignorante —había dicho—. He sido agrandada por los halagos de hombres con educación. Me hicieron inventar revelaciones que les podían ser útiles.

Los hombres con educación que la habían apoyado eran, entre otros, *Sir Thomas More* y el Obispo Fisher.

Debido a mi corta edad, solamente advertía la tensión a mi alrededor en forma

vaga e intermitente. En ese tiempo no podía aceptar el hecho de que el mundo fuera de nuestra casa tuviera gran importancia para nosotros. Mi padre envejeció considerablemente en los meses que siguieron a la coronación de la nueva Reina. Solía remar río arriba hasta Chelsea y visitar a *Sir Thomas More* que era un caballero muy bien conceptuado. Había sido *Lord Chancellor* antes de renunciar, habiendo tomado el puesto vacante del gran Cardenal. Mi padre tenía mucho en común con *Sir Thomas*, ya que sus vidas no habían sido diferentes: los dos eran abogados, los dos habían acariciado la idea de convertirse en monjes y habían escogido en cambio la vida de familia. *Sir Thomas* tenía una casa que no era muy distinta de la nuestra.

Era una familia tan alegre: *Sir Thomas*, a pesar de ser un hombre tan elevado y de tanta integridad, amaba las bromas, pero había cambiado ahora. Parecía como si todos esperaran que algo terrible sucediera y debido a esto, en nuestra casa también se vivía en forma diferente.

Yo había descubierto dentro de mí una tendencia a ignorar lo desagradable (indudablemente heredado de mi madre), de manera que trataba de no percatarme de la creciente tensión y de asegurarme que no existía.

Simón Caseman estaba con nosotros. Mi padre decía que era un joven extremadamente inteligente y pensaba que tendría mucho éxito. Había demostrado habilidad con los asuntos de mi padre y parecía resuelto a congraciarse con nuestra familia. Era siempre deferente con mi padre y durante las comidas solía decir con humildad: ¿«Piensa usted, señor»...?, y luego procedía a discutir algún asunto que era incomprensible para el resto de nosotros. Exponía un punto de vista y si mi padre no estaba de acuerdo con él, inmediatamente se disculpaba y decía que después de todo no era más que un aprendiz. Mi padre solía reprenderlo un poco y le decía que no necesariamente estaba equivocado porque no coincidieran: cada hombre debía tener su propia opinión.

—Es el más inteligente de los jóvenes que he adiestrado —comentaba algunas veces.

Simón se había hecho útil a mi madre. Rápidamente aprendió los nombres de las flores y la mejor manera de cuidarlas. Mi madre estaba encantada con él y a menudo se lo podía ver llevándole la canasta mientras ella andaba por el jardín, cortando capullos aquí y allí.

Muchas veces lo descubría contemplándome especulativamente y hasta intentó interesarse por lo que me gustaba. Trataba de discutir a los filósofos griegos conmigo, ya que yo tenía reputación de ser más o menos erudita, en gran parte por ser mucho mejor estudiante que Kate o Rupert; también hablaba de caballos conmigo porque me gustaba montar.

Con Rupert podía hablar con bastante conocimiento de la granja y de la crianza de animales. Siempre trataba a Kate con esa mezcla de gentileza y atrevimiento que

ella provocaba y esperaba de la mayoría de los hombres.

En realidad, se tomaba grandes molestias para no causar inconvenientes en la casa, y por hacerse agradable.

Fue en el verano que vi la Virgen Recamada. No teníamos derecho a verla y estoy segura de que Bruno no nos habría llevado nunca a la capilla si Kate no lo hubiera tentado.

Habíamos atravesado la puerta secreta para encontrarnos con Bruno. Creo que esperaba esos encuentros tanto como nosotras. Lo supongo, porque si se hubiera sabido que estábamos violando los terrenos de la Abadía, y que Bruno se reunía con nosotras, habría habido un gran escándalo. Bruno nos fascinaba porque nunca podíamos olvidar el misterio de su nacimiento. Por esta razón yo le temía; también Kate. Ella se negaba a admitirlo y para negarlo, trataba constantemente de empujarlo a alguna travesura. Una vez me dijo que comprendía muy bien lo que había sentido el Demonio cuando tentaba a Cristo a desanimarse y a probar su divinidad, porque ella siempre estaba deseando que Bruno hiciera algo así.

—Debe haber bastante de Demonio en mí —decía.

Estábamos sobre el pasto y Kate hablaba como lo hacía a menudo acerca de la coronación de la Reina.

—Brillaba con joyas tales como tú nunca has visto —le dijo a Bruno.

—Sí he visto —replicó él—, he visto mejores alhajas que las de ella.

—No hay ninguna mejor. Estas eran alhajas reales.

—Yo he visto alhajas santas —dijo Bruno.

—¡Alhajas santas! No hay tal cosa. Las joyas son símbolo de pompa mundana. De manera que ¿cómo podrían ser santas?

—Si son las alhajas de la Virgen, son santas.

—La Virgen no tiene joyas.

—Sí. Tiene. Nuestra Virgen tiene alhajas más finas que las del Rey.

—No te creo.

Bruno sacó una brizna de pasto y empezó a chuparla de una manera nada santa. Permaneció en silencio y no había nada como esa clase de silencio para enfurecer a Kate.

—¿Y bien? —preguntó ella—. Mientes, ¿no es verdad? Estás inventando historias acerca de esa tonta y vieja Virgen.

Kate miró por encima de su hombro al hablar, ya que era muy supersticiosa y se preguntaba si no habría ido demasiado lejos al referirse a la Virgen como vieja y tonta.

Bruno afirmó:

—No miento. Desearía poder mostrártelo. Nunca crees nada que no se te muestre.

—Entonces muéstranos —exclamó Kate.

—¿Cómo podría hacerlo? Está en la capilla sagrada.

—Todas las cosas son posibles —dijo Kate, virtuosamente.

—La Virgen Recamada está en la capilla y la visitan solamente los monjes que viven en clausura.

—¿Entonces tú la has visto?

—Fui llevado allí. La bendije y ella me bendijo.

—Oh —dijo Kate—, desde luego, el Niño Santo.

—El Hermano Valerian tiene la llave y la cuelga de una cadena que usa alrededor de la cintura.

—Podrías robársela cuando duerme. Con frecuencia se duerme cuanto tú estudias tus lecciones. Tú nos contaste.

—No podría hacerlo.

—Quieres decir que no te atreves. ¡Te llamas el Niño Santo y temes a un monje viejo! ¿Dónde están todos tus milagros? Si verdaderamente fueras santo serías capaz, de conseguir la llave... así nomás.

—Nunca dije que pudiera realizar milagros todo el tiempo.

—Pero es lo que nosotros esperamos de ti. ¿Cómo te atreves a aparecer en un pesebre de Navidad si no eres un Niño Santo? Es sacrilegio. Tendrías que ser arrojado de la Abadía. No eres un santo, eres un fraude.

Ya había descubierto que había una cosa que Bruno no podía tolerar y era que se dudara de su santidad. Estaba empezando a darme cuenta de lo mucho que significaba para él ser distinto de los demás. Su cara demostraba furia. Nunca lo había visto tan alterado antes.

—Lo soy —exclamó—. Y no te atrevas a decir lo contrario.

Kate, que no conseguía aprender unas pocas líneas de poesía, que no podía sino con gran dificultad sumar algunas cifras o memorizar un verbo latino, era una gran conocedora del comportamiento de las personas. Inmediatamente advertía sus debilidades y sabía cómo explotarlas. Estaba decidida a ver la Virgen Recamada y se puso a trabajar para lograr ese fin.

Le llevó algunos días; pero insistió tanto con Bruno de que tal vez no fuera tan diferente a los demás chicos, que lo obligó a robar la llave del cinturón del Hermano Valerian.

Yo estaba tan ansiosa por ver a la Virgen como Kate. Nunca olvidaré el momento en que entramos en el frío edificio gris. Sentía que caeríamos muertos en cualquier momento por atrevernos a poner un pie en suelo consagrado, pero me veía empujada, no tanto por mi interés en ver la Virgen sino por compartir el triunfo de ellos dos, el de Kate por salirse con la suya y el de Bruno por probar que era capaz de actos más allá de los poderes de los simples mortales. ¿Porque quién si no él osaría llevar extraños a los sagrados recintos de la Abadía? Iba delante de nosotros y cuando se

aseguró que el camino estaba libre nos hizo señas a Kate y a mí que lo siguiéramos. Nos deslizamos a través de esos claustros grises y húmedos, hacia los angostos corredores embaldosados y subimos por una escalera de caracol. Todo era muy misterioso y tan silencioso que después Kate comentó que era como estar con los muertos.

Bruno estaba muy pálido, con los labios firmemente apretados y supe que nada lo arredraría. Kate también, callada por una vez, con los ojos dilatados, parecía atemorizada. Antes de entrar a la Abadía yo había pensado que si fuéramos descubiertos ello causaría a mi padre dolor y sorpresa, pero ahora lo había olvidado. Estaba tan ansiosa como Kate, e igual de descuidada al burlarme de la autoridad. Era un sentimiento raro; una cierta conciencia de que estaba haciendo algo muy malo y sin embargo, incapaz de resistir.

Pareció transcurrir mucho tiempo antes que llegáramos a la capilla y que Bruno metiera la llave robada en la cerradura; la puerta crujió tan fuerte al abrirse hacia adentro que pensé que la oirían los monjes en sus celdas.

Luego entramos a la capilla.

Nos deslizamos sobre las losas de piedra, más allá de los bancos guardados cada uno por un ángel de piedra, con lo que supuse que era una espada en llamas. Había quietud en el lugar. Los vitrales arrojaban una luz azulada; los grandes contrafuertes de piedra estaban muy fríos.

Nos deslizamos detrás de Bruno hasta el altar, sobre el que había un magnífico mantel labrado con hilos de oro y plata. Los adornos del mantel eran de plata y oro incrustados con joyas. Las mirábamos con asombro.

Entonces Bruno descorrió la pesada cortina decorada con bordados de oro. Estábamos en un pequeño santuario y la Virgen nos enfrentaba.

Kate contuvo la respiración. Era hermosa. Estaba tallada en mármol, pero su capa era de encaje auténtico y lucía un vestido amplio hecho con una tela muy bordada. Ese vestido llameaba con las alhajas más brillantes imaginables. Era deslumbrante. Se le habían colocado rubíes, esmeraldas, brillantes y perlas. Las manos de la Virgen habían sido bellamente talladas y sus dedos brillaban con anillos. Habían brillantes, zafiros y perlas en las pulseras que adornaban sus brazos. La corona era casi enceguecedora por su brillo. En el centro relucía un enorme brillante y a su alrededor se apiñaban gemas de todos colores.

Pensé para mí: Kate tendrá que admitir que la Virgen es más rica y más refulgente que la nueva Reina en el camino a su coronación.

Kate enlazó las manos en éxtasis. Jamás había visto tales joyas. Quería tocar el vestido enjoyado, pero Bruno se lo impidió.

—No te atrevas. Caerías muerta —dijo.

Y Kate se echó atrás.

Una vez probado su argumento, Bruno estaba impaciente por sacarnos de la capilla y creo que nosotras estábamos ansiosas por irnos, si bien era difícil quitar los ojos de la figura resplandeciente.

Cautelosamente salimos en puntillas y ¡qué alivio experimentó Bruno cuando cerró con llave la puerta!

Nos apresuramos hasta nuestro lugar secreto de encuentro. Bruno se tendió en la tierra y ocultó la cara. Estaba sacudido por lo que acababa de hacer. Kate guardaba silencio; adiviné que se estaba imaginando a sí misma con la corona alhajada. Pero incluso ella parecía empequeñecida mientras volvíamos a casa.

ASESINATO EN LA ABADÍA

Los sucesos exteriores se habían impuesto sobre nosotros ahora, invadiendo nuestro hogar, destruyendo su paz. Ni siquiera mi madre podía escapar a esto. Mi padre decía que los cimientos mismos de la Iglesia estaban sacudidos.

Sabía que la tragedia rondaba a nuestros vecinos, los More. *Sir* Thomas había dejado en claro su negativa a firmar el Acta de Supremacía, que era una aceptación de que el Rey era Cabeza de la Iglesia y que su casamiento con la Reina Catalina de Aragón no había sido matrimonio; era admitir que los herederos que el Rey pudiera tener de la Reina Ana Bolena eran los verdaderos herederos.

—Temo por *Sir* Thomas, Damask —dijo mi padre—. Es un hombre valiente y se atenderá a sus principios. Como sabes, ha sido llevado a la Torre por el camino de la Puerta de los Traidores y mucho me temo que no volvamos a verlo.

En la cara de mi padre se reflejaba una infinita tristeza y también miedo.

—Ahora es una casa tan triste, Damask —prosiguió—, y sabes muy bien lo alegre que era. La pobre Dame Alice está desconcertada y enojada. No lo comprende. ¿«Por qué tiene que ser tan obstinado»? se pregunta todo el tiempo. «Le dije, Master More, eres un tonto». Pobre Alice, nunca comprendió al brillante santo de su marido. Y también está Meg... oh Damask, me partió el corazón ver a la pobre Meg. Es su hija preferida y nadie está tan cerca de él como ella. Parece una pobre alma perdida y agradezco a Dios que tenga en Will Roger un buen marido para consolarla.

—Padre, si él firmara el Acta nada sucedería.

—Si él firmara el Acta se sentiría como si hubiera traicionado a su Dios. Ha sido un buen servidor del Rey, pero me ha dicho: «William, soy el servidor del Rey, pero Dios está primero».

—¿Y debido a esto son todos tan desgraciados?

—Lo entenderás cuando seas mayor, Damask. ¡Cómo desearía que fueras un poco más grande! Quisiera que tuvieras la edad de Meg.

Me pregunté por qué querría mi padre que yo fuera mayor y lo comprendí más adelante.

Recuerdo el día que fue ejecutado el Obispo Fisher. Y después los monjes de la Cartuja, que fueron muertos tan cruelmente. Fueron llevados al lugar de ejecución, los colgaron y los cortaron en pedazos mientras estaban vivos y les infligieron terribles agonías. El Hermano John y el Hermano James vinieron ese día a ver a mi padre. Oí al Hermano John decir:

—¿Qué será de nosotros, William? ¿Qué será de todos nosotros?

Bruno nos contó que en la Abadía se oraba constantemente por el Obispo Fisher, por los monjes de Charterhouse y por *Sir* Thomas More y que el Hermano Valerian decía que lo que les había sucedido podía pasarle a otros y que mucho dependía de la

suerte de *Sir Thomas More*. Era un hombre muy querido, y si el Rey permitía que muriera, la gente se enojaría. Algunos decían que el Rey no se atrevería a tanto; pero el Rey se atrevía a todo.

Luego vino el terrible día en que *Sir Thomas* llegó en procesión desde la corte con el hacha vuelta hacia él. Oímos esto por aquellos que lo habían presenciado y de cómo la pobre Meg había corrido hasta él y le había echado los brazos al cuello antes de caer desmayada al suelo.

—No lo harán nunca —decía mi padre—. El Rey no puede matar al hombre a quien una vez profesó su amor; no puede asesinar a un santo.

Pero el Rey no admitía que nadie lo desafiara. A menudo pensaba en él como lo había visto en su barca, riendo con el Cardenal... otro que había muerto, decían, por su descontento. Ningún hombre podía permitirse disgustar al Rey.

Y luego, en ese día de luto, las campanas doblaron por *Sir Thomas* y su cabeza fue cercenada y puesta en una pica en el Puente de Londres, de dónde Meg la recuperó después.

Mi padre se encerró en su habitación; supe que pasó de rodillas todo ese día y no creo que rezara por sí mismo.

Me habló nuevamente, con su brazo enlazado al mío, allí abajo junto a la ribera del río, dónde podíamos hablar sin temor a ser escuchados.

—Tienes casi doce años, Damask —dijo y repitió—: Desearía que fueras mayor.

—¿Por qué, padre? —pregunté—. ¿Es porque desearías que pudiera comprenderte más fácilmente?

—Eres demasiado inteligente para tu edad, mi niña. Si tuvieras quince o dieciséis años podrías casarte y entonces yo sabría que tendrías a alguien para que cuidara de ti.

—¿Por qué habría de querer un marido cuando tengo el mejor de los padres? Y también tengo a mi madre.

—Y cuidaremos de ti mientras vivamos —dijo fervientemente—. Pienso que si por una mala fortuna...

—¡Padre!

Mi padre prosiguió:

—Si no estuviéramos más aquí... si yo no estuviera aquí...

—Pero no vas a marcharte.

—En estos tiempos, Damask, ¿cómo podemos saber cuándo llegará nuestra hora? ¿Quién hubiera pensado unos años atrás que *Sir Thomas* nos sería arrebatado?

—Padre, ¿no te pedirán que firmes el Acta?

—¿Quién puede decirlo? Súbitamente me colgué de su brazo.

Luego dijo tranquilizadamente:

—Los tiempos son peligrosos. Puede ser que seamos llamados a hacer lo que

nuestras conciencias no nos permiten. Y entonces...

—Oh, pero eso es cruel.

—Vivimos en tiempos crueles, niña.

—Padre —susurré—, ¿crees que la nueva Reina no es la verdadera Reina?

—Es mejor no decir tales palabras.

—Entonces no respondas a esa pregunta. Cuando pienso en ella... recostada sonriendo en la litera, tan orgullosa, tan alegre porque toda esa pompa y ceremonia eran para ella... Oh, padre, ¿crees que pensó en toda esa sangre que sería derramada por ella...? Hombres como *Sir Thomas*, los monjes...

—Silencio, niña. *Sir Thomas* expresó su pena por ella. Se han cortado cabezas por su causa... ¿Quién puede decir durante cuánto tiempo podrá salvar la suya?

—Kate oyó decir que el Rey estaba cansándose de ella, que no le había dado un hijo..., solamente la Princesa Elizabeth..., y que ya estaba mirando a otras.

—Dile a Kate que mantenga la boca cerrada, Damask. Es una chica imprudente. Temo por Kate, sin embargo en cierta manera pienso que tiene talento para la auto preservación. Temo más por ti, mi hija bien amada. Desearía que fueras lo suficientemente grande como para tomar marido. ¿Qué piensas de Rupert?

—¿Rupert? ¿Quieres decir como marido? No había pensado en ello.

—Sí, mi niña, es un buen chico. De temperamento reservado, buena naturaleza, trabajador: cierto que es poco lo que tiene, pero es de nuestra propia sangre y me gustaría verlo seguir cuidando de la propiedad. Pero más que nada sentiría que te dejaría en manos seguras.

—Padre, no había pensado en el... matrimonio.

—A los doce años ya es hora de que consideres un poco ese asunto importante. Tal vez dentro de cuatro años. ¡Cuatro años! Es tanto tiempo.

—Tus palabras parecieran indicar que soy una carga de la que te aliviaría liberarte.

—Mi niña querida, sabes que eres mi vida.

—Lo sé y he hablado descuidadamente. Padre, ¿temes tanto por ti que deseas que tenga otro protector?

Guardó silencio durante un momento y miró a lo largo del río y supe que estaba pensando en aquella afligida casa en Chelsea.

Nunca antes yo había advertido la incertidumbre de nuestras vidas tan intensamente.

El verano parecía alargarse y los días estar llenos de perpetuo sol. Siempre que teníamos visitas en la casa —cosa frecuente ya que ningún viajero rico o pobre, era despedido y había generalmente un sitio para ellos a la mesa—, si venían de la Corte, Kate los acechaba y trataba de sustraerlos del alcance del oído de mi padre, para poder hablar de la Corte.

Supimos de esa forma que en verdad el Rey estaba cansándose de la Reina, que tenían disputas y que la Reina era imprudente y mostraba poco respeto por la majestad del Rey; oímos que el Rey estaba interesado en una joven mujer no muy apuesta y algo taimada, que era una de las damas de honor de la Reina. Jane Seymour era dócil y sumisa, pero con una familia muy ambiciosa que no veía por qué, desde el momento que el Rey había repudiado a Catalina de Aragón, una princesa española y tía del gran Emperador Carlos, no podía dar el mismo tratamiento a la hija del comparativamente humilde Thomas Bolena.

Si hubiera tenido un hijo, oíamos decir, todo hubiera sido diferente. Pero Ana no podía darle un hijo como tampoco había podido Catalina y corrían rumores de que Jane ya estaba embarazada del Rey.

Kate solía estirarse sobre el pasto alto y hablar interminablemente acerca de las cosas de la Corte. Había dejado de imaginarse que era la Reina Ana, era ahora Jane Seymour, pero el rol de la sumisa Jane sujeta a los hermanos ambiciosos no le sentaba tan bien como el de la orgullosa Ana Bolena. Tenía una tendencia a despreciar a Jane.

—¿Cuánto tiempo cree que va a durar? —preguntaba casi con enojo.

La actitud de Kate hacia Bruno estaba cambiando, como también la mía.

Yo esperaba nuestras visitas secretas. Me gustaba contemplar su cara mientras hablaba y siempre trataba de desviar la conversación de la influencia de Kate. Me hacía sentir más cerca de él. A Bruno le gustaba hablar conmigo pero le gustaba mirar a Kate; en realidad apenas me miraba cuando ella estaba allí. Ella lo intimidaba: le gustaba darle órdenes, cosa que lo exasperaba y enojaba, pero parecía aumentar su interés por ella. Una o dos veces ella hizo veladas alusiones al hecho de que él nos había hecho entrar a la Abadía y nos había mostrado la Virgen.

—Pero fuiste tú la que quiso ir —dije, porque yo siempre me ingeniaba para estar del lado de Bruno, en contra de ella.

—Ah —replicaba—, pero fue él quien nos llevó —lo señalaba jubilosamente—. El pecado más grande fue el de él.

Luego se burlaba intolerablemente porque era el Niño Santo y él la corría. Yo la oía reír mientras Bruno la perseguía y cuando la alcanzaba rodaban sobre el pasto y él simulaba que iba a lastimarla. Ella lo provocaba como si deseara que lo hiciera, para tener algo más con qué mofarse de él. Yo siempre me mantenía un poco alejada de esos juegos pero siempre advertía la excitación que parecía apoderarse de ellos dos mientras jugaban rudamente.

Crecí rápidamente ese verano; había dejado mi niñez atrás. Sabía que Kate tenía privilegios especiales con Keziah, porque esta dejaba entrar a Tom Skillen a su habitación por las noches y no solamente a Tom Skillen. Keziah se parecía mucho a Kate en el gran interés que tenía por los hombres; cambiaba en su presencia como

Kate lo hacía, pero mientras Keziah era dulce y complaciente, Kate era arrogante y exigente. Pero noté que los hombres las advertían inmediatamente, así como ellas los notaban a ellos.

Kate me hizo algunas confidencias.

—Es hora de que crezcas, Damask.

Una noche vino a mi habitación y dijo:

—Levántate. Quiero enseñarte algo.

Me hizo subir con ella por la escalera de caracol hacia las habitaciones de servicio y al escuchar en la puerta de Keziah oí murmullos. Kate espió por el agujero de la cerradura y me hizo mirar a mí también. Solamente podía ver a Keziah en la cama con uno de los lacayos. Kate sacó una llave y cerró la puerta y luego bajamos en punta de pie hasta el descanso y nos fuimos de ahí a su habitación. Kate reía sofocadamente.

—¡Espera a que trate de salir y se encuentre encerrado con llave! —exclamó.

—Será mejor que abras la puerta.

—¿Por qué? —preguntó—. Entonces no sabrían que yo los vi.

Pensaba que era una buena broma, pero yo estaba preocupada por Keziah. Le tenía cariño y de alguna manera sabía que esas aventuras con hombres le eran necesarias y que sin ellas no hubiera sido la misma Keziah.

Su compañero de esa noche resultó ser Walt Freeman, quién al saltar de su ventana después del amanecer se rompió la pierna. En cuanto a Keziah, no podía trepar para salir por la ventana y ¿cómo podía salir si la puerta estaba cerrada? Walt inventó un cuento diciendo que había creído escuchar ladrones y que al salir temprano había tropezado con una raíz. Kate me hizo ir con ella cuando abrió la puerta frente a una Keziah perturbada.

—De manera que fuiste tú... ¡descarada! —exclamó Keziah.

—Nos escabullimos hasta arriba y te vimos en la cama con Walt —le contó Kate.

Keziah me miró y un lento sonrojo se le desparramó por la cara. Sentí pena de que Kate la descubriera ante mí.

—Realmente eres una buscona, Keziah —dijo Kate, sacudiéndose de risa.

—Hay más de una que es eso —observó Keziah intencionadamente, lo que hizo reír aún más a Kate.

Keziah me dio explicaciones cuando estuvimos solas.

—Verás Dammy, siempre he tenido demasiado amor para dar —me contó—. Hubiera sido diferente si hubiera tenido un marido. Eso es lo que me hubiera gustado, un marido y una cantidad de chiquitines como tú. No como esa Mistress Kate.

—¿Amas a muchos hombres, Keziah? —le pregunté.

—Bueno, mi patito, el problema es que los amo a todos y como no soy de la clase de mujer que dice No..., ahí estamos. De manera que será nuestro pequeño secreto y

no se lo dirás a nadie.

—Kezzie —observé—, pienso que todos lo saben.

Fue un hermoso día de mayo cuando oímos las noticias del arresto de la Reina. Nos sacudió a todos, si bien habíamos estado esperando que sucediera algo así.

El Rey y la Reina habían ido juntos a un torneo y luego el Rey partió repentinamente. En seguida la Reina fue arrestada y enviada a la Torre, también fueron allí algunos que se suponía eran sus amantes. Uno de ellos era su músico, un pobre muchacho llamado Mark Smeaton, al cual era imposible creer que la orgullosa Reina le hubiera concedido sus favores y, más escandaloso aún, su propio hermano fue acusado de ser su amante.

Mi padre nunca había creído que Ana Bolena fuera la verdadera Reina, pero ahora sentía enorme pena por ella, como creo que también la sentían muchos otros. Kate se había visto tan claramente identificada con la fascinante Reina, que para ella esto era casi una tragedia personal. Sobre todos nosotros tuvo un efecto moderador el hecho de que apenas tres años atrás Ana hubiera paseado por la ciudad en triunfo y estuviera ahora en un tenebroso calabozo en la Torre.

En cuanto a Keziah, le tenía mucha compasión.

—¡Misericordia! —se lamentaba—. ¡La pobre alma! ¿Y qué será de ella? Esa cabeza orgullosa rodará, y todo porque se le antojó un hombre.

—¿De manera que crees que es culpable, Keziah? —le pregunté.

—¡Culpable! —exclamó Keziah con los ojos relampagueantes—. ¿Es culpable traer un poco de consuelo a aquellos que lo necesitan?

Desde aquella noche en que Kate la había encerrado en su dormitorio con su amante, había sido franca conmigo. Yo no era una niña. Tenía que aprender las cosas de la vida, había dicho, y cuanto antes mejor. La vida para Keziah eran las relaciones entre hombres y mujeres. Sus ojos brillaban de enojo y era raro que ella se enojara con los hombres. Los adoraba, hacía bromas con ellos, los calmaba, los aplacaba, los satisfacía. Fueran rudos o dulces, implorantes o exigentes, ella los amaba a todos; pero les reprochaba que lo que ellos podían hacer con impunidad fuera considerado un crimen en una mujer. Ellos podían salirse con la suya y hacer su voluntad, por lo que a ella se refería, siempre que las mujeres que los complacían no fueran culpadas por hacer lo mismo. Pero cuando una mujer era castigada por compartir aquello que era natural en un hombre, era capaz de enojarse. Y ahora estaba enojada.

—El Rey —dijo—, no está por encima de un poco de diversión y de retozos. Y si la Reina, pobre alma, desea lo mismo..., bueno, ¿por qué no?

—Pero ella concebirá al futuro Rey.

—Mi pequeña, ¡qué lista eres! Estás creciendo y me alegra. Ya podemos tener unas charlitas, Mistress Damask. Pero no vayas a pensar mal de la Reina.

—¿Qué importa lo que yo piense de ella? Es lo que piense el Rey lo que cuenta y

él está dispuesto a pensar mal porque está interesado en Mistress Seymour.

Keziah se llevó un dedo a los labios.

—Ah, allí está la raíz de todo. Esta belleza pálida lo ha encaprichado y quiere un cambio. Los hombres están dispuestos a cambiar, si bien hay algunos que son fieles. Te diré esto, Mistress Damask, hay poco que yo no sepa de los hombres, pero siempre se aprende algo más. Yo conocía a los hombres antes de tener tu edad. Ya había tenido el primero entonces. Un apuesto caballero que vino montando por el bosque cuando yo estaba con mi abuelita, me dijo: «Encuéntrame en el bosque junto a la cabaña», esa era la cabaña de mi abuelita, «y tendrás un regalo para ti». Y yo fui a su encuentro y nuestra cama fue el helecho, que cuando todo está dicho y hecho, puede probar ser tan buen lecho para una virgen como uno de plumas.

Cuando regresé, mi abuelita preguntó:

—¿Qué es lo que tienes, Keziah?

—Un regalo. —Tenía cintas azules y estaba hecho de mazapán.

—Oh —dijo ella—, de manera que has ganado un regalo y has perdido la virginidad.

Y tuve miedo, ya que era menor que tú entonces.

Pero abuelita dijo:

—Bueno, nunca es demasiado temprano para aprender las cosas de la vida y tú siempre serás una que no sabrá decir No a los hombres, ni ellos a ti.

Llegó luego el día en que la Reina salió de su prisión caminando rumbo a Tower Hill, donde un verdugo traído de Francia con ese objeto le cortó la cabeza. Los cañones tronaron y el Rey se marchó a Wolf Hall para desposar a Jane Seymour.

No podía dejar de imaginarla en su litera, orgullosa y triunfante. Que hubiera tenido que llegar a esto era trágico y yo recordaba el comentario de mi padre acerca de que la tragedia de uno podía ser la tragedia de todos nosotros.

Las comidas eran más silenciosas que lo que habían sido generalmente; los visitantes que compartían nuestras comidas ya no hablaban tan libremente como antes.

Oímos que la nueva Reina esperaba un niño y un día atronaron los cañones; hubo mucho regocijo porque Jane Seymour le había dado al Rey lo que él más deseaba, un hijo. Había perdido la vida dándole esta gran bendición, pero la cuestión importante era que finalmente el Rey tenía su heredero. Se nos ordenó beber en honor al nuevo Príncipe y lealmente lo hicimos.

¡Pobre Eduardo, huérfano de madre, el heredero del Rey! Indudablemente se uniría con sus hermanas en la nursery, con María, la hija de la Reina Catalina, que ahora era una joven de veintiún años y Elizabeth, la hija de Ana Bolena, que no tenía más de cuatro.

Todos suponíamos que no pasaría mucho tiempo antes de que el Rey buscara una

nueva esposa. ¡Pobres Reinas, Catalina, Ana y Jane! ¿Quién sería la próxima? Lo que oímos no fue acerca de la próxima Reina sino algo bastante diferente. Keziah se reía con Tom Skillen.

—Misericordia. Bueno, parece que después de todo los monjes y las monjas son humanos.

—No es eso lo que se espera que sean —dijo Tom, y rieron juntos.

Otros tomaban el asunto más seriamente. Mi padre estaba muy preocupado. Parecía que habían habido algunas quejas con respecto a la conducta de monjas y monjes en varios conventos y monasterios de todo el país y eso estaba dando lugar a grandes escándalos.

Kate me contó acerca de ello.

—Encontraron un monje en la cama con una mujer —dijo—. Y lo han extorsionado y ha estado pagando durante meses. Un Abad tiene dos hijos y se ha asegurado de que ambos tengan buenas posiciones en la iglesia.

—Pero los monjes no salen al mundo. ¿Cómo pudieron hacer tales cosas?

Kate rio.

—Oh, hay unos cuentos. Dicen que hay un túnel que comunica un convento y un monasterio y que las monjas y los monjes se encuentran para hacer orgías. Dicen que hay un cementerio donde entierran a los bebés que tienen las monjas y que a veces los sacan subrepticamente.

—Son todas tonterías —dije.

—Puede haber algo de verdad en ello —insinuó Kate.

—¿Pero por qué habrían de depravarse repentinamente los monjes y las monjas?

—Lo han hecho desde hace mucho tiempo y solamente recién se ha descubierto.

No podía esperar para ver a Bruno. Quería burlarse de él por lo que había sabido.

—De manera que parece ser que no son tan santos ustedes en sus abadías —dijo mientras estaba recostada sobre el pasto, sacudiendo sus pies en el aire.

Bruno la contempló con una extraña expresión que yo ya había visto antes y que nunca me había sabido explicar.

—Hay un complot —dijo fieramente—. Es un complot para desacreditar la Fe.

—Pero la Fe no debería estar en posición de ser desacreditada.

—Se puede decir cualquier mentira.

—¿Son todas mentiras? ¿Cómo pueden serlo?

—Quizás haya fallas.

—¿De manera que lo admites?

—Admito que tal vez algunos cuentos puedan ser ciertos, pero ¿por qué hay que desacreditar a los monasterios porque haya uno o dos malos?

—La gente que pretende ser santa rara vez lo es. Todos hacen cosas perversas. Mírate a ti, el Santo, que nos llevaste a ver a la Virgen.

—Eso no es justo, Kate —dije.

—Los niños pequeños deben hablar solamente cuando se les habla.

—No soy una niña pequeña —repliqué con ardor.

—Tú no sabes nada, de modo que cállate.

Sabía que Bruno estaba muy intranquilo y suponía que era debido a la tensión que había en la Abadía. Mi padre me lo contó. Se sentía muy desgraciado.

—La vida está llena de pruebas —decía con tristeza—. Uno no sabe cuándo esperar la próxima tormenta ni en qué dirección vendrá.

—Todo parece haber empezado cuando el Rey cambió de esposas —dije—. Antes de eso parecía haber tanta paz.

—Puede haber sido así —admitió mi padre—, o puede haber sido que tú eras demasiado pequeña para advertir los problemas. Alguna gente nunca lo nota. Verdaderamente, creo que tu madre no se percata de estas nubes de tormenta.

—Está demasiado ocupada con sus rosas.

—Me gusta que así lo haga —dijo mi padre con una sonrisa tierna.

Y yo pensé en lo buen hombre que era y en lo contento que podría haber estado si hubiera podido vivir felizmente con su familia, navegando río arriba a trabajar, conduciendo sus juicios y regresando luego al hogar para escuchar nuestros asuntos domésticos. Con seguridad que hubiéramos podido ser una familia serena.

Y fue entonces que San Bruno se vio amenazada.

Mi padre me habló del asunto. Rápidamente yo me estaba convirtiendo en su confidente. De vez en cuando hablaba con Rupert y Simón y discutían de negocios, pero creo que hablaba más libremente conmigo sobre sus más profundos pensamientos.

Caminábamos hacia el río cuando me dijo:

—Temo por la Abadía. Se ha enriquecido desde el milagro. Creo que es una de las que Thomas Cromwell codicia en nombre del Rey.

—¿Qué le ocurriría, entonces?

—Lo que les ha sucedido a otras. Sabes que algunos de los monasterios más pequeños ya han sido tomados.

—Se dice que los monjes que había en ellos eran culpables de conducta incorrecta.

—Se dice..., se dice..., Qué fácil es decir, Damask. Es tan fácil encontrar quienes atestigüen contra otros, en especial cuando reciben beneficios con ello.

—Simón Caseman decía que solamente se han suprimido aquellos monasterios en los que han descubierto monjes culpables de ignominias.

—Oh, Damask, estos son tiempos tristes. Piensa en todos los años en que florecieron los monasterios. Han hecho tanto bien por el país. Han aportado una influencia moderadora. Se han ocupado de los enfermos. Han dado trabajo a la gente,

los han acercado al camino de Dios. Pero ahora que el Rey se ha convertido en Cabeza Suprema de la Iglesia —y un hombre puede perder su cabeza por negarlo—. Cromwell busca enriquecer al Rey suprimiendo los monasterios y transfiriendo su riqueza de la Iglesia al Estado. Y desde el milagro, San Bruno se ha convertido en una de las abadías más ricas. Tiemblo. El Hermano John me dice que el Abad ha tenido que guardar cama. Es un hombre enfermo y temeroso. El Hermano John teme que no sobrevivirá a la pérdida de San Bruno y yo lo creo cierto.

—Oh, padre, esperemos que los hombres del Rey no vengan a nuestra Abadía.

—Rogaremos por ello, pero será un milagro si no vienen.

—Ya hubo antes un milagro.

Mi padre inclinó la cabeza.

Traté de consolarlo y creo que lo logré en alguna medida. ¡Pero qué días intranquilos eran!

Mi madre me había enviado a llevar una canasta con pescado y pan a la vieja Madre Garnet que estaba confinada en cama. Vivía en una pequeña cabaña de una habitación y dependía de nuestra casa para su sustento. Keziah vino conmigo para llevar la canasta.

Habíamos estado en la cabaña, escuchando el cuento que la Madre Garnet nos contaba acerca de cómo había enterrado a todos sus hijos. Regresábamos, cuando escuchamos el sonido de cascos de caballos sobre el camino y salió a la vista una partida de alrededor de cuatro hombres conducidos por un jinete en un gran caballo negro.

Nos llamó.

—¡Eh! —exclamó—, indíquenos el camino a la Abadía de San Bruno.

Sus modales eran arrogantes, casi insolentes, pero Keziah no pareció notarlos.

—Vaya, señor —exclamó ella, haciendo una ligera reverencia—, están apenas a la distancia de una pedrada.

Advertí sus ojos sobre Keziah: su boca apretada se aflojó un poco y sus pequeños ojos negros parecieron desaparecer dentro de la cabeza cuando bajó los párpados sobre ellos.

Adelantó su caballo. Rápidamente sus ojos me recorrieron, luego volvió a mirar a Keziah.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Soy de la casa grande y esta es mi pequeña señora.

El hombre asintió nuevamente con la cabeza, se inclinó hacia delante sobre la montura y tomando la oreja de Keziah entre sus dedos tiró de esta hacia él. Ella chilló de dolor y los hombres de la partida rieron.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Soy Keziah, señor y la joven dama es...

—Apuesto a que eres una buena mozueta, Keziah —dijo—. En algún momento lo probaremos. —La soltó y prosiguió—: ¿A la distancia de una pedrada, eh? Y sobre este camino.

Cuando se marcharon miré a Keziah, cuya oreja estaba roja dónde la había pellizado.

—Era todo un hombre, ¿no crees, señorita? —dijo Keziah con una risita.

—Todo una bestia —repliqué con vehemencia.

Estaba temblando por el encuentro, porque había algo bestial en el hombre que me había horrorizado. Parecía tener el efecto contrario sobre Keziah. La había excitado; podía escuchar esa emoción familiar en su voz.

—Te lastimó —dije indignada.

—Oh, era un pellizcón cariñoso —repuso Keziah, feliz.

Más adelante descubrí que el hombre era un tal Rolf Weaver, el dirigente de una banda que había venido a tasar los tesoros de la Abadía.

Mi padre estaba sumamente afligido.

—Los hombres de Cromwell están en la Abadía —dijo—. Esto matará al Abad.

Lo que eso significó fue el comienzo del fin de San Bruno como la habíamos conocido. Su santidad fue inmediatamente destruida. Los hombres de Weaver hacían ruido en los claustros, arrasaban las bodegas de la Abadía y se emborrachaban con frecuencia, llevaban muchachas y las obligaban a acostarse con ellos en los jergones de los monjes y tenían el impío placer en profanar las celdas. Las muchachas decían que iban porque no se atrevían a desobedecer a los hombres de Cromwell y yo sabía que no pasaría mucho tiempo antes que Keziah fuera allí, y cuando me la imaginaba con Rolf Weaver me sentía mal.

El Hermano John vino solo a ver a mi padre; le contó que el Abad se había impresionado tan penosamente que había tenido un ataque y no podía moverse de la cama.

—Me temo que su fin esté próximo —dijo mi padre—. Esto lo matará.

Cuando al día siguiente ni el Hermano John ni el Hermano James vinieron a la casa, mi padre fue hasta la Abadía en un intento por verlos. Se le impidió entrar y uno de los hombres de Rolf Weaver le preguntó qué quería y cuando mi padre repuso que había ido a ver a dos hermanos seglares se le dijo que no se permitía a nadie entrar ni salir de la Abadía.

—¿Cómo está el Abad? —preguntó mi padre—. He oído que está muy enfermo.

—Enfermo de miedo —fue la respuesta—. Está asustado porque ha sido descubierto. Eso es todo lo que tiene. Miedo.

—El Abad ha vivido una vida santa —dijo mi padre indignado.

—Eso es lo que usted piensa —fue la respuesta—. Espere a que le contemos lo que hemos encontrado.

—Sé que cualquier acusación que se haga contra él será falsa.

—Entonces mejor que sea usted cuidadoso. A los hombres del Rey no les gustan aquellos que son demasiado amigos de los monjes.

Mi padre tuvo que retirarse y no lo había visto tan deprimido desde la ejecución de *Sir Thomas More*.

Esa misma noche. Kate y yo vimos a Keziah venir tambaleándose un poco. Supuse que había estado en la Abadía. Kate la olió.

—Has estado bebiendo, Keziah —la acusó.

—Oh, Kezzie —le dije reprochándola—, has estado con ese hombre.

Keziah seguía asintiendo con la cabeza. Nunca la había visto embriagada antes, si bien le gustaba la malta y la bebía generosamente, debía haber tomado algo fuerte para estar como estaba.

Los ojos de Kate brillaban de excitación. Sacudió a Keziah y le dijo:

—Cuéntanos lo que sucedió. Has estado haciendo otra de tus jugarretas.

Keziah comenzó a reírse.

—Qué tipo —murmuraba—. ¡Qué tipo! Nunca en mi vida...

—¿Fue Rolf Weaver entonces?

Keziah seguía cabeceando.

—Me mandó buscar. «Traigan a Keziah», dijo. De manera que tuve que ir.

—Y bien gustosamente que fuiste —dijo Kate—. Prosigue.

—Y allí estaba y él... —comenzó a reírse nuevamente.

—No fue ninguna experiencia nueva para ti —afirmó Kate—, de manera que ¿por qué estás en estas condiciones?

Pero aparentemente había sido una nueva experiencia. No podía hacer otra cosa que cabecear y reírse. De manera que Kate y yo la acostamos. Notamos que tenía magulladuras en su cuerpo grande, suave y blanco. Yo tenía escalofríos, pero Kate estaba muy excitada.

Afuera de las puertas de la Abadía habían levantado una horca. De ella colgaba el cuerpo de un monje. Se veía grotesco, como un gran cuervo, con el hábito que se sacudía. Su crimen había consistido en tratar de llevar una parte de los tesoros de la Abadía a un orfebre de Londres. Indudablemente, había tratado de escaparse también, pero los hombres de Weaver lo habían atrapado. Era una lección para cualquiera que tratara de burlarse de su autoridad y de esconder del Rey los tesoros de la Abadía.

Fue horrible. Ninguno de nosotros queríamos pasar por las puertas de la Abadía. Permanecíamos dentro de la casa, temerosos de salir.

De todo lo que había ocurrido, esto era lo más terrible. Parecía que todo nuestro mundo se despedazaba alrededor nuestro. Pasara lo que pasara, la Abadía siempre había estado allí, poderosa y sólida; ahora hasta sus cimientos se sacudían.

Pensaba a menudo en Bruno y me preguntaba que le estaría sucediendo. Vería a

esos hombres rudos sentados a la mesa del refectorio, donde alguna vez se sentaron los monjes observando sus reglas de silencio.

Los vería invadiendo las celdas, llevando allí muchachas chillonas solamente por el gusto de profanar los lugares sagrados. La capilla silenciosa sería profanada.

Oré por Bruno, mientras mi padre rogaba porque no cayera sobre el Abad ningún daño y porque la Abadía fuera salvada, si bien era una esperanza desesperanzada, ya que los hombres de Cromwell habían venido a hacer su inventario.

Kate y yo hablábamos de Bruno mientras la demás gente hablaba de la Abadía.

—Deberíamos tratar de verlo —decía—. Podríamos ir a través de la puerta.

Pensé en todos esos hombres rudos vagando por la Abadía.

—No nos atrevamos ahora —rogué.

Por una vez Kate aceptó mi punto de vista. Tal vez ella tuviera miedo de verse atrapada por uno de esos hombres y forzada dentro de una de las celdas, ya que algunas de las muchachas habían dicho que las habían obligado. Eso ofendía la naturaleza quisquillosa de Kate. Kate deseaba recibir admiración antes que dar satisfacción física. Más adelante habría de descubrir que era la clase de mujer que desea ser perpetuamente cortejada y raramente conquistada.

No contemplaba la idea de entrar por la puerta. Pero hablaba de Bruno y había algo en su manera de hablar que me aseguraba que era tan importante para ella como lo era para mí.

—Habría un milagro —me decía—. Verás. Por eso fue enviado. Fue puesto en la cuna para que estuviera en estos momentos. Verás.

Decía en voz alta nuestros pensamientos. Todos esperábamos un milagro y provendría del Niño Santo.

La atmósfera estaba tensa por la espera.

Y luego llegó el clímax. Pero no fue el milagro que esperábamos.

Kate vino a mi habitación. Era pasada la medianoche. Se veía hermosa con su bata azul y el pelo largo rubio sobre los hombros.

—Despierta —dijo. Pero yo no dormía. No sé si fue alguna premonición que me tuvo despierta esa noche. Fue casi como si yo supiera que ese iba a ser el final de una época.

Me dijo:

—Keziah no está en su habitación.

Me senté en la cama.

—Está con uno de los hombres.

—Sí, con un hombre en la Abadía. Me atrevería a jurarlo.

—Ese hombre. ¡La mandó buscar nuevamente!

—Ella fue bastante a gusto. Es... horrible.

—Keziah siempre fue así.

—Sí, lo sé. Basta que un hombre le haga una seña y ella ya está detrás de él. Me pregunto cómo tu padre le permite estar en la casa.

—No creo que él lo sepa.

—Tiene la cabeza en las nubes. Un día se la cortarán si no tiene cuidado.

—Kate ¡no te atrevas a decir semejantes cosas!

—Debo decir lo que siento. Todo ha cambiado tanto. ¿Recuerdas cuando fuimos a ver a la Reina Ana? Qué diferente parecía entonces. Ahora todo ha cambiado.

—No, entonces ya estaba cambiando. Siempre ha estado cambiando, pero parece ser que la tragedia se está acercando...

Sentada en el borde de mi cama, abrazándose las rodillas, Kate parecía pensativa. No deseaba esa clase de excitación. Quería bailes y alegría, el placer de usar ropa fina y alhajas, de tener hombres que la desearan.

—Es hora que tu padre piense en un candidato para mí —dijo—. Y en todo lo que piensa es en lo que está sucediendo en la Abadía.

—Todos pensamos en eso.

—Hace tanto tiempo que no vemos a Bruno —dijo Kate—. Me pregunto...

Nunca la había visto tan preocupada antes por nadie. Continuó:

—Hablemos de cosas agradables. Olvidemos a Weaver y a sus hombres y a la Abadía.

—No podríamos olvidarlo por mucho tiempo —respondí— porque forma parte de nuestras vidas y lo que esté sucediendo allí nos está sucediendo a nosotros.

Pero Kate deseaba hablar de cosas agradables. Su casamiento, por ejemplo. El Duque o Conde la llevaría a la Corte. Sería rico y complaciente; pero estaba medio ausente y mientras hablaba de los esplendores por venir yo sabía que estaba pensando en Bruno.

¿Fue premonitorio? Eran las cinco de la mañana cuando Keziah volvió. Kate la había visto tambaleante a través del patio y la llevó a su habitación. Estaba sin zapatos ni medias y sus pies sangraban: su vestido estaba destrozado y vi un gran cardenal sobre uno de sus hombros. Parecía estar embriagada, pero no podía oler a bebida en su aliento.

Exclamé:

—¿Qué ha sucedido?

—Parece haber perdido el juicio —dijo Kate—. Por cierto que algo le ha sucedido.

Keziah me miró y me tendió una mano. La tomé. Temblaba.

Pregunté:

—Keziah, ¿qué hay? ¿Qué ocurrió? Has sido herida.

—Señorita Damask. Soy una pecadora. Las puertas del infierno están abiertas para mí.

—Cálmate, Keziah. ¿Qué sucedió? ¿Cómo es que estás en este estado?

—Viene de la Abadía —dijo Kate—. Vienes de la Abadía, Keziah. No trates de negarlo.

Keziah sacudió la cabeza.

—No. No de la Abadía. He pecado..., he cometido un pecado horrible. He contado lo que debía estar encerrado aquí. —Se golpeó el pecho con tanta violencia que pensé que se haría daño.

Dije:

—Por amor de Dios, Keziah, ¿qué has hecho?

—Les conté. Le he contado a él y ahora el mundo entero sabrá lo que era un secreto sagrado. ¿Qué harán ahora, Señorita Damask?

—Será mejor que nos cuentes lo que saben —dijo Kate—. Y más vale que te apures.

Keziah puso los ojos en blanco y luego rompió a llorar con sollozos amargos. Sentía como si me hubiera perdido en una pesadilla. Sabía que había sucedido algo siniestro. Nunca había visto antes en ese estado a la despreocupada y sensual Keziah. Si hubiera sido una jovencita inocente, habría pensado que había sido violada por los monstruos que invadían la Abadía, pero Keziah no era ninguna niña inocente. Ella habría disfrutado con semejante experiencia.

Pero esta era una pena real, una pena desolada. Keziah se hallaba atormentada.

Dije suavemente:

—Cuéntanos, Kezzie. Te ayudará. Comienza por el principio y cuéntanos todo.

Se volvió hacia mí y yo la abracé. Se estremeció de dolor. Su cuerpo grande, un poco flácido, temblaba.

—He hablado —balbuceó—. He contado lo que nunca debió ser dicho. He hecho algo terrible. Me asombra que el mismo Satanás no venga a buscarme.

—Empieza por el principio —ordenó Kate—. Cuéntanos todo. Estás murmurando tonterías solamente.

—Sí, hablar te hará bien, Kezzie —dije—. Dudo que sea tan malo como piensas.

—Es terrible, Señorita Damask, estoy condenada. Las puertas del infierno se están abriendo...

—No empieces con eso de nuevo —dijo Kate impacientemente.

—Ahora, ¿qué sucedió? Ese hombre envió por ti y tú fuiste alegremente.

—Oh, fue antes de eso, Señorita Kate. Fue mucho antes de eso. Fue cuando encontré la puerta en la pared. Fue allí cuando empezó todo.

¡La puerta en la pared! Kate y yo intercambiamos miradas.

—Estaba cubierta de hiedra y nadie podía saber que allí había una puerta, pero yo la encontré..., y la atravesé. Caminé en tierra consagrada. Debía haber sabido que desde ese momento estaba condenada.

—No digas tonterías —interrumpió Kate cortante—. Si no hubiera habido una puerta no la hubieras hallado. No puedes culparte por encontrarla y atravesarla. Eso fue natural.

—Pero no terminó allí, señorita. Lo vi..., y se había sacado los hábitos de monje y no parecía el mismo sin ellos, un hombre, nada más. Estaba cuidando las hierbas y sacando algunas y era un hombre apuesto, eso estaba bien claro. Lo contemplé y lo llamé y cuando me vio se sorprendió. Me ordenó que me marchara rápidamente. Después dijo que había pensado que yo era alguna visión enviada por el Diablo para tentarlo, lo cual fui en cierto modo. El Demonio nos tentó a los dos.

—Sigue —dijo Kate excitadamente y comencé a vislumbrar algo porque tuve una confusa visión del hecho al que todo esto nos conduciría.

Lo podía imaginar bien claramente. El Hermano Ambrose trabajando allí y Keziah tentándolo con esa descarada sensualidad que le era inherente y que probaría ser su ruina.

—Lo observé trabajar y le dije que era una pena que esa hombría magnífica estuviera desperdiciándose y todo lo que él podía decir era: «Apártate de mí, Satanás». Pero yo era perversa y pude ver que me estaba esperando, no podía pensar en ningún otro hombre que no fuera él y sabía lo que yo era para él. De manera que nos acostamos sobre el pasto alto e hicimos lo que era natural para la mayoría de los hombres menos para él, que era monje, y que era lo que más excitante lo hacía para mí. También para él, me imagino. Y yo volví y esa vez él no acudió porque estaba ocupado en su celda rascándose con su camisa de crin o arrodillado delante de la cruz pidiendo una purificación o algo así. Así solía decirme, pero yo no lo escuchaba. Siempre sabía que él volvería y que deseaba estar allí tanto como yo. Y así fue. Pero entonces quedé encinta. Sabía que les había sucedido a otras antes que a mí, pero esto era diferente. Sería el hijo de un monje.

—Juraría que no era la primera vez que te sucedía eso —dijo Kate, con los ojos brillantes por la excitación.

—Esa fue la primera vez, si bien me ha sucedido desde entonces y me he liberado de mis cargas con la ayuda de mi vieja abuelita. Si no hubiera sido la primera vez, tal vez yo hubiera actuado de otra manera. Pero allí estaba yo encinta..., de un monje. Tenía miedo. De manera que no dije nada..., nada a él, nada a nadie y después estuve de seis meses y se empezaba a notar, de manera que acudí a mi vieja abuelita en el bosque. Era una mujer sabia. Ella sabría qué hacer. «¡Has esperado demasiado, Kez!», me dijo. «Tendrías que haber venido tres meses atrás. Ahora sería peligroso. Tendrás que tener el niño».

»De manera que le conté todo y que era la semilla de un monje la que me había hecho el hijo y entonces ella rio, rio tanto y tan fuerte que me hizo sentir mejor. “Vuelve a la casa”, dijo, “y usa tus enaguas más grandes... Diles que tu tía de Black

Heath está enferma y te manda llamar. Te quedarás con ella por una temporada”. De manera que hice como ella decía y me puse en camino con algunas cosas en las alforjas de mi montura. Iba a viajar con un grupo que mi abuelita estaba organizando. Pero permanecí con ella y me tuvo en la cabaña. Y nadie lo supo porque ella tenía una idea sobre lo que debíamos hacer cuando el niño naciera. Fue en busca de Ambrose y él vino a la cabaña —a pesar de vivir enclaustrado y de romper sus votos— y el niño debía nacer para el tiempo de Navidad. No quería hacerlo, pero mi abuelita tenía poderes maravillosos. Él decía que ella era el Diablo con faldas porque creía que había vendido su alma al Diablo. Ella lo tentaba. “Es tu propio hijo”, le decía. “La semilla de tus entrañas. Querrás verlo alguna vez, cuidarlo”.

»Este plan se le ocurrió a mi abuelita porque cuando el niño nació era Navidad. Se sentaba hamacándose junto al fuego y hablando con el gato. El niño aparecería en el pesebre, de manera que pensarán que era un Niño Santo. Mi abuelita decía que lo criarían en la Abadía y que tal vez fuera Abad algún día. Harían un caballero educado de él, que era diferente de ser el bastardo de una sirvienta. De manera que lo planeamos y en esa víspera de Navidad yo llevé mi bebé a través de la puerta secreta y Ambrose lo tomó y lo colocó en la cuna.

Kate y yo estábamos atónitas. No lo podíamos creer. Bruno, el Niño Santo, cuya llegada había sido un milagro que había cambiado a San Bruno de una Abadía zozobranante en una próspera, ¡era el hijo de un monje y una chica de la servidumbre! Y sin embargo, a pesar de lo que clamáramos contra esa historia fantástica, la creíamos cierta.

—Criatura perversa —gritó Kate—. Todo este tiempo nos has estado engañando a nosotros..., y al mundo.

Pensé que iba a golpear a Keziah. Estaba tan enojada y yo sabía que no podía tolerar el pensar en el cambio de la condición de Bruno. Se había burlado de él como el Niño Santo, pero había deseado que fuera diferente del resto de todos nosotros.

Keziah comenzó a sollozar.

—Pero ahora no los estoy engañando —dijo—. Y eso es lo más perverso de todo. Ahora todo el mundo lo sabe.

—Keziah —exclamé—, ¡le contaste a ese..., hombre!

Se meció hacia delante y atrás en su miseria.

—Señorita, no pude evitarlo. Me envió a buscar para que fuera a la posada, la posada de la Abadía. Fui llevada a una habitación allí y me ordenó que me desvistiera y me acostara en la cama. Así lo hice y lo esperé, porque pensaba que...

—Sabemos lo que pensaste, prostituta —exclamó Kate.

—Pero no era eso —dijo Keziah—. Vino y se inclinó sobre mí y me acarició rudamente y dijo: «Ya no eres una prostituta joven, Keziah, pero hay mucho de prostituta todavía en ti, ¿eh?». Y yo reí y pensé que era una especie de juego amoroso

y luego él tomó una cuerda y me ató por los tobillos a los postes de la cama. Yo luché un poco, pero no demasiado.

—¿Pensaste que iba a ser una clase de juego, lo que tú llamas..., juego amoroso? —dijo Kate.

—Eso pensé, señorita..., justo hasta que vi el látigo. Entonces chillé y él me atravesó la cara de un golpe y ordenó: «Nada de ruido, puerca».

—Le pregunté qué más quería de mí porque yo no tenía nada más para dar. «Oh, sí que tienes, Keziah», dijo. «Tienes algo que yo deseo y vas a dármelo también, aunque tenga que matarte para sacártelo». Estaba aterrada, señorita, demasiado aterrada para gritar porque parecía un desalmado inclinado sobre mí, relamiéndose como suele hacerlo un hombre cuando mira una mujer desnuda, pero con un deleite que yo no había visto antes. Luego continuó: «Tú tuviste algo que ver con los monjes. No vas a decirme que una mujer como tú no retozó un poco detrás de las paredes grises. Te has llenado de lacayos, caballeros, jardineros y todos los viajeros que han venido por estos lados. Habrás querido un poco de cambio, ¿no es así?».

»Entonces con mi pecado que me pesaba me puse a temblar y él lo vio y lo hizo reír aún más. “Vas a contarme, Keziah”, dijo. “Vas a contarme acerca de todos esos revolcones sobre el altar y en las capillas sagradas”. Yo grité: “No fue allí. No fue allí. No fuimos tan pecadores como eso”. Y entonces él dijo: “¿Dónde pecaste entonces, Keziah?”. Apreté la boca y no quería hablar. Entonces me dio latigazos, Señorita. Yo di un alarido. Y él dijo: “Grita todo lo que quieras, Keziah. En este lugar están acostumbrados a los alaridos y no se atreven a quejarse. Eso fue para que lo saborees. Fue el principio”.

»Podía sentir la sangre tibia en mis muslos. Entonces se inclinó sobre mí y me acarició, con su manera ruda. Tomó mi oreja entre los dientes y la mordió. Me amenazó: “Keziah, si no hablas, te dejaré el cuerpo de manera que ningún hombre quiera acostarse más contigo, le dejaré tantas cicatrices en la cara que los hombres se estremecerán cuando te miren. Los desearás igual, pero ellos no te desearán. No te será tan fácil tener esa mirada de estoy-dispuesta-y-preparada-señor, que me diste en el camino cuando nos vimos por primera vez”. Y yo temblaba y me dije a mí misma: No debo hablar. No debo hablar. No debo contarle. Y no hablé y él se inclinó sobre mí y dijo: “Solamente una vez más para recordarte como lo disfrutas, eh”. Y luego estuvo encima mío con esa fiereza que daba más dolor que placer. Oh, señorita, lo que he hecho.

—¡No le habrás contado a esa bestia! —gritó Kate.

Asintió con la cabeza.

—Tenía el látigo. Decía todas las cosas que me haría y entonces yo grité. «Te contaré..., te contaré todo...». Y le conté acerca de Ambrose y cómo lo había tentado y cómo mi abuelita lo había persuadido de poner el niño en la cuna y hacerlo santo. Y

simplemente él me observaba y nunca vi semejante cambio en un hombre. Se reía tanto que creí que se había vuelto loco. Entonces desató mis cuerdas. Dijo: «Curarás pronto, Keziah. Estarás mejor que nunca. Eres una buena chica y esta ha sido una buena noche de trabajo».

—De manera que me puse la ropa y no pude encontrar mis zapatos... Salí trastabillando de la posada y llegué a casa. Ahora ya está dicho. El secreto ya no existe.

Qué acertada estaba. El secreto había sido revelado.

Qué rápida, qué súbitamente estaba empezando a advertir las violentas pasiones de los hombres. Esos pocos días permanecerán siempre en mi mente como los más horribles que haya conocido jamás. Tal vez conocí horrores más grandes después, con toda seguridad mayores sufrimientos, pero durante esos días me vi sacudida para siempre de mi niñez. Me parecía que desde aquel día en que había estado con mi padre a orillas del río y había visto pasar al Rey con el gran Cardenal me había dirigido lenta pero certeramente hacia este clímax.

Durante toda la mañana siguiente esperamos que cundiera la noticia. Sabíamos que no podía tardar. Pero tanto Kate como yo habíamos estado demasiado estupefactas para hablar de ello con nadie. Apenas si lo mencionamos entre nosotras y cuando lo hicimos fue con voces apagadas.

¿Lo sabía Bruno?, me preguntaba. No podía tolerar que lo supiera. Sabía que para él significaba tanto ser el Niño Santo.

Tenía que ver a Bruno. Me asombraba la fuerza de mis sentimientos. No me importaba qué peligros tuviera que afrontar. Quería decirle que para mí no hacía diferencia que fuera hijo de Keziah y de un monje. En verdad sentía cierto alivio, si bien advertía el desastre que significaría para la Abadía. Pero debía verlo, de manera que salí sola y corrí hasta la puerta secreta, retiré la hiedra y entré a los terrenos de la Abadía. El corazón me latía tan rápidamente que sentí como si fuera a sofocarme. No me atreví a detenerme a pensar en lo que sucedería si me encontraban allí. Me dirigí al sitio donde solíamos encontrar a Bruno y me escondí bajo la mata de arbustos donde Kate y yo nos escondíamos esperando, un poco absurdamente, que él viniera. Fue de esta manera que presencié la terrible escena.

Debí haber esperado allí alrededor de una hora y finalmente vino, pero no estaba solo. El monje Ambrose estaba con él.

Lo recordé, porque lo había visto cuando Keziah me había puesto sobre la pared y yo había estado asombrada del descaro de Keziah con el monje.

Tan pronto como vi a Bruno resultó evidente que sabía. Tenía una mirada extraña. Ambrose le hablaba. Deben haber ido allí porque era un terreno sin cultivar y era raramente usado.

—No puedes entender —decía Ambrose y su voz me llegó claramente—. Quería

cuidarte. Quería jugar mi parte en criarte. Estuvo mal. Fue perverso. Era una forma de blasfemia..., pero lo hice porque no podía tolerar apartarme de ti.

Había una angustia en su voz que me estrujó el corazón. Podía muy bien entender el terrible remordimiento y la tribulación que había sufrido. Lo podía imaginar torturándose en la soledad de su celda. El pecador cuyas acciones le habían cerrado las puertas del Paraíso. Adán debió haberse sentido de esa manera cuando comió la fruta prohibida.

Estaba muy emocionada por el Hermano Ambrose. Pienso que fue porque recordaba que mi padre había deseado una familia y había dejado la Abadía por eso, que era evidentemente lo que Ambrose debió haber hecho. En cambio, había intentado tener lo mejor de los dos mundos, la celda del monje y su hijo. Lo comprendía muy bien y desee que Bruno le dijera que él lo entendía.

Pero Bruno estaba silencioso.

—He sufrido un millón de veces por mi pecado —prosiguió el Hermano Ambrose—. Pero he tenido una gran alegría cuidándote. ¿No sentías el mayor cariño que te daba? ¿No sentías como yo, que tú eras mi propio hijo? Estaba celoso de tu cariño por Clement, de las horas que pasabas con Valerian. Quería ser yo quien te enseñara tu griego y latín; quería cocinarte golosinas en mi horno. Y todo lo que podía hacer era enseñarte acerca de las hierbas y sus propiedades curativas y también de las crueles. Pero envidiaba a todos los demás el tiempo que pasaban contigo. Te querían a su modo..., pero yo era tu padre. Me gustaría oírte llamarme así..., alguna vez.

Todavía Bruno permanecía en silencio.

Podía imaginármelo todo tan claramente, el niño creciendo, el padre ansioso, su amor por el chico, su encanto en contraste con su terrible remordimiento. Podía entender su júbilo y su sufrimiento y quería gritar: «Bruno, háblale tiernamente. Hazle saber que te alegra llamarlo padre».

Pero Bruno permanecía callado como si estuviera aturdido.

Y entonces la escena cambió porque oí una fuerte voz grosera que decía:

—De manera que allí están Padre e hijo, ¡eh! —Y para mi horror vi aparecer a Rolf Weaver.

Me hundí entre los arbustos. Empecé a pensar en Keziah acostada desnuda sobre la cama con cuerdas atadas a los tobillos y rogué porque los arbustos me ocultaran. No podía imaginarme cuál sería mi suerte si era descubierta. Este hombre, tan bestial, tan rudo, que era capaz de actos que no podía entender del todo, era un espectáculo aterrador. Su jubón estaba abierto casi hasta la cintura y podía ver el negro de su pecho; tenía la cara roja y el pelo le crecía bajo en la frente. Era una bestia personificada. Me daba muy bien cuenta que era capaz de cometer cualquier crueldad. Me maravillaba que Keziah pudiera haberlo encontrado atractivo, aún antes que la tratara tan vilmente. Pero Kate decía que las mujeres como Keziah

encontraban placer en una cierta clase de crueldad. Recordaba lo que ella había dicho acerca de su rudo juego de amor. Había visto curvarse con disgusto los labios de Kate mientras había dicho eso. Kate sabía tanto más que yo. Deseé que hubiera estado conmigo en ese momento. Me hubiera venido bien el consuelo que me hubiera podido dar y me pregunté cómo había sido tan osada de ir allí sola. Pero en ese momento no tenían interés en mí. Rolf Weaver tenía dos personas a quienes torturar y que ocupaban su atención con exclusión de todo lo demás.

—Y bien —exclamó—, ¿cómo te sientes al saber que eres el hijo de un monje pervertido y de la prostituta del pueblo? Contemplé la cara de Bruno. Estaba tan blanca como la cara de mármol de la Virgen Recamada.

No hablé. Ambrose había dado un paso hacia Rolf Weaver.

—Ten cuidado, monje —exclamó Weaver—. Por Dios. Te haré desollar vivo si me levantas una mano. No es suficiente con que hayas mentido a tu Abad, que hayas profanado su Abadía, que hayas cometido pecado mortal, ¿vas a amenazar al hombre del Rey? —rio—. Es una moza jugosa, te aseguro. Tan dispuesta y complaciente. Por Dios, si no hay más que darle una mirada para saber que es aquí-mismo-y-sin-esperar-por-favor-señor. Esa es tu madre, mi muchacho. ¡Cómo me hubiera gustado verlos retozar en el pasto! Y así fue como fuiste hecho tú. No dudo que habrá sido una sorpresa para el santo monje y su mujercuela cuando descubrieron que estabas en camino.

Dejó escapar un rosario de palabras que no entendí. Lo único que sabía era que no quería oír más e irme. Pero no podía moverme porque si lo hacía me descubriría y extrañamente tenía más miedo de que Bruno supiera que yo había presenciado todo su oprobio que de lo que Rolf Weaver pudiera hacerme.

Entonces ocurrió. El hermano Ambrose saltó sobre Rolf Weaver; lo agarró de la garganta y los dos hombres rodaron por el suelo. Bruno permanecía como si no pudiera moverse, contemplándolos simplemente. Vi que el Hermano Ambrose estaba encima de Rolf Weaver y que, con las manos todavía en su garganta, lo levantaba y golpeaba varias veces su cabeza contra la tierra.

Yo los contemplaba con horror. Podía ver el color púrpura de la cara de Rolf Weaver; lo oía jadear y luego, repentinamente hubo silencio.

El Hermano Ambrose se puso de pie; tomó a Bruno de la mano y caminaron lentamente hacia la Abadía.

Me agaché temerosamente durante un segundo en los arbustos luego corrí, poniendo buen cuidado de no pasar demasiado cerca del hombre que yacía inerte sobre el pasto.

A la caída del sol del día siguiente, el cuerpo del Hermano Ambrose colgaba de una horca en la Puerta de la Abadía. Mi padre nos prohibió a mi madre, a Kate y a mí acercarnos a él.

Estaba profundamente conmovido, porque además de esta espantosa tragedia, el Abad había muerto.

Me dijo:

—Vivimos tiempos terribles, mi niña.

Nuestra casa estaba silenciosa porque cuando hablábamos lo hacíamos en susurros. Todos estábamos esperando cuál sería la próxima calamidad que recaería sobre nuestra comunidad. Mi padre comentó que ciertamente se alegraba de una cosa. Al menos su amigo *Sir Thomas More* no había vivido para ver la espantosa tragedia que había resultado del deseo del Rey de conseguir su placer a cualquier precio. Me alegré de que me dijera eso a mí solamente y le rogué horrorizada de que no fuera a repetírselo a nadie más. Me consoló; sería cuidadoso, me prometió, tan cuidadoso como podía serlo en ese mundo peligroso.

Los comisionados habían roto el Sello y la Abadía era ahora del Rey. Debido a las ignominias que se decía habían tenido lugar dentro de su recinto, no se otorgó pensiones a ninguno de sus miembros. El Abad, que podría haber sido honrado con un obispado si no se hubieran descubierto escándalos, había muerto afortunadamente para él, mientras los hombres del Rey estaban en la Abadía. Se decía que había muerto por causa de un corazón destrozado; y yo podía creerlo. Supuse que el golpe más cruel que le infligieron debe haber sido que había sido engañado por uno de sus monjes, que se había atrevido a profanar la santa cuna con su hijo bastardo, pero el golpe más grande fue sin duda la pérdida de su Abadía.

A lo largo de todos esos días de miseria se oían las voces de los hombres mientras cargaban los caballos con los tesoros y se marchaban. Los responsables por la pérdida de algunos de los tesoros fueron los ladrones. Iban por la noche y arrancaban las hermosas vestiduras en busca de los hilos de oro y plata que había en ellas. Si eran atrapados los colgaban de inmediato; pero eso no les importaba. Había demasiado para ganar.

Muchos de los manuscritos, el trabajo del Hermano Valerian, fueron apilados y quemados delante de la Abadía. El plomo de los techos era muy valioso y el hombre que reemplazaba a Rolf Weaver dio instrucciones de que lo quitaran.

Los monjes fueron abandonados a su suerte y tendrían que encontrar algún medio de ganarse el sustento en un mundo para el que estaban mal capacitados. El Hermano John y el Hermano James vinieron a ver a mi padre e inmediatamente les fue ofrecido un hogar, pero rehusaron tal oferta.

—Si aceptamos tu ofrecimiento —explicaron—, te colocaríamos en una posición comprometida y como hermanos seculares no estamos tan mal equipados como los otros. Hemos andado en el mundo y hecho negocios para la Abadía y conocemos un mercader de lana de Londres que podría darnos trabajo.

Viendo que no transigían, mi padre insistió en que llevaran un bolso bien lleno y

emprendieron su camino.

Ese día yo estaba en el estudio de mi padre conversando acerca de lo que había ocurrido en San Bruno, cuando Simón Caseman se nos reunió. Mi padre estaba diciendo que hubiera deseado que los Hermanos hubieran permanecido con nosotros cuando vimos aproximarse a través del parque a dos monjes. Mi padre se apresuró a recibirlos, seguido por Simón Caseman y por mí.

Los monjes explicaron que eran el Hermano Clement y el Hermano Eugene, y que habían trabajado en la panadería y en la cervecería de la Abadía respectivamente. Ahora estaban confusos y no sabían dónde ir. Había un aire tan poco mundano en la pareja que me emocionó profundamente; lanzarlos al mundo hubiera sido como enviar dos ovejas entre los lobos.

Mi padre inmediatamente les ofreció trabajar en nuestras cocinas y cervecería. Una vez que vistieran jubones de pana y medias largas se verían exactamente igual a los demás sirvientes, dijo, y sería preferible no mencionar de donde provenían.

Simón Caseman se alarmó. Aseguró a mi padre que albergar a monjes desposeídos podía ser interpretado como un acto de traición al Rey. Mi padre sabía eso, pero preguntó cómo podría despedir a tales hombres. Creo que los hubiera albergado a todos, como había intentado hacerlo con James y John si no se hubieran desparramado antes que pudiera hacerlo.

Más tarde en ese mismo día fue cuando apareció Bruno. Caminaba con mi padre por el jardín y hablábamos de la terrible debacle, y lo que significaría para esos hombres que habían pasado la mayor parte de sus vidas en la Abadía, verse arrojados súbitamente al mundo.

—Debe haber otros para que se reúnan con Clement y Eugene —estaba diciendo, cuando vimos a Bruno.

—¡Bruno! —grité—. Oh, qué alivio verte. He estado pensando en ti todo el tiempo.

Mi padre pareció sorprendido y con un poco de alarma me di cuenta de que él no conocía a Bruno.

Le dije:

—Padre, este es el que encontraron en la cuna de Navidad.

—Mi pobre niño —exclamó mi padre—. ¿Y adonde irás ahora?

Bruno respondió:

—Debo encontrar un techo hasta el momento en que ya no lo necesite.

Pensé que era una respuesta rara pero nada de lo que Bruno hacía era jamás común.

Mi padre dijo:

—Tienes tu techo. Puedes permanecer aquí.

—Gracias —repuso Bruno—. Trataré de que no se arrepienta de este día.

Cuando entramos a la casa, me sentía más feliz de lo que habíamos estado en mucho tiempo. Le dimos una habitación. No podíamos dejarlo dormir en las dependencias de servicio, y cuando estuvimos a solas le expliqué a mi padre cómo había conocido a Bruno y le conté acerca de la puerta cubierta de hiedra.

—Hiciste mal —dijo mi padre—, pero tal vez haya habido un propósito en ello. Damask, ese muchacho todavía cree que hay divinidad dentro de él.

Estaba en lo cierto. Nadie podía tratar a Bruno como a un sirviente. Mi padre explicó a los de la casa que le había sido enviado por unos amigos suyos. Compartiría las lecciones con nosotras.

Bruno aceptó esto; no había perdido nada de la arrogancia que nos sobrecogía tanto a Kate como a mí, y que tanto exasperaba a aquella.

Insistía en que Keziah había mentido bajo la tortura, como también Ambrose. Decía que él había predicho todo lo que había sucedido. Todo era parte de un plan divino y nosotros lo veríamos develado a su debido tiempo y, si bien, cuando yo estaba sola creía que él razonaba de esta manera porque no podía soportar otra cosa, cuando estaba con él, le creía a medias.

Los hombres del Rey partieron y, como habían quitado el plomo del techo de la iglesia, las lechuzas y murciélagos comenzaron a anidar allí. Los cadáveres putrefactos fueron retirados de los patíbulos por orden de mi padre y se les dio sepultura decente. Después, temblamos durante varias semanas de que no fuera considerado como un acto de traición, mientras esperábamos que alguien viniera a reclamar la Abadía y sus tierras. Pero nadie vino.

La Abadía permaneció como el esqueleto de algún gran monstruo, para recordarnos que una forma de vida ya había pasado y se había ido para siempre.

LORD REMUS

El Hermano Clement se adaptó fácilmente y nadie hubiera adivinado que había vivido la mayor parte de su vida en la Abadía. A veces se lo oía cantar con su buena voz de barítono mientras trabajaba y nunca habíamos probado panes redondos o pequeños panecillos tan finos como los que salían de su horno. El Hermano Eugene estaba igualmente contento en la cervecería: hacía gin de endrina y vino de flor de diente de león y de flor de saúco; constantemente experimentaba con bayas para mejorar sus licores. Cuando descubrieron que Bruno se hallaba en la casa no pudieron ocultar su alegría y supe que no se podría conservar su identidad en secreto.

Con respecto a los habitantes de la casa, todos parecíamos estar protegiéndonos de un golpe que nos había aturdido momentáneamente. Mi padre tenía un aire de resignación, casi de espera. Yo sabía que pasaba largas horas de rodillas, en oración. Solía ir a nuestra pequeña capilla en el ala oeste de la casa y permanecía allí durante horas. Era como si se estuviera preparando para una prueba. Mi madre trabajaba con fervor en sus jardines y a menudo había una mirada intrigada en su cara usualmente plácida. Parecía confiar más y más en Simón quien, cada vez que podía permitírselo, le llevaba sus canastas y la ayudaba a plantar sus semillas. Hasta Kate se había aplacado. Había anhelado excitación, pero no como la que habíamos sufrido últimamente.

Rupert parecía ser el menos afectado. Con calma y tranquilidad continuaba su trabajo de ocuparse de la tierra, como si nada hubiera sucedido.

Bruno me preocupaba más que nadie. Sus ojos llameaban si Kate y yo sugeríamos que había sido el Hermano Ambrose el que lo había colocado en la cuna. Nos decía violentamente que se habían dicho muchas mentiras y que él algún día lo probaría.

Kate se recuperó más prontamente que yo del impacto de los acontecimientos, y como Bruno había entrado en la casa, ella lo buscaba continuamente. Algunas veces estábamos los tres juntos, como lo habíamos estado en los terrenos de la Abadía en los viejos tiempos, y era como si eso hubiera sido mucho tiempo atrás, cuando existía una Abadía y nosotros nos habíamos escabullido dentro de ella.

Kate lo molestaba. Si era divino ¿por qué no había implorado la furia de los cielos para que cayera sobre los hombres de Cromwell?, quería saber.

Sus ojos llameaban de indignación, pero Kate le inspiraba cierto sentimiento que, estoy segura, no tenía para nadie más.

La mujer de servicio y el monje habían mentido, insistía.

Y como ya dije, yo le creía cuando estaba con él.

Rupert tenía veinte años. Debía haber estado atendiendo sus propias tierras, pero resultó ser que no tenía ninguna. Cuando sus padres murieron sus propiedades se habían vendido para pagar las deudas y quedó muy poco. Ese poco, había sido

guardado por mi padre para cuando Rupert fuera mayor de edad, pero nunca había dicho a Kate o a Rupert cuál era el verdadero estado de su patrimonio, dado que no había querido que pensarán que vivían de la caridad.

Rupert mismo me lo contó un día bajo los nogales. Yo estaba sentada en mi sitio predilecto y él vino y se extendió a mi lado. Tomó una nuez y la arrojó indolentemente y luego comenzó a hablarme, y yo me di cuenta que me estaba haciendo una propuesta matrimonial.

—Mi tío es el mejor hombre sobre la tierra —comenzó y, por cierto que había elegido el mejor inicio para complacerme. Asentí fervientemente.

—A veces —dijo—, temo que sea demasiado bueno.

—La vida es cruel a veces, Damask —continuó Rupert—. Y entonces es bueno tener a alguien al lado para apoyarse.

Estuve de acuerdo.

—Había pensado —prosiguió—, que algún día me marcharía de aquí para manejar mis propiedades y he sabido que no hay tales propiedades. Tu padre no quiso que supiéramos que éramos paupérrimos, de manera que nos dejó creer que nuestras tierras no habían sido tomadas por los acreedores de nuestros padres cuando murieron. Por lo tanto no tengo nada, Damask.

—Pero nos tienes a nosotros. Este es tu hogar.

—Como espero que siempre lo sea.

—Mi padre dice que la tierra nunca ha estado cuidada como la cuidas tú. Los hombres trabajan para ti como no trabajan para nadie más.

—La tierra, esta tierra, me inspira un sentimiento, Damask. Sé que tu padre espera que yo permanezca aquí para siempre.

—¿Y lo harás?

—Depende.

—¿De qué? —pregunté.

—De ti, tal vez. Esto será tuyo algún día... tuyo y de tu marido. Cuando llegue ese día tal vez no me quieras aquí.

—Tonterías, Rupert. Y traerás a tu esposa aquí. Vaya, la casa es lo suficientemente grande y siempre podemos agrandarla. Tenemos tanta tierra. Te ves triste.

—Esto se ha convertido en mi hogar —dijo—. Amo la tierra. Quiero a los animales. Tu padre es como si fuera el mío.

—Y yo soy como una hermana para ti, como Kate lo es.

—No soportaría que todo esto se destruyera... como ha sucedido con la Abadía. —Tomó otra nuez y la arrojó. Dijo—: Creo que tu padre tiene la esperanza que tú y yo nos casemos.

Respondí cortante:

—Eso no es algo que se puede hacer porque sea cómodo y conveniente hacerlo.

—Oh, no, no —dijo Rupert, rápidamente.

Me sentí un poco herida. En cierto modo era una propuesta matrimonial, la primera que yo recibía y me había sido hecha como si fuera un arreglo conveniente para disponer de las tierras de mi padre.

Murmuré que tenía que completar un ejercicio de latín y Rupert, sonrojándose un poco, se puso de pie y se marchó.

Pensé en el matrimonio con Rupert y con niños creciendo en esa casa. Quería una gran familia; me sonrojé inquieta, porque el padre de esos niños que existía en mi imaginación no era Rupert.

Subí a mi habitación. Me senté en el alféizar de la ventana mirando a través de la ventana enrejada. Vi a Kate y a Bruno caminando juntos. Hablaban intensamente. Me sentí triste porque Bruno nunca hablaba conmigo con tanta intensidad. En realidad no hablaba con nadie, sólo con Kate.

Cuando Keziah se enteró de que Ambrose había sido ahorcado en las Puertas de la Abadía, había ido hasta la horca y se quedó allí contemplándolo. Resultaba difícil hacerla marchar. Una de sus compañeras de servicio la trajo de vuelta a casa, pero ella volvió y veló junto al cadalso.

Al segundo día, Jennet, una de nuestras doncellas, la trajo de regreso y me dijo que Keziah parecía estar posesa y que actuaba de una manera extraña. Fui a verla y la encontré rara. La puse en cama y le dije que tenía que permanecer allí. Estuvo en cama durante una semana. Las heridas de sus muslos se habían inflamado y como no podía curarlas fui hasta la casa de la Madre Salter en el bosque y le pedí su consejo. Le agradó que cuidara de Keziah y me dio algunas lociones para ponerle en los lugares lastimados y una poción de hierbas para que ella bebiera.

Cuidé de Keziah yo misma. Era algo que tenía que hacer. Creo que parte de sus problemas era que no podía enfrentar a la gente.

Ambrose estaba muerto y ella había permanecido sola como la causante de ese engaño perverso, y le daba miedo enfrentar al mundo.

A veces, mientras estaba sentada junto a su cama, ella solía divagar. Hablaba mucho acerca de Ambrose y de la manera en que ella lo había tentado; se culpaba a sí misma; era ella la perversa.

—Oh, Damask —decía—, no pienses demasiado mal de mí. Para mí era tan natural como respirar y no podía echarme atrás. Es así con algunas de nosotras..., aunque tal vez no será así para ti..., ni tampoco para la Señorita Kate. Los hombres deberían cuidarse de la Señorita Kate..., arriba todo fuego y hielo por debajo..., esas son las peligrosas. Y tú, Señorita Damask, tú serás una buena esposa fiel, te lo prometo, que es la mejor cosa para ser.

Luego hablaba del Niño.

—Nunca me mira, Damask..., o cuando lo hace es para despreciarme. Nunca me perdonará que sea su madre.

Le rogué que tuviera paz. El pasado quedaba atrás; tenía que empezar de nuevo.

—¡Misericordia! —dijo con un rastro de su vieja sonrisa—. Hablas como tu padre, Señorita Damask.

—No hay nadie a quien quisiera parecerme más —le aseguré.

Resulté ser un consuelo para ella y fui yo quien le vendaba sus heridas con los ungüentos que su abuela me había dado; destiné sus obligaciones a otra de las doncellas, para que descansara en soledad hasta que pudiera hacer frente al mundo.

Solía sentarse en su ventana y vigilar si podía vislumbrar a Bruno. Supongo que él sabía que ella lo vigilaba; pero nunca miraba hacia arriba.

Una vez le dije:

—Keziah te observa. Le harías tanto bien si miraras a su ventana y le sonrieras.

Me miró fríamente.

—Es una mujer perversa.

—Es tu madre —le recordé.

—No lo creo.

Su boca parecía adusta; sus ojos fríos. Vi entonces que él se obligaba a no creer. No se atrevía a creerlo. Había vivido tanto tiempo con la noción de que era diferente a todos nosotros que aceptar otra cosa era más de lo que podía tolerar.

Dije suavemente:

—Uno debe enfrentar la verdad, Bruno.

—¡La verdad! ¿Llamas verdad a las palabras proferidas por un monje perverso y una sirvienta lasciva?

No le conté que había oído a Ambrose cuando le habló unos momentos antes de asesinar a Rolf Weaver.

—¡Son mentiras! —dijo Bruno casi histéricamente—. Mentiras, mentiras, todas mentiras.

En cierto modo, pensé, es igual que Keziah. Ella no puede enfrentar el mundo y él no puede enfrentar la verdad.

Qué rápidamente se acostumbra uno al cambio. No había pasado un mes desde que los caballos cargados con los tesoros de la Abadía habían partido y ya estábamos adaptados a nuestro nuevo modo de vida.

Los árboles tenían todas sus hojas, el helecho abundaba, los arbustos verdes y en mata, las rosas florecieron ese año como nunca antes y mi madre estaba en el jardín la mayor parte del día. Bruno le había ayudado a hacer un jardín de hierbas, porque Ambrose le había transmitido toda su sabiduría en ese terreno. Mi madre estaba bastante entusiasmada con la idea, y Bruno trabajaba con ella en un silencio del que ella no parecía percatarse.

Las malas hierbas ya habían empezado a crecer en los jardines de la Abadía; nadie lo impedía. Todos temían hacer algo. Cada día esperábamos que algo sucediera, pero San Bruno parecía haber sido olvidado. Al final de cada día, varios mendigos se encontraban ante nuestras puertas y las órdenes de mi padre habían sido que todo mendigo recibiera un litro de cerveza y tantas tortas con especias como pudiera comer.

Un día, sentada en el jardín de rosas de mi madre, un lugar delicioso rodeado de una pared y al que se llegaba a través de una puerta de hierro forjado, me dije a mí misma: «Esto no puede seguir así. Es una tregua. Algo sucederá pronto». Keziah no podía permanecer en su dormitorio; tendría que sobreponerse. Mi padre retomaría una vida más normal y no pasaría tanto tiempo en soledad y oración. Alguien se ocuparía de la Abadía. Había oído decir que el Rey regalaba las tierras de las Abadías a aquellos que se granjeaban sus favores. Oh sí, tenía que haber un cambio.

Y mientras yo rumiaba sobre estos asuntos, la puerta crujió y Bruno y Kate entraron al jardín. Noté que llevaban las manos entrelazadas. Hablaban intensamente. Entonces me vieron.

—Aquí está Damask —dijo Kate innecesariamente. Noté que sus ojos estaban brillantes y que su expresión era dulce. Yo me sentí triste, porque con Kate, Bruno podía ser diferente de cómo era con todos los demás. Me sentí excluida de un círculo mágico, del que deseaba tanto formar parte.

—Las rosas son más hermosas este año —dije.

Sentía que deseaban alejarse de mí; pero yo no cedí terreno.

—Vengan y siéntense —invité—. Se está muy bien aquí.

Para mi sorpresa me obedecieron y sentamos a Bruno en medio de las dos.

Observé:

—Esto me recuerda a los viejos tiempos en los terrenos de la Abadía.

—No es así —replicó Kate—. Este es el jardín de rosas de mi tía, no la tierra de la Abadía.

—Quise decir, los tres juntos.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Bruno.

Yo quería recobrar los días en que éramos un trío del cual yo formaba parte definitiva.

Proseguí:

—Nunca olvidaré el día en que entramos a la Abadía..., los tres, y que tú nos enseñaste a la Virgen Recamada.

Un leve colorido cubrió las mejillas de Bruno. Kate estaba callada.

Suponía que estaban pensando, como yo lo estaba, en el momento en que la gran puerta de hierro se había abierto y su chirrido había sonado tan fuerte como para despertar a los muertos. Podía oler la humedad, que había parecido rezumar de las

grandes piedras embaldosadas, podía sentir el silencio. Expresé:

—Muchas veces me he preguntado qué habrá sido de la Virgen Recamada. Esos hombres se la deben haber llevado y deben habérsela dado al Rey con todas sus alhajas.

—No se la llevaron —informó Bruno—. Hubo un milagro.

Las dos nos volvimos hacia él y yo supe que esta era la primera vez que él había hablado de la Virgen Recamada, inclusive con Kate.

—¿Qué sucedió? —preguntó Kate.

—Cuando fueron a la sagrada capilla la Virgen no estaba allí.

—¿Entonces dónde estaba? —preguntó Kate.

—Nadie sabía. Había desaparecido. Se decía que se había vuelto al Cielo antes de permitir que los ladrones la alcanzaran.

—No creo eso —dijo Kate—. Alguien la ocultó.

—Fue un milagro —insistió Bruno.

—¿Milagros? —exclamó Kate—. Ya no creo en los milagros.

Bruno se había puesto de pie, con la cara sonrojada por la ira.

Kate le tomó la mano y él la sacudió y luego corrió fuera del jardín de rosas. Kate corrió detrás de él.

—¡Bruno! —la oí llamarlo imperiosamente—. ¡Vuelve! Y yo me quedé sentada allí, con el convencimiento de que nunca podría estar tan cerca de él como Kate, y sintiéndome triste y solitaria por ello.

Mientras estaba sentada en el jardín de rosas entró Simón Caseman. Pensé que buscaba a mi madre y le dije que creía que estaba en el jardín de hierbas.

—Es a usted a quien vine a ver, Mistress Damask —dijo y se sentó junto a mí. Me estudió tan atentamente que me sentí turbada bajo su mirada, especialmente porque el encuentro reciente con Bruno y Kate me había perturbado. Prosiguió—: Vaya, se está convirtiendo usted en una belleza.

—No creo que eso sea cierto.

—Y también modesta.

—Modesta no —dije—. Si yo creyera que soy una belleza no dudaría en admitirlo, porque la belleza no es ningún mérito, puesto que se recibe y no se logra.

—E inteligente —continuó—. Confieso que su presencia me atemoriza un poco. Su padre habla constantemente de su erudición.

—Debe tomarlo como orgullo paternal. Los gansos son cisnes para un padre.

—En ese caso estoy de acuerdo de todo corazón con tal padre.

—Entonces creo que usted ha perdido el sentido del discernimiento.

—Qué alegría es hablar con usted, Mistress Damask.

—Se contenta usted fácilmente, Master Caseman.

—Hay algo que querría pedirle, con su permiso.

—Permiso concedido.

—Usted ya no es una niña. ¿Ha pensado alguna vez en dar su mano en matrimonio?

—Supongo que es natural que las mujeres jóvenes piensen en un eventual casamiento.

—Aquel a quien usted ceda su mano se verá doblemente favorecido. Una bella e inteligente esposa. ¿Qué más podría pedir un hombre? Sería más afortunado que el resto de los hombres.

—No dudo que cualquiera que pidiera mi mano en matrimonio podría muy bien tener puesto el pensamiento en mí herencia.

—Mi querida señorita Damask, estaría demasiado deslumbrado por sus encantos para pensar en tales cosas.

—O tan deslumbrado por mi herencia que bien podría equivocarse con respecto a mi belleza y erudición, ¿no cree usted?

—Dependería del hombre. Si fuera así merecería ser...

—¿Bien? ¿Colgado, arrastrado y descuartizado?

—Peor que eso. Rechazado.

—No tenía la menor idea que usted tuviera tanto talento para discursos galantes.

—Si lo tengo, es usted quien los ha inspirado.

—Me pregunto por qué.

—¿Usted? Usted, que es tan inteligente, tiene que haberse dado cuenta de mis intenciones.

—¿Hacia mí?

—Hacia nadie más.

—Master Caseman, ¿es esto una proposición de casamiento?

—Lo es. Sería el hombre más feliz si pudiera acudir a su padre y decirle que usted ha consentido en ser mi esposa.

—Entonces me temo que no puedo darle ese placer.

Me había puesto de pie. Pero el corazón me golpeaba, porque sentí miedo y no podía explicarme por qué tenía ese súbito deseo de correr. Estaba en el apacible jardín de rosas de mi madre con un hombre que formaba parte de nuestra casa; un amigo de mi padre y de quien él tenía un gran concepto y con todo experimenté una súbita repulsión.

Simón Caseman también se había puesto de pie. Se paró junto a mí. No era un hombre alto, apenas seis centímetros más alto que yo y su cara estaba muy cerca de la mía. Sus ojos eran cálidos, despiertos y de un marrón dorado, también su pelo tenía un tinte rojizo y las líneas de su cara me parecieron, viéndolas tan cerca, como una máscara de zorro. En ese momento supe que le tenía miedo.

Me volví para marcharme pero me tomó el brazo. Su mano era firme mientras

decía:

—¿Qué tiene en mente, Mistress Damask? ¿Casarse con otra persona?

Deseé que el color no encendiera mis mejillas. Respondí:

—No he pensado en casarme con nadie.

—¿No pensará entrar en un convento? —Sus labios se curvaron apenas—. Eso sería insensato..., en estos tiempos cuando tantos de nuestros conventos han seguido el camino de nuestros monasterios.

Liberé mi brazo y dije fríamente:

—Creo que no estoy en edad de considerar el matrimonio.

Su mano rozó ligeramente la delantera de mi vestido.

—Vaya, Mistress Damask, usted ya es una mujer. No debería dilatar disfrutar de su femineidad, le aseguro. Le ruego que no me rechace sin pensarlo. Creo ciertamente que su padre no objetaría nuestra unión. Sé que desea verla bajo la protección de alguien en quien pueda confiar. Ya que los tiempos en que vivimos son difíciles.

—Yo haré mi propia elección.

Y salí del jardín de rosas.

Estaba muy alterada. No había cumplido los diecisiete años y ya había recibido dos propuestas de matrimonio, mientras que la hermosa Kate, que era dos años mayor, no había tenido ninguna. ¿O sí? ¿Pero quién podría haberle propuesto matrimonio a Kate?

Fue extraño que yo hubiera pensado eso acerca de Kate, porque alrededor de una semana después de la escena en el jardín de rosas nos visitó *Lord Remus*.

Sabíamos que vendría porque mi padre le había arreglado algunos asuntos legales y como era un noble muy rico y poderoso, mi madre hizo especiales preparativos en ocasión de su visita.

Durante todo ese día Clement había estado trabajando en la panadería, había hecho pasteles con decoraciones elaboradas y había uno que tenía la forma del escudo de armas de los Remus. Clement estaba encantado, porque en la cocina de la Abadía no había podido permitirse semejantes frivolidades. Mi madre se encontraba en su elemento, porque si había algo que le gustaba más que trabajar en su jardín era preparar la casa para visitas. Cobró una nueva autoridad. Resultaba evidente que deseaba recibir más a menudo.

Kate y yo observamos la llegada de las visitas desde la ventana de su habitación. *Lord Remus* nos desilusionó porque era gordo y caminaba con bastón, resoplando a medida que subía el parque desde los escalones del embarcadero. Pero estaba vestido muy ricamente y se veía que era un hombre de importancia.

Mi padre lo condujo al hall donde estábamos todos esperando para recibir a los visitantes: mi madre primero —y *Lord Remus* fue muy amable con ella—, luego yo,

como la hija de la casa y los otros, Rupert, Kate, Simón y Bruno. (Estaba encantada de verlo incluido).

Kate realizó una hermosa reverencia que había estado practicando todo el día, tenía su largo pelo recogido en una redecilla dorada y se veía bella.

Que *Lord Remus* lo notó fue obvio, ya que sus ojos permanecieron en ella, algo que nadie advirtió mejor que Kate.

Se sirvió un banquete para nuestro distinguido huésped. Había pescado, preparado con las hierbas que cultivaba mi madre. *Lord Remus* la felicitó por su cocinero y ella estaba feliz. Después hubo lechón, carne y cordero, seguido por un postre preparado con una receta especial de mi madre. Hubo cerveza y vino en abundancia y vi brillar de satisfacción los ojos de mi madre.

Kate, que estaba sentada frente a *Lord Remus*, le preguntó cuándo había estado en la Corte por última vez, a lo que él respondió que había estado la semana anterior. Habló de la Corte y del descontento del Rey con este estado y su humor era tal que podría estallar si uno era lo suficientemente descuidado como para provocarlo.

—Estoy segura, milord, que usted es la propia imagen del tacto —dijo Kate.

—Mi querida joven, deseo conservar la cabeza sobre mis hombros, ya que considero que es allí donde pertenece.

Kate rio mucho y vi que mi madre la observaba y pensé que después sería reprendida por su descaró; pero por el momento podía pasar, ya que *Lord Remus* no parecía objetarlo.

Lord Remus había bebido bastante de la preparación de bayas de saúco, que mi madre admitió que era particularmente buena ese año, y se mostraba parlanchín.

—El Rey necesita una esposa —dijo—, no puede ser feliz sin una esposa, aun cuando la está buscando.

Kate se rio mucho y todos nosotros sonreímos; supuse que mis padres estaban intranquilos debido a los sirvientes.

—Esta vez —dijo *Lord Remus*— está buscando una Princesa del Continente, pero algunas de las damas se muestran un poco reticentes —contempló a Kate—. Como yo, jovencita, sienten ansiedad por conservar sus cabezas y en vista de lo sucedido a la infortunada Ana Bolena e inclusive a la Reina Catalina, su reticencia es comprensible.

—Es como en *Las Mil y una Noches árabes* —dijo Kate—, tal vez si el Rey encontrara una Reina que siguiera entreteniéndolo, esta seguiría viviendo.

—Eso es a lo que la nueva Princesa tendrá que aspirar —dijo *Lord Remus*—. He oído que la hermana del Duque de Cleves acapara la atención del Rey. Master Cromwell ha pintado un hermoso retrato de ella y el Rey declara que ya está enamorado de la dama.

—De manera que ya está elegida la nueva Reina.

—Eso es lo que se dice en la Corte. Master Cromwell está ansioso porque el matrimonio se lleve a cabo. Nunca me gustó ese hombre, un individuo de baja categoría, pero el Rey lo encuentra inteligente. Dicen que sería un buen matrimonio por cuestiones políticas. Me atrevo a jurar que pronto verán otra coronación.

—Será la cuarta esposa del Rey —comentó Kate—. Me encantaría verla. Me atrevería a decir que es muy hermosa.

—Rara vez las princesas son tan hermosas como se hace creer —dijo *Lord Remus*—. Doy fe que a menudo aquellas que carecen de sangre azul aventajan a estas en belleza. —Sonreía a Kate con sus ojos fijos un poco turbios. Nuestras bayas de saúco eran fuertes ese año. Tenían que haberlo sido, o estoy segura que no hubiera hablado con tanta libertad.

Creo que mi padre se sintió bastante aliviado cuando la comida terminó; en seguida mi madre condujo a *Lord Remus* a la sala de música y le cantó una pequeña romanza muy agradable, la que este aplaudió con alegría y luego Kate tomó su laúd y cantó.

Cantó una canción de amor y de vez en cuando alzaba la mirada y sonreía en dirección a *Lord Remus*. Su pelo largo se escapaba de la redecilla dorada y caía alrededor de sus hombros; ella simulaba echarlo atrás con impaciencia, pero yo la conocía lo bastante como para saber que estaba llamando la atención.

Cuando *Lord Remus* partió, todos lo acompañamos hasta el embarcadero y contemplamos su barca navegando río arriba.

Advertí que Kate reía como si conociera alguna broma secreta.

Vino a mi habitación esa noche. Tenía que hablarle a alguien y siempre me había utilizado con ese objeto.

Se estiró en mi cama. Siempre lo hacía mientras se suponía que yo tenía que ocupar el asiento del alféizar.

—Bien —dijo—, ¿qué opinas de milord?

—Que come mucho, bebe mucho y se ríe mucho de sus propios chistes y no lo suficiente de los de los demás.

—Conozco muchos a los que le ajustaría esa descripción.

—Lo que demuestra que milord es tan parecido a tantos otros, que hay muy poco que decir de él.

—Uno podría decir que es rico, que tiene una gran propiedad en el campo y un sitio en la Corte.

—Todo lo cual lo colocaría en una buena situación como candidato de una joven casadera.

—Ahora hablas con sensatez, niña.

—Te ruego que no me llames niña. He recibido una propuesta matrimonial, que es más de lo que has tenido tú. Encogió los ojos.

—¿Master Caseman?

Asentí con la cabeza.

—No quiere casarse contigo, Damask, tanto como con todo esto..., tus tierras, esta casa y todo lo que heredarás de tu padre.

—Es exactamente lo que le di a entender.

—Después de todo no eres tan tonta.

—Y tampoco soy ya una niña, dado que además de mi herencia se me considera casadera.

—¡Afortunada Damask! ¿Y qué tengo yo para afianzarme? ¿Qué más, aparte de mi belleza y mi encanto?

—Los cuales parecen surtir efecto. Hasta los caballeros con un sitio en la Corte y una propiedad en el campo parecen impresionados.

—¿Crees que se impresionó?

—Sin duda. Pero, ¿estabas desperdiciando tus talentos?

—Por cierto que no. Podría hacerme su dama mañana y lo deseaba. Pero ha tenido dos esposas y las ha enterrado.

—Por la fe —dije—, casi se ha casado tanto como el Rey. Pero Kate, es un viejo.

—Y yo soy una joven sin herencia. Tu padre me dará una dote, no lo dudo, pero no será nada comparado con lo que su querida hija Damask aportará a su marido.

—Desearía que no hubiera que hablar así del matrimonio. Me parece un tema bastante melancólico.

—¿Por qué?

No le respondí. Pensé en la máscara de zorro que había visto en la cara de Simón Caseman y en los planes de Kate para atraer a *Lord Remus* al casamiento porque tenía un título altisonante, una propiedad en el campo y un lugar en la Corte.

—El matrimonio —dije—, debería ser para los jóvenes, para aquellos que aman, no los bienes terrenales y los títulos, sino el uno al otro.

—Ahí habla mi romántica prima —dijo Kate—. ¿Quién dijo que habías crecido? Eres todavía una niña. Eres una soñadora. Sucede tan a menudo que aquellos a los que amamos no son con los que nos casamos. De manera que estemos alegres. Disfrutemos lo que podamos mientras podamos.

Pero ya no bromeaba, en sus ojos había una mirada distante que no alcancé a comprender del todo. Eso vino después.

Había sobrevenido un cambio en Keziah. Salió de ese estado semejante a un trance y repentinamente había comenzado a realizar sus viejas tareas. Una o dos veces la escuché cantar. Había perdido mucho peso y a menudo la encontraba contemplando a Bruno con una expresión de ansiedad tan intensa, que si él la advertía, la ignoraba. Por todo lo que yo sabía, él la ignoraba. Lo reconvine acerca de eso. Me parecía muy cruel. Pero entonces sus ojos relampagueaban y, para decir verdad, yo me sentía tan

desgraciada cuando él me trataba fríamente, que evitaba el tema.

También Bruno había cambiado algo desde el día en que hablara de la Virgen Recamada. Una de las sirvientas me contó que ella le había pedido que le impusiera las manos, cosa que él había hecho, con el resultado de que su violento reumatismo en las piernas había desaparecido. Sabían quién era él y la leyenda de que era divino sobrevivía. Me imagino que Clement hablaba bastante en la panadería. Me preguntaba cómo habría podido observar alguna vez la regla del silencio. En nuestra casa estaba empezando a correr el rumor de que Keziah y el monje habían mentido ante la tortura y esto era lo que Bruno deseaba.

Mi padre me había dicho que le estaba dando un poco de tiempo para acostumbrarse al gran cambio de circunstancias, antes de discutir con él acerca de la elección de una carrera. Bruno estaba bien educado, por cierto que era bastante erudito. Tal vez querría entrar a la Iglesia o seguir Leyes. Sabía que mi padre deseaba que fuera a alguna de las universidades. Hasta entonces Bruno no había discutido con nadie su futuro y parecía que solamente le importaba la compañía de Kate o mía. Pobre Bruno. Era duro de soportar. Haberse creído diferente de todos nosotros, una creación milagrosa y encontrar que era el hijo de una mujer de la servidumbre. Pero había crueldad en él. En ese momento vi eso con tanta claridad como había visto la máscara del zorro en la cara de Simón Caseman.

Intenté discutir su futuro con él, pero no quería hablarlo conmigo. Me preguntaba si lo hablaría con Kate, ya que estaban juntos con tanta frecuencia.

Kate no se sorprendió cuando *Lord Remus* nos visitó nuevamente. Era lo que había esperado, comentó. Cenó nuevamente con nosotros y nos dio noticias de la Corte. Parecía casi seguro que se llevaría a cabo el matrimonio Cleves. El Rey estaba de excelente humor. El Rey no había estado de tan buen ánimo desde el día que había desposado a Ana Bolena.

Pero no era tanto lo que el Rey y la Corte interesaban a *Lord Remus*. Era Kate. Cuando él partió ella vino a mi dormitorio y se tiró en la cama riendo.

—Pienso que el anzuelo está bien adentro de la boca de su señoría —dijo—. Pronto tiraremos de la cuerda.

Estaba en lo cierto. En una semana más formalizó un pedido a mi padre para cortejar a Mistress Kate.

Mi padre, me dijo ella, la informó de que *Lord Remus* la había pedido en matrimonio. El no creía que Kate consideraría tal casamiento y ella no debía pensar que él deseaba obligarla a ello.

—Obligarme, por cierto —exclamó—. ¡Como si yo no lo hubiera previsto! Piensa Damask, un sitio en la Corte. Estaré allí, en medio de todo. Bailaré en Hampton y en Greenwich. Cabalgaré en Windsor. Quién sabe, hasta el propio Rey puede mirarme. Tendré cantidades de alhajas, ricos vestidos y sirvientes propios.

—Y todo lo que tienes que hacer es tomar a *Lord Remus* por marido.
—Puedo hacer eso, Damask.
—No lo amas, Kate.
—Amo lo que tiene para ofrecer.
—Eres una mercenaria.
—Si ser despierta es ser mercenaria, lo soy entonces.
—De manera que ¿de verdad te casarás con ese viejo?
—Verás, Damask.

Kate se comprometió. Usaba una gran esmeralda en el dedo y otra en la garganta. Su comportamiento era sorprendente. Estaba fervientemente alegre y repentinamente melancólica. A veces daba a entender que después de todo podía no casarse y en otras, se reía de la idea de no hacerlo por despecho.

Una vez fui a su habitación y la encontré boca abajo en la cama mirando directamente frente suyo.

—Kate —dije—. No eres feliz.

Estudió la gran esmeralda en su dedo.

—Mira como brilla, Damask. Y no es más que el comienzo.

—Pero la felicidad no se encuentra en el brillo de una esmeralda, Kate.

—¿No? Dime dónde entonces.

—En los ojos del que te ama y que tú amas.

Echó la cabeza hacia atrás y rio. Pero vi que estaba próxima a las lágrimas.

Estaba enojada con ella. ¿Por qué tenía que hacer esto? Odiaba la idea de que se entregara a ese hombre viejo y dado que había escuchado las habladurías de Keziah, a menudo me veía obligada a imaginar ciertas escenas.

—Tal vez —dije con enojo—, no tenga importancia. Eres incapaz de amar.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

—Me atrevo —afirmé— porque estás dispuesta a venderte por esmeraldas.

Rio nuevamente.

—Y rubíes —dijo—, y zafiros, brillantes y un lugar en la Corte.

—Me repugna.

—Virtuosa Damask, que no tiene necesidad de venderse, pero cuya herencia le elegirá un marido.

Pero su sonrisa era forzada y la risa hueca. Sabía que no estaba tan contenta como deseaba que yo creyera.

Dos meses después de la primera visita de *Lord Remus* a nuestra casa, él y Kate se casaron. Iba a haber una gran celebración en la casa y Clement y sus ayudantes trabajaron durante días en la cocina.

Una noche antes del casamiento sucedió algo inquietante. Fui a la habitación de

Kate porque estaba ansiosa por hablar con ella. No estaba allí.

Como la familia se había recogido, me senté a esperarla, pero no vino. Temía que se hubiera escapado y me pregunté si debía despertar a alguien, pero algo dentro mío me previno de hacerlo. Eran las cuatro de la mañana cuando llegó con el pelo ondeando.

—Damask —exclamó—, ¿qué haces aquí?

—Vine a medianoche a hablar contigo. Sentía ansiedad por ti y no estabas aquí. Pensé en despertarlos a todos.

—Espero que no le hayas dicho a nadie que yo no estaba en mi alcoba.

Sacudí la cabeza.

—No. No pensé que fueras a escaparte en la víspera de tu boda con el noble señor. O si lo habías hecho, pensé que podía esperar hasta mañana, Kate, ¿dónde has estado?

—Haces demasiadas preguntas.

—Kate, has estado con un amante.

—Bien, señorita Mojigata. ¿Qué tienes que decir a eso?

—Mañana es el día de tu casamiento.

—Y esta noche soy libre. Y espía todo lo que quieras esta noche, prima, porque esta noche es la última oportunidad que tienes de hacerlo.

—Has quebrado tus votos matrimoniales.

Kate rompió a reír de tal manera que pensé que se pondría histérica.

—Oh, ¡qué sabihonda eres! Rupert y Simón han pedido tu mano. Eso te hace tan conocedora. Pero hay uno al que no mencionas. Bruno. ¿Qué hay de Bruno?

—¿Qué..., hay de Bruno? —pregunté lentamente.

—Tú no conoces a Bruno —dijo—. ¿Quién lo conoce? Piensa en él. Un Niño Santo y luego descubrir que es el resultado de una pecaminosa unión entre un monje impío y una muchacha de la servidumbre cuya vida ha sido lejos de ser pura. Concebido sobre el pasto de la Abadía..., bajo un cerco. Oh, sí, seguramente fueron bastante discretos como para cubrirse durante el acto.

—Kate —dije—, ¿qué te sucede?

—¿No lo sabes, Damask? —dijo—. Después de todo, sabes tan poco.

—Sé que no amas al hombre con que vas a casarte. Te has vendido por esmeraldas y un sitio en la Corte.

—Qué dramáticas nos hemos vuelto. ¡Qué fácil para ti! O sí, es fácil decir «Todo por amor» cuando no pierdes nada con ello.

—¿Dónde has estado esta noche? ¿Estás jugando limpio con *Lord Remus*?

—No tengo la menor intención de satisfacer tu curiosidad en ese aspecto. Creo que estás celosa de mí, Damask. He hecho mi elección. Creo que es sensata. Mañana iré a *Lord Remus* y haré lo que se espera de mí.

Volví a mi dormitorio. No podía dormir. Creía haber entendido a Kate. ¿Pero quién entiende a otro ser humano? Al día siguiente la boda tuvo lugar en la capilla de nuestra casa. *Lord* Remus fue conducido entre dos jóvenes que había traído en su séquito y cada uno de ellos lucía el habitual encaje de bodas sobre ramas de retama verde en sus brazos. Kate estaba hermosa. La costurera había estado cosiendo durante semanas su vestido de brocado y tela de plata, lucía el pelo suelto sobre los hombros. Rupert iba delante llevando el jarro de plata con el vino de novios mientras entrábamos en procesión a la capilla, y yo marchaba detrás de ella como su dama de honor. Y todos los miembros de la casa nos seguían con músicos que ejecutaban melodías dulces y algunas de las doncellas que llevaban la gran torta de bodas.

La ceremonia se llevó a cabo y mientras nos pasábamos el jarro de esponsales, Simón Caseman, que estaba parado detrás de mí, murmuró:

—Usted será la próxima.

Bruno formaba parte de la fiesta. Parecía reservado y despectivo y al día siguiente de la boda de Kate desapareció tan misteriosamente como había aparecido en la cuna de Navidad.

—Siempre supe —dijo Clement— que no era un individuo común.

NACE UN NIÑO

No había rastros de Bruno. Todos aseguraban que era de veras el Niño Santo, que Ambrose había mentido ante la tortura y que había sido muerto por su blasfemia. En cuanto a Keziah, existía la evidencia de que ella también había sido sometida a torturas. Las heridas de sus muslos no curaban y estaba rara mentalmente desde su «confesión». La gente siempre estaba dispuesta a creer en lo fantástico.

Clement hablaba constantemente del milagro y cómo había cambiado la Abadía y de que el Niño había tenido el don de curar a los enfermos.

Hasta mi padre creía los rumores.

—Pero si fuera así —decía yo—, ¿por qué no fue capaz Bruno de salvar la Abadía?

—Es posible que haya sido reservado para algo todavía más grande —respondía mi padre.

Yo también quería pensar eso. Pero más que nada quería que regresara. No podía comprender mis sentimientos hacia él. Pensaba en él continuamente. Recordaba la manera en que solíamos hablar juntos en la Abadía y cómo me alegraba cuando lograba atraer por un momento su atención. Estaba obsesionada con él. Recordaba ciertas alusiones que Kate había hecho. Una vez había dicho que Bruno era más importante para cualquiera de las dos que cualquier otra persona en el mundo. Tenía razón en cuanto a mí se refería, si bien yo estaba segura de que la opulencia mundana significa más para ella.

Keziah se mejoró después de la desaparición de Bruno. Alternaba libremente con los demás sirvientes y como estos temían hablar del extraño incidente del niño en la cuna, no se lo mencionaba nunca.

Descubrí que también había otra razón para el cambio en Keziah.

Un día estaba haciendo manteca en la mantequería y vino a mi habitación. Me sorprendió verla a esa hora de la mañana y me dijo:

—De repente, vino a mi mente la idea, señorita, de que tenía que hablar contigo.

—¿Qué hay? —pregunté.

Sonrió y me dijo en voz baja:

—Estoy encinta, señorita.

—¡No, Keziah!

—Es así, señorita. Lo sé desde hace un mes o más y he tenido esa sensación de felicidad que viene con ello. O al menos, así ha sido siempre para mí.

—Está mal. No deberías sentirte feliz. No tienes marido. ¿Qué derecho tienes a tener un hijo?

—El derecho que tiene toda mujer, señorita. Y no veo el momento de tener al niño en mis brazos. Siempre quise un chico mío. Pero siempre estaba la voz dentro

mío que decía No. No puedes traer un bastardo al mundo, Keziah. Debes ir a ver a tu abuelita.

—Debías pensar en esto antes...

—Algún día entenderás. No se puede pensar antes. Es solamente después cuando se puede pensar. Tres veces he ido donde abuelita en el bosque. Y dos veces ha tenido que hacer lo que yo sabía que debía ser, aunque nunca lo quise. La primera vez... —Arrugó la cara. Había tratado de convencerse que ella y Ambrose nunca habían tenido un niño—. Esta vez —prosiguió rápidamente— no iré. Deseo este niño. Tal vez sea el último que tenga porque ya estoy pasando la edad para quedar encinta. Y este niño será para mí lo que nunca tuve antes.

—¿Quién es el padre de este niño?

—Oh, no hay duda de ello, mistress. Fue él. Tenía que ser. No podría haber ni una sombra de duda. Este pequeño pertenece a Rolf Weaver.

—¡Keziah! ¡Ese hombre! ¡Ese..., asesino!

—Nada de eso, señorita, fue el monje el asesino. Mi Rolf..., él fue la víctima.

Estaba horrorizada. Contemplé el cuerpo agrandado de Keziah. ¡La semilla de ese hombre! Era espantoso.

Dije:

—No, Keziah. En este caso se justifica. Debes ir donde tu abuelita.

Keziah respondió:

—Silencio, señorita. ¿Mataría usted a mi bebé? Deseo este niño como nunca deseé otro chico antes..., y he llorado por todos ellos. Cuando vi a ese chico, mi corazón lo añoraba, pero él me rechazaba. Pero cuando supe que llevaba esta semilla en mi cuerpo sentí consuelo. Tendré este niño.

Había una extraña mirada exaltada en ella y no escuchaba nada de lo que le decía.

Echaba mucho de menos a Kate. La vida se había vuelto tediosa como nunca anteriormente. No pasaba por alto los ojos alertas de Simón; sabía que él creía que me iba a hacer cambiar de idea.

Mi madre me comentó:

—Estás creciendo, Damask. Es tiempo de que te cases. Nos daría tanto gusto a tu padre y a mí ver nuestros nietos. Ahora que Kate se ha establecido, tú serás la próxima.

Mi padre estaba demasiado cerca mío como para volver a mencionarme el matrimonio, pero le hubiera gustado verme con un hombre que me protegiera. Tenía que elegir entre Rupert y Simón; sabía que no habría ninguna objeción en cualquiera de los dos casos, si bien naturalmente preferirían a Rupert, por estar emparentado.

—Todavía no tengo demasiada edad —respondí a mi madre.

—Yo me casé con tu padre cuando tenía dieciséis años —me dijo—. Estaba todavía estudiando. Nunca lo lamenté.

—Sí, pero tú te casaste con mi padre.

—Siempre lo has idolatrado —afirmó, recortando el tallo de una rosa.

Cuando hablaba con ella tenía la sensación de que más de la mitad de su atención estaba en las flores que plantaba, cortaba o arreglaba.

Kate vino a vernos, llena de exuberante excitación. La vida de casada le sentaba. El adorado Remus no podía sacarle los ojos de encima y yo podía ver que el matrimonio la hacía todavía más atractiva. Por un lado, estaba vestida suntuosamente, tenía un vestido de damasco y una capa de terciopelo, calzaba zapatos de terciopelo con hebillas de granate y en su garganta brillaban nuevas alhajas.

Había estado en la Corte. Había visto al Rey. Era magnífico, enorme, real y aterrador. Bramaba sus deseos y todos obedecían sin un segundo de duda. Tenía un carácter notoriamente malo, especialmente cuando le dolía la pierna. Brillaba de alhajas y cada centímetro de su gran cuerpo era real. Le había sonreído a Kate; le había palmeado la mano. En realidad, si no hubiera estado completamente atontado por la joven y atolondrada sobrina de *Lord Norfolk*, quién sabe qué hubiera podido suceder. Kate lo lamentaba un poco, pero no mucho. Verse distinguido con la muy especial atención del Rey convertía la existencia en algo precario. Una palmada en la mano y una sonrisa de apreciación eran muy bienvenidas y mucho más cómodas.

Rebosaba de alegría de ser la portadora de excitantes noticias.

Kate parloteaba acerca de las glorias de Windsor y la caza en Great Park y de un baile en Greenwich y un banquete en Hampton.

—Recuerdas Damask, ¿cómo solíamos navegar pasando Hampton y hablar acerca del gran Palacio?

—Lo recuerdo bien —le dije.

Nunca olvidaría la vista del Cardenal navegando frente a nuestro embarcadero con el Rey.

Kate tenía más noticias para nosotros. Iba a tener un niño.

Lord Remus estaba encantado. No había creído que eso fuera posible, pero la hermosa e inteligente Kate era capaz de cualquier cosa. La seguía con los ojos, maravillado por su gracia y belleza. Kate se deleitaba con ello; reía y flirteaba alegremente con su marido y fue solamente a mí a quien habló francamente.

Dijo que quería ir a su antigua habitación y la acompañé.

Cuando llegamos, cerró la puerta y la primera cosa que dijo fue:

—Damask, ¿lo has visto? ¿Ha regresado alguna vez? —No tuve que preguntar a quién se refería—. Desde luego que no ha regresado. Se marchó porque me casé. Me dijo que se marcharía inmediatamente y que no volvería hasta no estar listo. ¿Qué quiso significar con eso, Damask?

—Tú le conociste mucho más que yo.

—Sí, lo conocí. Creo que me amaba, a su manera. —Me contempló

maliciosamente—. Estás celosa, Damask. Siempre lo quisiste, ¿no es así? No lo niegues. Entiendo. Era un modo que tenía. Era diferente de los demás. Nunca podías estar segura si era un santo o un demonio.

—Nunca pensé en eso.

—No, tú pensaste que era un santo ¿no? Lo adorabas demasiado abiertamente. Tú no eras para él un desafío, como yo. Tenía que convencerme. Tú ya estabas ganada. De manera que me amaba, pero eso no era suficiente para mí.

—Tú querías riquezas. Eso lo sé muy bien.

—Y mira qué feliz he hecho a mi marido. Un niño. Nunca pensó en tener eso..., a esta altura de su vida. Está muy orgulloso. Vaya ¡cómo se pavonea! En cuanto a mí, soy una maravilla, soy para Remus un milagro tanto como Bruno fue para los monjes de la Abadía. Me gusta bastante ser un milagro. Por eso entiendo tan bien a Bruno. Comprendo su amargo desencanto.

—Pero no lo amaste lo suficiente como para casarte con él.

Sonrió melancólicamente.

—Imagínate, esposa de un hombre pobre..., si puedes.

Convine que no podía.

—No puedes ser feliz —le dije.

—Siempre puedo ser feliz cuando obtengo lo que deseo —me replicó.

Keziah se estaba volviendo más y más rara. Hablé a mi padre de ella.

—Pobre mujer —dijo—, está pagando por sus pecados.

Siempre me emocionaba la actitud de mi padre, ya que no había conocido otro hombre más bueno que él y sin embargo tenía tanta compasión por los pecadores.

Un día uno de los sirvientes vino a decirme que no encontraba a Keziah. No había dormido en su cama esa noche. Me pregunté si se habría encontrado otro amante, pero pensé que difícilmente podía ser, ya que estaba a menos de un mes de su alumbramiento. Me alarmé y un instinto me hizo ir a la casa de la bruja en el bosque.

Estaba allí.

La Madre Salter me invitó a entrar. Sentí el escalofrío de aprensión que siempre experimentaba en su casa. Era una cabaña pequeña, de una habitación, con una pequeña escalera de caracol. Esta conducía a otra habitación arriba. Estaba atiborrada, habían unos signos cabalísticos sobre las paredes y frascos donde ella guardaba sus pociones. Habían tarros con ungüentos en los estantes y de las vigas colgaban siempre manojos de hierbas y de algo indefinible. Siempre parecía estar ardiendo un fuego, un caldero tiznado de hollín colgaba de una cadena sobre él. Tenía dos asientos a cada lado de la chimenea y cada vez que había visto a la Madre Salter, ella estaba sentada en uno de ellos.

Se requería coraje para entrar a la casa; los enfermos lo hacían porque esperaban curarse, aquellos que buscaban una poción de amor iban; en cuanto a mí, sentía tanta

ansiedad por Keziah que entré intrépidamente.

Señaló uno de los asientos junto al hogar y me sonrió. Era muy vieja, pero sus ojos eran vivaces y jóvenes. Eran pequeños y oscuros rodeados de arrugas, astutos y sabios, como los de un mono. Dije:

—Estoy preocupada por Keziah.

Señaló hacia arriba.

Mi alivio fue evidente.

—De manera que está aquí.

Me sonrió y asintió con la cabeza.

—Está llegando el momento —dijo.

—¿Tan pronto?

—La criatura está ansiosa por llegar al mundo. Llegará antes de tiempo.

—¿Va a ser una niña? —La Madre Salter no contestó. Sabía tales cosas y a menudo había profetizado correctamente acerca del sexo de un bebé—. ¿Y Keziah?

La Madre Salter sacudió la cabeza.

—Su tiempo se está acabando —expresó.

—Usted puede salvarla.

—No si le ha llegado su momento.

—No puede ser —exclamé—. Usted puede hacer algo.

Me hizo una mueca que no era agradable de contemplar. Había algo de malévolo en ello y mostraba sus dientes ennegrecidos. Luego se puso de pie y me hizo señas. Subió por la corta escalera de caracol. La seguí.

Entré directamente a una habitación con una pequeña ventana enrejada. Estaba oscuro pero reconocí una figura sobre el jergón.

—Keziah —murmuré y me arrodillé junto a ella.

—Es la chiquitina —dijo—. Es Dammy.

—Sí, estoy aquí, Kezzie. Me asustaste. Me preguntaba qué te había ocurrido.

—Nada más va a sucederme sobre esta tierra, pequeñita.

—Esas son tonterías —dije cortante—. Vas a estar bien una vez..., una vez que pases esto.

—Él iba a matarme. Esta es su manera de hacerlo. ¡Qué hombre era! Todo ese hombre yéndose a los gusanos, donde iré yo pronto.

—¡Qué manera de hablar es esa! —exclamé indignada.

La Madre Salter chasqueó la lengua. Estaba ahí parada contemplándonos como un cuervo.

—Keziah —rogué—, regresa con nosotros. Yo te cuidaré. Me ocuparé del bebé...

Keziah me tomó la mano; las suyas estaban calientes y quemaban.

—¿Cuidarás del niño, Dammy? ¿Cuidaras de mi pequeño bebé? Me lo has prometido.

—Te lo prometo Keziah, nos ocuparemos del niño.

—Tendrá que ser criada como una damita. Se sentará en la mesa donde tú solías sentarte con Mistress Kate y Master Rupert. Eso es lo que quiero ver. Quiero verla ilustrada, como a mi niño. Pero nunca me miraba. No me quería por madre. No lo creía. Pero quiero que ella aprenda con libros. Quiero que sea una dama. La llamo mi pequeña Honey. Lo recuerdo bien..., allí estaba él sobre mí y nunca había sido así antes y olía a madreselva a través de la ventana..., y fue así como se hizo mi bebé. Madreselva, dulce y pegajosa. La llamo mi pequeña Honey.

Supé entonces que Keziah era parte de mi vida y que si ella faltara yo habría perdido esa parte. Tal vez después de mi padre, fue Keziah quien más cerca mío había estado cuando yo era muy niña, ya que mi madre jamás había estado muy unida conmigo.

Ahora yacía allí, mientras el sudor le perlaba los pálidos vellos alrededor de los labios y el color sonrosado de las mejillas era reemplazado por una red de pequeñas líneas rojizas. Algo se había perdido en ella, esa alegría, ese amor a la vida. Ya no amaba la vida y eso podía significar solamente que se estaba preparando para abandonarla.

Dije con urgencia:

—Keziah, vas a reponerte. Tienes que hacerlo. ¿Qué haré yo sin ti?

—Estarás bien. No me necesitas ahora..., no me has necesitado desde hace tiempo.

—El bebé te necesitará. Tu pequeña Honey.

Me tomó firmemente la mano, la de ella estaba seca y caliente.

—Tú lo harás, Mistress Damask. Tú la tomarás. La cuidarás como si fuera tu hermanita. Prométeme, Damask.

Dije:

—Te prometo.

Wrekin, el gato, había subido. Apreté su cuerpo contra mi pie y ronroneó. La Madre asintió con la cabeza.

—Júralo —exigió—. Jura, mi niña. Yo y Wrekin seremos tus testigos.

Permanecí en silencio, mirando de la cara levemente malévolamente de aquella a la que llamábamos la bruja a la cara extrañamente alterada de Keziah en la cama. Sentí que era un momento solemne. Estaba jurando tomar a mi cargo un niño, el niño de una sirvienta y de un hombre al que había visto asesinar y a quien nunca podría considerar sino como las bestias de la selva. Peor, porque al menos estas mataban por miedo o por necesidad de comida. Él había disfrutado en torturar a otros y yo rara vez había estado tan desagradada en mi vida como cuando había visto el deseo de Keziah por ese hombre. ¡Y estaba prometiendo velar por el hijo de ambos! Pero la mano seca de Keziah oprimía la mía. Vi angustia en sus ojos.

Me incliné sobre ella y la besé. Y no fue el miedo a la Madre Salter sino el amor y pena por Keziah lo que me hizo decir:

—Juro.

Era una extraña escena. Keziah muriendo y la vieja mujer de pie a su lado sin demostrar pena alguna.

—Llegarás a bendecir esta noche —me dijo— si mantienes tu palabra. Si no lo haces, llegarás a maldecirla.

Keziah se movió inquieta en la cama. Lloriqueó. La Madre Salter me ordenó:

—Vete ahora. Cuando llegue el momento lo sabrás.

Salí de la cabaña en el bosque y corrí todo el trayecto hasta casa.

Sabía que tenía que contarle a mi padre de mi promesa. Si le contaba a mi madre, diría:

—Sí, la chica puede venir con nosotros y se la criará con los sirvientes. —Luego se olvidaría de ello y la niña pasaría a formar parte de nuestra casa. Ahora había algunos niños en las dependencias de servicio, ya que una o dos de ellas habían quedado encinta y mi padre nunca despedía a una madre abandonada.

Pero esto era diferente. Yo había prometido que el niño de Keziah sería criado dentro de la casa, que se sentaría en la mesa de estudio. Sabía que tenía que mantener mi palabra.

Conté a mi padre lo que había sucedido. Expliqué:

—Keziah ha sido casi una madre para mí.

Mi padre me oprimió tiernamente la mano. Sabía que mi propia madre, si bien cuidaba de mis necesidades físicas de una manera ejemplar, había estado un poco ausente, absorta por su jardín.

—Y —proseguí—, este es el hijo de Keziah. Sé que es una mujer de servicio, pero este niño por nacer será el hermano o la hermana de Bruno..., si es cierto que es hijo de Keziah.

Mi padre guardó silencio y una mirada de dolor cruzó por su cara. Rara vez mencionábamos lo sucedido en la Abadía y el hecho de que Bruno hubiera desaparecido nos había afectado profundamente a todos. Mi padre había comenzado a convencerse de que la confesión había sido falsa y que Bruno era en verdad un Mesías, o al menos un profeta.

Proseguí rápidamente:

—Di mi palabra, Padre. Debo mantenerla.

—Tienes razón —dijo—. Debes mantener tu palabra. Pero deja que Keziah traiga su niño aquí y lo cuide ella. ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Porque no estará aquí... Por eso me hicieron jurar. Keziah..., y la Madre Salter..., creen que Keziah morirá.

—Si eso llega a suceder —dijo mi padre—, trae al niño aquí.

—¿Y podrá ser criado como un niño de la casa?

—Has prometido eso y debes mantener tu promesa.

—Oh, padre, eres un hombre tan bueno.

—No pienses demasiado bien de mí, Damask.

—Sí lo pienso y siempre lo haré. Porque sé, padre, lo bueno que eres, tanto mejor que aquellos que están supuestos ser santos.

—No, no, no debes decir tales cosas. No puedes ver en los corazones de las personas, Damask y no debes juzgar. Pero caminemos hasta el río donde podamos hablar en paz. ¿No echas de menos a Kate?

—Sí, padre y también a Keziah. Todo parece haber cambiado. Todo es mucho más tranquilo.

—A veces hay una calma antes de la tormenta. ¿Lo has notado? Debemos estar siempre preparados para lo que pueda suceder. Quién hubiera pensado unos años atrás que donde había una floreciente Abadía no habría más que ruinas. Sin embargo, los vientos han estado soplando en ese sentido desde hace algún tiempo y nosotros no lo advertimos.

—Pero ahora no hay más Abadía y el Rey ha encontrado una nueva esposa. Kate ha dicho que ya ha puesto los ojos en una muchacha llamada Catalina Howard.

—Roguemos, Damask, porque todo vaya bien con este matrimonio porque has visto los desastres que pueden acarrear al pueblo los casamientos del Rey.

—Fue la ruptura con Roma. Con seguridad fue ese uno de los acontecimientos más importantes que sucedieron en este país.

—Así lo creo, mi niña, y ha tenido efectos de vastos alcances y sin duda tendrá más. Pero cuando hablas de traer al niño de Keziah a la casa, me pregunto cuándo traerás los tuyos propios.

—Padre ¿todavía anhelas mi casamiento?

—Me contentaría mucho, Damask, si te viera comprometida antes de mi muerte, con un buen marido —alguien en quien yo pudiera confiar— para cuidarte, darte hijos. Añoré hijos e hijas y no tengo más que una. Y eres para mí más preciosa que el mundo entero, como lo sabes bien. Pero ¿por qué no habría de ver mi casa llena de niños en mi vejez, Damask?

—Me haces sentir que debo casarme sin demora para complacerte.

—Como mi deseo de verte feliz es mayor que el de los nietos, eso estaría lejos de mis pensamientos. Añoro verte casada, pero para mi alegría deberás ser una esposa y madre feliz.

Le oprimí cariñosamente el brazo. Estoy segura de que si en ese momento Rupert me hubiera pedido casarme con él lo hubiera aceptado, porque más que nada en la tierra deseaba complacer a mi buen padre.

Una de las doncellas me trajo un mensaje. La Madre Salter deseaba que acudiera.

Cuando llegué, la vieja mujer estaba sentada como de costumbre junto a la chimenea, Wrekin a sus pies, y la olla tiznada borbotando sobre el fuego.

Se puso de pie y me condujo hacia arriba por la corta escalera de caracol. Sobre la cama yacía un cuerpo bajo una sábana y sobre la sábana había una ramita de romero. Di un grito entrecortado y ella asintió con la cabeza.

—Fue como yo dije que sería —murmuró.

—Oh, ¡mi pobre Keziah! —Mi voz temblaba y ella apoyó una mano sobre mi hombro; sus dedos eran huesudos, las uñas como garras.

Pregunté:

—¿Y el niño?

Me condujo abajo. En un rincón de la habitación había una cuna que no había advertido al entrar. En ella había un niño vivo. Lo miré con desconcierto y la Madre Salter me dio un empujoncito hacia la cuna.

—Tómala —dijo—, es tuya.

—Una niñita —susurré.

—¿No te lo dije?

Levanté a la niña. Estaba sin fajar y envuelta en una pañoleta. La cara era rosada y arrugada. Su mismo desamparo me llenó de una pena que estaba próxima al amor.

Tomó la niña de mis brazos.

—Todavía no —dijo—. Todavía no. Yo la criaré. Cuando llegue el momento, será tuya. —Puso a la niña nuevamente en la cuna y se volvió hacia mí. Sus garras se clavaron en mi brazo—. No olvides tu promesa.

Sacudí la cabeza. Luego me di cuenta que estaba llorando. No sabía a ciencia cierta por qué, por Keziah, cuya vida había acabado o por el bebé, cuya vida acababa de comenzar.

—Era demasiado joven para morir —observé.

—Había llegado su momento.

—Pero fue demasiado pronto.

—Tuvo una buena vida. Le gustaba retozar. Jamás podía rechazar a un hombre. Tenía que ser. Los hombres eran el sentido de su vida. También estaba escrito que serían su muerte.

—Ese hombre..., el padre de la niña..., yo lo aborrecí.

—Sí, mi buena niña —dijo—. Pero ¿cómo podemos estar seguras cualquiera de nosotras quién fue nuestro padre?

—Yo estoy segura —afirmé.

—Ah, sí, tú, ¿pero quién más puede estarlo? Keziah nunca supo quién fue su padre. Ni tampoco su madre. Mi hija era otra Keziah. No podían resistirse a los hombres, sabes y las dos murieron al dar a luz. Tú eres una dama distinguida y harás otra de madreselva también. —Me oprimió el brazo—. Tienes que hacerlo, ¿verdad?

No te atreverías a hacer otra cosa, ¿no es así? Recuerda, diste tu palabra. Y si no la mantienes, mi buena damita, tendrás siempre sobre ti la maldición de Keziah muerta y, lo que es peor, la de la Madre Salter.

—No tengo la menor intención de no mantener mi promesa. Deseo hacerlo. Añoro tener a la niña. Mi padre ha dicho que puedo criarla como propia si lo deseo.

—Y debes desearlo así. Pero no todavía..., es demasiado pequeña. Yo la tendré hasta que llegue el momento. Luego será tuya. —Había traído consigo la ramita de romero y la apretó dentro de mi mano—. Recuerda —dijo.

Dejé la cabaña de la bruja lamentándome por Keziah, recordando tantas escenas de mi niñez y a un tiempo pensando en la niña y en lo feliz que sería teniendo un bebé para cuidar. Anhelaba tener hijos propios. Tal vez, pensé, mi padre estaba en lo cierto cuando decía que debía casarme.

LA SOMBRA DEL HACHA

Llegó una imperativa carta de Kate, traída por uno de los sirvientes de *Lord Remus*.

Estábamos por cenar, eran las seis de la tarde a principios del verano, y las puertas estaban abiertas. Cuando nos sentamos a la mesa, uno de los sirvientes entró para decir que había un hombre en la puerta que deseaba ver a mi padre.

Se puso de pie enseguida y salió. Volvió con un hombre cuyas ropas lo delataban como sacerdote. Mi padre parecía complacido.

El hombre era Amos Carmen y parecía que mi padre y él se habían conocido con anterioridad. No tomó asiento en la mesa de los visitantes sino que se le puso un cubierto junto a mi padre y los dos conversaron.

Cuando Amos comenzó a hablar acerca de los cambios ocurridos en la Iglesia vi que mi padre comenzaba a intranquilizarse.

En esos días era muy fácil traicionarse. Implicar por medio de la palabra o hecho que uno no consideraba al Rey como Cabeza Suprema de la Iglesia podía significar la muerte. Cuando mi padre cambió el tema de la conversación creo que el recién llegado se percató de la situación, ya que inmediatamente se abocó al nuevo tema y discutimos los empleos de las hierbas utilizadas en los pasteles que nos eran servidos.

Fue un cambio ver animada a mi madre. Era generalmente cuando teníamos horticultores en nuestra mesa, que ella brillaba.

—Es asombroso —decía—, el poco uso que se hace de las flores y hierbas que crecen en nuestros prados y setos. Están allí para que cualquiera las tome y son tan sabrosas. Las primaveras y caléndulas son un excelente condimento para las tartas y pasteles.

—Veo, señora —repuso Amos con una sonrisa—, que usted es más que consumada en el arte de la cocina.

Mi madre sonrió. Era mucho más susceptible a los halagos por sus flores y por su casa que por su apariencia, y era todavía bastante apuesta.

Discutimos acerca de las hierbas que podían aliviar el dolor o deleitar el paladar y fue mientras hablábamos de esto que llegaron las cartas de Kate.

¡Qué espléndidos se veían sus sirvientes con sus libreas brillantes! Los nuestros parecían humildes comparativamente. Una de las cartas estaba dirigida a mis padres, la otra era para mí.

No nos pareció educado leerlas en la mesa, lo que fue una prueba para mí ya que ardía de impaciencia por conocer las noticias de Kate. El mensajero fue llevado a la cocina para darle un refrigerio, si bien, dijo mi padre bromeando, uno se preguntaba si un caballero tan atildado no debía ser invitado a sentarse a la cabecera de la mesa.

La conversación continuó respecto de nuevas plantas y hortalizas que mi madre creía que podían ser introducidas pronto en el país.

Pero lo que yo quería era retirarme para leer la carta de Kate:

«He escrito a tus padres para decirles que no deben hacer nada para evitar que vengas conmigo. Necesito tu compañía. Nunca ha habido estado tan incómodo, humillante y tedioso, si no estuviera animada por ataques de desgracia, como el de estar embarazada. Juro que no volverá a suceder. Quiero que vengas a quedarte conmigo. Remus está de acuerdo. En realidad, está ansioso. Está tan encantado con la idea del niño y tan orgulloso de sí mismo (¡a su edad!) que gustosamente soporta cualquier rabieta que yo pueda tener y te aseguro que las tengo continuamente. Había estado pensando qué podía hacer para aliviar el aburrimiento y la infelicidad y repentinamente pensé que la respuesta era Damask. Tienes que venir inmediatamente. Permanecerás hasta que nazca el niño. Faltan solamente algunas semanas. No pongas excusas. Si no vienes no te lo perdonaré nunca».

Mi madre vino a mi habitación. Tenía en sus manos la carta de Kate.

—Ah —dijo—, sabes el contenido de esta, me imagino.

—Pobre Kate —comenté—. Creo que no es la más indicada para tener hijos.

—Mi queridísima niña, para eso están todas las mujeres.

—Todas las mujeres, excepto Kate —dije—. Bueno, ¿iré?

—Eres tú la que debe decirlo.

—Entonces tengo tu permiso.

Asintió con la cabeza. Me miraba de una manera intrigada, tierna. Después me pregunté si habría tenido una premonición.

—Odio dejarte —le dije.

—Los pájaros tienen que dejar el nido alguna vez.

—No será por mucho tiempo —aseguré.

Al día siguiente Amos Carmen partió y yo estuve ocupada haciendo mis preparativos. Era la primera vez que salía de mi hogar. Hice una mueca a mi ropa. Supuse que parecería muy simple en la gran mansión de Kate.

Debíamos ir en barca alrededor de veinte kilómetros río arriba y allí nos encontrarían miembros de la casa Remus. Yo llevaría conmigo dos doncellas y Tom Skillen se haría cargo de la barca. Luego nuestro equipaje sería puesto sobre mulas de carga y caballos que nos estarían esperando para llevarnos al Castillo Remus.

Estaba tan excitada y ansiosa por ver nuevamente a Kate. Era cierto que sin ella y sin Keziah, como había sido anteriormente, la vida era un poco monótona. Luego estaba Bruno, que en mi corazón ya sabía que echaba de menos más que a nadie. A menudo me preguntaba por qué. A mí me había parecido tan distante y frecuentemente pensaba que sólo rara vez él recordaba mi existencia. Pero yo, no

menos que Kate, había sentido ese fuerte sentimiento por él. En Kate era un imperativo deseo de compañía, en mí una especie de respeto reverencial. Kate lo exigía, mientras que yo me alegraba cuando él venía a mí. Yo estaba ansiosa por las migajas que caían de la mesa del hombre rico, mientras Kate estaba sentada en ella, cenando.

El día antes de mi partida, Amos Carmen regresó a la casa. Lo encontré junto con mi padre. Estaban parados junto al parapeto de piedra cerca del río, enfrascados en una conversación.

—Ah —dijo mi padre—. Aquí está Damask. Ven aquí, hija.

Miré de uno a otro; inmediatamente supe que tenían algo en mente y exclamé ansiosamente:

—¿Qué hay?

Mi padre aseguró:

—Puedes confiar tu vida a esta niña.

—Padre —exclamé—, ¿por qué dices eso?

—Niña mía —dijo él—, vivimos tiempos peligrosos. Esta noche nuestro huésped seguirá su camino. Cuando te encuentres en la casa de *Lord Remus*, tal vez no debieras mencionar que nos ha visitado.

—No, padre —dije.

Los dos sonreían plácidamente y yo estaba tan excitada con la perspectiva de mi visita a Kate que olvidé lo que podían implicar sus palabras.

Partí al día siguiente. Mis padres con Rupert y Simón Caseman bajaron hasta el embarcadero a despedirme. Mi madre me pidió que tomara nota de cómo trataban los jardineros de Remus al pulgón y qué hierbas cultivaban, y que averiguara si había alguna receta que ella no conociera. Mi padre me abrazó y me pidió que regresara pronto a casa y que recordara que en casa de Kate yo no estaba en mi hogar y que contuviera bien mi lengua. Rupert me pidió que volviera pronto a casa y Simón me miró con una extraña luz en sus ojos, como si estuviera medio exasperado, a medias divertido conmigo. Pero al mismo tiempo me daba a entender su gran deseo de hacerme su esposa.

Los saludé con la mano desde la barca y envié una silenciosa oración para que todo estuviera bien hasta mi regreso.

Muerte. Destrucción. Asesinato. Por todas partes.

Recé fervientemente porque nunca llegara a esa casa junto al río que había sido mi hogar. Pero como decía frecuentemente mi padre: vivíamos en tiempos violentos y el desastre que le ocurría a cualquiera nos concernía a todos. La muerte podía apuntar su dedo hacia cualquiera de nosotros.

Pero basta de temores. Pensaría en Kate y en su matrimonio y en el mío propio, que suponía que no podía verse dilatado mucho más.

Tenía que elegir, Rupert o Simón. Sabía que nunca podría ser Simón. Bueno como era, abogado inteligente, decía mi padre, un acierto para sus negocios y para la casa, me repelía en cierta manera. Sería Rupert, el bondadoso Rupert, a quien tenía cariño. Pero su suavidad me hacía ser indiferente con él. Supongo que soñaba con un hombre fuerte, como todas las chicas.

Luego estuve pensando en Bruno. ¡Qué poco sabía uno de Bruno! Nunca era posible estar cerca de él.

Era por esto por lo que no podía contemplar con ningún entusiasmo el matrimonio con Rupert, porque en lo profundo de mi ser yo sentía esa extraña, exaltada emoción por Bruno.

Dijimos adiós a Tom Skillen y partimos en nuestro pequeño grupo. Después de dos horas de cabalgata llegamos al Castillo Remus.

Era de un período muy anterior a nuestra residencia, que había sido construida por mi abuelo. Sus sólidas paredes de granito gris confirmaban la evidencia de que estaban erguidas hacía doscientos años y que así permanecerían durante otros quinientos más indudablemente. Los destellos del sol sobre las paredes hacían brillar ciertos trozos de piedra como si fueran rosas. Levanté la vista para contemplar las almenas del torreón mientras cruzamos el puente levadizo sobre el foso. Atravesamos la entrada con su reja y nos encontramos en un patio donde rumoreaba una fuente y escuchamos la voz de Kate mientras repiqueteábamos sobre los adoquines.

—¡Damask! —Levanté la vista y la vi en una ventana.

—De manera que finalmente estás aquí —exclamó—. Has de venir directamente. Ruego conduzcan arriba sin demora a Mistress Farland —ordenó.

Un caballero tomó mi caballo y un sirviente salió a conducirme dentro del castillo. Dije que iría primero a mi habitación para poder lavarme la suciedad del viaje y fui llevada a través del gran hall, subiendo por una escalera de piedra, a mi habitación que miraba al patio. Supuse que no estaba lejos de la de Kate. Pedí que se me trajera agua y la doncella salió corriendo a cumplir mi pedido.

Pronto iba a descubrir qué imperativa dueña de casa era Kate.

Vino a mi habitación.

—Les dije que te condujeran donde yo estaba sin demora —exclamó—. Ya me oirán por esto.

—Fueron órdenes mías para quitarme un poco de la tierra de los caminos.

—Oh, Damask, no has cambiado para nada. ¡Qué bueno es tenerte aquí! ¿Qué opinas del Castillo Remus?

—Es magnífico —dije.

Hizo una mueca.

—Es justo lo que siempre quisiste, ¿no es así? Un castillo, un sitio en la Corte y tú para revolotear de este a aquel.

—¿Y cuántos revoloteos crees que puedo hacer? ¡Mírame!

La miré y reí. La elegante Kate, con el cuerpo deformado y la boca descontenta; algo que no podía ser alterado por nada que hiciera su vestido de satín orlado de marta.

—¡Y pronto serás madre! —exclamé.

—No, es demasiado pronto para mí —refunfuñó Kate—. Tiemblo ante el acontecimiento, pero no veo el momento de que pase. Pero estás aquí y eso es bueno. Aquí está tu agua, de manera que quítate el polvo enseguida. Y ¿es esa tu ropa de viaje? Mi pobre Damask, debemos hacer algo con ella.

—Juro que su señoría se ve espléndida.

—No hace falta jurar —dijo Kate—. Sé muy bien como me veo. He estado tan enferma, Damask, tan descompuesta. Antes saltaría desde esta ventana que volver a pasar por lo mismo. Y todavía falta lo peor.

—Las mujeres tienen bebés todos los días, Kate.

—Yo no. Ni tampoco habrá otro día.

—Y ¿cómo está milord?

—Está en la Corte. ¿No lo hace eso todavía más duro de soportar? Además dicen que el Rey está de mal humor y que cuesta muy poco atraerse un mal gesto. En estos días las cabezas se balancean muy inseguramente sobre los hombros.

—Entonces ¿no deberías alegrarte de que la tuya esté firme?

—Siempre la misma Damask, todavía contando tus bendiciones. Es bueno tenerte.

Y por cierto que ella era la misma Kate de siempre. Preguntó qué estaba sucediendo en mi hogar y se entristeció un poco cuando hablamos de Keziah.

—¿Y es la hija de ese hombre? —dijo—. Me pregunto cómo crecerá. Concebida de esa forma..., nacida de tales padres. —Y puso las manos sobre su cuerpo y sonrió.

Kate estaba impaciente por mi compañía. Había tanto de que hablar, me dijo. Si yo hubiera rehusado venir no hubiera vuelto a dirigirme la palabra. Cuando expresé mi deseo de deshacer mi equipaje me respondió que no había necesidad de eso: una sirvienta lo haría. Pero yo quería hacerlo personalmente, de manera que deshice las maletas y le enseñé un vestido que había sido hecho con la seda producida por los gusanos de seda de mi madre. A Kate le resultó indiferente, prefirió en cambio una pequeña pulsera amuleto que le había traído y que mis padres me habían puesto en la muñeca cuando nací.

—Cuando el bebé no pueda usarla más, debes devolvérmela.

—¿Para que se la pongas a tu propio hijo? Bueno, Damask..., ¿cuándo será eso? Me sonrojé levemente a pesar de mi determinación de no delatar mis sentimientos.

—No tengo idea —dije cortantemente.

—Será mejor que aceptes a Rupert. Será un buen marido, bondadoso, justo el

hombre para ti. Te cuidará y jamás pondrá los ojos en otra mujer. Es joven, no como mi Remus. Y si bien es pobre en bienes terrenales tú tienes suficiente para ambos.

—Gracias por arreglar tan fácilmente mi futuro.

—¡Pobre Damask! Oh, seamos sinceras. Tú querías a Bruno. ¿Estás loca, Damask? Nunca hubiera sido el hombre para ti.

—Ni tampoco para ti, por lo visto.

—A veces desearía haberme ido con él.

—¿Ido? —pregunté—. ¿Ido adónde?

—Oh, nada —repuso. Luego me abrazó y dijo—: Me siento viva ahora que has venido. Este lugar me sofoca. Era diferente cuando estaba en la Corte. Hay un movimiento allí, Damask, que no podrías entender.

—Sé que en tu estima soy una pobre muchacha campesina, si bien puedo permitirme señalarte el hecho de que mi hogar está más cerca de Londres que el tuyo, pero por cierto que puedo imaginarme lo excitante que debe ser preguntarse a cada momento, mientras dices algo, realizas una acción, si te enviará a la Torre, para vivir allí, oh, tan excitante, en espera de la orden de libertad o decapitación.

Kate rio en voz alta.

—Sí, es bueno tenerte aquí. Dios te bendiga, Damask, por venir.

—Gracias. Supongo que tus bendiciones son preferibles a las maldiciones que debía esperar si hubiera rehusado venir.

Sentí que mi ánimo mejoraba. Supongo que de uno u otro modo, nos pertenecíamos mutuamente y, si bien yo desaprobaba casi todo lo que hacía Kate y ella me despreciaba, cuando estaba con ella me sentía viva. Me parecía parte de mí misma, supongo que porque habíamos crecido juntas.

Esa noche cenamos solas en su habitación. Tenía allí una pequeña mesa donde solía comer.

—Me atrevo a jurar que tú y tu marido almuerzan y cenan aquí solos cuando él está en la residencia —dije.

Rio nuevamente, con los ojos brillando burlones.

—No conoces a Remus. ¿De qué piensas que hablaríamos? Además se está volviendo sordo. Si yo tuviera que soportarlo sola le tiraría el plato. No, cuando está aquí comemos ceremoniosamente. Usamos el hall que habrás visto al entrar, o tal vez no lo viste. Todas las reliquias Remus de guerras pasadas, alabardas, espadas, armaduras, nos contemplan mientras comemos; yo, a un extremo de la mesa y por la Gracia de Dios, él al otro. La conversación es animada o aburrida, depende de los visitantes. Frecuentemente tenemos gente de la Corte aquí, entonces puede ser muy divertido; pero a menudo son los hacendados del campo que hablan interminablemente de arar sus tierras y salar sus cerdos, hasta que yo siento que podría gritarles.

—Estoy segura que *Lord Remus* encuentra en ti una esposa muy adaptable.

—Bueno, al menos le estoy dando un hijo.

—¿Y él considera que el precio que tiene que pagar vale la pena? Eres —la miré inquisitivamente— bastante agradable de mirar hasta en tu estado actual de descontento. Es indudable que le has rejuvenecido al probar que todavía no es demasiado viejo para engendrar hijos.

Observó rápidamente:

—Dije darle un hijo. No dije que él lo engendrara.

—Oh, Kate —exclamé—, ¿qué quieres decir?

—¡Vamos! Hablo demasiado. Pero tú no cuentas. Solamente que me gusta decirte la verdad, Damask.

—De manera..., que has engañado a Remus. No es su hijo. ¡Cómo puedes pretender entonces que lo es!

—No has aprendido mucho acerca de los hombres, Damask. Es fácil convencerlos que tienen el poder de hacer lo que quieren hacer. Remus está tan inflado de orgullo con la idea de ser padre que está dispuesto a olvidar que pueda haberle significado ser cornudo.

—Kate, eres tan desvergonzada como siempre lo fuiste.

—Más aún —se burló—. Seguramente no puedes esperar que mejore con la experiencia.

—No te creo.

—Me alegro mucho —dijo Kate con una mueca—. Mi indiscreción está olvidada.

—Y aquí estás casi por pasar la más grande experiencia por la que puede atravesar una mujer y mientes lloriqueando acerca de ello.

—Durante dos meses enteros he vivido en soledad, salvo por algunas visitas. He tenido que soportar la solicitud de Remus. He tenido que comportarme como la mujer que anhela su hijo.

—Y en tu corazón es así.

—No creo que yo haya nacido para ser madre, Damask. No. Quiero bailar en la Corte. Quiero cazar con la partida real. Quiero volver al Castillo o al Palacio. Estuvimos en Windsor hace poco y allí bailábamos, conversábamos y contemplábamos a los cómicos o el teatro, o había un baile. Esa es la vida. Entonces puedo olvidar.

—¿Qué quieres olvidar, Kate?

—Oh —exclamó—. Una vez más estoy hablando demasiado.

Los jardines en Remus eran muy hermosos. Mi madre se hubiera deleitado con ellos. Traté de grabarme los detalles para poder contárselos cuando volviera a casa. Había un lugar que era mi preferido. Un jardín con un estanque en el medio rodeado de una avenida entrelazada; como era verano esos árboles en la avenida estaban espesos de

hojas. Kate y yo solíamos sentarnos junto al estanque y charlar.

Me alegraba que hubiera cambiado desde que llegué. Las líneas de descontento habían desaparecido de su boca y reía continuamente, a menudo de mí, es cierto, pero de esa manera tolerante y afectuosa que me era familiar.

Fue en el jardín del estanque que me habló de Bruno.

—Me pregunto dónde fue —dijo—. ¿Crees que desapareció en una nube y volvió al Cielo? ¿O piensas que se fue a Londres a hacer su fortuna?

—Por cierto que desapareció —murmuré—. Se lo encontró en el pesebre en esa mañana de Navidad y Keziah pareció haber perdido el juicio cuando encontró a Rolf Weaver. Su confesión pudo haber sido falsa.

—¿Qué objeto pudo tener su venida?

—San Bruno se enriqueció después de su llegada y fue debido a él.

—¿Pero qué sucedió cuando vinieron los hombres de Cromwell? ¿Dónde estaban sus milagros entonces?

—Tal vez estaba escrito que consiguieran lo que querían.

—Entonces, ¿cuál era el objeto de enviar un Niño Santo sólo para hacer prosperar a San Bruno durante unos pocos años, para que fueran mayores las riquezas que se desviarían a las arcas del Rey? ¿Y qué hay de las confesiones de Keziah y del monje? Keziah nunca podría haber inventado semejante cuento. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Puede haber sido algún demonio que la obligara.

—Has estado viendo a la bruja del bosque.

—Lo hice debido a madreSelva.

—Eres una tonta, Damask. Me dices que has prometido tomar a tu cargo esta niña. Y tu padre lo admite. Son un par extrañamente fuera de este mundo. La hija de esa bestia y una voluntariosa muchacha de servicio. ¡Y será como tu hermana! ¿Qué piensas que saldrá de eso?

—Yo amaba a Keziah —dije—. Fue como una madre para mí. Y la niña podría ser la hermana de Bruno. ¿Has pensado en eso?

—Si los cuentos de Keziah son ciertos, serían medio hermanos, ¿no es así?

—Ese sería el parentesco.

—Qué típico tuyo, Damask. Acomodas los sucesos con la realidad como te place. En un momento quieres que Bruno sea santo para que desaparezca en una nube en el Cielo y al minuto siguiente quieres encontrar una razón para tomar esa niña, de manera que es medio hermana de Bruno. Sabes, no eres lógica. Tu pensamiento está embrollado. Cuánto más fácil sería que tuvieras simples motivos como los míos.

—¿Para conseguir lo que quieres de la vida y hacer que otros paguen por ello?

—Es un buen arreglo desde el punto de vista del que recibe.

—Nunca podría ser un buen arreglo, ni siquiera si funcionara.

—Va a funcionar para mí —dijo blandamente.

Fuera cual fuera el tema que empezáramos, Bruno siempre aparecía en nuestra conversación. Kate se ablandaba un poco cuando hablaba de él.

—¿Piensas que alguna vez sabremos la verdad acerca de Bruno, Kate? —pregunté.

—¿Quién sabe alguna vez toda la verdad acerca de alguien? —fue su respuesta.

Despaché un mensajero a mi padre para decirle que había llegado bien. Dije que volvería a casa tan pronto como naciera el bebé. Sabía que Kate no deseaba que me fuera. Tenía la idea que quería retenerme allí para compañía suya. Una vez me dijo que me necesitaba.

—Y desde el momento en que Rupert no te atrae demasiado, podría arreglarte un gran casamiento —me prometió.

—Mi padre desearía que regresara.

—Estoy segura de que anhela verte casada.

Pero con el bebé por nacer en cualquier momento las dos esperábamos los síntomas, de manera que nuestras conversaciones a menudo versaban acerca del nacimiento inminente. Revisé el ajuar que había sido preparado para el niño y Kate y yo discutíamos los nombres de varones y niñas que pensábamos que sentarían al niño.

A Kate le gustaba hablar de la Corte y de los asuntos del Rey y sus recientes aventuras en Windsor la hacían sentir muy conocedora, particularmente comparada con una prima hogareña.

El tema principal era el casamiento del Rey, ya que todos sabíamos que él estaba muy descontento con su novia.

—Es un asunto muy lamentable —dijo Kate mientras estábamos sentadas en el jardín del estanque. Yo cosía una ropita que estaba haciendo para el bebé. Kate estaba sentada ociosamente, con las manos en la falda, contemplándome.

—Por supuesto que Anne de Cleves es una esposa muy poco apropiada. El Rey nunca hubiera pensado desposarla si no fuera por el estado de cosas en el continente.

Me interesó oír más. Había oído rumores, pero me gustaba escuchar la versión más picante de Kate que aquellas que se habían mencionado vagamente en nuestra mesa.

—El Rey siempre odió al Emperador Carlos y al Rey de Francia —explicó Kate—. Y la idea de que se unieran era bastante alarmante. Dicen que él creía que estaban intrigando contra él. Así que deseaba aliados en el continente. Cromwell creía que el Duque de Cleves sería ese aliado, de modo que ¿por qué no llegar a una alianza firme a través del casamiento con la hermana del Duque?

—¿Y la dama lo deseaba? —dije—. ¿No sabía lo que les había sucedido a la Reina Catalina y a la Reina Ana?

—¡Por supuesto que todo el mundo lo sabe! Por Europa se rumoreaba en todos

lados. Los Asuntos Secretos del Rey fueron indudablemente el escándalo más conocido en el mundo. Las damas no están demasiado anhelantes. Estuvo María de Guisa y era viuda. Muy graciosa, decían aquellos que la conocieron. Al Rey le gustaba, pero ella lo rechazó por el Rey de Escocia. Eso es algo que no les perdonará fácilmente a los escoceses. Y ahora está enojado con Master Cromwell, porque la *Lady* de Cleves no es lo que él esperaba. Remus vio el detalle que el hombre de Cromwell le envió de la señora. Comparaba la belleza de ella con la de las demás señoras como si fuera el sol dorado con respecto a la luna plateada. Se decía que ella las superaba a todas. Y Holbein, el artista, hizo su retrato, pero se olvidó de poner las marcas de viruela. Tiene la cara toda marcada. Dicen que cuando la vio el Rey se horrorizó y le desagradó y estuvo naturalmente furioso con aquellos que se la habían traído.

»Sabes que después de haberla visto por primera vez el Rey estaba tan encolerizado que exclamó: “¿En quién se puede confiar? Les prometo que no veo en ella lo que se me ha mostrado en los retratos o por descripciones. No la amo”.

—¿Podía esperar amarla en tan poco tiempo?

—Quiso significar que no la deseaba. Y hace tanto tiempo que ha estado sin esposa que esto era amenazador. Para decir verdad, creo que ya había puesto la mirada sobre Catalina Howard y si fuera así, indudablemente haría que Ana de Cleves fuera todavía más repulsiva de lo que se podía haber pensado de otro modo. Remus me contó que el Rey mandó llamar a Cromwell y le exigió que le dijera cómo podía ser liberado de la «gran yegua flamenca». Pobre Cromwell, está como loco. Pero, ¿deberíamos decir: «Pobre Cromwell»? Secretamente pienso que no. Tal vez sonriamos un poco porque ahora es él mismo el que se encuentra en el peligro que él ha colocado a otros tantos. Cuando pensamos en aquellos días en que sus hombres vinieron a San Bruno...

—No hacía otra cosa que seguir las órdenes del Rey.

—Oh, un poco más que eso. Era el enemigo de los monjes. Si no hubiera sido por ese hombre, tal vez Bruno estaría viviendo en la Abadía y tú y yo nos deslizaríamos a través de la puerta secreta para hablar con él. Pero todo eso se ha ido. Es como si nunca hubiera existido. Y ahora es el turno de Cromwell de enfrentar las iras de su soberano.

—Compadezco a cualquiera que tenga que enfrentarse a eso.

—¿Has olvidado? Recuerdas el monje que colgaba de la horca..., ¡qué inerte estaba su cuerpo! Mirarlo me hacía estremecer. Y el Hermano Ambrose...

—Por favor Kate, no hables de eso. Prefiero olvidar.

—Ahí está la diferencia entre nosotras dos. Yo prefiero recordar ahora y decir: «Ahí tienes Cromwell, es tu turno ahora».

—¿Pero ha llegado a eso? Se le ha conferido un gran título, ¿no es así?

—Oh sí, Milord de Essex y *Lord Chambelán* de Inglaterra. Remus me contó que el Rey le ha conferido treinta residencias. Bueno, supongo que merecía recibir algunas, si uno considera la cantidad que ha logrado para el Rey. Pero eso fue en abril. Ahora estamos en junio. Los cielos del verano se están oscureciendo para Master Cromwell y todo debido a este matrimonio.

—Cómo estás de enterada.

—Estas son cosas que se discuten en la Corte y algunas veces aquí cuando viene gente de la Corte.

—¿Y lo encuentras aburrido?

—No tales conversaciones. No a tal gente. Son los terratenientes del campo los que me aburren. Es más, desearía estar en la Corte y no solamente tener que escuchar lo que sucede allí cuando la buena fortuna nos envía un visitante.

—¿Y qué hay de Cromwell, Kate? ¿Qué te dicen de este hombre?

—Que el matrimonio Cleves ha sido una equivocación desde el principio hasta el fin. El Rey ama solamente a las mujeres hermosas y le consiguieron una Yegua Flamenca. El casamiento era necesario, dijo Master Cromwell y el Rey desposó a Ana de Cleves contra su voluntad, pero hizo saber que no podía acceder a consumar el matrimonio. —Kate comenzó a reír—. ¡Imagínate! Entró a la cámara nupcial pero no tenía intención de seguir adelante.

—Lo siento por ella —dije.

—Dicen que estaba aterrada. Tenía miedo de que él, deseando liberarse de ella, falseara algún cargo en su contra. Y ahora han caído el Emperador Carlos y el Rey Francisco y si bien esto debería ser una cuestión para regocijarse, cuando el Rey lo supo se puso furioso porque parecía que se había casado sin ninguna razón. Ahora no le importaba tener o no el apoyo de los Estados Alemanes, porque sus dos grandes enemigos eran todavía mayores enemigos entre sí y mientras ese estado de cosas persistiera, él no tenía nada que temer. Ha exigido que Cromwell lo libere. Cromwell no sabe hacia qué lado volverse. El hombre astuto está atrapado en su propia red.

—Me pregunto cómo puede querer alguien ir a la Corte. ¡Mira la paz de este jardín! Cuánto más agradable es ver los lirios del estanque y las abejas en la lavanda que ocuparse de los asuntos del Rey.

—Las recompensas son grandes —dijo Kate.

—¿Y para lograrlas uno debe arriesgar la propia cabeza?

—Damask, no tienes ambición. No sabes cómo vivir.

—Eso es precisamente lo que desearía hacer. Eres tú la que piensa que hay algún mérito en jugar con la muerte.

—Preferiría vivir atrevidamente una semana que aburridamente durante veinte años. Estoy segura de que mi forma de vida es mucho más deseable que la tuya.

—Cuando seamos viejas recordaremos este día y tal vez entendamos quién tenía

razón.

Permanecimos en silencio un momento. Luego ella dijo que pensaba que el alumbramiento sería antes de lo que había creído.

—Debemos enviar a buscar a tu marido —dije.

Pero sacudió la cabeza.

—No haremos tal cosa. No lo quiero aquí, molestándonos.

Yo estaba un poco alarmada. Había un fervor en ella. Yo seguía pensando en Keziah, yaciendo en la cabaña de la Madre Salter con una ramita de romero sobre la sábana.

Lord Remus vino al Castillo. Kate estaba desanimada de que hubiera regresado tan pronto, pero él me dijo que por cierto debía estar presente cuando naciera su hijo. No había duda, de que adoraba a Kate. Me sorprendió, porque ella no era siempre amable con él; pero él reaccionaba a sus rabietas como si ella fuera su hija favorita, como si todo lo que ella hiciera debiera ser aceptado porque lo hacía tan encantadoramente.

Pero al menos lo que tenía que contar interesó a Kate.

Kate había insistido que no estaba de humor para recibir y comimos en su habitación. La diferencia era que *Lord Remus* estaba a menudo con nosotras. Kate hubiera preferido que él no estuviera, pero cuando él hablaba de los asuntos de la Corte, ella se animaba e interesaba.

Debido a su posición en el séquito del Rey, *Lord Remus* hablaba con conocimiento de las cosas y, si bien imagino que ordinariamente un hombre discreto, Kate conseguía sonsacarle cualquier cosa. Quería saber la verdad acerca de Cromwell y la obtuvo.

—El hombre está frenético de ansiedad —le dijo *Lord Remus*—. Ha sido arrestado en Westminster. Lo oí de milord Southampton que estuvo presente; fue tomado completamente desprevenido. Había ido al Concejo y al entrar a la habitación el Capitán de la Guardia dio un paso al frente diciendo: «Thomas Cromwell, Conde de Essex, te arresto en nombre del Rey por el cargo de Alta Traición». Southampton dice que nunca vio un hombre tan asombrado y luego tan asustado.

—¡Cuántas veces —exclamó Kate—, Master Cromwell ha hecho arrestar a hombres que eran más inocentes que él!

—Ten cuidado, Kate.

—¡Qué tontería! —replicó ella—. ¿Crees que Damask me delataría? ¿Y de qué podría delatarme?

—Es necesario ser precavida, mi querida. No sabemos quién puede estar escuchándonos o cómo se pueden distorsionar las palabras. En estos días no podemos confiar en nuestros propios sirvientes.

—Cuéntanos más —ordenó Kate.

—El individuo estaba próximo a la histeria. Tiró su gorro al piso. Llamó a los

miembros del Concejo para que lo apoyaran. Decía que ellos sabían que él no era ningún traidor. Pero todos estaban unidos en contra de él. Siempre habían odiado al individuo. Fue directamente a la Torre y antes que terminara el día los hombres del Rey estaban saqueando sus casas. He oído decir que ha acumulado muchos tesoros durante sus días de poder y que las arcas del Rey se enriquecerán mucho con ello.

—Master Cromwell probará lo que le encantaba hacer a otros. Puedo verlos en la Abadía. ¡Esos caballos de carga abarrotados! Todas las riquezas y tesoros de San Bruno.

Lord Remus rogó una vez más a su esposa ser cuidadosa y esta vez ella calló. Sabía que pensaba en Bruno y en la angustia que había sufrido.

Dije a *Lord Remus*:

—¿Cómo es posible que este hombre que ha trabajado para el Rey se convierta tan súbitamente en traidor? ¿Acaso sus fortunas no están unidas a las del Rey? ¿Es entonces un traidor porque dos Príncipes de Europa se han enemistado cuando antes eran amigos?

Lord Remus me miró amablemente. Había algo muy bondadoso en él y nos habíamos hecho buenos amigos. Pienso que le agradaba la deferencia que yo siempre demostraba por él, la que sentía que le debía por su edad y posición y, en todo caso, porque me daba pena la forma en que Kate se comportaba con él.

—Vaya, Damask —respondió—, el camino a los favores del Rey es a través de la buena fortuna y un hombre no puede esperar que la buena fortuna lo acompañe todos los días de su vida. Hay quienes dicen que Thomas Cromwell tuvo una vida encantada..., hasta ahora.

»Te dirán que Cromwell se elevó de un origen humilde hasta la grandeza. Nuevamente allí, se asemeja a su maestro, Wolsey. Se dice que su padre fue herrero y batanero y tejedor de telas, pero he oído decir que era un hombre de algunos medios que tenía una posada y una taberna. Cromwell es un hombre de una gran habilidad. Astuto, tortuoso, pero con pocas gracias de las que le hubieran facilitado su progreso en la Corte. Sin embargo era apropiado para hacer el trabajo que el Rey le encomendaba. Pero no fue nunca apreciado. El Rey nunca le tomó afecto como tuvo hacia el Cardenal. Si bien usaba a Cromwell, lo despreciaba. Parece que ahora el hombre tiene poca oportunidad.

—Me pregunto cómo puede desear servir al Rey cualquier hombre.

Los ojos de Remus se agrandaron de miedo.

—Es el deber y el placer de todos nosotros servir a Su Majestad —dijo en voz alta—. Y está mal demostrar lástima por aquellos..., que le son traidores.

Pregunté de qué se había acusado a Cromwell. ¿Era por traer al Rey una esposa que este encontraba repulsiva? Si hubiera traído una belleza, ¿se encontraría ahora viviendo en paz en una de sus muchas mansiones?

—Se lo acusa de pactar secretamente con los alemanes. Ha fracasado en su política exterior, ya que la alianza que hizo con el Duque de Cleves ha demostrado ser un estorbo para el Rey, que ahora desea dar por terminado el tratado con el Emperador Carlos. La política de Cromwell no ha traído ningún bien al país y además le ha dado una esposa de la que este quiere librarse.

—Podría haber sido tan fácilmente de otro modo.

Lord Remus se inclinó hacia mí y dijo:

—Hay poca compasión hacia este hombre. Sus acciones no le han ganado el amor. Habrá muchos que no derramarán una lágrima cuando ruede su cabeza, como sucederá seguramente.

Pensé entonces en el dicho de mi padre, que la tragedia de uno era la tragedia de todos nosotros y me intranquilité mucho.

Todos nos sentimos aliviados cuando los dolores de Kate comenzaron y su parto no duró mucho. Había que confiar en Kate para ser afortunada.

Remus y yo estábamos sentados en la antecámara de su dormitorio sintiendo una profunda simpatía el uno por el otro. Él estaba muy ansioso y yo trataba de confortarlo. Me contó todo lo que Kate significaba para él, cómo su vida había cambiado desde el matrimonio, y lo aterrado que había estado él de que los ojos del Rey se fijaran demasiado en ella. Lo agradecido que estaba a la sobrina de Norfolk, Catalina Howard, que no era tan hermosa como Kate (¿quién lo era?) pero que tenía una mirada buscona perdida que había seducido al Rey, que apenas veía a nadie más. Estaba seguro que una vez que el Rey se liberara de su desagradable matrimonio, desearía hacer de Catalina Howard su quinta Reina.

Yo me estremecí y dije en voz baja:

—Ya puede compadecer a la pobre muchacha. Es tan joven, tan desprevenida. Espero que si alguna vez le llega una corona, el Destino no sea tan malévolos con ella como lo fue con sus antecesoras.

Y desde luego que quería decir el Rey al decir Destino.

Traté de hacerlo hablar acerca del asunto para mantener su mente alejada de Kate, si bien hasta en esa oportunidad él estaba demasiado prevenido como para hablar de más.

Entonces, antes que nos atreviéramos a esperarlo, escuchamos el llanto de un niño y corrimos dentro de la habitación y allí estaba, un niño saludable.

Kate yacía de espaldas sobre la cama, exhausta y pálida, hermosa de un nuevo modo, etérea y triunfante.

La partera reía entre dientes.

—Un espléndido niño, milord. ¡Y qué par de pulmones!

Vi subir el color por la cara de Remus. Dudo que hubiera experimentado alguna vez un momento de tanto orgullo.

—¿Y su señoría? —dijo.

—Rara vez he tenido la suerte de un parto tan fácil, milord.

Fue hasta la cama y permaneció allí mirándola, con una expresión de adoración.

Kate estaba demasiado cansada para hablar, pero atrapó mi mirada y dijo mi nombre.

—Felicitaciones, Kate —dije—. Tienes un hermoso niño.

Vi sus labios curvarle en una sonrisa. Era una sonrisa de triunfo.

El niño fue llamado Carey, que era un nombre de familia de los Remus. Kate simulaba una indiferencia hacia él que no creía que sintiera realmente. Rehusó amamantarlo y vino un ama de leche, una muchacha regordeta de mejillas sonrosadas que tenía suficiente leche como para alimentar a su propio niño una vez que Carey estaba saciado. Su nombre era Betsy y yo decía a Kate que era una vergüenza que una chica del campo que había venido como ama de leche del niño mostrara más afecto por este que su propia madre.

—Es demasiado pequeño para mí todavía —se excusaba Kate—. Cuando crezca un poco me interesaré por él.

—¡Qué instintos maternales! —me burlaba.

—Los instintos maternales son para ti —replicaba Kate—, que indudablemente no tienes más alma que para alimentar y limpiar infantes.

Yo amaba al bebé. Lo cuidaba cuanto podía y a pesar de lo pequeño que era estoy segura que me reconocía. Cuando lloraba yo lo mecía en su cuna y nunca dejaba de calmarlo. *Lord Remus* solía sonreírme.

—Deberías ser madre, Damask —decía.

Sabía que tenía razón. Estar con el pequeño Carey me había hecho anhelar un hijo propio. Pensé que desearía llevarme al niño a casa conmigo cuando le dije a Kate que ya era hora que regresara.

Alzó una tormenta de protestas. ¿Por qué hablaba continuamente de volver a casa? ¿No estaba contenta de estar con ella? ¿Qué deseaba? No tenía más que pedirlo y ella haría que se me complaciera.

Dije que quería estar con mi padre. Me echaba de menos. Kate debía recordar que yo había venido solamente para estar con ella hasta que tuviera el niño.

—El bebé te echará de menos —dijo Kate astutamente—. ¿Cómo lo haremos callar cuando no estés aquí para mecer la cuna?

—Preferiría tener a su madre.

—No, no lo haría. Te prefiere a ti, lo que demuestra lo inteligente que es. Le eres mucho más útil que yo.

—Eres una mujer extraña, Kate —dije.

—¿Me preferirías vulgar?

—No. Pero me gustaría que fueras más natural con el niño.

—Está bien cuidado.

—Necesita caricias y hacerle conocer el amor.

—El niño será dueño de todas estas tierras. Es un bebé de mucha suerte. Pronto superará la necesidad de caricias y de la cháchara infantil cuando vea estas grandes posesiones.

—Entonces será como su madre.

—Lo cual —observó Kate—, no es algo tan malo.

De esa manera chanceábamos y disfrutábamos de la mutua compañía. Yo sabía que ella buscaba cualquier pretexto para hacerme quedar allí y yo estaba encantada que así fuera. En cuanto a mí, a menudo pensaba en mi padre. Supuse que me extrañaría mucho, pero no había ningún pedido urgente para que yo regresara.

Me sentí un poco amoscada por esto, lo cual fue tonto de mi parte; debí haber sabido que había alguna razón.

El pequeño Carey tenía un mes. Mi madre me escribió que había oído que se había introducido al país una fruta llamada cereza y que había sido plantada en Kent. ¿Podía averiguar si eso era así? Y también había oído que el jardinero del Rey había introducido albaricoques en su jardín y que crecían bien. Quería saber si era cierto. Tal vez algunas de las personas que visitaban el Castillo Remus y que vinieran de la Corte podrían contarme algo de esos proyectos.

La gente que venía de la Corte no hablaba de albaricoques. En todos ellos había un aire furtivo; bajaban la voz cuando hablaban, pero no podían negarse al placer de discutir los asuntos del Rey.

El Rey estaba decidido a liberarse de Ana de Cleves. Cromwell, que había concertado el matrimonio, lo desharía.

Nunca olvidaré ese mes de julio. El perfume de las rosas llenaba el jardín del estanque y las hojas eran tupidas en la avenida entrelazada. Solía sacar al bebé a sentarlo en su canasto de mimbre y lo ponía a mis pies mientras yo le cosía alguna ropa. Kate se me reunía. Estaba planeando su próxima visita a la Corte.

—Dicen que Catalina Howard ya es la esposa del Rey. ¿Me pregunto cuánto durará?

—Pobre chica —murmuré.

—Al menos será Reina, aunque sea por poco tiempo. He oído decir que en la casa de la Duquesa de Norfolk era una damita alegre en un tiempo.

—El Rey no desearía una persona sombría.

—Un poco liberal con sus sonrisas y otros favores.

—Siempre es mejor sonreír que estar apesadumbrada, algo que tú podrías tener en mente.

Rio.

—¡Mi mentora! —murmuró—. Siempre pareces saber lo que es mejor para mí.

¿Por qué habrías de creerte tanto más sabia que yo?

—Porque serlo menos me costaría mucho.

—Oh, ¡de manera que ahora somos inteligentes! Sigue, Damask. Me quedaré sentada con las manos dobladas y escucharé tus sermones.

Permanecemos en silencio un momento. En el jardín no había otro sonido que el de las abejas zumbando en la lavanda.

Luego dijo:

—Cómo se sentirá uno al morir..., dejando todo esto, me pregunto.

La miré sorprendida y prosiguió:

—Cómo se habrá sentido la Reina Ana en su prisión en la Torre, sabiendo que su fin estaba próximo, Hace cuatro años que murió, Damask, en el mes de mayo, el mes más hermoso cuando toda la naturaleza renace..., y ella murió. Y ahora ese hombre, que no era amigo de ella, también va a morir. Era valiente. Dicen que caminó muy calmadamente hacia su muerte, que estaba arreglada como siempre. Se burlaba de su destino. Así sería yo. Y piensa en el Rey, Damask. Escuchó el cañón de la muerte sonando desde la Torre. Me dicen que observó: «Lo hecho, hecho está», «Desaten los sabuesos y partamos». Y se dirigió a Wolf Hall donde Jane Seymour esperaba. Pero ella no disfrutó mucho tiempo de su corona.

—Pobre alma —dije.

—Sin embargo ella murió en su cama y no en un cadalso sangriento.

—Tal vez haya sido mejor que muriera de esa manera, antes que vivir para enfrentar una muerte peor.

—La muerte es la muerte —dijo Kate—. Dondequiera que se la encuentre. Pero no todos mueren como murió Ana. Me la puedo imaginar levantando altiva la cabeza al caminar y apoyándola con calma para recibir el golpe de la espada del verdugo. Qué diferente es Cromwell. Dicen que clama por su vida. Ha jurado todo lo que el Rey le pide que jure. Declara que el Rey se confió a él en la noche de bodas..., porque es lo que el Rey desea. Imploró clemencia.

—¿Y le será concedida?

—¿Alguna vez el Rey es misericordioso?

—Me lo pregunto —dije.

La llegada de un visitante nos interrumpió en el jardín. Venía de la Corte y Kate salió a darle la bienvenida. Ese día cenamos en el gran hall y Kate estaba animada y yo pensé que el haber tenido un hijo no había empañado para nada su belleza. *Lord Remus* no podía apartar los ojos de ella y a mí me maravilló su poder para ganarse semejante devoción sin hacer demasiado esfuerzo para ello.

La conversación versó sobre la Corte, como Kate deseaba.

Los temas eran la caída de Cromwell y el enamoramiento del Rey por Catalina Howard.

No podía unirme a la risa y la alegría de esa noche cuando vinieron los cómicos al hall y se bailó para entretener a los visitantes. Seguía pensando en la ferviente excitación de Ana de Cleves, la misericordia otorgada a Thomas Cromwell, un hacha para cortarle la cabeza en vez de una cuerda para ajustar su cuello, y en la joven que marchaba jovialmente al peligro al ser la quinta esposa del Rey.

Kate vino a mi habitación esa noche.

—Cavilas demasiado, Damask —me dijo. Porque entendía la corriente de mis pensamientos, si bien yo no había dicho nada—. ¿No te parece que por el mismo hecho de que vivimos en un mundo donde la muerte puede llegarle a cualquiera en cualquier momento, deberíamos disfrutar de aquellos momentos de vida que tenemos?

Pensé que tal vez tuviera razón. Y unos días después Rupert vino al Castillo Remus. Nuestro visitante de la Corte había partido y estábamos tranquilos nuevamente.

Entré a la nursery con la intención de llevar al pequeño Carey al jardín de rosas y sentarme allí a disfrutar de la paz del lugar, mientras trabajaba en mi costura, para encontrar a Betsy bañada en lágrimas. Carey, que había sido bien alimentado, dormía y cuando le pregunté qué ocurría de malo, me dijo que el patrón de su hermana, había sido apresado el día anterior y llevado a Smithfield para sufrir la temida sentencia de ser ahorcado, desollado o descuartizado. La bárbara costumbre de colgar a un hombre y desollarlo vivo para sacarle los intestinos era tan horrible de escuchar que el sólo oírlo me hacía sentir mal; traté de consolar a Betsy y le pregunté de qué había sido acusado el empleador de su hermana.

—No estaba muy seguro —me dijo—. Pero indudablemente fue por hablar en contra del Rey y de la nueva ley.

El no estar muy seguro significaba que no había habido juicio alguno. ¿Qué le había sucedido a nuestro país desde que el Rey había roto con la Iglesia y la humilde gente común tenía que cuidar sus palabras? No podía pensar en cómo consolar a Betsy, así que tomé al bebé y salí al jardín de rosas. Kate vino y se sentó junto a mí mientras yo cosía. Ella también estaba amargada porque había oído de la tragedia.

—Fue colgado, desollado y descuartizado con otros tres como traidores —me dijo—, mientras que otros tres fueron quemados por herejes. Qué extraño estado de cosas. Aquellos que fueron colgados, desollados y descuartizados eran traidores porque hablaron a favor del Papa; aquellos que fueron quemados como herejes estaban estudiando la nueva religión y hablaron en contra de este. De manera que aquellos que estén por Roma y aquellos que estén contra Roma mueren juntos a la misma hora y en el mismo lugar.

—Hay una explicación simple —dije—. El Rey ha dejado en claro que no va a haber más de un cambio. La religión es la misma, la fe católica, pero en lugar del

Papa como Cabeza Suprema de la Iglesia, hay un inglés, el Rey. Que un hombre declare que el Papa es la Cabeza de la Iglesia lo convierte en traidor. Pero estudiar y practicar las nuevas doctrinas sacadas por Martín Lutero es herejía. Los traidores plebeyos son colgados, desollados y descuartizados; los herejes son quemados en una pira. Así es como están las cosas en este país en estos días.

—Todos los hombres y mujeres deberían ser en extremo cuidadosos de no comentar nada de estas cosas.

—Mi padre me contó que Martín Lutero ha dicho: «Lo que el Rey de Inglaterra desee debe ser un artículo de fe para los ingleses. ¡Desobedecerlo significa la muerte!».

—Cómo sabemos —dijo Kate sombríamente—, si en este momento no estamos hablando de traición.

—Esperemos que solamente puedan oírnos los pájaros y los insectos.

—Era más fácil cuando estaba la vieja ley. Ahora es tan difícil saber si uno está o no hablando de traición.

—De manera que uno debe ser cuidadoso frente a quién se diga una sola palabra que pueda ser considerada traición. Me atrevo a jurar que el patrón de la hermana de Betsy no deseó ningún mal al Rey. Podría ser muy bien que se nos acusara de traición por hablar de este hombre. Tal vez Betsy, por derramar una lágrima por él, sea una traidora. Es un pensamiento que da miedo.

—Hablemos de otras cosas. Te enseñaré la pulsera de zafiros que Remus me ha traído. Ese hombre está tan orgulloso de tener un hijo. Dice que tiene miedo de que lo sepan, porque el Rey puede ser muy envidioso de los hombres que tienen hijos sanos.

—¡Podría ser traición tener un hijo! Creo que el joven Príncipe Eduardo es algo débil.

—Qué extraño que mi pequeño Carey sea un animalito tan ávido, mientras que Eduardo con todo el cuidado y mimos reales sea un debilucho.

—¿Es traición discutir acerca del heredero del trono?

—Traición es acechar, por los rincones siempre lista para sobresaltarme. Si hablamos de una cinta, ¿podría ser traición? Si mis cintas son de un color más bonito que las de la Reina Catalina Howard y lo digo, ¿podría ser traición?

Fue a la mañana siguiente que vino Rupert. Tan pronto como entró al patio acompañado por su sirviente supe que traía malas noticias. Corrí hasta él y lo abracé. Dijo:

—Damask, oh mi querida Damask...

—¿Es mi padre? —pregunté—. ¿Es padre?

Asintió y vi que estaba tratando de controlar sus facciones, de manera de poder ocultar su pena.

—Rápido —exclamé—. Cuéntame rápido. ¿Qué es?

—Tu padre fue llevado ayer a la Torre.

Lo contemplé con horror. No podía creerlo.

—No es cierto —exclamé—. No puede ser cierto. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

Y aún mientras hablaba volvió a mi mente la conversación que habíamos tenido los últimos días. Qué fácil era ser traidor al Rey. ¿Qué podría haber hecho él para ser llevado a la Torre, él, que nunca había hecho daño a nadie antes en su vida?

—Debo hablarte —dijo Rupert—. ¿Dónde está Kate? ¿Dónde está *Lord Remus*?

Lord Remus estaba cazando. Kate, al oír el sonido de la llegada, se nos reunió en el patio.

—Rupert —exclamó—. Bienvenido, hermano. —Luego, al ver su cara—: ¿Malas noticias? —preguntó, mirándonos del uno al otro.

—Mi padre ha sido llevado a la Torre —dije.

El color abandonó su cara; sus ojos parecían de piedra. Rara vez había visto a Kate tan emocionada. Se volvió hacia mí, con los labios temblando y me tendió una mano. La tomé y me la oprimió firmemente. Me estaba recordando que comprendía mi sufrimiento y que ella era mi hermana.

—Entremos por favor —rogó Kate—. No nos quedemos aquí afuera.

Deslizó su brazo por el mío y entramos al gran hall.

Kate observó:

—No podemos hablar aquí. —Y nos condujo a una antecámara. Allí indicó a Rupert que se sentara y a mí también. Al sentarse rogó—: Cuéntenos todo, por favor.

—Fue ayer mientras estábamos cenando. Vinieron los hombres del Rey y arrestaron a tío en nombre del Rey.

—¿Bajo qué cargo? —exclamé.

—Traición —dijo Rupert.

—No puede ser cierto.

Rupert me miró con tristeza.

—También se llevaron a Amos Carmen. Encontraron su escondite. Fueron directamente hasta él como si alguien lo hubiera delatado.

—¿En nuestra casa? —pregunté.

Rupert asintió con la cabeza.

—Después que tú partiste, Amos regresó. Lo perseguían. Había declarado que el Papa era la verdadera cabeza de la Iglesia y había rehusado firmar el Acta de Supremacía, que le fuera requerido como clérigo. Iba a escapar a España porque no había esperanzas para él mientras el Rey viviera y tu padre lo estaba ayudando.

Me cubrí la cara con las manos. ¡Cómo pudo haber sido tan tonto! Había ido directamente hacia el peligro. Era lo que yo siempre había temido. Eso que nos había amenazado nos había atrapado finalmente.

Fue Kate quién habló:

—¿Qué podemos hacer para salvarlo?

Rupert sacudió la cabeza.

—Tiene que haber algo —exclamé—. ¿Qué le harán? ¿Eso..., que han hecho a otros?

—Para él será el hacha —dijo Rupert como tratando de consolarme—. Es noble de nacimiento.

¡El hacha! Esa cabeza tan bien amada cercenada por el verdugo. ¡Esa buena vida terminada de un golpe! ¿Cómo podían suceder tales cosas? ¿Esa gente nunca había sabido lo que era amar a un padre? Kate observó suavemente:

—Esto es un golpe terrible para Damask. Tenemos que cuidarla, Rupert.

—Para eso estoy aquí.

—Debo ir donde está él —dije.

—No se te permitirá verlo —me recordó Rupert—. Es su deseo que permanezcas aquí con Kate.

—Permanecer aquí..., ¡cuando él está allí! No haré tal cosa. Vuelvo a casa enseguida. Encontraré algún modo de verlo. Haré algo. No voy a permanecer así y permitir que lo asesinen.

—Damask..., esto es un gran golpe. Te lo he hecho saber demasiado bruscamente. Aquí estás a salvo. No estás en tu casa. El no deseaba que regresaras a casa mientras Amos estaba allí. No permitiría que ninguno de nosotros nos viéramos envueltos. Declara una y otra vez que él solamente él fue responsable de esconder a Amos. No estaba en la casa, pero ¿recuerdas la pequeña cabaña entre los nagaes? Tío lo ocultó allí y le llevaba la comida él mismo. Nadie subía al desván. En la parte de abajo solamente se guardaban herramientas de jardín, recuerdas. Parecía que estaba seguro allí. Sería una locura volver ahora. No sabemos qué sucederá a continuación.

—De manera que fueron mientras estaban cenando.

Rupert asintió con la cabeza.

—Y él..., ¿cómo fue?

—Con calma, como tú esperarías. Declaró: «Nadie sabe de esto aquí excepto yo». Y luego fueron a buscar a Amos. Los dos fueron conducidos a la Torre.

—Y qué podemos hacer, Rupert.

Rupert sacudió la cabeza sin expresión. ¿Qué se podía hacer? ¿Qué podía hacer cualquiera? Lo que el Rey deseaba era un Artículo de Fe. Amos había roto la ley del Rey y mi padre lo había ayudado a hacer esto.

Kate, de manera maravillosamente dulce en ella, dijo:

—Voy a llevarte a tu habitación Damask. Vas a acostarte. Te traeré una poción que te tranquilizará. Dormirás y después te sentirás mejor para sufrir este golpe.

—¿Crees que voy a dormir mientras él está en la Torre? ¿Crees que quiero pociones? Regreso enseguida. Voy a ver qué puedo hacer...

Rupert insistió:

—No sirve de nada, Damask.

—Puedes permanecer aquí si tienes miedo —expresé, lo que fue poco bondadoso y también injusto—. Yo no me esconderé detrás de *Lord Remus*. Vuelvo a casa. Voy a descubrir qué se puede hacer.

—No se puede hacer nada, Damask.

—Nada. ¿Cómo lo sabes? ¿Qué has intentado hacer? Regreso enseguida.

Rupert dijo:

—Si tu regresas, iré contigo.

—Deberías quedarte aquí, Rupert.

—Deseo estar donde tú estés.

—No voy a permitir que arriesgues nada por mí. Pero yo no me quedaré aquí. Regresaré enseguida. Tiene que haber algo que pueda hacer.

Rupert sacudió la cabeza, pero Kate se puso sorprendentemente de mi lado.

—Si ella desea regresar, debe hacerlo —indicó.

—Pero es peligroso —protestó Rupert—. ¿Quién sabe qué sucederá ahora?

—¿Qué hay de mi madre? —pregunté—. Está aturdida por el golpe.

La podía imaginar, aturdida fuera de un mundo en el que había vivido encerrada lejos de los acontecimientos y la peor tragedia que podía contemplar era que se le secaran sus rosas.

—¿Y qué se está haciendo? —pregunté.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Rupert—. Fue llevado ayer. Está en la Torre. Le han permitido llevar un sirviente consigo. Fue Tom Skillen. Regresó en busca de una manta y algo de comida. Le permitieron llevársela. De manera que no está tan maltratado como otros.

Dije con firmeza:

—¿Cuándo podemos partir?

—Podríamos partir mañana —sugirió Rupert—. Hoy es demasiado tarde.

Kate asintió.

—Eso es sensato. Se irán mañana. Rupert debe descansar. Ha tenido un largo viaje.

Permanecí callada, mirando delante de mí, imaginando todo. Su tranquila resignación cuando vinieron a aprehenderlo; la barca lo habría llevado a través de la Puerta de los Traidores. Y él habría agradecido a Dios que Damask no hubiera estado en casa, que no hubiera estado en casa para nada mientras él albergaba a Amos. Estaría diciendo: «Damask está a salvo». Cómo si yo quisiera estar a salvo mientras él está en peligro. ¿Por qué me había ido yo? ¿Por qué no había estado allí? Hubiera hecho algo, me aseguraba a mí misma. Nunca hubiera permitido que se lo llevaran. Pensé en él en su lóbrega prisión en la Torre. Tantos habían cambiado sus

confortables camas por un jergón sobre el piso de piedra, para esperar la muerte.

Pero no podía llegarse a eso. No debía. Tendría que haber algún modo.

Kate me condujo a mi habitación.

Había que vivir la noche antes de partir. No podía esperar el momento de empezar el viaje a casa. Remus había vuelto de la cacería, exaltado y de muy buen ánimo. El cambio sufrido en él cuando supo la noticia fue asombroso. Su piel se tornó de un color amarillo pálido y la mandíbula le temblaba involuntariamente. Yo miraba al miedo. A ningún hombre le gustaba estar relacionado con un traidor en esos días.

Se recobró rápidamente, ya que la relación con mi padre era lejana; todo lo que él había hecho era casarse con una prima de su esposa. Con seguridad que eso no podía considerarse traición. Después de todo, en ese tiempo no había existido la cuestión de la traición del Abogado Farland. Había sido un hombre rico, un abogado respetable que había dado muy buenos servicios a muchos de los mejores amigos del Rey. Remus decidió que estaba a salvo y pasó el miedo. Pero pude ver que le alegraba que yo hubiera decidido dejar su casa.

Al amanecer estaba levantada, lista para partir. Me conmovió la solicitud de Kate. Nunca anteriormente me había demostrado tan claramente su afecto; estaba profundamente conmovida y me susurró:

—Rupert cuidará de ti. Haz lo que él diga. —Luego me arrojó los brazos al cuello y me abrazó apretadamente durante un segundo.

Permaneció en la puerta mirándonos marchar.

Aclaraba mientras remábamos río arriba, pero apenas advertí el paisaje mientras pasábamos. Pensaba en él; por mi mente seguían atravesando imágenes: pensé en él de pie junto a la pared contemplando pasar las barcas, con su brazo en el mío. Oía su voz contándome que la tragedia del Cardenal era la tragedia de todos nosotros. Qué proféticas habían sido sus palabras. Mi padre yacía ahora en su lóbrega y húmeda prisión esperando la muerte.

Era más de lo que yo podía tolerar. Era tanta mi desesperación que solamente mi enojo me podía sacar de ella. En mi ánimo de ese momento hubiera ido al Rey en persona y le hubiera dicho qué cosa tan cruel y malvada era dañar a un buen hombre que no había hecho otra cosa que hacer lo que creía que estaba bien.

Sobre la orilla estaban las torres de Hampton Court. Me estremecí al pasarlas. Recordé inconsecuentemente que todavía se estaba trabajando allí. La última vez que habíamos pasado mi padre había mencionado que se estaba instalando en uno de los patios un gran reloj astronómico y que los nudos de amor con las iniciales del Rey y Jane Seymour que habían sido colocados en el gran hall ya estaban obsoletos, dado que desde entonces había habido otra Reina y se hablaba de otra. Las torres, que siempre me habían parecido tan encantadoras me parecían ahora amenazantes.

Qué despacio remaba Tom Skillen, pensé impacientemente. Pero no era cierto que

lo hiciera así. Pobre Tom, también él había cambiado desde que era el muchacho despreocupado que se deslizaba por las noches al dormitorio de Keziah.

Habíamos llegado. La barca fue amarrada a las escaleras del embarcadero, y yo salté afuera y corrí a través del parque hacia el hall, donde encontré a mi madre. Me arrojé a sus brazos y ella repetía incesantemente mi nombre. Luego dijo:

—No debías haber venido. Él no lo quería.

—Pero estoy aquí, madre. Nadie podía impedirme venir.

Apareció Simón Caseman. Permaneció un poco apartado de nosotros con una expresión desconsolada en la cara. Parecía fuerte y poderoso, de manera que apelé a él.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —exigí.

Tomó mis dos manos en las suyas y las besó.

—Nunca perderemos las esperanzas —afirmó.

—¿Hay alguna forma de llegar a él? —pregunté.

—Estoy tratando de averiguarlo. Podría ser que tú lo vieras.

Me sentí tan agradecida que le oprimí la mano cálidamente.

Dijo:

—Puedes confiar en mí para explorar cada camino.

—Oh, gracias. Gracias.

—Mi queridísima niña —sollozó mi madre—. Debes estar tan agotada por el viaje. Déjame traerte algo. He oído decir que el jugo de pimpernela levanta el ánimo cuando uno está melancólico.

—Oh, madre —repliqué—, nada podría levantarme el ánimo excepto verlo entrar por esa puerta como un hombre libre.

Simón había desplazado a Rupert. Rupert había cumplido su cometido en traerme a casa y ahora sólo podía contemplarme con ojos tristes que me decían lo bien que comprendía el dolor y que desearía sufrirlo por mí. Había algo muy bueno en Rupert. Me recordaba a mi padre.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté a Simón, ya que parecía el más capaz de todos.

Respondió:

—Veré a uno de los carceleros. Lo conozco bien. Le hice un pequeño trabajo y me debe algo. Puede ser que nos deje entrar por la noche para que puedas ver a tu padre.

—Si eso pudiera ser. —Simón me oprimió el hombro.

—Quédate tranquila —dijo—, que si esto no se puede lograr no será por falta de esfuerzos de mi parte.

—¿Cuándo? —le exigí.

—Permanece aquí con tu madre. Consuélala. Acompáñala al jardín. Compórtate

como si este fuera un día cualquiera y esto no hubiera ocurrido. Inténtalo, por favor. Es lo mejor. Y yo haré que Tom me lleve hasta una taberna que conozco y allí puede ser que descubra algo. Veré si puedo encontrar a mi guardián amigo y le haré ver que no habrá ningún daño en permitir que se vean tú y tu padre.

—Gracias —murmuré.

—Sabes —dijo en voz baja—, que mi mayor placer es contentarte.

Le estaba tan agradecida que me sentí un poco avergonzada de que realmente no me hubiera gustado tiempo atrás. Rupert era bueno y afable, sabía, pero aceptaba el desastre. Simón estaba dispuesto a pelear contra él.

—Primero la pimpernela —dijo mi madre.

Simón ordenó:

—Tómala. Te hará bien y también a tu madre prepararlo. Trata de dormir un poco. Luego ve al jardín con tu madre. Toma la canasta de flores y junta rosas. Ten por seguro que volveré pronto con noticias. Tienes que pasar el tiempo lo mejor que puedas hasta mi regreso.

Pensé en lo mucho que entendía mi pena y eso me hizo apreciarlo todavía más. Permití que mi madre me llevara a su habitación y allí me trajo la poción preparada con el jugo de pimpernela y otros ingredientes que no supe qué eran.

Me hizo recostar y ella se sentó junto a mi cama y me habló del día terrible en que estaban cenando, como tantas veces antes, y cómo habían estado comiendo unos pasteles de cordero que Clement preparaba tan bien, cuando llegaron los hombres del Rey. Podía verlo todo tan claramente. Podría haber estado allí. Casi podía sentir la tarta de cordero condimentada con las hierbas de mi madre; podía sentir el miedo terrible en el estómago y la constricción seca de mi garganta. Y veía su cara querida, tan calma, tan resignada. Y se habría marchado con ellos en silencio, sentado allí en la barca, mientras los remos se hundían en el agua y entraban a la Puerta de los Traidores.

Dormí muchas horas. Tal vez hayan sido la pimpernela y otras hierbas que mi madre me había dado. Supongo que pensó que la única manera en que podía olvidar mi desgracia por un momento era durmiendo.

El encuentro se concertó para mi alegría. Simón vino hasta mi habitación y me pidió que le permitiera entrar. Permaneció allí sonriéndome y como no era mucha la luz que entraba por los vitrales, las sombras hicieron que viera nuevamente la máscara de zorro y me sentí avergonzada de pensar en ello al ver toda su consideración por mí.

—Mañana te llevaré hasta tu padre —dijo.

El alivio fue grande. Me sentí casi feliz. Sabía sin embargo que debería ser introducida sigilosamente en su celda, que el encuentro sería breve. Pero sentía que lograba algo viéndolo.

—Cómo puedo agradecerte —dije.

Repuso:

—Mi retribución está en hacer todo lo que esté a mi alcance para ayudarte.

—Tienes mi gratitud —expresé.

Inclinó la cabeza y, tomando mi mano, la llevó a sus labios. Después se fue.

No estoy segura cómo viví el resto de ese día y de la noche. Al día siguiente me vestí con un jubón y medias que pertenecían a Rupert. Mi pelo me delataba como mujer. Sin un minuto de duda, lo tomé entre mis manos y lo corté. Era grueso y me llegaba casi a los hombros. Ahora con una gorra podía parecer un muchacho.

Cuando Simón me vio, me contempló:

—¡Tu hermoso pelo! —exclamó.

—Crecerá sin duda. Y no podía parecer un muchacho con él, así que fue necesario cortarlo.

Asintió. Luego dijo:

—Pronto tendrás diecisiete años, Mistress Damask. Ahora pareces un chico de doce.

—Tanto mejor —repuse—, porque dado que me has hecho vestir jubón y medias, debes pensar que tendré más oportunidad de ver a mi padre si me toman por un chico.

—De manera que sacrificarías tu hermoso pelo por unos breves momentos con él.

—Sacrificaría mi vida —dije.

—Siempre te he admirado, como espero que habrás advertido, pero nunca tanto como en estos momentos.

Nunca olvidaré la vista de la sombría fortaleza gris levantándose frente a nosotros a medida que bajábamos juntos por el río. Me pregunté cuántas personas habrían mirado hacia arriba sabiendo que adentro, en algún sitio, yacía alguien querido. Había oído mucho de ella, de las mazmorras donde la huida era imposible; de las oscuras cámaras de tortura, muchas veces había visto el gran Torreón y conocía el nombre de las muchas torres, la Torre Blanca, la Torre de Sal, la Torre Bowyer, la Torre del Condestable y la Torre Sangrienta en donde, no mucho tiempo atrás, habían sido asesinados mientras dormían los dos pequeños hijos del Rey Eduardo IV y sus cuerpos habían sido enterrados, decían algunos, bajo una escalera secreta en la misma fortaleza. Había visto la Iglesia de San Pedro ad Vincula, delante de la cual estaba la Torre Verde, cuyo pasto se había teñido con la sangre de la Reina Ana Bolena, de su hermano y de aquellos que se decía eran sus amantes, cuatro años atrás.

Y ahora mi propio padre bien amado podía estar destinado a unirse al grupo de mártires.

Oscurecía mientras remábamos río arriba. Simón había dicho que era la mejor hora para ir. En la Torrecilla de la Linterna ardían las luces. Se encendían al atardecer y ardían durante toda la noche para hacer de señales en el río. El río olía húmedo y mal. Estábamos cerca ya de las paredes de piedra.

Nos detuvimos finalmente, se amarró la barca a un poste y Simón me ayudó a salir.

Su amigo guardián salió de las sombras.

—Esperaré aquí —dijo Simón.

El guardia indicó:

—Ten cuidado con los escalones, muchacho. —Y me pregunté si estaba simulando creer que era un chico o si sabía quién era yo. El corazón me latía alocadamente, pero no de miedo. Podía pensar solamente en una cosa: iba a ver a mi padre.

El guardián me empujó una linterna en la mano.

—Lleva esto —ordenó— y no digas nada.

La piedra estaba húmeda y resbaladiza. Tenía que dar mis pasos cuidadosamente. Lo seguía a través de un pasadizo y llegamos a una puerta. Tenía un manajo de llaves y, usando una de estas, la abrió. Era de hierro y pesada por lo tanto. Crujió al abrirse. Cerró cuidadosamente la puerta con la llave detrás nuestro.

—Mantente cerca —dijo.

Obedecí y subimos por una escalera de piedra de caracol. Nos hallábamos en un corredor de piso de piedra. Hacía mucho frío. Aquí y allí ardía una linterna sobre la pared.

Delante de una puerta pesada el guardián hizo una pausa. Buscó una llave de su manajo y la abrió. Durante un momento no pude ver casi nada y luego di un grito de alegría porque estaba allí. Dejé la linterna y me colgué de él.

Exclamó:

—Damask. Oh Dios, estoy soñando.

—No, Padre. Pensaste que no vendría —tomé su mano y la besé fervorosamente.

El guardián salió por la puerta y permaneció allí: mi padre y yo estábamos solos en la celda.

Dijo con voz quebrada:

—Oh, Damask, no debías haber venido.

Sabía que su alegría al verme era tan grande como la mía por verlo, pero su temor por mí era todavía mayor.

Apoyé mi mejilla contra su mano.

—¿Pensarías que no vendría? Crees que no haría cualquier cosa..., cualquier cosa...

—Mi niña bien amada —dijo. Y luego—: Déjame mirarte. —Tomó mi cara en sus manos y observó—: Tu pelo.

—Lo corté —expliqué—. Tenía que venir aquí pareciendo un muchacho.

Me apretó contra él.

—Queridísima niña —dijo—, hay tanto que decir y tan poco tiempo para estar

juntos. Todos mis pensamientos son para ti y tu madre. Tendrás que cuidarla.

—Volverás a nosotros —afirmé con fiereza.

—Si no fuera así...

—No, no lo digas. Vendrás. No consideraré ninguna otra cosa. Hallaremos alguna forma... ¡Cómo podrías haber hecho nada malo! Tú que has sido tan bueno toda tu vida...

—Lo que está bien para algunos de nosotros está mal a los ojos de otros. Ese es el problema con el mundo, Damask.

—Ese hombre..., no tenía derecho a acudir a ti... No tenía derecho a pedirte que lo ocultaras.

—Él no lo pidió. Yo se lo ofrecí. ¿Te gustaría que rechazara a un amigo? Pero no hablemos de lo pasado. Es en el futuro en lo que pienso. Pienso continuamente en ti, mi queridísima niña. Me da un gran consuelo. Recuerdas nuestras charlas..., nuestros paseos...

—Oh, padre, no puedo tolerarlo.

—Debemos soportar lo que Dios ha decidido que debemos tolerar.

—¡Dios! ¿Qué tiene que ver Dios con esto? ¿Por qué han de sobrevivir los asesinos malvados mientras que los santos son enviados a la muerte? Por qué habrían de bailar en sus castillos..., una esposa cada...

—¡Silencio! ¡Qué son esas palabras! Damask, te ruego tengas cuidado. ¿Quieres darme un gusto? ¿Quieres darme felicidad?

—Padre, lo sabes.

—Entonces, escúchame. Vuelve a casa. Consuela a tu madre. Cuida de ella. Cuando llegue su tiempo cástate y ten hijos. Será la alegría más grande. Cuando tengas pequeños dejarás de llorar a tu padre. Sabrás que es la ley de la vida, los viejos desaparecen y dejan camino a los jóvenes.

—Vamos a llevarte de regreso a casa, padre.

Me acarició el pelo.

—Encontraremos un modo. Debemos hacerlo. ¡Crees que puedo soportar estar allí sin ti! Siempre has estado allí. Toda mi vida he acudido a ti. Hasta ahora nunca había pensado que llegaría un tiempo en que tú..., no estarías..., allí.

—Mi amor —dijo—, te desesperas..., y a mí.

—Seamos prácticos entonces. Trataremos de sacarte de aquí. Por qué no te cambias de ropas conmigo ahora... Tú te podrías marchar y yo quedarme.

Se rio tiernamente.

—Mi queridísima, ¿crees que parecería un muchacho? ¿Crees que te confundirían con un hombre viejo? ¿Y crees que yo dejaría aquí a quien me es más querido que mi propia vida? Hablas alocadamente, niña, pero tus palabras me alegran. Nos hemos querido de veras, nosotros dos.

El guardián se aproximó a la puerta.

—Tendrás que venir ahora. Es peligroso permanecer más tiempo.

—No —grité y me colgué de mi padre.

Me alejé suavemente de sí.

—Vete ahora, Damask —dijo—. Mientras viva recordaré que viniste, que te cortaste tu hermoso pelo a cambio de unos breves momentos.

—¿Qué es mi pelo comparado con el amor que te tengo?

—Mi niña, recordaré. —Luego me atrajo contra él y me apretó en sus brazos—. Damask, cuídate. Vigila tu lengua. Debes saber que estamos en peligro. Alguien me denunció. Alguien podría delatarte a ti. Eso es algo que no podría tolerar. Si sé que estás a salvo y que tu madre está a salvo..., puedo estar contento. Ser cuidadosas, quererse mutuamente, vivir en paz..., eso sería lo más grande que podrían hacer por mí.

—Vamos ahora —gruñó el guardián.

Un último abrazo y allí estaba, parada en el pasaje húmedo, con la pesada puerta interponiéndose entre él y yo.

El camino hasta la barca me pasó inadvertido. Sólo vagamente vi la rata que se escabulló atravesando nuestro camino. Allí estaba Tom Skillen esperando para ayudarme a subir a la barca.

Y, a medida que navegábamos por el río oscuro, guiados por las luces de la Torrecilla de la Linterna, volvía a mi mente algo que había dicho mi padre: «Alguien me traicionó».

No volví a verlo. Lo sacaron a Tower Hill y la noble cabeza fue cercenada por el hacha.

El día en que sucedió, mi madre, bajo los consejos de Simón Caseman y sin que yo lo supiera hasta después, me dio a beber un brebaje que había hecho con jugo de amapolas. Me produjo un sueño profundo del que no desperté hasta que no tenía padre.

Me levanté de la cama, con los ojos pesados y más pesado el corazón; bajé y encontré a mi madre sentada en su habitación, con las manos en las faldas, mirando en blanco delante suyo.

Supe entonces que era viuda y que yo había perdido para siempre al mejor y más amante de los padres.

Los días siguientes estuve como aturdida. No oía cuando la gente me hablaba. Rupert trató de consolarme; también Simón Caseman.

—Te cuidaré para siempre —me dijo Rupert y yo no advertí hasta después que estaba pidiéndome que me casara con él.

Simón Caseman fue más preciso. Yo no había olvidado que él había concertado el encuentro con mi padre. Había presenciado su ejecución y la de Amos Carmen y la

relató.

—Hubieras estado orgullosa de tu padre, Damask —dijo—. Caminó hacia su muerte tranquilamente y sin temor. Colocó la cabeza en el cadalso con una resignación que fue la admiración de todos los que lo contemplaban. Pero no hablaré de ello. Es mejor que no.

Permanecí en silencio, ahondándose la pena dentro mío. No había derramado una lágrima. Mi madre decía que sería mejor si lloraba.

Simón continuó:

—Sus últimos pensamientos fueron para ti. Pude hablar unas palabras con él. Eras su gran preocupación..., tú y tu madre. Anhelaba verte a cargo de un hombre fuerte. Ese era uno de sus grandes deseos. Damask, estoy aquí para cuidarte. Necesitas un brazo fuerte en que apoyarte; necesitas el amor que solamente un marido te puede dar. No nos demoremos más. Sería su deseo y recuerda, estás sola en un mundo peligroso. Cuando un hombre es procesado por traición, ¿quién sabe qué le espera a su familia? Me necesitas para cuidarte, Damask, como yo te necesito porque te amo.

Lo miré y la vieja repulsión volvió a mí. Me pareció ver la máscara del zorro y me alejé de él. Indudablemente mi expresión delató mis pensamientos.

—No me casaría por conveniencia —dije—, si bien te estoy agradecida por lo que has hecho por mí en estos momentos crueles, Simón, pero no podría casarme contigo porque no te amo y no me casaría sin amor.

Se volvió y me dejó.

Lo olvidé, no podía pensar en nada más que en mi pérdida.

Dos días después del asesinato de mi padre sucedió un hecho extraño. No me lo habían dicho, porque no deseaban apenarme, que la cabeza de mi padre había sido colocada en uno de los postes que estaban clavados en el Puente de Londres. Era bien conocido en la ciudad y eso estaba destinado a advertir a todos los hombres que pensaban desobedecer las órdenes del Rey. Sería la cabeza de un traidor. Habían otros espectáculos horribles allí y hubiera sido demasiado para soportar, saber que él formaba parte de estos. Recordaba cómo había sido decapitado nuestro vecino, *Sir Thomas More*, cinco años antes y que su cabeza había sido colocada en el puente. Su cabeza había desaparecido y se rumoreaba que su hija, Margaret Roper, había ido por la noche y se había llevado la cabeza de su padre para que no estuviera más expuesta y darle decente sepultura.

Si yo hubiera sabido que la cabeza de mi padre estaba allí hubiera planeado hacer lo que Margaret había hecho. Hubiera pedido a Simón Caseman que me ayudara.

Uno de nuestros sirvientes nos dio la noticia de que la cabeza de mi padre ya no estaba allí. Había desaparecido. Él mismo lo había visto. Uno de los barqueros le dijo que estaban consternados porque al amanecer el poste en que la habían colocado estaba caído sobre el puente y la cabeza no estaba.

Todos hablaban de *Sir Thomas More*, un hombre que nunca podía ser olvidado, porque su bondad sobrevivía en la memoria de los hombres y había muchos que pensaban que era un santo. Había tenido una hija bien amada que se decía que era quien había sacado su cabeza; mi padre también tenía una hija bien amada.

Deseo haber hecho lo que Margaret había hecho. Deseo haber ido sigilosamente por la noche y haber bajado esa bien amada cabeza para poder darle decente sepultura.

Pero el misterio permanecía.

La cabeza de mi padre había desaparecido.

Los días estaban vacíos. Yo no podía creer que hubieran pasado cuatro desde ese terrible momento en que mi madre me había hecho beber jugo de amapolas y había dormido mientras él iba a su muerte.

Debí haber estado allí. Pero sabía que él hubiera deseado que estuviera inconsciente durante esa hora oscura. Hubiera aprobado, la actitud de mi madre. No podía pensar en nada que no fuera mi pérdida. Recordaba tanto nuestra vida juntos. En toda la casa había recuerdos de él.

Lo mismo era en el jardín. Vagué hasta el río y me senté sobre la pared contemplando las embarcaciones y pensé como tantas veces en el día en que habían pasado el Rey y el Cardenal.

Permanecí allí hasta el crepúsculo y mi madre salió y dijo:

—Te enfermarás si sigues así.

Volví a la casa con ella, pero no podía permanecer adentro y salí una vez más al jardín y contemplé salir las primeras estrellas.

Luego oí pronunciar mi nombre suavemente y al volverme vi a Rupert.

—Oh, Rupert —dije—. Siento como si ninguno de nosotros pudiera ser feliz nuevamente.

—El dolor no puede durar para siempre —respondió suavemente—. Se hará menos agudo y llegará el tiempo en el futuro cuando podrás olvidar.

—Nunca —dije vehementemente.

—Eres tan joven y él significaba tanto para ti. Pero otros también podrían significarlo. Tu marido..., tus hijos...

Sacudí impacientemente la cabeza y él prosiguió:

—Tengo algo que decirte.

Pensé que me iba a proponer matrimonio nuevamente y quise dejarlo y entrar a la casa, pero sus palabras me sorprendieron.

—Tengo su cabeza, Damask.

—¿Qué?

—Sabía que tú no querías que permaneciera allí. De manera que cuando oscureció llevé a Tom Skillen conmigo. Sabía que podía confiar en él. Me esperó en

el bote y yo bajé el poste... Tengo su cabeza..., para ti.

Me volví hacia él y me abrazó. Me apretó contra él.

—Oh, Rupert —murmuré finalmente—, si te hubieran hallado...

—No me encontraron, Damask.

—Podría haber sucedido. Te arriesgaste a un gran peligro.

—Damask —dijo—. Quiero que sepas que arriesgaría todo lo que tengo por ti.

Permanecí callada y luego pregunté:

—¿Dónde está?

—Está en una caja..., escondida. Sabía que desearías darle decente sepultura.

Asentí con la cabeza:

—Una vez me dijo que querría ser enterrado en el cementerio de la Abadía.

—Lo enterraremos allí, Damask.

—¿Podemos hacerlo?

—¿Por qué no? El sitio está desierto.

—¡Rupert! Debemos saberlo solamente tú y yo. Solamente tú y yo seremos los deudos en su funeral.

—Es mejor que así sea.

—Rupert, me consuela saber que no está más allí..., para que la gente lo mire..., tal vez para burlarse, avergonzarlo.

—La bondad no se ve avergonzada por mucho que se burlen de ella.

Tomé su mano y la oprimí.

—¿Cuándo lo enterraremos, Rupert?

—Esta noche —dijo—. Cuando la casa duerma. Iremos al cementerio de la Abadía y lo haremos descansar allí.

Atravesamos la puerta de hiedra. Qué fantasmal se veía a la pálida luz de la luna creciente. Rupert había traído una linterna y una pala.

—No tengas miedo —indicó Rupert—, no hay nadie aquí.

—Solamente los fantasmas de aquellos monjes que murieron desgraciadamente porque habían sido desposeídos.

—Nunca nos harían daño.

Nos abrimos camino hasta el camposanto y yo permanecí sosteniendo la linterna mientras Rupert cavaba una tumba.

Yo misma sostenía la caja que contenía esa preciosa reliquia. Luego rezamos juntos y pedimos una bendición sobre ese gran hombre bueno.

Nunca olvidaré el sonido de los terrones de tierra cayendo sobre la caja y con ese sonido las lágrimas llegaron a mis ojos.

Creo que a partir de ese momento empecé a sentir que podía enfrentar la vida nuevamente.

Iba cada día al cementerio de los monjes. Planté un romero sobre la tumba. Solía

arrodillarme junto a ella y hablar a mi padre como lo hacía mientras estuvo vivo. Pedí coraje para poder seguir viviendo mi vida sin él.

EL PADRASTRO

Una semana después de esa noche en que enterramos la cabeza de mi padre vino Kate y anunció su intención de llevarme de regreso a Remus Castle. Dije que me quedaría donde estaba porque deseaba visitar el sitio donde estaba enterrada la cabeza de mi padre. Pero Kate estaba decidida.

—Tú regresas conmigo —indicó—. El pequeño Carey te extraña. Betsy dice que ella no ha tenido una noche en paz desde que te fuiste.

Finalmente me persuadieron y partí con Kate hacia Remus.

Kate juraba que el pequeño Carey estaba feliz ahora que yo había vuelto, pero yo decía que era demasiado pequeño para ello; sin embargo encontré consuelo en el niño. Kate se desvivía por complacerme. Me engatusaba para que mostrara algún interés en los vestidos que se había hecho hacer. Insistía en que admirara las alhajas que Remus le había dado.

Pronto iba a ir a la Corte, si bien se quejaba de que la Corte se había vuelto aburrida.

—El Rey —decía—, encuentra gran placer en su nueva esposa e inventa excusas para estar sólo con ella. Eso quita un gran peso a sus cortesanos, pero hay menos diversión y también está de buen humor, excepto cuando le duele la úlcera de la pierna, pero la Reina sabe cómo consolarlo. Es joven y muy atractiva pero he oído decir que ha tenido cierta experiencia en ofrecer consuelo antes de su matrimonio.

Pero yo no podía tolerar hablar del Rey. Lo consideraba el asesino de mi padre y sentía hacia él tanto odio que si se hubiera sabido, indudablemente hubiera significado una estancia en la Torre y mi cabeza en una pica sobre el Puente de Londres.

Yo estaba segura de que nunca habían habido tiempos cargados de tanto peligro como esos en que vivíamos.

Parecíamos apartados del mundo en Remus Castle. Yo amaba al bebé y empecé a pensar que tenía un sentimiento especial para mí.

Su bautismo en la capilla del castillo fue una gran ceremonia y hubo mucha gente presente de la Corte, conocí muchos Duques y Condes que antes habían sido meros nombres para mí. Su conversación versaba principalmente sobre el Rey y la nueva Reina. Era asombroso como la gente no podía evitar discutir temas que sabían que podían ser peligrosos. Me recordaban a mariposas que volaran hacia una vela.

Seis semanas habían pasado desde la muerte de mi padre y un día vino *Lord* Remus hasta el jardín del estanque donde estaba sentado con el niño en su canasta y dijo:

—Tengo serias noticias para ti, Damask.

El corazón me palpitó de miedo, pero aun en ese momento me pregunté qué más

podía sucederme que me pudiera parecer de verdadera importancia.

Lord Remus no parecía saber cómo empezar.

—Damask —dijo—. Debes saber que cuando se juzga a un hombre por traidor y se lo ejecuta, hay veces en que sus posesiones terrenales son confiscadas por el Rey, que puede tomarlas para sí o entregárselas a alguien que considere que las merece.

—¿Estás diciéndome —exclamé— que el Rey no solamente me ha robado a mi padre cortándole su cabeza sino que también ha tomado sus propiedades?

—Eso es lo que entiendo, Damask.

—De manera que..., no tengo hogar.

—No es tan desesperante como eso. Se ha demostrado una cierta benevolencia en el caso de tu padre. —Agregó con un cinismo que parecía no advertir—. No es como si sus propiedades fueran tan grandes..., de acuerdo a las medidas del Rey, quiero decir.

—Por favor dime qué ha ocurrido.

Lord Remus vaciló. Tosió.

—Es un poco delicado —dijo—, pero se me ha pedido que te imparta las nuevas de manera que debo hacerlo. No debes pensar que la casa de tu padre no será más tu hogar. Simón Caseman ha dejado eso en claro. Siempre habrá un hogar allí para ti.

—¡Simón Caseman! —exclamé—. ¿Qué tiene que ver él con esto?

—Los funcionarios del Rey han decidido otorgarle la casa de tu padre.

—Pero ¿por qué?

—Él ha vivido con tu familia. Ha sido la mano derecha de tu padre en su trabajo.

—Pero..., si se ha decidido quitar la propiedad de mi padre a aquellos a quienes pertenece..., a mi madre y a mí misma..., ¿por qué no dársela a Rupert, que está emparentado con nosotros?

Lord Remus parecía incómodo.

—Mi querida Damask, dejársela a un pariente no sería confiscarla de la familia. El Rey quiere recompensar a Simón Caseman y esta es su manera de hacerlo.

—¿Por qué habría de recompensar el Rey a Simón Caseman? Él ha trabajado con mi padre. Hubiera pensado que podría haber sido sospechoso de iniquidad desde el momento en que vivía en esa casa.

—Ha habido una investigación del caso. Simón Caseman ha dicho que está dispuesto a casarse...

—No —grité—. Eso no puede ser.

Lord Remus prosiguió como si yo no hubiera hablado.

—Está ansioso por desposar a tu madre y esto resolverá una dificultad. Tanto tú como tu madre no se quedarán sin hogar, si bien de acuerdo a sus derechos, el Rey ha privado a tu padre y sus herederos de sus posesiones.

Lo contemplé.

—¿Mi madre se desposará con Simón Caseman?

—En un tiempo razonable..., no inmediatamente. Parece un buen arreglo.

No podía creerlo. Me parecía increíble. Mi madre casarse con este hombre, quien hacía tan poco tiempo me había estado rogando que me casara con él.

Era como una pesadilla y luego empezó a despuntar la luz en mi mente. Vi una cara, la máscara de zorro exagerada y escuché la voz de mi padre: «Alguien de la casa me ha traicionado».

Kate entró precipitadamente a mi habitación.

—Me preguntaba dónde estabas. No podía imaginarme por qué no bajabas. ¿Qué sucede? Dije:

—Acabo de enterarme que nuestra casa pertenece ahora a Simón Caseman.

—Remus me contó.

—Oh, Kate, ¿te das cuenta lo que esto significa? Él lo planeó. El Rey quiso recompensarlo. ¿Por qué? ¿Tal vez por delatar a mi padre y a Amos Carmen?

Kate me contempló con incredulidad.

—No puedes querer significar eso.

—Algo dentro mío me dice que podría ser cierto.

—Entonces sería el asesino de tu padre.

—Si yo pudiera estar segura de eso lo mataría.

—No, Damask, no puede ser.

—Coincide, Kate. Me pidió que me casara con él. Me lo ha pedido varias veces. ¿Me ama? No, deseaba mi herencia.

—Eso puede ser así, pero un hombre no es un asesino por desear hacer un buen casamiento.

—Lo rechacé y él buscó la oportunidad de traicionar a mi padre.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Porque alguien de la casa lo vendió y ¿quién si no Simón Caseman?

—Te precipitas a las conclusiones.

—Te olvidas que recibiré las propiedades de mi padre. Eso es lo que siempre deseó. Por eso me pidió que me casara con él. Oh, sabía que era la máscara del zorro lo que veía allí en su cara.

—¡Máscara de zorro! ¿Qué tontería es esta?

—La he visto en su cara. Cuando su cara está entre las sombras. Sus ojos son leonados como los de un zorro. Es un zorro taimado que entró a robar el gallinero.

—¿Te sientes bien, Damask? Todo esto ha sido demasiado para ti.

—¡Y yo he perdido el juicio! —grité—. Eso es lo que piensas. Pero sabías que mi madre va a casarse con él.

—Remus acaba de decírmelo.

—Debo regresar a casa en seguida —dije.

Cuando llegué, la casa parecía muy callada. No me esperaban de modo que no había nadie para recibirme. La casa parecía diferente. Desde luego era diferente. Era una casa de luto. Tenía un nuevo dueño.

Subí hasta la despensa de mi madre. Estaba allí y al verme se sonrojó más que la más roja de sus rosas. Sabía que yo estaba enterada de lo que estaba por hacer y me alegré que mostrara alguna vergüenza.

—Ya lo sé, señora —dije.

Asintió con la cabeza y se sentó en una silla. Se sacudía la mano frente a la cara como un abanico. Estaba ahora bastante pálida y daba a entender que iba a desmayarse. Pensé que era tan típico de ella desmayarse en una crisis. Más de una vez había sido su forma de salir de una situación difícil. Olvidé que era mi madre. En ese momento la desprecié porque Simón Caseman me era tan odioso y ahora que estaba en casa la enormidad de la pérdida de mi padre se me refrescaba.

Observé:

—De manera que vas a quitarte el luto por tu marido asesinado para ponerte la ropa de casamiento lista para el próximo.

—Damask —imploró— debes tratar de entender.

—Entiendo demasiado bien.

Sus manos revolotearon impotentes.

—Nos hubiéramos quedado sin hogar. Parecía la única cosa por hacer.

—¿Crees que él te eligió a ti como esposa?

—Verás Damask, las propiedades son de él ahora y es lo mejor para nosotros, por eso me eligió...

—Me extraña en ti. Sé muy bien por qué te eligió ese hombre. Me sorprende que mi noble padre haya desposado alguna vez a una mujer que podía olvidar y perdonar su asesinato cuando su cuerpo apenas está frío y estar lista para bailar en su casamiento.

—No será una ceremonia grandiosa, Damask. Habíamos pensado en un casamiento sencillo.

Me reí burlonamente. Nunca entendería nada más que de su jardín y sus hierbas y cómo hacer livianas sus pastas. Sentí una pena repentina por ella, pobre mujer desamparada, que jamás había tomado una decisión realmente por sí misma.

—Simón Caseman —dije—. ¡Cómo puedes considerarlo..., después de haber sido la esposa de mi padre!

—Tu padre está muerto.

Me volví para ocultar mi emoción.

—Oh, Damask —prosiguió—. Sé lo cerca que ustedes dos estaban. Te quería a ti más que a mí. Fue siempre Damask...

—Fue el mejor de los maridos tanto como el mejor de los padres —dije

fervorosamente.

—Era un buen hombre, lo sé.

—De manera que has decidido poner a este aventurero en su lugar.

—Pienso que no adviertes lo que está sucediendo, Damask. Las propiedades de tu padre han sido confiscadas.

—Y traspasadas a Simón Caseman. ¿Por qué, crees? ¿Por qué?

—Porque era la mano derecha de tu padre. Han trabajado juntos. Este es también su hogar. Y se casará conmigo y seguiremos como en los viejos tiempos.

—¡Como en los viejos tiempos! Cuando él no está aquí. Rogaría a Dios porque siguiéramos como en los viejos tiempos.

—¿Crees que será lo mismo con tu nuevo dueño? Madre, sé que una hija no debiera decir esto, pero lo haré. Eres una tonta.

—Pienso que tu pena te ha alterado tanto que no sabes lo que dices.

—Sé esto, Simón Caseman entró a esta casa con el expreso propósito de hacerla suya. Sabías que me pidió casarme con él..., muchas veces... Tan fiel era. ¡Tan caballeresco! Pensó lograr la posesión del lugar a través mío. Y no fui tan susceptible a sus encantos como tú. Dije «No, nunca me casaré contigo». De modo que se aboca a otros medios. ¿Quién más hay? Está mi madre. Pero ella tiene un marido. Librémonos de él y casémonos con la viuda asequible.

—¡Damask! Damask, ¿qué estás diciendo?

—Digo que sospecho de un hombre que pide a la hija que se case con él y cuando ella lo rechaza y la madre se encuentra en una situación de darle lo que él busca, prontamente decide tomar a esta.

—Mi niña, sé cuidadosa. No digas tales cosas. Son alocadas. Son imposibles. Pero podrían significar el desastre para ti.

—Hablar contra el hombre del Rey, sí. Me atrevo a jurar que estás en lo cierto.

—Todos los hombres sensatos son los hombres del Rey. Deberías saber eso.

—¿De manera que mi padre fue insensato? —Cada vez que mencionaba su nombre las palabras parecían sofocarme. Mi emoción dio ventaja a mi madre. Vino hacia mí y me puso una mano sobre el hombro.

—Escúchame, Damask —dijo—. Esto tan terrible nos ha sucedido. Tu padre escondió a ese clérigo en la cabaña de los nogales. Al hacer eso, arriesgó su vida, nuestras posesiones y nuestro futuro. Sé que era un hombre santo, pero los santos que ponen sus vidas y las de sus familiares en peligro no actúan sensatamente. ¿Qué sería de nosotros, Damask, si yo no hago este casamiento? Seríamos arrojadas a los caminos como mendigas o estaríamos a merced de nuestros parientes. Me atrevo a decir que Remus nos ayudaría. Pero cuando yo me case con Simón continuaremos viviendo aquí. Será como antes...

—Nunca será como antes —expresé—. Él no está.

—Mi niña, tienes que salir de esto. Algunos son llevados..., de esa manera. ¿Cómo sabemos cualquiera de nosotros dónde estaremos mañana? Pensé en la casa y en todo lo de aquí. Pensé en ti y en el hogar..., y Simón será un buen marido para mí.

—Eres más vieja que él.

—No tiene importancia.

—¿Cómo podría permanecer aquí y ver a ese hombre en el lugar de mi padre?

—Te acostumbrarás a ello. Simón es un buen hombre de negocios. Ha prosperado y continuará haciéndolo. La elección está entre quedarse aquí y vivir confortablemente o salir al mundo en la indigencia y morimos de hambre, o vivir de la merced de los parientes. Simón me ha hecho esta propuesta de matrimonio. La he aceptado.

—Deseas este casamiento —dije—. Cuando hablas de ello hay un brillo de alegría en tus ojos.

—Nunca fui una mujer que deseara estar sola. Simón me ha prometido velar por mí. Hay mujeres que deben tener marido. Yo soy una de ellas. Simón y yo nos entendemos el uno al otro. Tu padre y yo teníamos muy poco que decirnos. Estaba siempre encerrado en un libro o enseñándote. Nunca podía entenderlo cuando citaba en griego, ¿o era latín?

—Te excusas —observé—. Anhelas este casamiento. Lo veo. Eres diez años más vieja que él. Y ¡él se casa contigo por tus propiedades!

—La propiedad es de él sin mí.

—Pero las quiere como eran. Quiere una mujer que cuide de la casa como tú lo haces. No quiere que se diga que echó a la familia a mendigar por las calles. Quiere tener poder sobre nosotros. ¿No te das cuenta?

—Te imaginas, eso Damask.

—¿Y quién delató a mi padre?

—Había muchos que podían haberlo hecho.

—¿Los sirvientes, que perderían un buen patrón por ello? —le exigí.

—Hay otros que pudieron haberlo hecho.

—¿Su esposa —pregunté—, que deseaba un hombre joven en su cama?

—¡Damask! —En seguida lo lamenté.

—Oh, madre —dije—. No puedo tolerarlo. Se ha ido para siempre. Nunca más volveré a ver su cara querida, nunca oiré su voz...

Me cubrí la cara con las manos y ella me tomó en sus brazos.

—Mi niña —dijo—, mi pequeña. Entiendo. Estás alterada. Tú y él eran como una persona. Yo solía sentirme a un lado. Nunca tuviste demasiado tiempo para mí, ¿no es verdad? Entiendo. Trata de aceptar esto, hija. Trata de ver que tenemos que seguir y esta es una manera.

Me sentí inerte y exhausta por la emoción. Permití que me llevara a mi habitación

y me arropara. Me trajo una poción. Acababa de hacerla, me dijo. Tenía pimpernela para hacerme sentir feliz y tomillo para darme sueños agradables y había una rama de fresno sobre mi almohada porque se decía que alejaba a los malos espíritus, aquellos que ponen pensamientos crueles en la mente.

La dejé que me tranquilizara y luego, deshecha por la emoción, me dormí.

Cuando desperté estaba refrescada. Pensé en mi madre, indefensa como sus arbustos bajo el ventarrón, soplada en este y aquel sentido por las circunstancias que eran demasiado para ella. No podía culparla. Conocía bien su carácter. Era una buena ama de casa. Quería vivir en paz. Mi padre había tenido poco en común con ella, ya que no había sido educada más que para aprender a leer y escribir y nunca podía seguir sus razonamientos. Él se había decidido a educarme y a menudo decía que la educación no era conocer los frutos y flores de otros hombres para poder repetirlos y hacer una demostración de erudición; su objeto debía ser poner la mente en movimiento de manera que pudiera producir sus propios flores y frutos.

No debía culparla.

Y estaba acertada. Ahora debía defenderme por mí misma. Tendría que hacer algún plan, ya que no creía que podría seguir viviendo bajo este techo y ver a ese hombre en el lugar de mi padre. Había hecho mal en hablar de mis sospechas hacia él, porque debía admitir que eran sospechas. ¿Podía realmente ser responsable de la delación de mi padre? Tal vez fuera solamente el chacal que esperaba el momento para entrar después de la matanza.

Debía ser justa. ¿Qué había hecho? Me había pedido que me casara con él y yo lo había rechazado. Mi padre había sido asesinado y sus propiedades entregadas a Simón. ¿Por qué? Debo ser razonable. Debo ser lógica. ¿Podía en verdad ser porque era el delator de mi padre? No podía estar segura y porque no estaba segura no debía acusarlo. Sin embargo, lo averiguaría. Y mientras tanto, ¿debía vivir de su caridad? Tenía horror de verlo pero no podía evitarlo mucho tiempo. Salí de mi habitación y lo encontré en el hall. Me contempló mientras yo bajaba las escaleras.

—Bienvenida al hogar, Damask —dijo.

Lo miré vacía.

—Es bueno que hayas regresado —siguió.

—Supongo que esperas que te felicite por tu próximo casamiento.

—No, no esperaba eso. Sé que lo tomas de mala manera.

—El marido asesinado está apenas frío en su tumba.

—Mi querida Damask, te has contagiado de esas tragedias griegas que tanto te gustan. Voy a pedirte ahora que seas cuidadosa. No quisiera que cayeras en desgracia. Refrena tu lengua, te lo ruego. Podrías hallarte tan fácilmente en un problema calamitoso. Yo cuidaré ahora de ti. Seré tu padrastro...

Me reí.

—¡No era exactamente el rol que habías elegido primero!

—Pienso que comprendes mis sentimientos hacia ti.

—Los cuales fueron convenientemente transferidos a mi madre.

—Tu madre y yo no somos románticos.

—Creo que es algunos años más vieja que tú.

—No lo es mucho.

—¡Tan conveniente! Aunque si hubiera sido treinta años mayor estoy segura que no hubiera sido un obstáculo para ti.

—¡Mi pobre, triste Damask!

—Todavía no te pertenezco.

—Estoy dedicado a ti y a tu madre —dijo—. Estas propiedades me han sido conferidas. No podría quitárselas. De manera que este matrimonio parece ser la mejor solución.

—Siempre podrías devolverlas.

—Pienso que no me sería permitido. Estoy haciendo lo que creo que es lo mejor para todos nosotros.

—Y si yo hubiera aceptado casarme contigo, ¿qué, entonces?

Vi un parpadeo en sus ojos, la marca de la máscara del zorro era más clara por un momento.

—Tú conoces mis sentimientos. —Había dado un paso hacia mí.

Lo alejé.

—No te olvides que eres un novio comprometido —dije agudamente. Lo miré fijo—. Dime, ¿quién traicionó a mi padre? —agregué.

Apretó los puños.

—Querría saberlo —dijo.

—Alguien lo traicionó —afirmé—, no permitiré que se olvide. No descansaré hasta descubrir quién fue.

Me tendió la mano. La contemplé desde arriba.

—Quiero hacer un trato contigo —dijo—. Los dos trataremos de encontrar a ese hombre que se llevó la felicidad de esta casa y provocó la muerte del mejor hombre sobre la tierra.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y me miró con ternura, de manera que momentáneamente lamenté haber sospechado de él.

Me volví y me alejé corriendo de regreso a mi habitación. No pude bajar a comer al hall. Mi madre me envió una pata de pollo y una tajada del pan redondo y crocante que solía gustarme. No pude comer nada, y cuando finalmente me dormí, ya que creo que había echado una de sus pociones a mi vino, soñé con Simón Caseman. Tenía la cara de un zorro y en sueños creí que era un hombre malvado.

Me debatía en la duda. Mi madre y Simón eran bondadosos conmigo. Ella me daba

pociones y ordenaba que se me prepararan las comidas que una vez me habían gustado. Él era tolerante y jamás me imponía su compañía; algunas veces encontraba sus ojos en mí y cuando los míos hallaban los suyos, asumía una expresión tierna, como si ahora me contemplara como a una hija querida.

Pensé, no puedo tolerar esto.

El casamiento iba a ser sencillo, ya que había pasado tan poco tiempo desde la muerte de mi padre; pero toda la casa aceptaba ahora a Simón Caseman como el dueño.

No podía recobrar-me. Pronto tenía que tomar una decisión. Pero en esos momentos estaba demasiado aturdida para hacer otra cosa que no fuera dejar que el tiempo corriera sobre mí y mientras yo permanecía tirada lánguidamente, creyendo que a su debido momento mi pena pasaría y tendría alguna noción acerca de qué podría hacer de mi vida.

A veces pensaba acudir a Kate. Sabía que desde el arresto de mi padre, mi presencia intranquilizaba un poco a su marido. Desde luego, Kate haría desaparecer ese problema si yo deseaba ir. Había otra cosa. Cada tarde al crepúsculo yo atravesaba la puerta cubierta de hiedra, entraba al cementerio de la Abadía y visitaba la tumba de mi padre. El romero que había plantado crecía bien.

Vivía para mis visitas a su tumba y cuando iba a la Abadía recordaba aquellos días en que Kate y yo solíamos deslizarnos a través de la puerta secreta para estar con Bruno. Nunca se alejaba mucho de mis pensamientos y anhelaba volverlo a ver.

Meditaba acerca de mis sentimientos hacia Bruno. Me alejaba de mi incómoda situación. ¿Qué sabía yo de Bruno? Muy poco. Nunca lo había entendido. Bruno parecía haber levantado un muro a su Alrededor. Uno nunca podía estar seguro de lo que estaba pensando. Nunca se delataría completamente a sí mismo con nadie. Algunas veces había parecido que no perteneciera a este mundo, sin embargo su arrogancia, sus iras frustradas, eran esencialmente terrenales. Recordaba cómo el Hermano John había contado acerca del Niño que había sido hallado robando tortas de la cocina y que había mentido al verse acusado.

¡Qué pérdida y desconcertada estaba durante esas semanas! Rupert también estaba desconcertado. No sabía qué le deparaba el futuro. Había amado la tierra.

Los trabajadores lo apreciaban. Era un buen patrón para ellos y entendía todo lo que les pedía que realizaran.

Sembrar y cosechar, cultivar las comidas que proveía a la casa y vender el remanente, esa había sido la ocupación de Rupert y no podía imaginarse otra.

Una vez que yo regresaba de visitar el cementerio de la Abadía oí una voz que me llamaba. Era la de Rupert.

—Damask —exclamó, alcanzándome—, no deberías estar aquí a estar horas.

—Saldré cuando tenga ganas —repose enojada.

—No es seguro, Damask. Hay salteadores.

—No les temo.

—Pero es peligroso.

Me volví impaciente y dijo:

—Damask, no te marches todavía. Quisiera hablar contigo.

—Habla entonces.

—A menudo pienso en el futuro. ¿Qué será de todos nosotros?

—Tendremos que esperar y ver.

—Habrá cambios. Ahora tenemos un nuevo dueño en la casa.

—Hasta ahora, ha hecho pocos cambios, pero eso vendrá, después del casamiento.

—¿Entonces qué, Damask? He trabajado para tu padre durante muchos años. Me había prometido que parte de las tierras que yo había cultivado sería mía algún día. Desde luego que tenía la esperanza de que tú y yo nos casáramos —dijo un poco melancólicamente.

Dije rápida:

—Él sabía que los matrimonios solamente pueden formarse entre dos personas, los dos que se convertirán en marido y mujer. Hubiera sido el primero en decir que ambos debían estar de acuerdo de todo corazón.

—¿Y tú sientes que no puedes casarte conmigo?

—No puedo pensar en el casamiento. Está lejos de mi mente.

—Te diré algo. *Lord Remus* es dueño de varias propiedades y Kate jura que insistirá en que me dé un sitio.

—Entonces no hay necesidad de que te angusties por el futuro.

—Si tú lo compartieras, podríamos irnos juntos de aquí.

Sacudí la cabeza. Suspiró e insistió:

—Tu padre lo deseaba.

—Deseaba solamente mi felicidad —dije.

—Yo te haría tan feliz como pudieras serlo ahora que lo has perdido a él. Viviría solamente para ti. Te cuidaría, te protegería.

—Lo sé —asentí.

—Cásate conmigo, Damask. Vámonos de aquí. Estarías más segura que ahora, porque los parientes de un hombre que ha sido acusado de traición están en constante peligro. Una palabra descuidada, hasta una mirada podría condenarte. Como mi esposa, perderías tu identidad como hija de tu padre.

Me volví hacia él enojada.

—¿Crees que deseo eso? Estoy más orgullosa de él que de cualquier otra cosa que jamás me haya sucedido.

Me volví y me alejé de él corriendo hasta mi habitación. Me encerré y lloré. En

mis lágrimas se mezclaba la pena y el enojo. ¿Nunca me sobrepondría a mi pérdida? Y, ¿cómo se atrevía Rupert a sugerir que quisiera alguna vez ocultar el hecho de que fuera la hija de mi padre? Luego pensé en Rupert. Era bueno; era afable; no había querido hacer daño. Fui hasta la ventana y miré hacia la Abadía. Apenas podía divisar la torre gris. Pensé en el cementerio, qué fantasmal se debería ver ahora con la pálida luz de la luna brillando sobre las lápidas, por encima de las tumbas de los monjes muertos hace tiempo.

Se decía que la Abadía estaba embrujada. Uno de los granjeros y su esposa dijeron que al regresar a su hogar al atardecer habían visto un monje saliendo de la pared de la Abadía. Pareció como si el monje atravesara las piedras; había permanecido un momento y ellos se habían asustado tanto que habían corrido.

Era natural, fue el veredicto. ¿Cuántos monjes habían muerto por lo que había sucedido? Había que pensar en aquellos que habían colgado de cadenas a las puertas de la Abadía. Estaba el que había intentado escapar a Londres con algunos de los tesoros de la Abadía y había sido atrapado y colgado; estaba el Hermano Ambrose, que había asesinado a Rolf Weaver. Estaba el Abad que había muerto del corazón destrozado. ¿No era natural que esos hombres no pudieran descansar en sus tumbas y regresaran a embrujar el sitio donde habían vivido y sufrido? La gente tenía miedo de acercarse a la Abadía después que oscurecía. Aún a la luz del día deseaban estar acompañados.

Extrañamente, eso no tuvo efecto sobre mí. No podía tener miedo y seguí visitando la tumba de mi padre.

Mi madre se había convertido en la esposa de Simón Caseman. Ahora que el casamiento había pasado yo advertía que se estaba produciendo un cambio en la casa. Al principio era sutil, pero no por eso dejaba de serlo. Los sirvientes fueron advertidos que habían otras reglas en la casa. Simón no iba a ser el dueño benévolo que había sido mi padre. Caminaba con un cierto pavoneo; los sirvientes debían llamarlo siempre Patrón. Los hombres no debían olvidar nunca tocarse la frente y las doncellas debían asegurarse de hacerle una reverencia casi hasta el piso. Vigilaba cuidadosamente las cuentas de la casa. Despidió a algunos de los sirvientes considerándolos innecesarios. Los mendigos no podían estar seguros de recibir más comida y vino; ordenó que no debía alentarse a los viajeros a que nos contemplaran como una especie de posada. No porque vinieran demasiados desde la muerte de mi padre; la gente tenía miedo de acercárenos al saber que había sido arrestado y condenado Pero ahora que había un nuevo dueño, podrían venir, de manera que Simón Caseman dio la orden de no alentarlos.

Mi madre se había vuelto un poco nerviosa, advertí. Estaba muy ansiosa por complacerlo. Convenía con cualquier cosa que él dijera y lo que me desagradaba era que ella tenía una especie de adoración por él y esto me disgustaba cuando

consideraba su falta de afecto hacia mi padre.

Por cierto que estaba empezando a sentir las cosas con mayor fuerza lo que, supongo, era un signo de que estaba superando mi pena.

Un día encontré unas letras en las puertas de hierro labrado. Esa era la Mansión Caseman. La casa no había tenido nombre antes. Se la conocía simplemente como la casa del Abogado Farland. El resentimiento cuando vi las letras me afectó como un dolor físico.

Él era el amo. Quería que todos lo supiéramos. Quería que todos supiéramos que vivíamos de su benevolencia. Mi madre tenía que presentarle las cuentas de la casa, algo que nunca había hecho con mi padre. Era una excelente ama de casa ahorrativa, pero noté que siempre estaba nerviosa los viernes, día en que tenía que presentar sus cuentas.

La situación de Rupert cambió. Ya no se lo trataba más como a un miembro de la familia. Era un trabajador, si bien era muy bueno como tal. No se le permitía tomar sus propias decisiones.

Solamente yo no estaba sujeta a esos tratos. Si no quería reunirme con ellos en las comidas no lo hacía y no se me llamaba al orden por esto. No se esperaba que hiciera nada en la casa. A menudo encontraba sus ojos fijos en mí. Sospechaba de él, me disgustaba.

Menos de dos meses después del casamiento, mi madre me dijo que iba a tener un niño. Me horroricé, si bien supongo que era bastante natural. Tenía treinta y seis años y era lo suficientemente joven como para tener un hijo; pero el hecho de que fuera tan fértil tan pronto me parecía un insulto hacia mi padre y me desagradaba. ¡Cómo había cambiado ella! Me parecía bobalicona y tonta, simulando ser como una joven esposa hubiera sido con su primer hijo.

Simón Caseman estaba encantado. Parecía contemplarlo como un triunfo personal. Sabía que mi padre había deseado una familia numerosa, y solamente había logrado tener una niña que sobreviviera, mientras que él, apenas a los dos meses de casado, ya había dado muestras de su virilidad.

Entonces comprendí que deseaba marcharme y decidí que escribiría a Kate y pedirle si podría quedarme con ella por un tiempo.

Simón me arrinconó un día en el jardín y me dijo:

—Vaya, Damask, te veo muy poco. Pienso que me evitas deliberadamente.

—Puedes pensarlo muy bien —respondí.

—¿Te he ofendido de algún modo?

—De muchas formas —repuse.

—Lo siento.

—Pareces lejos de sentirlo.

—Damask, debemos aceptar las circunstancias, sabes, inclusive cuando están en

contra nuestro. Sabes que siempre te he tenido afecto.

—Sé que me ofreciste matrimonio.

—Y estás un poco herida porque me casé con otra.

—No por mí, solamente por la otra.

—Parece estar bien contenta.

—Tal vez se contente fácilmente.

—Me aventuraría a decir que nunca estuvo tan contenta como ahora.

—Te aventuras demasiado lejos.

—Me hace bien hablar contigo.

—Yo no logro tal beneficio —repliqué.

—Lamento haber tomado aquello que debía ser tuyo.

—Mientes. Estás muy feliz de tener lo que siempre deseaste.

—No logré todo lo que quería.

—¿No? Es una buena casa; la tierra es buena. ¿Y no hablas como un buen marido?

—He oído que deseas marcharte con tu prima.

—No me digas que te propones prohibírmelo.

—No pretendería hacer eso.

—Me alegra, porque sería inútil.

—Damask, seamos buenos amigos —dijo—. Eres bienvenida aquí por todo el tiempo que desees.

—Es un gesto muy amable permitirme permanecer como huésped en mi propia casa.

—Sabes que es mía.

—Sé que tú la tomaste.

—Me fue conferida.

—¿Por qué a ti? ¿Podrías decírmelo? Es una pregunta sobre lo que medito hace tiempo.

—Puedes adivinarlo, ¿verdad? Porque era capaz de administrarla. Había sido mi hogar durante algunos años. Estaba dispuesto a casarme con la viuda del propietario anterior, lo que aliviaría considerablemente los infortunios de la familia. Parecía un buen arreglo.

—Para ti, sí.

Me marché y lo dejé.

Rupert me pidió que caminara con él hasta los nogales. Solía ser mi lugar preferido, pero dado que allí se encontraba la cabaña en la cual mi padre había ocultado a Amos Carmen, se había convertido en un recordatorio demasiado penoso de todo lo que había sucedido.

Deslizó su brazo por el mío.

—Damask —dijo—, debo hablarte seriamente.

—Sí, Rupert.

—Me voy. *Lord Remus* me ha ofrecido una granja. La administraré y en poco tiempo será mía. Kate se ha impuesto sobre él.

—Su matrimonio fue una gran bendición, no solamente para ella sino para ti.

—Damask, te estás convirtiendo en una amargada.

—Indudablemente las circunstancias nos cambian.

—Todavía queda mucho de bueno en la vida.

—No lo veo así en estos momentos.

—Bueno, es un período oscuro por el que estamos pasando todos. Pero no será siempre así. El mundo que conocíamos está muerto. Tenemos que construir una vida nueva.

—Podrás hacerlo muy bien con tu nueva granja. Te irás de aquí y nos olvidarás.

—Nunca te olvidaré. Pero mi ambiente será diferente. Sé que los problemas del presente se impondrán sobre el pasado.

—Es fácil para ti.

—Amé a tu padre, Damask, y te amo a ti.

—Yo era su hija. ¿Crees que tu amor puede compararse al mío?

—Con todo, era amor.

Tomé su mano y la oprimí.

—Nunca olvidaré que te arriesgaste para traerme su cabeza —dije. Me corrían las lágrimas por las mejillas y él me atrajo hacia sí y las besó.

Repentinamente supe que si bien no podría encontrar todo el éxtasis con que había soñado en Rupert, al menos encontraría consuelo. Podría dejar esa casa. Significaría mucho para mí no ver a mi madre y a Simón Caseman juntos. Dejar esta casa... nunca había pensado hacerlo. Había soñado envejecer en ella, mis hijos jugando en ese jardín como yo lo había hecho; mi padre deleitándose con sus nietos. Ese sueño no podría ser nunca realidad. Pero Rupert me ofrecía consuelo. Me estaba diciendo que aunque llorara a mi padre para siempre, yo podía empezar a hacer una nueva vida.

Dijo:

—La granja no está lejos de aquí. Entre estas tierras y la propiedad de Remus, no lejos de Hampton. Estaré cerca de ti y Kate. Nos podremos ver frecuentemente..., si decidieras finalmente no venir. Pero espero que lo hagas, Damask, porque yo sé que puedo cuidarte.

—Rupert —le repuse emocionada—, eres un buen hombre. Cómo desearía poder amarte como se debe amar a un marido.

—Podrías llegar a eso, Damask. Con el tiempo llegarías.

Sacudí la cabeza.

—¿Y si no llega? Serías engañado, Rupert.

—Tú nunca podrías engañar a nadie.

—Tal vez no me conozcas, porque a veces siento que yo misma no me conozco. Irme de aquí... Oh, Rupert, nunca lo había pensado. Visito la tumba de mi padre..., frecuentemente.

—Lo sé y no quiero que andes por los terrenos de la Abadía sola.

—¿Temes que haya algún mal acechando allí?

—Temo que hayan hombres desesperados ocultándose allí.

—¿Los monjes, tal vez, volviendo a su viejo hogar, o los espíritus de los hombres asesinados?

—Temo que vayas allí. Damask, podríamos retirar los restos de tu padre. Los podríamos llevar con nosotros. Podríamos hacer un santuario en nuestro nuevo hogar y allí podrías tener esa preciosa caja contigo. Podrías levantar un altar a su memoria.

—Oh, Rupert —exclamé—, pienso que tú me entiendes como nadie me ha entendido jamás..., después de mi padre.

—Ven conmigo entonces, Damask. Vete de esta casa que ya no es tu hogar, sal de una situación que te resulta antipática.

Parecía que debía hacerlo. Sin embargo dudé. No era como siempre había pensado que debía ser. ¿Iba a ser la vida siempre una componenda? Pensé en Kate desposando a *Lord* Remus por lo que él le podía dar. ¿Tenía yo que hacer lo mismo si me casaba con Rupert? *Lord* Remus le había dado a Kate alhajas, riquezas, un sitio en la Corte y yo la había despreciado por sus motivos mercenarios. Pero si yo me casaba con Rupert, que podría sacarme de una situación que se había convertido en intolerable para mí, ¿no estaría yo haciendo lo mismo?

—Estoy tan insegura —dije—. No sé qué debería hacer. Sé paciente conmigo, Rupert.

Me oprimió dulcemente la mano. Podía sentir su júbilo. Sabía que siempre sería paciente.

—Piénsalo —insistió—. Sabes que yo no querría que hicieras nada que te resultara desagradable. Recuerda también que ese era su deseo.

Lo recordaba y pesaba mucho en mí.

Y esa noche, acostada en mi habitación, pensaba que me casaría con Rupert y me sentía avergonzada de haber creído alguna vez que él se hubiera casado conmigo por la fortuna que yo le habría podido dar.

Ahora yo no tenía esa fortuna y él todavía deseaba casarse conmigo. Lo había juzgado mal.

Eso me hizo sentir una gran ternura hacia él.

Y con todo no podía decidirme.

Estaba sentada en el amurallado jardín de rosas de mi madre, pensando en el

futuro, cuando Simón Caseman entró. Tomó asiento junto a mí.

—Por Dios —dijo—, estás más hermosa con tu pelo a medio crecer que cuando te llegaba a la cintura.

—Como nunca fui muy linda, no hace falta mucho para eso.

—Tus dardos verbales siempre me divertieron.

—Me alegra que te diviertas tan fácilmente. Debe ser una bendición en este mundo gris.

—Oh, vamos hijastra, ¿no eres indebidamente morbosa?

—Considerando lo que ha ocurrido en el último año, pienso que por cierto que no.

—Me gustaría verte más feliz.

—Lo único que me haría más feliz sería ver a mi padre entrar a este jardín vivo y bien y a salvo de..., traidores.

—Ninguno de nosotros está a salvo de los traidores, Damask. Debemos recordar que vivimos en el borde de un volcán que puede entrar en erupción y destrozarnos en cualquier momento. Si somos sensatos, podemos tomar lo que podamos y hacer lo posible por disfrutarlo mientras podamos.

—Veo que pones en acción tu política. Estás disfrutando lo que has tomado.

—Lo hubiera compartido muy gustosamente contigo. Se acercó a mí y yo me alejé con cierta alarma.

—Tonta, Damask —dijo—, yo te hubiera hecho la señora de este lugar.

—Eso era la intención de mi padre, que a su debido tiempo yo recibiera lo que me correspondía.

—Sí, él hubiera deseado verte como la señora de esto. Has sido tonta. Y algún día verás cuan tonta. Algún día seré un hombre muy rico, Damask.

—¿Ves tu camino libre para lograr más tierras?

Simuló no comprender el significado de la pregunta. Prosiguió como si hablara para sí.

—La Abadía está cayendo en ruinas. No podrá ser siempre así. Imagínate lo que se podría hacer allí. Las tierras son ricas. No van a permanecer ociosas para siempre. Serán otorgadas a alguien que las cultive, posiblemente para que levante una gran mansión. Hay ladrillos suficientes como para construir un castillo.

—¡Castillo Caseman! —me burlé—. Suena todavía más grandioso que Mansión Caseman.

—Tienes cada idea, Damask. ¡Castillo Caseman!

—Y tú tienes ambiciones. No contento con una mansión también tienes que tener un castillo.

—Mis ambiciones no tienen límite, Damask.

—Pero no siempre se ven realizadas, ni siquiera en tu caso.

Sus ojos ardieron cuando miraron los míos.

En ese momento le tuve miedo. Pensé: tengo que irme. Era inseguro estar allí. Me casaré con Rupert. Es el único modo.

¿Casarse por tranquilidad, por seguridad, por una esperanza de olvidar? Era tan mercenaria como Kate.

—Ganaste esta casa por algunos servicios en esferas influyentes —dije—. Indudablemente estarás mirando a tu alrededor para encontrar un medio de hacer un servicio similar, cuya recompensa sea la Abadía y sus tierras.

Me miró, riendo; pero yo sabía que había puesto en palabras las ideas que estaban fermentando en su cabeza.

Me puse de pie.

—Eres un hombre muy ambicioso —afirmé.

—Los hombres ambiciosos frecuentemente consiguen lo que más desean.

—Nadie puede lograr jamás lo imposible —le repliqué, mientras me apresuraba a marcharme.

Esa noche tuve un gran deseo de ver la tumba de mi padre. Esperé hasta que la casa durmiera y luego me deslicé calladamente fuera de la casa. La luna brillaba y qué hermoso se veía el campo, vago y misterioso en la fría luz pálida.

Me deslicé a través de la puerta cubierta de hiedra hacia los terrenos. Me apresuré a través del pasto y me detuve un momento a mirar las grises paredes de la Abadía. El grito de una lechuza me sorprendió; miré hacia el techo, medio abierto ahora hacia el cielo y pensé en la histórica Abadía cayendo en manos de Simón Caseman.

Seguí hasta el cementerio y, abriéndome camino a través de las tumbas, me arrodillé junto a la tumba en la que reposaba la cabeza de mi padre. El romero progresaba. Tomé una ramita y la metí dentro de mi vestido.

—Cómo si necesitara romero para recordarte, padre querido —murmuré. Y seguí —: Dame coraje para vivir sin ti. Enséñame lo que debo hacer.

Miré a mi alrededor casi como esperando verlo materializarse junto a mí, tan segura estaba de que estaba cerca.

Los tiempos eran crueles. Simón Caseman tenía razón en cierto sentido. Debíamos disfrutar lo que pudiéramos mientras pudiéramos.

Quise imaginar que era el espíritu de mi padre el que me consolaba. Y poniéndome de pie dejé el cementerio llena de paz y sin miedo, lo que siempre me asombraba en esas ocasiones.

Estaba bordeando el cementerio y tenía a la vista la Abadía cuando vi la figura de un monje deslizándose a través del pasto. ¿Era este el fantasma de algún monje ido que no podía descansar y se había levantado de su tumba para embrujar el escenario de su tragedia? Me quedé muy quieta. No estaba verdaderamente asustada.

La figura cruzó hasta la pared de la Abadía. Esperé que desapareciera a través de

ella, pero no hizo tal cosa. Empujó una puerta y entró a la Abadía.

Todo era silencio. Oí la lechuza nuevamente. Algo me empujó a cruzar el pasto para ir hasta la puerta que había atravesado el monje. Seguí ese impulso y empujé la puerta, que se abrió fácilmente. La fría humedad de la Abadía se levantó para recibirme. Casi di un paso adentro cuando, por una razón que no pude entender, sentí como si se me paraban los pelos de la cabeza y tuve miedo.

En ese momento creí que el poder especial que me protegía en el cementerio y que provenía del espíritu de mi padre no podría seguirme más allá de esas paredes grises.

Tuve un abrumador deseo de correr. Me apresuré a través del pasto lo más rápido que pude y atravesé la puerta cubierta de hiedra.

El miedo me abandonó entonces. Caminé hacia casa. Había corroborado la opinión del granjero y su esposa de aquellos otros que decían haber visto una figura cerca de la Abadía. De manera que la Abadía estaba embrujada.

Mi madre estaba notoriamente más gruesa y hacía los preparativos para el nacimiento de su hijo con felicidad. Decoró la cuna que había sido mía y que había estado guardada durante dieciocho años. La había lustrado y limpiado y la había visto mecerla con una mirada distante en sus ojos, como si ya estuviera imaginando al bebé en ella.

Oíamos pocas noticias de la Corte porque no teníamos visitantes entonces; Kate no escribía. En realidad nunca había sido buena corresponsal. Solamente se le ocurría tomar una pluma cuando pasaba algo malo o quería algo.

Le hubiera escrito, pero no deseaba escribir acerca de Caseman Court. Y en todo caso había muy poco que decir.

Se decía que el Rey era feliz en su matrimonio y que la Reina lo acompañaba a todas partes. Era alegre y de buen carácter y se comentaba que la gente no tenía más que pedirle un favor y ella estaba dispuesta a concederlo. Más aún, no olvidaba a sus viejos amigos. También era de buen corazón y hacía lo máximo para reconciliar al Rey con la pequeña Elizabeth, hija de Ana Bolena, que había sido prima de la actual Reina.

No dudaba que Kate tendría bastantes escándalos que relatar acerca de las cosas de la Corte, pero Kate estaba lejos y como el Rey se encontraba finalmente feliz con una esposa, respirábamos en un sentido de seguridad.

Después oí que la Abadía había sido conferida.

Mi madre había recibido las noticias de uno de sus sirvientes, quien a su vez, la había obtenido de uno de los barqueros, que se había detenido en nuestro embarcadero mientras ella alimentaba los pavos reales y que le había gritado las noticias.

Mi madre lo anunció mientras estábamos comiendo y nunca olvidaré la expresión

de la cara de Simón Caseman.

—¡Es mentira! —gritó, perdida la calma por una vez.

—Oh, ¿lo es? —preguntó mi madre, dispuesta siempre a estar de acuerdo.

—¿Dónde obtuviste esta noticia? —le exigió. Luego ella se lo contó.

—No puede ser cierto —dijo y supe que él se estaba imaginando dueño de ese lugar.

Pero parecía que era cierto. Esa semana se vieron obreros reponiendo el plomo del techo. Simón fue hasta allí para hablar con ellos y cuando regresó estaba pálido de furia.

Los trabajadores habían sido instruidos para reparar el techo; otros estaban limpiando el lugar.

No sabían a quién había sido otorgada. Simplemente tenían órdenes de disponerla para ser habitada.

EL PROPIETARIO DE LA ABADÍA

Era junio y el tiempo se había vuelto cálido. Nunca había visto tantas abejas en el trébol y la pimpernela formaba un borde escarlata alrededor de nuestros trigales. Abajo junto al río, las ortigas florecían profusamente. Mi madre pronto juntaría algunas para hacer alguna poción. Creo que era feliz. Me asombraba que se hubiera recuperado tan pronto de la muerte de mi padre. Podría ser debido a que se agitaba en ella una nueva vida; pero yo me había alejado más de ella, si bien nunca había estado verdaderamente cerca.

Pensé que pronto cortarían el heno y esta sería la última actividad que supervisaría Rupert. Después de la cosecha nos dejaría y yo tenía que decidir si me marchaba con él.

Casi había decidido marcharme con Rupert, ya que estaba claro que no podía permanecer bajo el techo de Simón Caseman. Kate me había escrito urgiéndome a que fuera al Castillo Remus y pensé que quizás debiera ir con ella para discutir allí mi futuro. Me urgiría para que me casara con Rupert. Sabía que ella pensaba que con el tiempo yo vería lo razonable que era eso. Alguna vez había tenido planes de un casamiento grandioso para mí. Esto no era probable ahora que no tenía dote. No porque me importara.

Era el crepúsculo, el final de un hermoso día de verano. La noche estaba en calma y tranquila, ya que la ligera brisa del día había desaparecido.

Mientras estaba sentada en mi ventana vino una de las sirvientas. Me miró y dijo:

—Tengo un mensaje para usted, Señorita Damask. Es de un caballero que quiere decirle unas palabras.

—¿Qué caballero?

—Bueno, señorita, no quiso decirlo. Dijo que le dijera que si iba usted hasta la puerta cubierta de hiedra, él estaría allí y usted sabría quién había enviado el mensaje.

Apenas pude ocultar mi excitación. ¿Quién sino Bruno podía enviar semejante mensaje? ¿Quién más conocía la puerta cubierta de hiedra? Dije:

—Gracias, Jennet. —Con la mayor calma que pude y no bien ella dejó mi habitación, me cambié de vestido y arreglé mi pelo de manera más tentadora. Tomé una capa y me envolví en ella y me dirigí inmediatamente a la puerta en la pared de la Abadía.

Bruno estaba allí. Sus ojos brillaban con una especie de triunfo, seguramente porque yo había ido. Tomó mis manos y las besó. Parecía diferente.

—¡De manera que has vuelto! —exclamé.

—¿Y te alegra?

—No hace falta que te diga lo que ya sabes.

—Sabía que te haría feliz al verme, Damask. Damask, estás diferente. ¿Eres más

feliz ahora?

—Sí —repuse, porque era cierto. En ese momento era más feliz porque él había regresado—. ¿Qué sucedió? ¿Dónde fuiste? ¿Por qué nos dejaste tan misteriosamente?

—Era necesario —dijo.

—Dejarnos..., sin una palabra de explicación.

—Sí —repuso—. Y después que me marché perdiste a tu padre.

—Fue terrible, Bruno.

—Lo sé. Pero he vuelto ahora. Haré que dejes de sufrir. Ahora que he regresado puedes ser feliz.

Me tomó firmemente la mano en la suya; con la otra abrió la puerta y entramos a los terrenos de la Abadía.

Me eché atrás.

—Ha sido conferida ahora, Bruno.

—Lo sé.

—Estamos violando la propiedad.

—Tú lo hiciste antes muchas veces.

—Es cierto.

—Y estás conmigo ahora. Los monjes siempre creyeron que yo me iba a convertir en su Abad.

—Nos han ocurrido cosas terribles a los dos.

—Tal vez fuera necesario. Para todos nosotros tiene que haber un tiempo de prueba.

—Hay tanto que quiero preguntarte. ¿Dónde has estado? ¿Has vuelto para quedarte? ¿Dónde vives? No es igual ahora para nosotros. Nuestra casa pertenece a Simón Caseman.

Se volvió hacia mí y, sonriendo con dulzura, me tocó la cara.

—Sé todo esto, Damask. Lo sé todo.

—¿Sabes quién ha tomado la Abadía?

—Sí —dijo—. Sé eso también.

—Juraría que es algún rico noble. Parecerá tan raro. Pero tal vez sea mejor así que verla caer en mayores ruinas.

—Es mejor así —observó Bruno.

—¿A dónde me llevas?

—A la Abadía.

—Se dice que está encantada. La gente ha visto una figura fantasmal..., a un monje. Yo misma lo he visto.

—¿Tú, Damask?

—Sí. Cuando vine a la tumba de mi padre. —Le conté cómo Rupert me había

traído la cabeza de mi padre y cómo la habíamos enterrado.

—¿No estás comprometida con Rupert? —preguntó rápidamente.

—No, pero tal vez lo esté pronto.

—Tú no amas a Rupert.

—Sí, amo a Rupert...

—¿Cómo a un marido?

—No, pero creo que nos necesitamos mutuamente.

—¿No tendrás miedo de entrar en la Abadía conmigo? —Dudé y prosiguió—: Recuerda que tú y Kate entraron una vez.

—Estaba muy asustada entonces.

—Porque sabías que estabas haciendo mal. Nunca debiste haber mirado la sagrada capilla. Nunca debiste haber visto a la Virgen Recamada. Pero ahora, ha desaparecido y la sagrada capilla está vacía.

—Tendría miedo de entrar ahora, Bruno.

Me oprimió el brazo.

—¿No creerás que te puede suceder algo malo estando conmigo?

No respondí porque cada vez nos aproximábamos más a esas paredes grises. Súbitamente se volvió y vi su cara adusta a la luz de la luna.

—Damask —dijo—, ¿crees que no soy como los demás hombres?

—Pero... —podía oír la voz de Keziah entonces, esa confesión suya. «Me amenazó y yo le conté lo que nunca debía haber dicho... Estaba embarazada del monje»...

—Quiero que sepas la verdad —prosiguió—. Es importante para mí que lo sepas. Se dijeron mentiras. La gente miente bajo el tormento. La mujer Keziah mintió; el monje mintió. El mundo está lleno de mentiras, pero uno no debe culpar demasiado a los mentirosos que lo hacen bajo presión. Nunca han aprendido a dominar sus cuerpos. La tortura física hará un mentiroso de muchos grandes hombres que declaran decir solamente la verdad. Te digo esto: yo sé que no soy como los otros hombres. Vine al mundo..., no como te hicieron creer. Lo sé, Damask. Y si vas a estar conmigo..., debes saberlo también. Tienes que creerlo. Tienes que creer en mí.

A la luz de la luna se lo veía raro y hermoso, como un dios, diferente de todos los demás que yo había conocido y lo amaba, de manera que dije tan mansamente como mi madre podría haberle dicho a Simón Caseman:

—Te creo, Bruno.

—¿Entonces no tienes miedo de entrar a la Abadía conmigo?

—Contigo no.

Abrió la puerta por la que había visto pasar la figura fantasmal y nos hallamos en el silencio de la Abadía.

Después del aire tibio de afuera la frialdad me sobrecogió; se levantaba a través

de las suelas de mis zapatos desde el piso de piedra y tuve un escalofrío.

—No hay nada que temer mientras estés conmigo —me aseguró Bruno.

Pero yo no podía olvidar a Keziah regresando de esa terrible noche en la posada con Rolf Weaver, y si bien quería creer como Bruno deseaba que lo hiciera, en lo profundo de mi corazón no podía aceptar el hecho de que Keziah hubiera inventado semejante historia.

Pero estaba con Bruno, feliz como no lo había estado desde la muerte de mi padre y sentía que me había hecho ir esa noche porque tenía que decirme algo de gran importancia.

Encontró una linterna y dijo que me conduciría a la Residencia del Abad Era una extraña exploración misteriosa y mientras duró, esperaba que nos enfrentáramos con el monje fantasmal. Bruno me enseñó un hall finamente abovedado y las muchas habitaciones que tenía el Abad en su residencia. Resultaba evidente que los trabajadores habían estado allí y esa casa se hallaba en el proceso de ser convertida en una residencia de cierta magnificencia. Dejamos el alojamiento del Abad y Bruno me mostró el refectorio, un simple edificio de piedra con sólidos contrafuertes donde los monjes se habían sentado durante doscientos años bajo el techo de vigas de roble.

Pensé que muy pronto el hombre a quien había sido conferida la Abadía estaría viviendo allí y que Bruno estaba dando una última mirada mientras podía hacerlo. Me condujo a través de los claustros; me llevó a las celdas de los monjes; me mostró la panadería donde alguna vez había estado sentado con el Hermano Clement. Le recordé lo que había oído acerca de sus robos de tortas del horno.

—Les gusta contar esos cuentos sobre mí —dijo Bruno.

Esa noche me mostró más de lo que yo había visto jamás. Me pregunté por qué pero lo adiviné después. Vi la sala de los monjes y el dormitorio; vi la enfermería, la cocina de los Hermanos, los claustros, la fraternidad de los monjes. Y todo a la luz de la linterna y la luna.

—Ves —me dijo Bruno—, este es un mundo propio, pero ahora es un mundo destrozado. ¿Por qué no habría de renacer?

—Aquel a quien le ha sido conferida, ¿qué hará con tanto? —pregunté—. Tendrá una espléndida casa señorial con la Residencia del Abad, pero hay tanto más.

—Hay más, mucho más. Y debajo hay un laberinto de túneles y sótanos. Pero son peligrosos y no debes visitarlos.

Luego me llevó a la iglesia. Si bien le habían robado sus valiosos ornamentos y los ladrones habían saqueado los hilos de oro y plata de las vestimentas, se había hecho poco daño a la iglesia en sí. Miré hacia arriba al alto techo abovedado apoyado sobre los macizos canteros de piedra. Los vitrales de las ventanas estaban intactos. Representaban la historia de la crucifixión. La velada luz de la luna arrojaba una luz misteriosa sobre la escena, al reflejar los brillantes rojos y azules.

Bruno hizo a un lado una cortina que colgaba a la derecha del altar y la abrió. Estábamos en una pequeña capilla y supe instintivamente que era la Capilla de Nuestra Señora, en la que el Hermano Thomas había colocado dieciocho años atrás la cuna que había hecho y a la mañana siguiente de Navidad el Abad había descubierto un niño vivo en ella. Sosteniendo mi mano fuertemente en la suya, Bruno me atrajo hacia la capilla.

—Fue aquí donde me encontraron —dijo—, y te he traído porque quiero decirte algo y quiero decirlo aquí. Te he escogido para compartir mi vida.

—Bruno —exclamé—, ¿estás pidiéndome que me case contigo?

—Así es.

—¿Entonces me amas! ¿De veras me amas?

—Como tú me amas —contestó.

—Oh Bruno..., no lo sabía. Nunca pensé que me amaras tanto como para eso.

—¿Qué pasaría si te ofreciera una vida de pobreza?

—¿Crees que eso me importaría?

—Pero te has criado en la opulencia. Es cierto que ahora has perdido tu herencia, pero te podrías casar convenientemente. Rupert te podrá ofrecer un buen hogar.

—¿Piensas que quiero casarme con un buen hogar?

—Deberías pensarlo bien. ¿Podrías llevar la vida de un ermitaño en una cueva, en una choza? ¿Podrías sufrir el frío del invierno? ¿Podrías vagar por el campo algunas veces sin más techo que el cielo?

—Iría a cualquier parte con el hombre que amara.

—Y me amas, Damask. Siempre me amaste.

—Sí —convine, ya que era cierto. Siempre lo había amado, de una extraña manera compulsiva que se debía al hecho de verlo siempre diferente a los demás hombres.

—Vendrías entonces conmigo..., ¿sin que te importaran los sinsabores que tuvieras que soportar? Me abrazó entonces. Sus labios calientes de pasión se apoyaron sobre los míos.

—¿Me amarías, obedecerías y tendrías mis hijos?

—Con alegría —exclamé.

—¿No supiste siempre que yo era el indicado para ti?

—Siempre, pero creía que no me querías.

—Pensabas que era Kate —dijo—. Tonta Damask.

—Sí, pensé que era Kate. Es tan brillante, tan hermosa..., y yo...

—Tú eres mi elegida —afirmó.

—Me siento como si hubiera entrado en un sueño.

—¿Es un sueño feliz, Damask?

—Feliz —respondí—, como nunca pensé que volvería a serlo.

—Entonces haremos nuestros votos de compromiso aquí..., en esta capilla donde años atrás me encontraron. Es lo que corresponde. Es lo que deseo. Damask, piénsalo. Una vida de privaciones. ¿Puedes enfrentarla..., por amor?

—Con alegría —repuse anhelante—. Y me alegra que no tengas nada para ofrecerme. Quiero demostrarte cuánto te amo.

Me tocó dulcemente la cara una vez más.

—Me gustas, Damask —dijo—. Oh, cómo me agradas. Aquí en este altar haremos nuestros votos. Damask, jura amarme y yo juraré velar por ti.

—Juro.

Salimos de la capilla al aire de la noche. Cruzamos el tramo de pasto donde solíamos sentarnos cuando éramos chicos.

—Esta es nuestra noche de casamiento —dijo.

—Pero no ha habido ceremonia de matrimonio.

—Cuando hiciste tus votos de prometerte a mí en la capilla fuimos uno.

—Bruno —expresé—, siempre fuiste diferente a todos los demás. Por eso siempre te he amado, pero si hemos de casarnos debo decírselo a mi madre. Habrá una ceremonia...

—Eso será después. Ahora me perteneces. Confías en mí. Crees en mí. Tiene que ser así, porque si no, no serías mi elegida ni yo el tuyo. Dices que me amas lo suficiente como para dejarlo todo, sin embargo no sabes lo que son las penurias. Estás segura, Damask. Todavía no es demasiado tarde.

—Estoy segura. Cocinaré para ti, trabajaré para ti.

—Y creerás en mí —agregó.

—Creeré todo lo que quieras —prometí—. Seré más feliz contigo en una cabaña que en un castillo.

—Debe ser así. Debes confiar en mí, creer en mí, trabajar conmigo y para mí.

—Así lo haré, con todo mi corazón.

—Esta es nuestra noche de bodas —dijo nuevamente.

Comprendí lo que quería decir y me eché atrás. Era virgen. Había sido criada creyendo que ese era un estado que no había que entregar hasta el matrimonio, pero esto era matrimonio, había dicho él y yo no debía esperar que la vida con Bruno fuera como sería con otros hombres.

—¿Piensas que trato de seducirte y abandonarte? —preguntó con tristeza—. De manera que dudas de mí después de todo.

—No.

—Sí lo haces. Titubeas. Pensé que eras valiente. Te creí cuando decías que confiabas en mí. Tal vez debieras volver a la casa... Tal vez debiéramos despedimos.

Me besó con una pasión que no había soñado.

Dije:

—Bruno, estás diferente esta noche. ¿Qué ha sucedido?

—Esta noche soy tu amante.

—Yo soy una ignorante del amor..., de esta clase de amor. Haré cualquier cosa que me pidas, pero...

—El amor tiene muchas facetas. Es como el brillante en la corona de la Virgen. ¿Lo recuerdas, Damask? Brillaba como una luz pálida y como una luz feroz, era rojo, azul, amarillo..., todos los colores del espectro..., pero era el mismo brillante.

Mientras hablaba sus manos recorrían mi cuerpo y nunca estuve más consciente de la extraña naturaleza de la fascinación que ejercía. Tenía conciencia de su poder sobre mí pero yo no estaba segura si mis sentimientos hacia él era el amor que otros habían experimentado. No era lo que yo sentía por Rupert o por mi padre. Ni su amor por mí era como el de Rupert. Sentí en Bruno una necesidad de doblegarme y en mí un urgente deseo de ser sometida.

En ese momento creí que había una cierta cualidad divina en él y que debía obedecerlo sin que importaran las consecuencias.

Mi voluntad se disolvió y estaba deseosa y anhelante por hacer a un lado todo lo que se me había enseñado, echar mi respeto por esa castidad que solamente había de entregar al esposo. Pero Bruno era mi marido.

Yo me había convencido a mí misma. Bruno lo sabía. Oí su risa callada de triunfo.

—Oh, Damask —lo oí decir—. Eres la única para mí. Me amas, ¿no es así..., absoluta, completamente..., de manera de dejar todo por mí?

Me escuché responder:

—Sí, Bruno. Así es.

Y esa fue mi noche de bodas; allí, sobre nuestra cama de helechos fuimos uno solo.

Supe que nada podía ser igual nuevamente y aún en esos momentos de pasión no podía quitarme la idea de que yo estaba tomando parte de cierta ceremonia de sacrificio.

Era temprano en la mañana cuando me deslicé dentro de la casa, aturdida y despeinada. Habíamos vuelto caminando juntos a la casa, rodeándonos con nuestros brazos y Bruno permaneció saludándome con la mano hasta que desaparecí adentro.

Estaba en tal estado de júbilo y maravilla después de mi experiencia que no podía pensar en nada más. La vida se había convertido en una gloriosa aventura. Había llegado a un cúmulo de felicidad y por el momento no quería ni mirar atrás ni mirar hacia adelante; quería permanecer suspendida como si estuviera en la cima de mi montaña, para saborear todo lo que había sucedido, para recordar nuestras palabras susurradas, nuestra mutua necesidad, para revivir los momentos de unión perfecta.

Bruno me parecía un dios. La sensación de poder que siempre había sido aparente

estaba magnificada.

Pensé, no hay nadie como él en todo el mundo. Y me ama. Soy suya y él es mío para siempre.

Había cruzado el hall y cuando iba a subir las escaleras advertí un movimiento. Apareció una figura. Estaba mirando a Simón Caseman. En la penumbra su cara se veía blanquecina; la máscara del zorro era patente, los ojos estrechos.

—De manera que te escurres por las noches como las demás rameras —dijo en voz baja pero venenosamente. Su mano se lanzó hacia adelante y pensé que iba a golpearme, pero quitó una hoja de mi manga—. Podrías haber elegido una cama más confortable —agregó. Traté de pasar pero me cerró el camino.

—Soy tu tutor, tu padrastro. Quiero una explicación por esta conducta de buscona.

—¿Y si no tengo la intención de dártela?

—¿Piensas que voy a permitir esto? Crees que puedes engañarme. Te equivocas. Sé lo que ha sucedido. Nada fue jamás más claro para mí.

—Son mis propios asuntos.

—¿Y esperas que yo alimente y vista a tus bastardos cuando lleguen?

Repentinamente me enfadé tanto que levanté una mano para golpearlo. Tomó mi brazo antes que pudiera hacerlo y atrajo su cara junto a la mía.

—¡Ramera! —gritó—. Tú...

—¿Quieres despertar a toda la casa?

—Sería bueno hacerlo para que supieran la clase que eres. ¡Putas! ¡Prostitutas! ¡Presa de cualquier hombre!

—Probé que no era tal cosa para ti.

—Por Dios —dijo—, te enseñaré...

Pude ver la lujuria en sus ojos y me asustó.

—Si no me sueltas —amenacé—, despertaré a toda la casa. Sería muy bueno que mi madre supiera con la clase de hombre que se ha casado.

—¿Un hombre que está cumpliendo su deber junto a su hija? —preguntó, pero pude ver que lo había alarmado. Conocía mi lengua aguda y la temía.

Retrocedió unos pasos.

—Soy tu padrastro —dijo—. Tengo una responsabilidad hacia ti. Es mi deber tomarte a mi cargo.

—¿Cómo tomaste a tu cargo las posesiones de mi padre?

—¡Ramera desagradecida! ¿Dónde estarías si yo no te hubiera permitido permanecer aquí? Si yo no hubiera venido aquí...

Las palabras se me escaparon:

—Tal vez mi padre estuviera libre ahora.

Quedó estupefacto y pensé: Creo que es cierto. Creo que él lo traicionó.

El odio por él me inundó. Estuvo a punto de hablar pero cambió de idea. Era como si simulara no haber comprendido el significado de mis palabras.

Hubo un silencio durante el cual nos miramos el uno al otro. Sabía que la sospecha que sentía por él se notaba en mi cara; en la suya se veía cierto odio mezclado con lascivia.

Dijo:

—He tratado de ser un padre para ti.

—¡Cuándo te viste rechazado como marido!

—Te tenía afecto, Damask.

—Tenías afecto a mi herencia..., esa que ahora es tuya y que debería ser mía.

—Vino a mí cuando tu padre..., la perdió. Qué fortuna para ti que haya venido a mí y no a algún extraño. Piensa lo que te hubiera ocurrido a ti y a tu madre si yo no hubiera estado aquí para cuidar de ustedes.

—Estoy pensando en lo que hubiera sucedido si mi padre no te hubiera llevado nunca a su bufete. Estoy pensando en lo que hubiera sucedido si él nunca te hubiera dado un hogar aquí.

—Hubieras perdido un buen amigo.

—Somos nosotros quienes decidimos el valor de nuestros amigos.

—Eres una chica perversa, desagradecida. —Se estaba recuperando del impacto de mi velada acusación—. Buen Dios —exclamó—. Me siento como un padre hacia ti. He tratado de mimarte. Te he tenido en un alto concepto y encuentro que no eres más que una mujerzuela accesible que entrega su virtud a cambio de un revolcón en el pasto, cuando la gente decente está en sus camas.

Con una furia súbita lo abofeteé sobre la oreja y esta vez llegó demasiado tarde para impedírmelo. No lo odiaba tanto por sus crudas palabras y por las taimadas insinuaciones que mancillaban mi jubilosa experiencia, sino porque me sentía más segura que nunca de que él era el hombre que había delatado a mi padre. Si hubiera estado totalmente convencida habría deseado matarlo.

La fuerza de mi golpe lo hizo tambalearse contra la baranda. Cayó dos o tres escalones. Lo oí quejarse mientras yo me apresuraba hacia arriba y me dirigía a mi habitación.

Me senté en una silla y contemplé la salida del sol. Reviví la noche, mi unión con el hombre que amaba; mi encuentro con el hombre que odiaba. ¡Sagrado y profano!, pensé.

Permanecí sentada allí soñando y se me ocurrió que tenían una cualidad en común. Un amor al poder.

Dormité un poco y soñé con ellos y en mis sueños estaba acostada con Bruno sobre el pasto; se inclinaba sobre mí y repentinamente su cara cambiaba por la de Simón Caseman. Amor y lujuria, tan próximos en cierto modo y sin embargo tan

distantes.

Amanecía. Un día fresco. Estaba muy excitada, preguntándome qué traería aparejado.

Mi madre vino en la mañana.

—Tu padre se ha torcido un tobillo —dijo—. Cayó por las escaleras anoche.

—¿Cómo sucedió? —pregunté.

—Se resbaló. Permanecerá en su cámara hoy. En realidad he insistido para que descanse.

Se la veía importante. Por una vez insistía pero yo suponía que él había preferido permanecer en su habitación porque no deseaba verme.

—Debo ver que se le pongan fomentos —dijo—. No hay nada como eso para aliviar una torcedura. Calientes y fríos alternadamente. ¡Vaya! Agradezco a Dios tener preparada mi loción de manzanilla. Eso le aliviará el dolor y creo que le daré un poco de jugo de amapolas. El sueño siempre es bueno.

—El hombre apenas si se ha torcido un tobillo, madre. Hablas como si sufriera la peste.

—No digas tales cosas —me respondió, mirando por encima de su hombro.

Y me maravilló que este hombre le hubiera traído una felicidad que mi santo padre no había podido darle.

Quería estar a solas para soñar mi futuro. ¿Qué pasaría a continuación, me pregunté? ¿Lo veré nuevamente esta noche? ¿Enviaré un mensajero por mí? El día parecía largo y fastidioso. Cada vez que escuchaba pasos en la escalera esperaba que fuera una de las doncellas que venía a decirme que Bruno me esperaba.

Esa tarde mi madre vino a mi habitación. Me sentí enferma de desencanto. Había pensado que los pasos en las escaleras eran los de una doncella que me traía un mensaje de Bruno.

Mi madre parecía excitada.

—Está la gente nueva en la Abadía. Vaya, tu padrastro va a disgustarse. Siempre esperó que no resultara nada de eso. Espero que sean buenos vecinos. Es agradable tener buenos vecinos. Me pregunto si a la dueña de casa le interesan los jardines. Hay tanta tierra allí. Pienso que podría tener mucho éxito.

—Un rival, madre, quizás —dije—. ¿Te gustaría si produjera mejores rosas que tú?

—Siempre estoy dispuesta a aprender mejoras. Me pregunto qué harán allí. Todos esos edificios inútiles. Supongo que tirarán algunos y harán algunas reconstrucciones. Eso era lo que planeaba hacer tu padrastro.

—Y ahora tendrá que abandonar sus planes y lo tendremos cuidando su pena tanto como su tobillo torcido.

—Siempre eres tan ingrata con él, Damask. No sé qué ha ocurrido últimamente.

Siguió hablando de la Abadía. Quedó muy desencantada con mi falta de interés.

Esperé oír de él. Hubiera querido hacerle tantas preguntas. Un miedo terrible se había apoderado de mí. ¿Qué pasaría si no volvía a verlo? Había tenido la impresión de que nuestros votos y hasta nuestro acto de amor habían sido una especie de ritual, con lo que él estaba tratando de probarme el hecho de que no era un ser humano común. Inclusive cuando hablaba de amor era de una manera misteriosa. Se me ocurría entonces que él necesitaba creerse a sí mismo que era diferente. Sabía que era orgulloso y el hecho de que Keziah lo hubiera declarado hijo suyo lo había humillado tan profundamente que rehusaba aceptarlo.

Estaba tratando de darle alcances humanos a sus acciones. ¿Pero era, después de todo, sobrehumano? Me sentía alternadamente feliz y aprensiva. Permanecí en mi habitación. No deseaba ver a Rupert ni a mi padrastro. En cuanto a mi madre, su cháchara me irritaba. Solamente podía anhelar que Bruno viniera a mí.

Habían pasado tres días desde la noche en que Bruno y yo hiciéramos nuestros juramentos. Simón Caseman había permanecido en su habitación desde entonces reponiéndose de su tobillo, que yo sospechaba que no lo incapacitaba tanto como él quería hacer creer.

Estaba en mi habitación cuando una de las doncellas vino y me dijo que había una visita en la sala de invierno. Mi madre estaba allí y había enviado por mí para que me les reuniera.

Cuando llegué a la sala de invierno mi madre vino hasta la puerta. Su cara reflejaba perplejidad.

—El nuevo propietario de la Abadía está aquí —tartamudeó.

Entré. Bruno se levantó de su silla para saludarme.

Los acontecimientos habían tenido un vuelco tan extraño que sentía que podía creer cualquier cosa, por fantástica que fuera. Bruno, el niño de la Abadía, lanzado a la deriva en la pobreza, que apenas unas pocas noches antes me había pedido compartir con él una vida de penurias, ¡era el propietario de la Abadía! Al principio pensé que era una especie de broma. ¿Cómo podía ser posible? Mientras estuve enfrentándolo en la sala de invierno dije algo así. Me sonrió entonces.

—¿Es verdad que dudas de mí, Damask? —me preguntó, reprochándome.

Y supe que quería decir dudar de su habilidad para alzarse por sobre todos los hombres, dudar de sus poderes especiales.

Afortunadamente las costumbres innatas en mi madre y su insistencia acerca de las maneras correctas de recibir huéspedes superó todo lo demás. Pediría que trajeran su vino de bayas de saúco.

Y mientras lo bebíamos, Bruno nos contó de su buena suerte..., de cómo había prosperado en Londres; cómo había ido a Francia al servicio del Rey y debido a que

había realizado esos servicios con una habilidad especial había estado en situación de adquirir la Abadía.

Hubiera resultado increíble de cualquier otro, pero su presencia, su seguridad y ese aire que era distinto del de cualquier otra persona ayudó a nuestra credulidad.

Pude ver que mi madre no dudaba para nada.

—Y toda esa tierra..., todos esos edificios que componen la Abadía —dijo ella.

—Tengo planes —contestó él sonriendo.

—¿Y los jardines?

—Sí, habrá jardines.

—¿Vivirás solo allí?

—Tengo la intención de casarme. Es una de las razones por las que he venido hoy a visitarlas.

Me sonreía y el corazón se me elevó. Toda la angustia pasada desapareció de mí.

—He venido a pedirle la mano de Damask en matrimonio.

—Pero esto es tan..., inesperado. Debo consultar con mi esposo.

—No hay necesidad —dije—. Bruno y yo ya hemos decidido casarnos.

—Tú..., tú sabías... —tartamudeó mi madre.

—Sabía que pediría mi mano y yo ya me había decidido a aceptarlo.

Tendí mi mano; él la tomó. Parecía simbólico. Luego vi la mirada de orgullo en sus ojos; sostenía alta la cabeza. Era tan evidente que le deleitaba ver el efecto que esto producía en nosotras. ¿Y por qué no me había dicho esa noche que era él el nuevo dueño de la Abadía? Estaba claro que era porque había querido asegurarse que yo me casaría por él mismo. Era su orgullo, su orgullo humano. Y me alegraba.

Ahora estaba tan orgulloso que momentáneamente me recordó a los pavos reales pavoneándose en el parque. Con seguridad que no había nada de divinidad en esa actitud, pensé tiernamente.

Era una actitud humana y me alegró por esa razón. Quería que fuera humano. No quería un santo o un hombre de milagro. Era eso lo que yo le enseñaría. Quería un marido a quien yo pudiera amar y cuidar, que no fuera todopoderoso, que me necesitara.

Había tanto que conocer, tantas explicaciones que escuchar, pero por el momento, en la sala de invierno, estaba feliz como nunca había pensado volver a serlo.

Era el único tema de conversación. Bruno, el niño que había sido descubierto en el Pesebre de Navidad, era el nuevo propietario de la Abadía.

Por supuesto, decían los sabelotodos, era otro milagro.

Bruno estaba alegre. Ese era otro aspecto de su naturaleza. Nunca había sido así en los viejos tiempos.

Hacía planes. Iba a levantar una espléndida mansión de las piedras de la Abadía. Como el ave fénix de la antigüedad una nueva Abadía se levantaría para reemplazar

la vieja.

Durante esos meses viví una existencia fantástica. Bruno deseaba que el casamiento tuviera lugar inmediatamente.

Mi madre estaba espantada. Había que preparar un casamiento. ¿Y mi dote? ¿Y las formalidades a que debía someterse la gente bien criada?

—No quiero dote —dijo Bruno—. Solamente quiero a Damask.

El efecto en Simón Caseman fue el que yo había esperado. Al principio se enfadó. Había perdido la Abadía sobre la que había puesto su corazón; se la había ganado Bruno, el huérfano desheredado, el bastardo hijo de una sirvienta y un monje; al principio, le era imposible creerlo.

—Es una burla —declaró—. Descubriremos que está engañándonos. ¿Cómo es posible?

—La gente dice —dijo mi madre tímidamente—, que todo es posible con él.

—¡Es un truco! —insistió Simón.

Pero cuando tuvo que aceptar el hecho de que era cierto, su respuesta fue un silencio ominoso. Al enterarse de que iba a casarme con Bruno no dijo nada, pero yo sabía que estaba lejos de no estar conmovido. Si no hubiera vivido en un estado de embeleso total me hubiera precavido, ya que estaba segura de que era un hombre peligroso.

Rupert estaba desconcertado.

—Parece tan increíble, Damask —dijo.

Repetí lo que Bruno nos había contado acerca de su buena fortuna en Londres y de su relación con el Rey.

—Es imposible —comentó Rupert—. Tal cosa no es posible en tan poco tiempo. Ni siquiera Thomas Wolsey, cuya ascensión fue fenomenal, tuvo semejante éxito.

—Bruno no es como las personas comunes.

—No me gusta, Damask. Huele a brujería.

—¡Oh no, Rupert! Simplemente tenemos que aceptar que Bruno es diferente al resto de nosotros.

—Damask, ¿eres verdaderamente feliz?

—Como nunca creí posible serlo después de la muerte de mi padre.

Rupert no contestó. Sabía que era muy infeliz. Su sueño de que él y yo nos casáramos algún día se destrozaba, pero era más que eso. Su carácter era tal que a pesar de ver arruinados sus propios planes, todavía podía sentir temor por el camino que yo había escogido.

Tan pronto como terminara la cosecha se marcharía a la propiedad Remus. Supuse que lo vería muy poco.

Siempre me ha sorprendido que cuando algo se convierte en un hecho, por más misteriosamente que suceda, por más fantástico que sea, la gente se acostumbra a ello

en poco tiempo.

Así pasó con el regreso de Bruno y su adquisición de la Abadía.

Bruno había tomado el nombre de Kingsman. No se me había ocurrido antes que no tenía apellido. Supongo que debería haber usado el de Keziah, pero rehusaba hacerlo. Me contó por qué se llamaba Kingsman. Cuando había regresado de Francia al servicio del Rey, Su Majestad había estado tan encantado con él que le había dado audiencia y le había preguntado su nombre. Bruno le había dicho que no sabía quiénes eran sus padres y que no había tenido necesidad de un nombre hasta ese momento. Había decidido llamarse a sí mismo hombre del Rey. Esto deleitó al Rey, que dio su cálida aprobación y aumentó la buena disposición de Su Majestad a su favor, facilitándole la adquisición de la Abadía.

—Hay tanto que quiero saber —dije.

—Lo sabrás a su tiempo —repuso Bruno.

Estaba ansioso por mostrarme la Abadía.

—Tu nuevo hogar —la llamaba y juntos recorrimos la vasta propiedad.

—Hay ladrillos en abundancia aquí —dijo Bruno—, como para levantar una mansión espléndida.

—¿No será muy costoso?

—Hay una cosa que debes aprender Damask. Nunca me apliques los mismos cánones que a los otros hombres.

—Hablas como si tuvieras una riqueza interminable.

Oprimió mi mano.

—Mucho te será revelado.

—Hablas ahora como un profeta.

Sonrió y la mirada de orgullo se hizo presente.

Dejaríamos la torre de la iglesia, dijo, que era especialmente hermosa y normanda; también dejaríamos la Capilla de Nuestra Señora, porque una casa de ese tamaño necesitaría su capilla, pero los dormitorios de los seglares, la enfermería y las cocinas serían demolidas. El dormitorio de los monjes y el refectorio serían con el tiempo las dependencias de servicio. Tenía planes grandiosos.

—Te casarás con un hombre rico después de todo, Damask —dijo—. ¿Creíste que ibas a casarte con uno pobre, no?

—¿Por qué me dijiste eso? ¿Por qué pensaste que era necesario probarme?

—Quería estar seguro que deseabas venir..., solamente por mí mismo.

—Y tú, que tanto sabes, ¿no sabías que lo haría!

—En verdad, nunca dudé de ti. Sabía..., porque yo sé esas cosas. Pero quería oírtelas decir. Quería que te conocieras a ti misma.

—Nadie me conoce mejor, Bruno.

—Tal vez yo.

Ahora sonreía enigmáticamente, el místico.

Insistí en que me diera detalles sobre cómo había hecho fortuna.

Titubeó, pero me contó finalmente y su relato era, como había indicado Rupert, increíble.

Cuando se supo que Rolf Weaver estaba en la Abadía y que su propósito era hacer un inventario de los tesoros, había habido tiempo de ocultar algunas alhajas en escondites dentro de los túneles y sótanos. El Abad murió, y debido al escándalo provocado por Ambrose y Keziah se supo que no habría compensaciones para nadie. Todos los monjes serían librados a su suerte. Por lo tanto, el Hermano Valerian había dado a cada monje unas pocas alhajas que les servirían tal vez con qué comenzar para no morir de inanición y no tener que sufrir la ignominia de mendigar. Si hubiesen sido descubiertos, aquellos que poseían alhajas hubieran recibido la muerte como recompensa, pero la desesperada situación los impulsó a correr el riesgo.

Como yo sabía, Bruno había venido a nuestra casa durante un tiempo, ocultando las alhajas sobre su persona y luego nos había dejado para dirigirse a Londres. Tenía razones para creer que el Hermano Valerian le había dado joyas de especial valor; también sabía que varios monjes habían sido descubiertos vendiendo alhajas de los monasterios y abadías y habían sido condenados a muerte por esto, de manera que tardó en venderlas y fue a nuestra casa para tener dónde vivir durante ese período de espera. Luego había vendido la más pequeña de las joyas y esto le produjo suficiente dinero como para marcharse al extranjero. Había decidido ir a Francia, Italia y los Países Bajos y vender allí el resto de las alhajas.

Cuando había estado en Londres había conocido a uno de los ministros más importantes del Rey quien, sabiendo quién era él y estando convencido de que la confesión de Keziah y Ambrose les había sido arrancada por la tortura, le brindó su amistad. Al saber que partía para el extranjero sugirió que podría llevar un mensaje a un ministro al servicio del Emperador Carlos.

Bruno había realizado esta misión con tal éxito que el Rey fue informado de ello y le agradeció personalmente el servicio prestado. Ahora que estaba envejeciendo y que sufría tanto por el absceso de su pierna, el Rey se interesaba más por los estudios y la erudición que Bruno le había atraído. Inclusive habían disfrutado de una charla muy agradable sobre teología, y como Bruno estaba muy versado sobre el propio libro del Rey, que años atrás le había valido el título de Defensor de la Fe, este había encontrado la conversación muy agradable.

Bruno vendió ventajosamente otras joyas y como vivía como un hombre de cierta posición económica, no resultó sorprendente cuando hizo saber que estaba interesado en adquirir una propiedad, y que las tierras de la Abadía le convendrían.

San Bruno no tenía todavía propietario y estaba al alcance de quién pudiera pagar lo que fuera necesario.

—Es así —terminó—, que estoy aquí y la mansión que se levantará de las cenizas de la vieja Abadía será mi hogar, el tuyo y el de nuestros hijos.

Era un cuento extraño y, si hubiera provenido de cualquier otro que no fuera Bruno, hubiera sido difícil de creer.

Había animación en los preparativos para el casamiento. Mi madre estaba preparada para olvidar en su deseo de hacer todo lo necesario.

Le encantaba que fuera a vivir cerca de ella; también le agradaba que me casara con un hombre que parecía ser rico. Había estado secretamente preocupada por mi dote.

Era preciso hacer la tarta de bodas y planificar mi vestido; estaba afiebrada con la excitación, tanto es así que ni siquiera notó las miradas adustas de su marido.

Clement estaba decidido a hacerlo todo a la perfección. El y Eugene ya habían hablado con Bruno. Deseaban ir a la Abadía tan pronto como pasara el casamiento. Precisaría nuevos jefes de panadería y de destilería. ¿Y quiénes conocían la Abadía mejores que ellos? Kate y *Lord* Remus vinieron a la Mansión Caseman para el casamiento.

El primer día, Kate subió a mi habitación, cerró la puerta detrás nuestro y se estiró en mi cama mientras yo me sentaba en el asiento del alféizar como en los viejos tiempos.

—¡Tú, Damask! —exclamó—. ¡Casarte tú con Bruno! No puedo creerlo.

—¿Por qué tanta incredulidad? Has venido a un casamiento y sin embargo te sorprende que haya un novio.

—¡Qué novio! —dijo—. ¡Y pensar en ello! Es rico. ¿Es tan rico como Remus? ¡Comprar la Abadía! ¿Cómo es posible?

—Sabes que Bruno no es cómo los demás hombres. Cuando quiere algo lo toma.

—No siempre —me contradijo.

—Tienes que admitir que tiene la Abadía. Siempre la deseó. En los viejos tiempos creía que sería el Abad. Ahora es dueño de ella.

—¿Pero cómo pudo haberla comprado? Se la deben haber conferido por sus buenos servicios. ¿Qué servicio pudo prestar Bruno al Rey?

—Fue a Francia en una misión.

—¿Qué sabe Bruno de misiones en Francia?

—Tú no lo conoces.

—¡Yo no conozco a Bruno! Sé más de Bruno que lo que jamás sabrás tú.

—Supongo que conocerías más a mi marido que yo.

—A veces eres una simplona, Damask.

—Y tú eres tan sabia.

Era como en los viejos tiempos. Pero había algo diferente en Kate. No le gustaba mi casamiento.

La llevé a ver la Abadía y caminamos por el sitio donde solíamos jugar. Bruno se reunió con nosotros.

—Ahora —dijo Kate— somos gente adulta. Cuánto ha sucedido desde que jugábamos de niños.

—Te has convertido en *Lady Remus* —expresó Bruno.

—Y en madre —respondió ella—. Y tú te has convertido en el propietario de esta gran Abadía.

—Eso te sorprende, ¿no es así?

—Mucho.

—Damask se mostró menos sorprendida.

Pero él continuó:

—A Damask no le interesan las posesiones mundanas como a ti, Kate. ¿Qué piensas ahora del muchacho sin un centavo que se albergó en tu hogar?

—Pienso —dijo Kate—, que fue astuto. Tenía alhajas, parece, con las que formó su fortuna. No debió haber guardado ese secreto.

Se contemplaban mutuamente con intensidad y yo observé:

—Todo eso pertenece al pasado.

Bruno se volvió hacia mí.

—Y nuestro futuro, Damask..., el tuyo y el mío..., está aquí, en este lugar. Juntos levantaremos la casa más espléndida que jamás haya habido y hasta el Castillo Remus parecerá insignificante a su lado.

—No me gustan esas comparaciones —dije—. Mostremos a Kate lo que pensamos construir sobre la Residencia del Abad.

Estaba encantado y una vez más noté ese orgullo ardiente, mientras enseñaba a Kate sus dominios.

Nos casamos casi inmediatamente. Fue una ceremonia algo menos grandiosa que la de Kate. Pero tuve mi vestido de novia, que había sido hecho por las costureras de mi madre con la supervisión de ella; mi tarta de bodas fue, creo, más fina porque Clement había hecho que así fuera. Y Eugene había trabajado duro para que el vino de esponsales se pudiera comparar con el que se bebía en los casamientos reales.

Hubo baile y entretenimiento en el hall y más tarde fuimos conducidos a la Abadía con un grupo de los invitados y nos dejaron solos en nuestro nuevo hogar.

ESPOSA Y MADRE

Qué extraño, qué magnífico despertarse a la mañana siguiente en el dormitorio que había sido del Abad. Estaba acostada mirando el cielorraso abovedado y traté de pensar claramente en todo lo que me había sucedido en las últimas semanas. Por cierto que no habría podido imaginarme nada parecido.

Bruno estaba despierto y le dije:

—Si consideras todo lo que me ha sucedido, ¿no ves lo maravillosa que puede ser la vida?

Rápidamente había aprendido qué era lo que le gustaba oír. Nunca podría olvidar que había guardado en secreto el hecho de que era un hombre rico por lo ansioso que estaba de ser querido por sí mismo, y sentía ternura hacia él por esto. Lo entendía bien. Había creído ser diferente del resto del mundo, algo muy especial y como el crudo despertar lo había humillado más de lo que había podido resistir, necesitaba reafirmarse continuamente. Yo se lo daría y a su debido tiempo podría enfrentar la realidad de que yo no lo amaba menos por su nacimiento. Le aseguraría que era mucho más notable, que un hombre sin ventajas espirituales, lograra lo que él había hecho que si lo hubiese realizado uno que tuviera poderes especiales.

Pero eso vendría después.

Hablamos de esa cosa maravillosa y él me prometió más y más maravillas. Estaba ansioso por ir a la Abadía conmigo, explicarme qué sería lo que reconstruiría y que yo aportara ideas. Decía que construiríamos juntos nuestro hogar.

Esa mañana descubrí que había tomado varios sirvientes y aparte de unos pocos eran todos parecidos. Si bien no tenían parecido físico con Clement y Eugene, me los recordaban.

Dije a Bruno:

—Me recuerdan a Clement y Eugene.

—Es porque fueron monjes en un tiempo. Cuando fueron echados se vieron perdidos y aturdidos. Ahora que han oído que la Abadía ha sido ocupada y por quién, han regresado. Desean trabajar aquí.

Me intranquilité.

—Deben recordar que esto ya no es un monasterio.

—Saben muy bien que el Rey ha disuelto los monasterios.

—¿Es sensato...?

Se rio de mí.

—Debes dejarme esas cosas a mí. Tendremos una rica propiedad y las propiedades ricas necesitan muchos trabajadores. Estos hombres conocen la Abadía. Me han implorado que les dé trabajo aquí en la tierra que ellos conocen y han conocido toda su vida. No podía decirles que no. Además, trabajarán bien para mí.

—Entiendo eso. Pero...

—Te aseguro, Damask, este lugar es ahora muy diferente de como era bajo el Abad.

—Pienso —contesté— que tendremos que considerar cuidadosamente nuestras acciones. Todos deberían hacerlo. ¿Cómo sabemos qué nuevas leyes entrarán en vigor?

Se volvió hacia mí entonces y su cara estaba radiante.

—Aquí estarás en tu propio pequeño mundo, Damask. Deja tus temores para mí, Damask.

Se lo veía tan alto y apuesto, tan semejante a un Dios, tan calmo, que sentí que podía olvidar tranquilamente cualquier pequeña aprensión que pudiera sentir. Y esa impresión perduraba en mí cuando me llevó al viejo scriptorium y encontré allí a otro extraño.

Aquí sí que había una apariencia monjil. La piel de este hombre era como un viejo pergamino, los ojos estaban rodeados de arrugas, vivos pero tranquilos, los pómulos eran altos con la piel tirante sobre ellos, la boca fina sugería al estoico escolástico. Antes que Bruno me lo presentara como a Valerian, yo ya sabía que era otro de los monjes de la Abadía.

—Hay todavía algunos de los viejos manuscritos que no fueron destruidos por los vándalos —dijo Bruno—. Valerian los escondió. Ahora está aquí para rescatarlos, clasificarlos y formar nuestra biblioteca.

Sí, hasta en esa primera mañana estuve perturbada. Pero lo olvidé mientras explorábamos la Abadía.

—La torre de la iglesia debe permanecer —dijo Bruno.

¿Y cómo podríamos demoler la iglesia? Fuimos a verla. Había sido construida, como tantas otras, en forma de crucifijo y era impresionante por cierto, ya que la altura desde el piso hasta el punto más alto del techo abovedado era de unos ciento cincuenta metros.

—¿Cómo se podría demoler deliberadamente un lugar así? —pregunté.

Bruno me sonrió.

—Nos entendemos el uno al otro —dijo—. Dejaremos la iglesia.

Luego salimos y estudiamos los numerosos edificios que serían derrumbados para hacer nuestra mansión.

—Será una gran tarea —dijo Bruno—, grande e inspiradora.

—Y la construiremos juntos como pájaros haciendo su nido.

—¡Un nido! —exclamó Bruno, riéndose de mí—. ¡Toda esta gloria comparada con barro y paja!

—Un nido es el hogar para un pájaro, y este lo será para nosotros —expresé con indignación.

Y rio y me besó, y yo pensé jubilosamente, somos igual que cualquier pareja de recién casados, enamorados el uno del otro y del futuro.

Me llevó al dormitorio de los monjes y a la fraternidad. En la fraternidad había una larga mesa de refectorio y bancos, y en cada extremo de la habitación una escalera de caracol de piedra que conducía a numerosas habitaciones como celdas, a través de cuyas puertas con rejillas uno podía mirar hacia dentro y cada una parecía ser idéntica a las demás. Había jergones sobre el piso y crucifijos en las paredes, ya que los que habían ido a robar el lugar no los habían considerado de valor como para llevarlos.

—Nuestra mansión no será para nada moderna. Debemos conservar la arquitectura de este antiguo estilo normando —dijo Bruno.

—Deberá ser así, ya que emplearemos las viejas piedras y algunos de los lugares son demasiado interesantes para cambiarlos.

Estuvo de acuerdo. No deseaba cambiar el scriptorium, y la destilería y la panadería no podían ser mejoradas. Por el momento teníamos poca servidumbre, pero necesitaríamos más. Tenía la intención de sacar beneficios de la granja y del molino.

—En los viejos tiempos —me contó—, estas casas de huéspedes estaban llenas a menudo. No desearía despedir a los viajeros fatigados y tal vez con el tiempo San Bruno se convierta nuevamente en el Santuario que fuera una vez.

—Y tú serás el Abad. ¿Y yo? Los Abades no pueden tener esposas, ¿sabes?

—Yo haré lo que me plazca.

Fuimos hasta los estanques de peces. Había tres, el primero vertía al segundo, el segundo al tercero.

—Solía haber tantos peces como para alimentar a toda la población de la Abadía, y para vender —dijo Bruno—. Espero que será igual ahora.

—Veo que tendrás tu Abadía.

—Tendré la clase de comunidad que deseo y nadie me lo impedirá.

—Pero en estos días uno debe mostrarse precavido.

—¡Cómo insistes con el cuidado! —estaba levemente exasperado—. Estás a salvo conmigo.

—Ya lo sé, Bruno. ¡Como si estuviera asustada!

Pero me sentí intranquila. Le conté acerca de la noche en que Rupert y yo habíamos enterrado la cabeza de mi padre.

—Hubiera deseado traértela yo.

—Fue un riesgo —dije—. Agradezco que Rupert no fuera descubierto.

—Está enamorado de ti —afirmó Bruno.

—Sí.

—¿Pero estabas dispuesta a hacer frente a las penurias conmigo, sin saber que venías a esto?

—No hubiera habido diferencia, Bruno —dije—. Ninguna diferencia.

Eran días extraños. Había tanto que hacer, tanto que hablar, tanto que explorar.

Durante aquellos días no abandonábamos nuestro pequeño mundo. Yo era feliz mientras Bruno estuviera conmigo. Estaba ansiosa por manejar mi propia casa. ¿Debería tener una despensa comparable a la de mi madre, un jardín como el de ella? Prefería estar con Bruno, escuchando sus planes. A menudo hablábamos de los niños que tendríamos y yo me percataba que Bruno deseaba intensamente tener un hijo.

Estábamos tan juntos en esos tiempos durante el día y muy juntos por cierto por la noche; solamente cuando yo veía ese brillo fanático en sus ojos lo sentía alejarse de mí.

Éramos felices, descubriéndonos el uno al otro. Teníamos pasión, el éxtasis que compartíamos por las noches bajo el techo abovedado del Abad y teníamos un gran plan, íbamos a formar un hogar.

Una semana después de mi casamiento, cuando estaba adaptándome a mi nuevo hogar y ya no me despertaba con una sensación de asombro, llegó un mensajero de la Mansión Caseman para decir que mi madre estaba dando a luz y me mandaba llamar. Rápidamente me envolví en una capa y caminé hasta mi viejo hogar. ¿Hubiera enviado por mí, me preguntaba a mí misma, si todo hubiera ido bien? Los sirvientes me miraron con curiosidad cuando entré al hall. Podía imaginar los chismes acerca de lo que estaba ocurriendo en la Abadía. Tenemos que ser cuidadosos, pensé aprensivamente.

Pregunté:

—¿Cómo está mi madre?

—Es un parto difícil señorita —expresó una de las doncellas, con una reverencia.

Corrí escaleras arriba; al llegar a la galería, Simón Caseman salía de una habitación.

—De manera que has venido —dijo.

—Desde luego que vine. ¿Qué está pasando?

—Ha dado a luz un niño, pero eso no es todo.

—Quieres decir..., ¿qué no va cómo es debido?

—Pienso que hay otro niño. El primero es sano. Vivirá.

—Estaba pensando en mi madre.

—Es una prueba para ella... Ha tenido tantas preocupaciones últimamente —me miró con reproche—. Se ha preocupado por tu extraño casamiento.

—No había necesidad. Pero comprendo sus temores. Cuando me anunció su casamiento, me intranquilicé por ella.

La partera dijo algo y acudimos a la habitación donde estaba mi madre acostada.

—Dos niños. Y por mi vida, que no puedo distinguir el uno del otro.

—¡Dos! —exclamó Simón y pude sentir su regocijo.

—¿Y la madre? —pregunté.

—Ha sido una dura prueba para ella. Pero se sobrepondrá. Exhausta como estaba, abrió un ojo y susurró: ¡«Un niño»! Y pobre alma, eso era lo que ella quería. Le dije, «No un niño, mi querida señora, eso no era suficiente para usted. Tiene dos, y para ser mellizos nunca los vi tan grandes». No era de asombrarse que dieran tanto trabajo para salir.

—¿Puedo ver a mi madre? —pregunté.

—Bendita sea, señorita, eso es lo que quiere. Ha preguntado por usted una y otra vez.

Entré a la habitación. Mi madre estaba acostada, con el pelo en desorden. En su cara se veía una sonrisa de mujer triunfante.

—Madre —dije arrodillándome junto a la cama—, has dado a luz dos saludables mellizos.

Asintió con la cabeza y sonrió.

—Debes descansar ahora.

Me sonrió. Luego su expresión cambió.

—Damask, ¿eres feliz?

—Sí, madre.

Una sombra pasó por su cara.

—Fue todo tan extraño. Nunca vi algo semejante. Tu padre estaba consternado.

—Mi padre está en el cielo, madre —dije—. Y creo que se alegra por mi casamiento.

—Tu padrastro está intranquilo. Teme que todo no sea como debe ser.

—Dile que tema por sus propios asuntos, madre. —Luego, al ver que el conflicto entre nosotros dos la hería, proseguí rápidamente—: Debes estar contenta ahora que tienes dos niños que cuidar. Indudablemente, no tendrás tanto tiempo para pasar en tu jardín.

Sonrió. Conversación normal, agradable, eso era lo que ella quería. Si alguna cosa iba a preocuparla prefería hacerla a un lado.

Cuando salí de su habitación, Simón Caseman me estaba esperando.

—Quiero hablar contigo antes que te marches, Damask.

Lo seguí hasta la habitación que había sido el estudio de mi padre. Muchas veces nos habíamos sentado allí mirando el parque hacia el río. Habíamos discutido acerca de muchos temas. Sentí crecer en mí la nostalgia por los viejos tiempos y un anhelo de poder hablarle nuevamente. Hubiera discutido mis recelos con él; hasta podría haberle hablado de Bruno.

—Quiero saber qué está sucediendo en la Abadía —dijo Simón Caseman—. He oído extraños rumores.

—¿Qué rumores son esos? —esperé que mi voz no delatara la alarma que sentía.

—Que algunos de los monjes han regresado.

Respondí cautelosamente:

—Clement y Eugene, que trabajaron para mi padre, están en nuestra casa.

—¡Monjes! —exclamó estrechando los ojos—. Y otros también. Todos monjes.

—Las tierras son extensas. Está la granja, que desde luego, hay que hacer que produzca. Si hay uno o dos monjes allí es porque muchos de ellos están buscando trabajo.

—Confío —expresó— que no te estarás poniendo fuera de la ley.

—No te entiendo.

—San Bruno fue disuelta. Sería insensato fundarla nuevamente aun cuando fuera bajo el nombre de Kingsman.

—Muchas de las abadías se han convertido en casas señoriales desde que el Rey y sus ministros las confirieron. ¿Supongo que no tienes objeción que hacer a eso?

—Siempre que aquellos a quienes les hayan sido conferidas no quiebren la ley.

En ese momento estaba segura que él había traicionado a mi padre y lo odié.

Descaradamente lo atormenté.

—Los dueños de abadías como las nuestras deben usar intensivamente todo lo que estas tienen para ofrecer. No tenía idea de lo grande que era y todo lo que contenía. Tenemos nuestra granja, nuestro molino y estanques con cientos de peces. Hay mucha riqueza en la Abadía. Debemos asegurarnos de que se use toda.

Podía ver las luces de la envidia en sus ojos. Sus labios se apretaron.

—Ten cuidado, Damask. Me temo que están sucediendo muchas cosas extrañas allí. Puedes estar precipitándote al peligro.

—¡Temes! Nada de eso, tú lo esperas.

—Ahora soy yo el que no te entiendo.

—Querías agregar la Abadía a tus posesiones. Tú me lo dijiste. Llegaste demasiado tarde. Es nuestra.

—Me entendiste mal. ¿No he sido siempre bueno contigo? ¿No te permití que este fuera tu hogar?

—Este era mi hogar ya.

—Estás decidida a mortificarme. Siempre lo estuviste. Desiste, Damask. Sería mejor. Si hubieras sido mi amiga...

—No entiendo lo que significa ese término.

—Te ofrecí casamiento.

—Y te consolaste rápidamente con mi madre.

—Lo hice para conservar un techo sobre sus cabezas.

—Eres tan considerado.

—No me provoquen demasiado, tú y ese marido tuyo. Si es cierto que están reuniendo monjes allí, deberán cuidarse. Sé que Clement y Eugene no son los únicos

que tienen allí.

—Recuerda que esos dos vinieron de esta casa. Tú nos acusas de albergar monjes, ¿qué hay de ti? ¿No trabajaron para ti? Ten cuidado de no ser culpable de aquello que nos acusas. Mi marido tiene buenos amigos en la Corte. Hasta ha sido honrado por el Rey.

Con eso, me incliné y me marché. Supe que me estaba contemplando con esa mirada mezclada de enojo y deseo que conocía tan bien. Nunca me perdonaría por rechazarlo y casarme con Bruno, como tampoco perdonaría a Bruno por ganarse la Abadía que tanto había codiciado.

Sus palabras seguían sonando en mis oídos: «Cuidado».

Sin consultar a Bruno empleé dos doncellas. Eran hermanas de dos sirvientas de la Mansión Caseman que habían pensado en trabajar con mi madre, pero cuando les pregunté si vendrían a la Abadía aceptaron rápidamente.

Explicué a Bruno que así pareceríamos una casa más normal, lo cual lo divirtió.

Pocas semanas después de su llegada, una de ellas, Mary, vino a verme con los ojos redondos de temor. Había ido a ver a la Madre Salter en el bosque, de manera que adiviné que había ido en busca de una poción de amor y la Madre Salter me había enviado un mensaje. Deseaba verme sin demora.

Esa mañana fui a la cabaña de la vieja mujer. El fuego ardía como lo había visto anteriormente; la olla ennegrecida hervía. El gato negro saltó sobre el asiento junto a ella y me observó con sus ojos amarillos.

—Siéntate —indicó la Madre Salter y me senté en el hueco de la chimenea frente a ella. Revolvió lo que había en la olla y dijo—: Ha llegado el tiempo, niña, de cumplir tu promesa. Ahora tienes una gran casa. Nada menos que una Abadía. Estás preparada para tener a la niña.

Se puso de pie y levantó una cortina. Durmiendo acostada sobre un jergón había una niña. Calculé que tendría dos años, ya que era la hija de Keziah y Rolf Weaver, a quien yo había prometido cuidar.

Había sucedido tanto desde que hiciera esa promesa que la había olvidado. Ahora me vino cierta desazón. Cuando yo había prometido tomar a la niña mi padre vivía: él había aceptado que viniera a nuestra casa.

La Madre Salter notó mi intranquilidad.

—No puedes echarte atrás en tu juramento a una mujer moribunda —dijo.

—Las circunstancias cambiaron desde que hice mi juramento.

—Pero tu juramento permanece.

La niña abrió los ojos. Era hermosa. Sus ojos eran azul profundo, del color de las violetas, las pestañas espesas y negras como su pelo.

—Tómala en brazos —me ordenó la Madre Salter. La niña me sonrió y me tendió los brazos. Cuando la alcé me rodeó el cuello con los brazos como la Madre Salter le

ordenó.

—Madreselva, niña —expresó la bruja—, he aquí a tu madre.

La niña me miró curiosamente. Nunca había visto una criatura tan hermosa.

—Bueno —insistió la Madre Salter— recuerda tus votos. ¡Ay de aquellos que quiebran sus promesas a los muertos!

Tomé a la niña y la saqué de la cabaña de la bruja y la llevé a la Abadía.

—¿Quién es esta niña? —me preguntó Bruno.

—La he traído a vivir aquí —repuse—, será nuestra.

—Por Dios —exclamó—, haces cosas extrañas, Damask. ¿Por qué traes una niña a nuestra casa? Dentro de poco tendremos nosotros mismos un hijo, confío.

—Juré cuidarla. Entonces fue fácil. Mi padre vivía. Le conté de mi juramento y dijo que debía mantenerlo.

—¿Pero por qué hiciste semejante juramento?

—Fue hecho a una mujer moribunda.

Encogió los hombros.

—Los sirvientes se harán cargo de ella.

—He prometido criarla como propia.

—¿A quién debiste hacerle semejante promesa?

—Bruno —informé—, fue a Keziah en su lecho de muerte.

—¡Keziah! —Su cara se ensombreció de ira—. Keziah. —Dijo el nombre como si hubiera algo obscuro en ello—. ¡La hija de esa criatura! ¡Aquí!

Oh, Bruno, pensé, ¿no eres tú el hijo de esa criatura? Pero era por esa razón, por supuesto, que él estaba tan enojado.

—Escúchame —dije—. Keziah se estaba muriendo y me pidió que cuidara de esta niña. Yo se lo prometí. No faltaré a mi palabra.

—¿Y si yo no permito que la niña esté aquí?

—No serías tan cruel.

—No me conoces todavía, Damask.

Lo contemplé. Ahora se veía diferente. La pasión del enojo le distorsionaba la cara. Era como si un chico travieso hubiera arrojado una máscara sobre esa irresistible perfección de rasgos que tanto me habían encantado. Bruno se veía casi malvado en su odio a la inocente niña de Keziah.

Como era habitual cuando me alarmaba mi lengua era más aguda.

—Parece que tengo algo que aprender que no me será agradable —exclamé.

—Llevarás a la niña de vuelta a dónde pertenece —ordenó.

—Su lugar está aquí.

—¡Aquí! ¡En mi Abadía!

—Su lugar está junto a mí. Si este es mi hogar, es suyo.

—Llévala sin demora donde la encuentre.

—¿Dónde su bisabuela, a la cabaña de la Madre Salter en el bosque?

Oh, Dios, pensé, también puede ser su bisabuela.

Deseé poder apartar los pensamientos que tenía. Debido a que esa hermosa niña inocente era su medio hermana no podía tolerar tenerla en su casa. ¿Adónde estaba esa cualidad endiosada que tanto había admirado? Se veía reemplazada por una vil pasión humana. ¡Orgullo! También sentí el miedo. Conocí a Bruno en ese momento como nunca antes lo había conocido y sentí que estaba asustado. Yo había creído que lo amaría en su debilidad tanto como en su fortaleza; pero mis sentimientos hacia él habían cambiado. Mi adoración había desaparecido; si bien en su lugar había una profunda ternura maternal.

Quería tomarlo en mis brazos y decirle: «Seamos felices. Olvidemos que debes estar por encima de todos los demás hombres. ¡Nos tenemos el uno al otro; casi milagrosamente tenemos esta maravillosa Abadía!». (Sin embargo, cuando pensaba en eso me intranquilizaba, ya que me daba cuenta de que no creía del todo en su burda explicación de cómo había logrado poseerla). «Tenemos el futuro. Hagamos de nuestra Abadía un santuario para nosotros y para aquellos que se encuentren necesitados. Criemos a nuestros hijos en una vida buena y permitamos que esta sea nuestra primera hija».

—Había pensado que harías cualquier cosa para agradarme —dijo.

—Sabes que mi gran deseo es complacerte.

—Y sin embargo haces esto... Hace tan poco tiempo que nos hemos casado y contrarías mis deseos.

—Porque hice un juramento..., un juramento sagrado a una moribunda. Tienes que darte cuenta que no puedo quebrar mi palabra.

—Lleva la niña de vuelta a quien sea que la haya criado hasta ahora.

—O sea a su bisabuela, la Sra. Salter. Me ha amenazado con maldiciones si no tomo a la niña. Pero la cuidaré, no por temor, sino porque di mi palabra y tengo la intención de mantenerla.

Permaneció en silencio durante unos momentos. Luego dijo:

—Veo que hiciste una promesa precipitada. Fue insensato. Fue tonto. Mantén a la niña lejos de mí. No deseo verla.

Se marchó y yo lo miré con tristeza. Me sentía desgraciada. Deseo ser como mi madre, plácida y aquiescente. Pero no podía detener mis pensamientos. No podía evitar saber que él temía ofender a la bruja del bosque.

Nada sería igual nuevamente. Bruno advertía que había permitido que se le descorriera la máscara por un momento y había dejado ver algo del hombre que había debajo de ella. La niña había logrado eso. Lo había obligado a mostrarse vengativo y peor todavía, asustado, y era inevitable que nuestra relación cambiara a partir de ese momento. Estábamos juntos con menos frecuencia. La niña me llevaba mucho

tiempo. Era inteligente, rápida y traviesa. Su increíble belleza me asombraba. Sentía el antagonismo de Bruno, si bien apenas se veían el uno al otro desde su llegada. Estoy segura que en su mentalidad lo contemplaba como una especie de ogro.

Me seguía a gatas, de manera que no me resultaba fácil no estar con ella; yo sentía que estaba siempre un poco intranquila si no estaba presente porque sus ojos se encendían con un placer de alivio cuando me veía, lo cual era muy enternecedor.

Naturalmente la llegada de un niño había cambiado la casa. Antes había sido muy poco común, pero ahora se estaba normalizando. Bruno me consultaba acerca de la edificación que había comenzado y se comportaba como si nunca hubiera habido un desacuerdo entre los dos, pero yo advertía a medida que pasaba el tiempo que él tendría que ver bastante a Honey y que no servía de nada ocultársela.

Pareció darse cuenta de esto y aceptar la inevitabilidad de la presencia de la niña. Eso me alegraba, si bien el antagonismo entre ambos era evidente. En Bruno se demostraba con una fingida indiferencia, pero la niña era demasiado pequeña para ocultar sus sentimientos; se alejaba corriendo de él y cuando él estaba cerca permanecía junto a mí.

De manera que siguió siendo una situación incómoda, pero cada día yo amaba más a la niña. También amaba a Bruno, pero en forma diferente. Sentía que había una extraña clase de pena que se deslizaba entre mis emociones.

Mi madre anunció que se llevaría a cabo el bautismo de los mellizos y Kate escribió diciendo que acudiría, dejando a Carey con sus niñeras y a Remus a sus negocios. Permanecería en la Mansión Caseman, desde luego, pero su primera visita sería a la Abadía, para visitar a la recién casada.

A los pocos días llegó y cumpliendo su palabra vino enseguida a la Abadía. Se la veía tan elegante como siempre con su fino vestido de terciopelo y también hermosa, sonrojada por el viento de octubre que había hecho escapar pequeños mechones de pelo debajo de su tocado.

Entró al hall del Palacio Abacia y miró a su alrededor. Yo me encontraba en el descanso del primer tramo de las escaleras y la vi un par de segundos antes que ella me advirtiera.

—¡Kate! —exclamé—. ¡Estás más linda que nunca!

Hizo una mueca.

—Casi he muerto de aburrimiento. Hasta la Corte se ha vuelto mortalmente aburrida. Tengo tanto que contarte, Damask. Pero antes, hay tanto que quiero saber.

Miró al gran hall con su hermoso techo de madera, sus arcos moldeados y sus medallones y ménsulas labrados.

—De manera que esta era la Residencia del Abad. Muy bella. Juraría que se compara favorablemente con el Castillo Remus. ¿Pero qué quiere decir todo, Damask? Todavía no puedo creerlo. —Tomó mi mano y miró el anillo de mi dedo—.

Tú, Damask, tú.

—¿Por qué parece estar tan sorprendida?

—Que él se casara simplemente. Desde luego, tenía que ser con una de las dos. Y yo ya estaba casada con Remus, de manera que solamente quedabas tú. Pero esta mansión..., ¿cómo la adquirió? Él era tan pobre. ¿Cómo cayó en sus manos la Abadía?

—Fue un milagro —dije.

Sus ojos estaban muy abiertos; me miró inquisitivamente.

—¿Otro milagro? —preguntó—. ¡Imposible! Ya fuimos engañados con el primero, ¿no es así? Sabes, Damask, no creo en los milagros.

—Siempre fuiste irreverente.

Miró las tallas en las arcadas.

—Pero es hermoso. ¡Y ahora este es tu hogar! ¿Por qué no me escribiste para contarme lo que estaba sucediendo? ¿Por qué te lo callaste? Tendrías que habérmelo hecho saber.

—No hubo tiempo.

—Bueno, ahora quiero saberlo todo. Esta, tu casa, Damask. Nuestra vieja Abadía, tu hogar. ¿Sabes lo que están diciendo, Damask, que la Abadía se está convirtiendo en lo que fue antes?

—Sé que hay rumores.

—No importan los rumores. Juntémonos a charlar. Hay tanto que contar.

La conduje a través de la gran escalera con su balaustrada bellamente tallada hasta el solar donde había estado bordando.

—¿Deseas un refrigerio, Kate? —le pregunté.

—La despensa de tu madre me dio todo lo que necesitaba. Qué orgullosa está de sus mellizos. ¿Dónde está tu marido?

—Está muy ocupado durante el día. Hay tanto que hacer aquí. No conocíamos la Abadía en los viejos tiempos, Kate. Me asombré cuando advertí su tamaño. Va a haber mucho trabajo si deseamos hacerla prosperar como en los días de...

Me contemplaba fijamente.

—Pero no prosperará como una abadía, ¿no es así?

—Por cierto que no es una abadía en el sentido que lo era San Bruno. Pero está la granja y el molino, y la tierra que tiene que ser preparada para las cosechas de los próximos años. —Hablabla porque tenía miedo de las preguntas que me haría si me detenía. Dije—: Habrá que cortar el heno y enfardarlo; el trigo; los animales...

—Te ruego que no des cuenta de las obligaciones de los trabajos, porque no he venido a oír eso.

—Pero tienes que entender que hay mucho trabajo que hacer..., necesitaremos muchos hombres si queremos que este lugar prospere.

—¿Y Bruno? ¿Dónde está?

—Pienso que está en algún lugar de la Abadía. Tal vez esté hablando acerca de las tierras de la granja, o del molino, o tal vez esté en el scriptorium con Valerian.

—¿Qué dijo cuando supo que venía yo?

—Muy poco.

—No me enloquezcas, Damask. ¿Qué efecto tuvo sobre él?

—¡Que engreimiento! ¿Crees que es un acontecimiento tan importante el que al fin te dignas visitarnos?

—Pensé que merecería algún comentario.

—No se delata fácilmente a sí mismo.

Admitió esto.

Pregunté cómo estaba Carey. ¿Había crecido?

—Crecer es una función normal en los niños. Carey es normal en todo sentido.

—Añoro verlo.

—Lo verás. Lo traeré a la Abadía. —Me miraba inquisitivamente—. ¡Qué preguntas banales nos hacemos! Y tienes aquí esta niña, ¡la hija de Keziah! ¿Es sensato eso?

—Estaba obligada por mi juramento.

—Y Damask siempre mantendría su palabra. ¿Y Bruno? ¿Cómo se siente? Su matrimonio no tiene más que unas pocas semanas, y ya una niña.

—Acepta el hecho de que tenga que mantener mi palabra. Y yo amo a la niña.

—No lo dudo. ¡La eterna madre! Esa eres tú, Damask. ¿Y eres feliz?

—Soy feliz.

—Siempre adoraste a Bruno..., descaradamente. Pero también eras siempre tan honesta. Nunca podías ocultar tus sentimientos, ¿verdad?

Evité sus ojos.

—Pienso que tú no le eras indiferente.

—Pero tú te llevaste el premio. Inteligente Damask.

—No fui inteligente. Sucedió simplemente.

—¿Quieres decirme que él volvió y te pidió que te casaras con él?

—Eso es lo que quiero decir.

—Y él dijo: Te pondré esta rica Abadía a tus pies. Te daré riquezas y alhajas...

Me reí.

—Siempre estás obsesionada con las riquezas, Kate. Recuerdo que cuando éramos niñas siempre decías que te casarías con un Duque. Me sorprende que te hayas conformado con un simple Barón.

—En la batalla de la vida uno toma la oportunidad cuando llega si es razonablemente buena. Remus parecía un objeto muy digno de mi atención.

—¿Está tan chocho como siempre?

—Está chocho —dijo Kate—. Y desde luego, me está eternamente agradecido por el niño. Pero es de ti de quién quiero hablar..., tú, Damask. Ha ocurrido tanto aquí, más de lo que ha estado sucediendo en mi pequeño círculo. Tu madre que tiene mellizos y tu extraño casamiento. Eso es lo que me interesa.

—Pienso que sabes lo que pasó. Bruno regresó y me pidió que me casara con él. Se había estado hablando mucho del nuevo dueño de la Abadía, luego él me reveló quién era y por qué milagro había adquirido la Abadía.

—Es una historia fantástica y nunca creo enteramente las historias fantásticas.

—Kate, ¿estás sugiriendo que te estoy mintiendo?

—No tú, Damask. Pero debes admitir que es muy extraño. De manera que te pidió que te casaras con él y solamente después te hizo saber que la Abadía sería tu hogar. ¡Qué novio tan misterioso! Me atrevo a jurar que prometiste compartir una vida de pobreza con él.

—Había pensado que sería así.

Asintió levemente con la cabeza.

—Bruno es un hombre orgulloso.

—Tiene mucho de qué enorgullecerse.

—La soberbia, ¿no es un pecado, uno de los siete capitales? Siempre me lo habían hecho creer.

—Oh, vamos, eres tú la que se está poniendo en censora, Kate. Bruno tiene una dignidad natural.

—No fue eso exactamente lo que quise significar. —Su cara se ensombreció momentáneamente y luego se encogió de hombros—. Enséñame la Abadía, Damask —dijo—. Me gustaría verla. Primero, esta casa. Este solar es hermoso. Te imaginaré aquí cuando vuelva a mi viejo castillo sombrío.

—¿De manera que el castillo se ha vuelto sombrío? Pensé que estabas muy orgullosa de tan espléndido lugar.

—Es simplemente un castillo habitado por la familia Remus desde los días del primer Eduardo. No podría compararse con una abadía, ¿verdad?

—Hubiera pensado que sí y con sus ventajas.

—¿Dónde está Bruno? La buena educación exige que tendría que estar aquí para darme la bienvenida.

—Te olvidas que tu visita fue inesperada.

—Sabía que vendría a la Mansión Caseman, ¿no es así?

—¿Y esperabas que te estuviera esperando aquí por si venías?

Sacudió la cabeza.

—Nunca esperarías eso de Bruno. Vamos, enséñame tu bella residencia.

La conduje a través del solar hacia mi propio saloncito.

—Es encantador —exclamó. Observó el cielorraso con sus tirantes de madera

tallada y las decoraciones de yeso y las del friso.

La llevé de habitación en habitación. Expresaba admiración por todo lo que veía, pero me pareció que estaba picada de envidia. La galería le encantó. Estaba vacía por el momento, ya que los tapices y ornamentos preciosos habían sido arrancados de las paredes por Rolf Weaver y sus hombres, pero no habían dañado los asientos en los alféizares de las ventanas ni la hermosa ventana mirador que daba al claustro y a la fraternidad de los monjes.

Al final de la galería había una pequeña capilla y a cada lado de la puerta paneles decorados con una efigie de San Bruno.

—Vivían bien, estos monjes —dijo Kate con una sonrisa—. Y qué suerte tienes de haber sido tú la que Bruno ha traído a este lugar maravilloso.

Estaba envidiosa. Deseaba la Abadía y la comprendía tan bien. Siempre había buscado tomar lo que deseaba.

Casi desee no haberle mostrado todo lo que ahí había. En lo hondo de mi corazón sabía que ella sentía algo especial por Bruno.

¿Qué sentía ahora? Sabía que comparaba la Abadía con el Castillo Remus: ¿comparaba mi marido con el de ella? En el scriptorium, cuando se enfrentaron, Kate parecía una flor. Los ojos le brillaban y sus mejillas relucían como las rosas damasco de mi madre, de manera que me sentí como una campesina junto a una belleza de la Corte.

—Hemos estado admirando tu Abadía —le dijo ella.

También él había cambiado. Vi el brillo en sus ojos. El orgullo por su Abadía y más que eso, una inmensa satisfacción por que Kate viera lo que él poseía.

—¿Y qué piensas de ella?

—Magnífica. ¡Te has convertido en un terrateniente! ¡Y qué tierras! ¡Quién lo hubiera creído posible! Es un milagro.

—Un milagro —repitió él—. ¿Estás bien, Kate?

—Estoy bien, Bruno.

Apenas si me había mirado. Por cierto que había cambiado desde la llegada de Honey.

Kate, como siempre lo había hecho, dominaba la escena. La recordé vívidamente dando saltos mortales sobre el pasto de la Abadía para distraer la atención de Bruno de mí hacia ella. Era así ahora. Estaba tratando de atraparlo con su reluciente belleza; era como si estuviera diciéndole: Compárame con tu simple pequeña Damask.

—Así que has venido a visitarme...

—He venido para el bautismo de los bebés Caseman, y a ver a Damask y a ti... —alargó la última palabra.

—¿Y has encontrado muchos cambios?

—¡Grandes cambios en la Abadía! No se habla de otra cosa en todas partes.

—De manera que viniste por ti misma. ¿Y cómo la encuentras?

—Todavía más maravillosa de lo que había pensado.

Lo miraba intensamente. La conocía bien. No tenía escrúpulos.

¿Cuánto lo afectaba a él? ¿Qué recordaba?

—Mi hijo no está conmigo —dijo—. Pero algún día lo traeré para que lo conozcas.

—Me gustará verlo —observó él.

Me introduje en la conversación:

—Escogeremos una vez que Bruno tenga tiempo disponible.

—Mañana volveré —dijo Kate—. Mi estancia aquí no será larga y tenemos tanto de qué hablar. Quiero saber tus planes para este lugar maravilloso. Damask ha estado mostrándomelo. No tenía idea que había tanto...

Él la contemplaba con intensidad. Me pregunté qué estaría pensando.

Al día siguiente fueron bautizados los mellizos en la capilla de la Mansión Caseman. Nunca había visto tan feliz a mi madre. Simón Caseman también era un padre orgulloso.

Los niños fueron llamados Pedro y Pablo, y Pablo berreó sonoramente durante la ceremonia, cosa que encantó a mi madre por su demostración de hombría, mientras que la docilidad de Pedro le indicaba el buen niño que sería.

Al día siguiente Kate visitó nuevamente la Abadía. Fuimos al solarío y consentí en su ocupación preferida de contar chismes.

Parecía que Remus había recobrado el vigor desde su casamiento y el nacimiento de su hijo. Ella parecía lamentarlo, cosa que me resultó chocante. Se rio de mí.

—Las viudas ricas —dijo—, son tan atractivas.

—¿Tu próxima ambición es convertirte en viuda?

—Calla. Vaya, si Remus muriera durante el sueño por una sobredosis de jugo de amapola yo sería sospechosa de habérselo administrado.

—No hables de esas cosas ni en broma.

—Siempre la misma Damask. Temerosa. Siempre mirando por encima del hombro al delator.

—Alguna vez un delator destrozó mi vida.

Puso su mano sobre la mía.

—Mi pobre, pobre Damask. ¡Qué bien lo sé! Tu fiel corazón estuvo roto durante un tiempo. ¡Cuánto me alegro que se haya curado! Ahora eres tan afortunada..., lamento haber recordado esos tiempos tristes. Y no quise sugerir que me libraría de Remus. Es un buen marido y a veces es mejor tener un hombre de edad que uno joven. Está tan agradecido, pobre Remus y estoy segura que si yo pensara aventurarme un poco, no lo tomaría a mal.

—Espero que no..., te aventuras..., como lo llamas.

—Tengo la intención de dejarte en la duda acerca de eso. Y no veo por qué, si Remus estuviera dispuesto a hacer la vista gorda, tú tendrías que censurarme. Pero hablando de esposas liberales, debo contarte acerca del último escándalo de la Corte. Se trata de la Reina. ¿Estás escuchando?

—Soy toda oídos.

—Me temo que nuestra querida Reina podrá verse en problemas. La están cercando hombres crueles y ella, pobre alma, no está en situación de oponérseles.

—Pero con seguridad que este matrimonio es feliz.

—Lo era. Qué divertido es ver a su Majestad el Rey en el papel de marido despechado. Es una criatura tan encantadora. Por cierto que no es hermosa. A pesar de ser prima de Ana Bolena, no es nada elegante.

—Cuéntame que ha sucedido. No he oído nada.

—Lo oirás pronto, porque creo que sus enemigos desean probarlo en contra de la Reina.

—La pobre niña —murmuré—. Porque no es más que eso.

—Es un poco mayor que tú y un poco más joven que yo, es demasiado joven para dejar esta vida.

—Ha llegado a eso.

—Si todo lo que se rumorea de ella se le prueba en su contra, puede ser muy bien que vaya camino a Tower Hill, como fue su fascinante prima hace unos seis años.

—¿Está en peligro Catalina?

—Realmente es una pequeña tonta, Damask. Oh, ¡con qué diferente hubiera manejado yo mis propios asuntos si hubiera estado en su lugar!

—La Reina Ana no pudo haber manejado sus asuntos con gran habilidad, ya que la llevaron a Tower Hill y a la espada del verdugo.

—Eso es bien cierto —admitió Kate—. Pero esto es diferente. Ana no pudo tener un hijo y el Rey estaba obsesionado con la necesidad de un hijo.

Pensé en Bruno. Creía que él estaba obsesionado por el deseo de un hijo. Al menos, pensé irónicamente, él no podrá cortarme la cabeza si yo no se lo doy...

—También estaba enamorado de Jane Seymour —prosiguió Kate—. Por eso Ana perdió la cabeza. No es igual con la Reina Catalina Howard. Dicen que era muy liberal en su moral; ha tenido varios amantes y permitió que esto se supiera entre la inescrupulosa gente de la casa de su abuela. Me han contado que varios de ellos han adquirido lugares en la Corte conseguidos con amenazas encubiertas y ella se vio obligada a dárselos.

—¿Y todo esto ha llegado a oídos del Rey? Era de la opinión que la amaba tiernamente, y seguramente le perdonará lo que hizo antes de casarse con él.

—Vives en un remanso, Damask. No sabes lo que pasa. ¿No te das cuenta que este país está dividido por un gran conflicto religioso? ¿Has oído alguna vez cerca de

un hombre llamado Martín Lutero?

—Desde luego que sí —dije ardientemente—. Pienso que mi padre y yo hemos discurrido más de teología en una semana que tú en toda tu vida. Y Bruno y yo también hablamos de estas cosas.

—Conozco tus pláticas. Argumentarías los pros y los contras. No quiero decir eso. Esto es política. En este país están creciendo rápidamente dos grandes partidos, aquellos que apoyan la Iglesia Católica y aquellos que desearían reformarla. ¿Sabías que Ana Bolena estaba comenzando a interesarse mucho en las ideas reformistas? Eso le acarrió muchos enemigos del lado católico. Ten por seguro que eso influyó en su caída. Ahora nuestra pequeña Reina Catalina no se interesa por la religión. Simplemente quiere ser feliz y estar alegre y conservar así a su real marido. Pero proviene de la familia Norfolk, el Duque, su tío, es dirigente del partido Católico. Aquellos que pertenecen al partido Reformista están decididos a hacerla caer. Ella no se metería en política. No sabría de qué se trata. De manera..., que la hundirán por su pasado; revelarán que se ha acostado con varios hombres. Veremos terribles sucesos en la Corte. Puedes estar segura de ello, Damask.

—Debemos orar por ella.

Después de esa conversación no podía quitarme a la pobre pequeña Reina de la cabeza. Me imaginaba su agonía al recordar la suerte de su prima Ana Bolena y ella carecía del razonamiento y los poderes mentales de aquella Reina. ¡Pobre pequeña Catalina Howard, sin educación, que había tenido la suficiente desgracia de ser tan atractiva como para provocar el capricho del Rey! Luego dejé de pensar en ella porque el milagroso acontecimiento había sucedido. Antes que Kate nos dejara para regresar a su Castillo Remus, sabía que estaba embarazada.

Cuando le conté, Bruno rebosaba de júbilo. La diferencia que había surgido entre nosotros sobre la llegada de Honey desapareció. Esto era lo que él había añorado. Un niño, un hijo propio.

Este orgullo paternal era por cierto una cualidad humana y me deleitó. Y con qué placer hablábamos de nuestro niño.

En ese tiempo pude traer a Honey a nuestro pequeño círculo. Rara vez le hablaba y su indiferencia era dolorosa, pero al menos le permitía estar en nuestra compañía.

Nuestra casa había crecido considerablemente; durante las semanas posteriores a la partida de Kate habían llegado varios hombres a ofrecer sus servicios a la Abadía. Yo había tomado nuevas sirvientas. Tenía un ama de llaves, ahora, la Sra. Crimp quien, me alegraba decirlo, había tomado gran interés en Honey.

Tenía la sospecha de que algunos de los hombres que se presentaban a trabajar estaban familiarizados con la Abadía y que habían trabajado allí anteriormente. Algunos podrían haber sido seculares. Esto era peligroso, pero estar en presencia de Bruno, era compartir en algo su confianza en sí mismo. En realidad, yo estaba

obsesionada por la idea de mi hijo y anhelaba su llegada.

Sentía por Honey un profundo amor protector, pero sabía que nada podría compararse con la emoción que mi propio hijo despertaría en mí.

Me encerré en un pequeño mundo propio. Escuchaba vagamente las noticias de la Corte.

Recibíamos viajeros en la Abadía, ya que una de las casas de huéspedes había sido abierta como lo estuviera en los viejos tiempos. Contaban acerca de la gran angustia del Rey cuando había oído los escándalos acerca de su esposa.

También oímos que cuando la pobre Reina fue informada que había sido acusada, sus temores la habían puesto frenética y sabiendo que el Rey estaba en oración en la pequeña capilla al final de la larga galería en Hampton Court, había corrido gritando histéricamente mientras sus ayudantes, que habían recibido órdenes de mantenerla a raya, la capturaron y la obligaron a regresar a sus habitaciones.

Pero para mí no había nada de mayor importancia que la gestación de mi bebé. Cerraba mis ojos a la realidad de que la atmósfera de la Abadía cambiaba día a día, y que desde que había quedado embarazada era tratada con el atemorizado respeto que había notado que se acordaba a Bruno.

Cuando mi madre se enteró de mi estado se mostró jubilosa. Vino a la Abadía trayendo hierbas y algunas de sus preparaciones. Solía visitarla y hablábamos como lo hacen las mujeres. Estábamos tan próximas como jamás lo habíamos estado.

Admiraba sus mellizos, Peter y Paul, dos niños bien conformados, ávidos. Ella los mimaba y apenas podía tolerar tenerlos fuera de su vista. Incluso tendía a abandonar su jardín. Discutía continuamente acerca de sus caracteres, su inteligencia y su belleza. Rehusaba fajarlos porque cuando lo hacía ellos protestaban enérgicamente y le gustaba verlos patear con sus pequeñas piernas.

Comencé a disfrutar de nuestras charlas. Tenía tantos consejos para darme y yo sabía que eran buenos. Ella pensaba que la partera que la había atendido era la mejor del vecindario e iba a insistir para que me atendiera cuando llegara mi momento.

Hacía ropita para mi bebé cuando yo sabía que preferiría bordar para sus adorados mellizos.

Solía visitarla frecuentemente, ya que nos habíamos convertido, no ya tanto en madre e hija, sino en dos mujeres que discutíamos un tema muy apreciado en nuestros corazones. Me confió que tenía la esperanza de tener más niños, pero si no los tuviera se consideraba suficientemente bendecida de tener sus dos niños y que ambos fueran sanos.

Un día, sin embargo, sentí un toque de alarma.

Me encontraba en su cuarto de costura y descubrí, debajo de las telas con las que ella estaba trabajando, un libro. Era tan poco típico de mi madre leer algo y más aún ese libro. Lo abrí y lo hojeé y al hacerlo sentí que el corazón me latía muy

rápidamente. Allí se señalaban claramente los argumentos y dogmas de la nueva religión. Cerré precipitadamente el libro cuando mi madre se aproximó, pero no pude olvidarlo.

Finalmente le dije:

—Madre, ¿qué es ese libro que estás leyendo?

—Oh —dijo con una mueca—, es muy aburrido, pero estoy luchando con él para complacer a tu padrastro.

—¿Desea que lo leas?

—Insiste.

—Madre, pienso que no deberías dejar un libro así donde cualquiera puede tomarlo.

—¿Por qué no habría de hacerlo? No es más que un libro.

—Es lo que contiene. Es un alegato sobre la religión Reformista.

—Oh, ¿lo es? —dijo.

—Sé más cuidadosa, para complacerme.

Me palmeó la mano.

—Eres igual a tu padre —comentó—. Hacer ruido por nada. Mira esto. ¡A Master Paul ya le queda chico! ¡La rapidez con que crece ese niño me asombra!

Yo pensaba: ¡De manera que Simón Caseman está interesándose por la religión Reformista! Se me ocurrió entonces que, tanto Simón Caseman por albergar tales libros en su casa como Bruno por instalar monjes en su Abadía recientemente adquirida, podrían ser considerados traidores.

Poco tiempo atrás hubiera vuelto a casa a discutir el asunto con Bruno. Podría haber llegado tan lejos como para prevenir a Simón Caseman, pero esas cosas parecían de importancia secundaria, ya que acababa de sentir moverse a mi hijo y olvidé todo lo demás.

Era como mi madre, encerrada en un pequeño mundo en el que el milagro de la creación me absorbía.

Quizás todas las mujeres encinta sean así.

La Navidad estaba casi encima y yo había decorado la pequeña habitación de Honey con muérdago y hiedra y le había contado el relato de Navidad.

En esos días anteriores a Navidad había oído muchas habladurías acerca de los asuntos del Rey. Hasta mi madre lo mencionaba. Había mucha simpatía hacia la Reina, de quien se decía que se hallaba en un estado de histeria desde su acusación. Muchos creían que esa era una implicación de su culpa.

—Y si hubiera tomado un amante, pobre alma —comenté a mi madre, mientras estábamos sentadas cosiendo—, ¿está tan mal eso?

—¡Fuera de los lazos del matrimonio! —exclamó espantada mi madre.

—Ella se creía casada con Derham.

—Entonces merece la muerte por casarse con el Rey.

—La vida es cruel para una mujer —dije.

Mi madre frunció los labios virtuosamente.

—No si es una esposa respetuosa.

—Pobre pequeña Catalina Howard. Es demasiado joven para morir. —Pero mi madre no estaba verdaderamente conmovida por el destino de la muchacha. Se me ocurrió que en un mundo donde la muerte llegaba con tanta frecuencia el valor de la vida no era verdaderamente importante.

Justo antes de Navidad fueron ejecutados Francis Derham y Thomas Culpepper. Culpepper fue decapitado pero Derham, que no era de origen noble, sufrió el bárbaro ahorcamiento, destrozo y descuartizamiento: la muerte del traidor.

Pensé en ellos todo el día, pobres hombres jóvenes, cuyo crimen había sido amar a la Reina.

En ese tiempo creíamos que esas muertes bastarían y que el Rey amaba tanto a Catalina Howard que estábamos seguros que la perdonaría. Ay, no sería así. La Reina tenía demasiados enemigos. Por ser una Howard era católica y muchos de los ministros del Rey no deseaban ver una influencia católica sobre el Rey.

En un crudo día de febrero la quinta esposa del Rey caminó hacia Tower Hill, donde apenas seis años atrás su prima Ana Bolena había encontrado igual destino.

Hubo silencio sobre la tierra en ese día terrible. Cinco Reinas, dos divorciadas, una muerta al dar a luz (y quién podía decir cuál hubiera sido su destino si hubiera vivido) y dos decapitadas. La gente comenzaba a preguntarse qué monstruo era ese que estaba sentado en su trono y cuando lo veían como lo hacían ocasionalmente en las ceremonias públicas, en lugar del apuesto joven dorado que treinta años atrás había estado románticamente enamorado de su esposa española, veían una corpulenta figura abotagada, de cara enrojecida, boca apretada, ojos miopes entrecerrados en una fea expresión, una úlcera supurante en la pierna, bajaban los ojos pero no se atrevían a hacer otra cosa que gritar «Viva el Rey».

Recordaban que fuera lo que fuera, era su gobernante todopoderoso.

Mi bebé debía nacer en junio. Cuánto más engordaba más impaciente me volvía. Uno de los hombres que había venido a la Abadía y de quien yo sospechaba que había sido ayudante del Hermano Ambrose en los viejos tiempos, me había hecho un pequeño jardín al fondo de la Residencia del Abad. Mi madre me había aconsejado y me había enviado plantas, y yo lo apreciaba bastante. Solía sentarme allí con mi costura para mirar jugar a Honey. Tenía ahora poco más de dos años, era una niña vivaracha; le había dicho que pronto tendría un compañero y solía preguntarme todos los días cuánto faltaba para que llegara.

Mi madre tenía consejos para darme cada vez que nos encontrábamos. Se había convertido en una asidua visitante a la Abadía. Me pregunté si advertiría que algunos

de los trabajadores habían sido monjes y mencionaría esto a Simón.

Mi madre, desde luego, no advirtió nada raro; solía hacer comentarios solamente acerca de la manera que llevaba mi embarazo y me insistía en que en el momento en que sintiera los primeros síntomas debía enviar un mensajero a la Mansión Caseman. Ella mandaría a buscar a la partera inmediatamente y vendría ella misma.

Era abril, dos meses antes del nacimiento de mi hijo, cuando advertí un cambio en Bruno. Estaba a menudo distraído. A veces no contestaba cuando le hablaba.

Le dije:

—Bruno, toda esta construcción debe ser muy costosa. ¿Por casualidad estás preocupado por los gastos? Me miró sorprendido.

—¿Qué te hizo pensar así?

—Pareces preocupado.

Frunció el ceño.

—Tal vez esté ansioso por ti.

—¿Por mí? Estoy bien.

—Tener un hijo es una prueba.

—No debes temer. Todo saldrá bien.

—Me alegraré cuando nazca nuestro hijo.

—Me asusta cuando dices «nuestro hijo» de esa manera, ¿y si tuviéramos una hija?

—Mi primer hijo debe ser un varón —dijo, y lo que yo pensaba de su cara de Profeta debió ser muy aparente—. Así será —continuó con firmeza.

Me convenció entonces, como podía hacerlo a veces, de que tenía poderes especiales.

Sonreí complacida. Varón o mujer, amaría a cualquiera de mis hijos. Pero si Bruno deseaba tan intensamente que fuera un varón, entonces yo también esperaba que así fuera.

—Me alegro que no haya necesidad de preocuparse por el dinero. Debes ser extremadamente rico. Sé que este lugar no puede estar produciendo todavía.

—Te ruego, Damask, deja esos asuntos para mí.

—No quiero que te preocupes. Tal vez debiéramos posponer algo de las construcciones hasta que la granja y el molino empiecen a dar algún beneficio.

Rio y en sus ojos había un brillo fanático.

—No dudes que yo puedo lograr todo lo que me propongo.

Se acercó y me besó en la frente.

—En cuanto a ti, Damask, todo lo que te pido es que me des un hijo.

—No veo el momento —le aseguré.

Pocas noches después me desperté súbitamente y encontré que Bruno no estaba a mi lado.

Era bien pasada la medianoche y me pregunté si habría ido hasta el scriptorium. A menudo estaba allí con Valerian y se me ocurrió que podría estar revisando las cuentas. En lo profundo de mi mente perduraba la idea de que estaba preocupado por dinero.

Me levanté de la cama y entré calladamente a la habitación de Honey; dormía en paz. Luego fui al dormitorio que compartía con Bruno y, yendo a la ventana, miré hacia afuera. No había luz en el scriptorium, de manera que Bruno no estaba allí.

Me senté en el asiento del alféizar, mirando los edificios, los claustros, las paredes grises, todo lo que podía ver de la Abadía. Me pregunté si alguna vez el anciano Abad se habría sentado en ese mismo asiento del alféizar, sin poder dormir quizá, mirando sus dominios. Miré a través a la alta torre de la iglesia de la Abadía y debajo de ella podía ver el primer estanque de peces; la luz de la luna tocaba sus aguas con una luz plateada.

El niño se movió en mí y yo coloqué la mano sobre él para tranquilizarlo con felicidad.

—Pronto ya, mi pequeñín —murmuré y nunca se esperó con más regocijo un niño.

Soñaba con mi hijo y me rehusaba pensar que fuera a ser varón; si bien yo sabía que Bruno y otros en la Abadía lo creían así. No había nadie en el lugar que no esperara con temor y reverencia el nacimiento de mi hijo. Podía entender muy bien cómo se sentía la Reina Ana Bolena cuando estuvo embarazada. Habría sido tan importante para ella tener un varón. Me preguntaba qué habría sentido cuando nació *Lady Elizabeth*. ¡Y luego cuando había dado a luz un hijo nonato! Mis pensamientos se vieron repentinamente interrumpidos porque vi claramente a la luz de la luna una figura que se deslizaba a través del césped. Al principio pensé que era un fantasma, porque la figura vestía los hábitos de un monje de San Bruno y sobre la cabeza tenía una capucha que le tapaba la cara. Este era el fantasma que yo había visto cuando visitaba la tumba de mi padre.

Me puse de pie, con las manos en el vientre como para calmar al niño. La figura provenía de la dirección de los túneles y se dirigía hacia el scriptorium.

Se volvió de pronto y miró hacia el dormitorio de los monjes y al hacerlo, la capucha cayó y vi que era Bruno.

Rápidamente se puso la capucha y entró en el scriptorium; luego vi allí la luz de una linterna.

Volví a la cama. Estaba intrigada. Podía comprender que fuera al scriptorium de noche si se le había ocurrido algún detalle, pero ¿de dónde venía y por qué debía usar el hábito de un monje? Estaba segura de que el fantasma que se había dicho que rondaba la Abadía era Bruno.

Regresé a la cama y me quedé cavilando. Debo haberme dormido, porque cuando

desperté era casi hora de levantarse y Bruno estaba junto a mí.

Tomé la repentina decisión de no decirle nada del asunto y esa decisión en sí era una indicación del cambio en la relación entre nosotros.

Menos de una semana después Bruno entró a mi sala de estar, donde estaba leyéndole a Honey, y dijo que tenía algo que decirme.

—Damask, tengo que marcharme por poco tiempo.

—¿Marcharte? —exclamé—. Pero ¿adónde?

—Es necesario que viaje al Continente.

—¿Con qué objeto?

Una leve irritación se reflejó en sus rasgos.

—Un asunto de negocios.

—¿Negocios de la Abadía?

Dijo pacientemente:

—Te darás cuenta que el desarrollo de estas tierras de la Abadía marcha de prisa.

—Advierto —repuse—, que cada día se asemeja más a la vieja comunidad.

—¿Qué puedes saber tú de la vieja comunidad, Damask? Nunca estuviste allí. Veías todo desde afuera.

—Hay varios de los monjes aquí —dije— y te consideran su Abad.

—Me consideran como su patrón, que lo soy. He dado trabajo a esos hombres, como podría darlo a cualquier trabajador.

—La diferencia está en que habían trabajado aquí anteriormente. Habían labrado la tierra y horneado el pan y pescado los peces..., y vivido una vida de soledad. ¿Qué diferencia hay entre lo que están haciendo ahora y lo que hacían entonces?

—Una gran diferencia —dijo Bruno con un toque de impaciencia—. Entonces esto era una orden monástica, algo sobre lo cual eres enteramente ignorante. Ahora es una casa señorial. Sucede que tiene rasgos monásticos porque alguna vez fue una abadía. Te ruego que no interfieras en lo que no te concierne.

—Siempre debo decir lo que pienso y siempre lo haré —me estaba excitando y temía que fuera malo para el niño, de manera que proseguí mansamente—: Me estabas diciendo que te ibas al extranjero.

—Sí, no estoy seguro cuánto tiempo estaré afuera. Podrá ser varias semanas, tal vez más.

—¿A dónde vas Bruno?

—A Francia..., a los Países Bajos quizás. No tienes nada que temer. Te cuidarán aquí.

—No temo por mí misma —dije—. No es el caso. ¿Por qué vas?

—Hay asuntos de negocios que debo atender.

—¿Negocios de la Abadía?

Estaba evidentemente impaciente por mi insistencia.

—Mi querida Damask, esta es una empresa costosa. Si hemos de continuar debemos hacer que dé beneficios. Hay ciertas raíces comestibles que se emplean comúnmente en el Continente, muy sabrosas y buenas para comer. Voy a aprender acerca de ellas. Hay zanahorias y nabos que no han sido cultivados en este país. Quiero aprender a producirlos y tal vez traer algunos conmigo. En Holanda se cultiva mucho el lúpulo para hacer cerveza. Para averiguar tales cosas es necesario que vaya y vea por mí mismo.

Parecía razonable, pero pensé en sus rondas nocturnas y me pregunté por qué habría pensado que convenía vestir hábitos de monje. Debía haber estado representando ser un fantasma. Podía querer significar que si era visto no solamente no deseaba ser reconocido sino que además quería que cualquiera que lo viera se aterrorizara.

Era misterioso. Si Honey no hubiera estado allí no hubiera podido reprimir mi curiosidad y habría pedido una explicación. Pero ese no era el momento.

Más tarde lo pensé nuevamente. Cuanto más conocía a Bruno, más me daba cuenta de que no lo conocía. Había momentos en que era un extraño para mí. Me demostraba claramente que le molestaba mi curiosidad y la relación entre nosotros dos estaba cambiando rápidamente.

A los pocos días había partido.

Un día, durante la ausencia de Bruno, Rupert llegó a la Abadía. Llamé a un mozo para que tomara su caballo y luego lo conduje al solano y mandé pedir vino. Honey entró y Rupert la tomó en brazos y la balanceó en ellos. Inmediatamente se estableció una amistad entre ellos.

—¿Está todo bien? —me preguntó ansiosamente.

Le contesté que todo estaba bien. Saboreó el vino de Eugene y dijo que era bueno.

Le conté que Eugene había venido con nosotros cuando se había marchado de la Mansión Caseman.

—Vaya, es como si la Abadía hubiera renacido —comentó.

—Es muy diferente —lo contradije con rapidez—. Esto es simplemente una casa señorial, pero como tenemos tantos edificios y la tierra debemos hacer uso de ellos necesariamente. Tenemos la intención de hacer producir la granja. Es necesario que el lugar dé beneficios.

Rupert dijo que le agradaría recorrer nuestras tierras de labranza antes de marcharse y me ofrecí a acompañarlo.

Le pregunté cómo estaba él y me respondió que se encontraba contento con su tierra. Tenía una casa pequeña pero agradable y su benévolo cuñado le había conferido el lugar, probablemente debido a la insistencia de Kate.

—Desde luego no es tan grandiosa como Remus Castle ni como la Abadía de San Bruno, pero me basta.

Me miró melancólicamente y le sugerí:

—Rupert, deberías tomar esposa.

—No tengo la intención de hacerlo —contestó.

—¿Tienes buena servidumbre?

—Por cierto que sí. Me atienden bien.

—Entonces la necesidad tal vez no sea tan urgente. Pero te gustaría tener hijos. Serías un buen padre..., y también un buen marido. No lo dudo.

—Pienso —me respondió mirándome fijamente—, que permaneceré soltero por el resto de mis días.

No pude mirarlo a los ojos. Sabía que me estaba diciendo que desde el momento que yo lo había hecho a un lado nadie más podría reemplazarme.

Después que hubo comido pastel, monté a caballo y fuimos hasta las tierras de la granja. Las recorrió cuidadosamente. Dijo que las tierras de la Abadía eran invariablemente buenas. Tendríamos una próspera granja dentro de algunos años.

Cuando era evidente que no podíamos ser oídos arrimó su caballo al mío y me dijo en voz baja:

—He estado un poco preocupado, Damask.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por algo que dijo Simón Caseman.

—Siempre he desconfiado de ese hombre. ¿Qué dijo?

—Se refirió a tu marido como el Abad y afirmó que había poca diferencia entre la Abadía de hoy y la de hace diez años.

—¿Qué quiso decir con eso?

—Entiendo que varios de los monjes han vuelto.

—Trabajan en la granja, en el molino y en el resto del lugar.

—Podría ser peligroso, Damask.

—No estamos haciendo nada contra la ley.

—Estoy seguro que no, pero corren estos rumores a causa de los monjes que han regresado y están trabajando como antes.

—Pero no estamos haciendo nada malo —insistí.

—No solamente tienes que mantenerte dentro de la ley del Rey, sino parecer hacerlo. No me gusta que Simón Caseman esté hablando.

—Habla porque él mismo deseaba la Abadía.

—Damask, si necesitaras algo, sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias, Rupert. Siempre has sido bueno conmigo.

Después que se marchó seguí pensando en él. Si hubiera podido amarlo, la vida hubiera sido menos complicada. Pero uno no puede amar a quien sería sensato hacerlo, ya que el amor y la sensatez no van de la mano.

No me arrepentía, me aseguré a mí misma. Pero me agradaba recordar que Rupert

era mi amigo leal.

Finalmente llegó el mes de junio. Bruno había vuelto hacía poco del Continente. Había contado de su viaje y yo me sentía muy poco curiosa porque la llegada del bebé era inminente.

Mi madre venía casi todos los días. Cuando quedaba satisfecha acerca de mi estado, volvía su atención al pequeño jardín que James había hecho para mí.

Ella y yo nos sentábamos allí y hablábamos de bebés. Me estaba contando que había ido a ver a la partera, quien le aseguró que todo lo que se refería a mí parecía estar yendo bien y que se esperaba un parto normal. Había arreglado para que al comenzar mis primeros dolores se la enviaría a buscar.

Sentí un repentino oleaje de afecto hacia ella.

—Nunca supe que me querías tanto —dije.

Enrojeció bastante:

—¡Tonterías! ¿No eres mi propia hija?

Unos días después mis dolores efectivamente comenzaron, pero para ese tiempo, gracias a la preocupación de mi madre, la partera ya estaba instalada en la Abadía.

Mi labor no fue prolongada y para mí, la alegría de saber que mi bebé estaría pronto en mis brazos superaba toda incomodidad.

Finalmente terminó y cuando escuché el llanto de mi hijo el corazón me saltó de alegría.

Vi a mi madre —autoritaria por una vez—, a la partera y a Bruno.

—Mi bebé... —empecé a decir.

Mi madre resplandecía.

—Un hermoso bebé sano.

Tendí los brazos.

—Después, Damask. En muy poco tiempo verás a tu preciosa niñita.

¡Una niña! Sentí lágrimas en los ojos. Creí en ese momento que yo deseaba una niña.

Reparé entonces en Bruno. No había dicho palabra. Querría ver a su hija.

Pero allí estaba la niña; la habían puesto en mis brazos y pensé:

—Este es el momento más feliz de mi vida.

Yo sabía que Bruno había estado convencido de que nuestro hijo iba a ser un varón, pero no había pensado que estaría tan amargamente desencantado.

Apenas miraba a la niña. Yo, en cambio, no podía soportar no tenerla al alcance de la vista. En esas primeras noches solía despertarme de un sueño confuso en el que ella ya no estaba más conmigo. Saltaba llamando a la niñera:

—Mi bebé ¿Dónde está mi bebé?

Tenían que asegurarme que dormía tranquila en su cuna.

La ceremonia de bautismo fue sencilla, no la solemne ocasión que se le hubiera

otorgado a un varón. Bruno no parecía interesado. Todavía demostraba su desilusión por el sexo de la niña.

Pensé: Yo cubriré su indiferencia, mi querida niña. Te amaré tanto que no echarás nada de menos.

La llamamos Catharine, una versión del nombre de Kate y el de dos Reinas. Yo la llamaba mi pequeña Cat. Era una niña fea, decía la partera y me susurraba el consuelo que siempre aquellas que nacían feas eran las verdaderas bellezas.

Estaba segura que estaba en lo cierto, porque mi pequeña Cat crecía más bonita día a día.

EL TRANSCURSO DE UNA ERA

Mi bebé crecía rápidamente. Era la alegría de mi vida. Sus manitas y piecitos me maravillaban, sus ojos eran azules y asombrados; cuando sonrió por primera vez el corazón se me llenó de un amor rebotante y nada de lo que había sucedido anteriormente me importaba, ya que me había traído a mi niña.

El mundo exterior comenzó a deslizarse dentro del pequeño paraíso que compartía con mi bebé. Llegó una carta de Kate:

«Iré a verte. Tengo que echar una ojeada a mi..., ¿qué es mío? Una especie de prima, supongo».

Sonreí. ¡Qué típico de Kate pensar en qué clase de conexión tenía la niña con ella!

«Según tú es la niña más maravillosa que jamás haya existido, pero el testimonio de una madre rara vez es veraz. De manera que debo ir a ver ese modelo de perfección por mí misma Remus se va a Escocia por asuntos del Rey. Así que mientras no está ¿por qué no ir a visitar la Abadía de San Bruno?».

Como siempre, me deleitó la idea de ver a Kate, pero me intranquilité un poco porque ella era inquisitiva y estaba particularmente interesada en la relación entre Bruno y yo, la cual no se había estrechado desde el nacimiento de Catharine. Además, yo estaba perfectamente contenta con mi hija.

A su debido tiempo llegó Kate, llena de vitalidad y tan hermosa como siempre.

—¡Qué suerte que no estamos muy distantes! —declaró—. ¿Qué hubiera sido si me hubiera casado con un *Lord* escocés? No nos hubiera sido tan fácil encontrarnos. —Me inspeccionó—. ¡Damask! ¡La madre! Te sienta, Damask. Estás más rellenita. Muy matrona. No, no es eso. Pero diferente. ¿Y dónde está ese dechado que lleva mi nombre?

—La llamo mi pequeña Cat —dije tiernamente.

Admiró a la niña.

—Sí, una pequeña belleza. Bien. Cat, ¿qué piensas de la Prima Kate?

Cat le sonrió y Kate se inclinó sobre ella y la besó.

—Ahí está, amorcito —dijo—, vamos a ser buenas amigas.

Pude ver que no estaba tan interesada en la niña como en el estado de las cosas entre Bruno y yo. Hablaba abiertamente de Remus. Se mostraba condescendiente y

tolerante, pero le estaba verdaderamente agradecida por la vida de lujo que le debía.

Carey vino con ella, un encantador niño de casi dos años, curioso, travieso y parecido a Kate.

Se interesó por la pequeña Cat y solía pararse junto a la cuna para contemplarla. Parecía que a ella también le gustaba. Y desde luego, estaba Honey, a quien yo había tenido buen cuidado de no desatender desde la llegada de mi hija. Quería que crecieran como hermanas pero supongo que era inevitable que estuviera un poco celosa, ya que no podía ocultar lo absorta que estaba con mi propia hija.

Lavaba y alimentaba yo misma a Catharine, pero siempre me aseguraba de tener a Honey cerca para que me ayudara.

—Es pequeñita, Honey —solía decirle—. No una niña grande como tú. Tiene mucho que aprender.

Eso la alegraba un poco.

—Es tu hermanita —decía y pensaba que si la historia de Keziah era cierta, Honey era en realidad la tía de mi bebé.

Pero ahora Kate estaba con nosotros y la vida cambió, naturalmente. Sentía curiosidad por todo lo que estaba sucediendo en la Abadía. La contemplaba con una especie de envidia, que me decía que se imaginaba allí en mi lugar.

Cuando Bruno se nos reunió, advertí sus sentimientos hacia él. Los sentimientos de él hacia ella estaban más encubiertos, pero sabía que no le era indiferente.

Ella estaba enterada de todo lo que estaba sucediendo en la Corte y le gustaba demostrar su superioridad en ese aspecto.

El Rey buscaba nueva esposa.

—Pobre hombre, ¡tiene tan mala suerte con sus esposas! Y ahora no hay ninguna mujer demasiado ansiosa de ese gran honor.

—Compadezco a la pobre mujer que escoja, dije.

—Será una mujer que ya haya estado casada, puedes estar segura de ello. Este nuevo estado aterrará a una muchacha soltera. Sabrás que ha sido declarada alta traición a cualquiera que se case con el Rey sin ser virgen. Los padres tienen miedo de enviar a sus hijas a la Corte.

—Quizás no se case porque ya no es joven.

—Tiene casi cincuenta años y está demasiado gordo. Pero le quedan grandes atractivos.

—¿El poder es más importante que la belleza y la juventud? —pregunté.

—El poder es la esencia misma del encanto masculino, te aseguro. Jamás amaría al pastor más hermoso del mundo pero podría sentir fácilmente afecto por un Rey envejecido.

—¡Qué cínica te has vuelto!

—No me he vuelto. Vamos, sabes que siempre lo fui.

—Bueno, te ruego que no eches el ojo al Rey, porque por raro que te parezca sentiría una punzada de dolor o dos si te cortaran la cabeza.

—Siempre ha estado firmemente plantada y tengo la intención de que allí permanezca. Mi querida prima, ¡qué placer me da estar contigo! No olvides que estoy casada con Remus y a menos que este encuentre un sangriento final en Escocia, lo cual no es difícil porque las batallas han sido crueles, no me encuentro en posición de tomar otro marido.

—Oh, Kate, ¡no hables así!

—Eres siempre la misma sentimental Damask. No, no temas por mí. Me sabré cuidar si me convierto en viuda.

—No tenía idea que *Lord* Remus se encontraba en Escocia para luchar.

De esa manera hablábamos de asuntos de la Corte, recordábamos el pasado y revivíamos incidentes de nuestra niñez como se hace con aquellos que la han compartido.

Almorzábamos a las once de la mañana y comíamos a las seis. Las comidas se servían en el gran hall y todos se sentaban a la mesa. Eso daba muy poca oportunidad para tener conversaciones íntimas. Me sentaba a un lado de Bruno, Kate del otro y a menudo encontraba un brillo travieso en los ojos de ella que no podía entender del todo. No podía descubrir los sentimientos del uno hacia el otro. Kate era alegre y burlona; él tenía una inclinación a quedarse callado, pero sabía que la observaba.

Kate escuchaba atentamente y ocasionalmente chanceaba con Bruno o conmigo.

Los niños no se nos reunían, ya que ninguno tenía edad suficiente.

Algunas veces, cuando yo estaba en la nursery, Kate solía vagar por los predios de la Abadía.

Una vez regresó y dijo:

—Damask ¿qué está sucediendo aquí? Esto se está convirtiendo en un monasterio y Bruno es como un Rey en sus dominios. Dudo que haya otra comunidad tan rica en Inglaterra en estos tiempos. ¿Qué sabes de Bruno?

—No te entiendo, Kate.

—Tendrías que conocerlo. Es tu marido.

—Desde luego que lo conozco —sabía que mentía hasta cuando estaba diciendo esas palabras.

—¿Cómo es..., como marido?

—Es un hombre ocupado. Hay mucho que hacer.

—¿Es afectuoso, bondadoso, Damask? ¿Te ama apasionadamente?

—Haces demasiadas preguntas.

—Quiero saber, Damask. ¿Quería un hijo varón, no es así? ¿Qué dijo cuando descubrió que tenía una hija? —se rio casi triunfalmente y la odié en ese momento, porque sentí que se alegraba de que yo hubiera tenido una hija y no el hijo que Bruno

anhelaba.

—Quería un hijo. Es cierto, quería un hijo. ¿Qué hombre no lo desea? Se desilusionó un poco.

—¿Solamente un poco? Los padres están generalmente contentos con lo que llega. No así los Reyes..., y aquellos que son Reyes. ¡Pobre Ana Bolena! Perdió la cabeza por no haberle dado un hijo al Rey.

—Perdió la cabeza porque el Rey prefirió otra mujer.

—Si ella hubiera tenido un hijo, él nunca se hubiera librado de ella. La taimada pequeña Jane y sus ambiciosos tíos hubieran tenido que contentarse con que ella fuera la amante en vez de la esposa. Con todo es una lección ¿no es así? Es peligroso jugar con príncipes.

Más adelante habló de cuando habíamos descubierto a Bruno y nos reuníamos todos en los terrenos de la Abadía.

—Todo lo que nos sucede tiene sus efectos —dijo Kate—. Lo que somos hoy se debe a lo que nos sucedió entonces. Los tres comenzamos a tejer una trama. Seguiremos haciéndolo por el resto de nuestras vidas.

—Quieres decir ¿Bruno, tú y yo?

—Sabes muy bien que quiero decir eso. Siempre estaremos conectados unos con otros. Seremos como los frutos de un árbol..., primero los capullos, luego el fruto y cuando llegue nuestro tiempo caeremos uno a uno. Pero siempre estaremos en la misma rama, Damask. Recuerda eso.

Lo recordé después que se hubo ido y me pregunté que se dirían Bruno y ella cuando se encontraban y yo no estaba presente, qué sucedía entre ellos.

Pero no me parecía de gran importancia. Estaba absorta en mi hija.

En diciembre el Rey marchó hacia Escocia y derrotó a los escoceses en Solway Moss. No hablábamos mucho de la guerra. Escocia parecía muy distante. Pero, debido a sus servicios a la Corona, el Rey otorgó a *Lord Remus* una propiedad en la Frontera, y él permaneció allí durante algunos meses, de manera que Kate vino a visitarnos una vez más.

Sabía que nos había dejado muy reticentemente. La Abadía la fascinaba todavía como lo había hecho cuando éramos niños. A veces vagaba sola y creo que iba a menudo al lugar donde solíamos reunirnos. No era sentimental, insistía, era simplemente un lugar agradable y era bastante divertido recordar los viejos tiempos.

Una o dos veces la vi con Bruno. Me preguntaba si le contaría sus planes y si ella lo habría prevenido sobre la inconveniencia de revivir antiguos tiempos en la Abadía.

Decía que yo me había convertido en ama de casa, en la madre remilgada, que mis pensamientos se desviaban hacia la nursery cuando ella deseaba discutir algo serio conmigo.

Kate tenía muchos chismes de la Corte, como de costumbre, ya que el Rey había

encontrado nueva esposa.

—¡Pobre dama! —exclamaba Kate—, dicen que está un poco reticente. Adora a Thomas Seymour. ¡Qué hombre! Tío del joven Príncipe Eduardo e irresistible. Pero el Rey ha puesto sus ojos en ella, de manera que Master Thomas deberá echarse atrás, a pesar de toda su piratería y *Lady Catalina Parr*, ¡otra Kate!, a su pesar no tendrá otra alternativa.

Y así fue, ya que en pocas semanas el Rey desposó a Catalina Parr.

En agosto descubrí que estaba nuevamente encinta. Bruno estaba encantado. Yo le había fallado en mi primer intento pero había demostrado que era fértil y ahora le daría el varón.

La idea de tener otro hijo me deleitaba y ese estado de euforia me inundó nuevamente. Apenas advertía otra cosa. Una vez más hablaba de niños con mi madre; saqué toda la ropita que Catharine había usado cuando bebé. No pensaba en otra cosa que mi hijo. Se acercaba Navidad nuevamente. Ya había dicho a las niñas que a su debido tiempo tendrían un hermanito o hermanita para reunirse con ellas en la nursery. Pensé que Honey parecía un poco hosca.

Me dijo:

—No quiero. No quiero a Cat aquí. No quiero más que a Honey..., como era antes.

Los celos eran algo que yo siempre había temido y había tratado de evitar. Traté de quitárselos, de mostrarle que no había diferencias.

Me preguntó a quién quería más; si a ella, a Catharine o al nuevo bebé que vendría.

Repuse que los amaba a todos por igual.

—¡No es así! —exclamó—. ¡No es así!

Me perturbó mucho. Desde luego, era cierto. Le tenía más cariño a Cat. ¿Pero cómo podía evitar amar más tiernamente a mi propia hija? Al día siguiente de esa conversación, Honey desapareció. Me sentía llena de remordimiento, acusándome a mí misma. Tenía que encontrarla rápidamente. Esto no era fácil. Busqué por la casa; luego llamé a Clement. Ella había sido siempre su favorita y pensé que podría conocer algún escondite secreto que ella tuviera.

Estaba preocupado. Sus primeros pensamientos fueron para los estanques de peces. Se quitó el gran delantal blanco y con las manos todavía enharinadas, corrió tan rápido como pudo hasta los estanques.

Afortunadamente dos de los pescadores estaban allí. Dijeron que habían estado toda la mañana y que con seguridad hubieran visto a la niña si hubiera ido hacia allí.

Nos sentimos muy aliviados. Para entonces ya Eugene se nos había reunido, también estaban las niñeras y Clement pensó que sería mejor si nos repartíamos y hacíamos dos o tres grupos de búsqueda. De manera que hicimos eso. Yo fui con una

de las jóvenes niñeras, una chica de catorce años llamada Luce.

Pensé de pronto en los túneles. Nunca los había explorado. Muchos de ellos estaban bloqueados y Bruno había expresado el deseo de que nadie intentara penetrar en ellos, ya que temía que fueran peligrosos. Cuando era niño había habido un derrumbe de tierra en uno de ellos y un monje había sido enterrado vivo.

Pensé en eso y corrí hacia los túneles e imaginaba a la pequeña Honey herida porque creía que había sido desplazada por mi propia pequeña.

Yo le había dicho que no debía acercarse a los túneles ni a los estanques de peces, pero sabía que cuando los niños desean atraer la atención sobre sí mismos o se sienten desgraciados por alguna insignificancia la primera cosa que hacían era desobedecer.

Para llegar al túnel era necesario descender por una escalera de piedra y empecé a hacerlo. La joven doncella permaneció arriba muy asustada para bajar, pero yo estaba demasiado angustiada por Honey para tener miedo.

Gritaba su nombre a medida que avanzaba. Como venía de la luz brillante del sol, no pude ver nada durante un momento. Y luego, repentinamente, salió de la oscuridad una figura. Sentí un escalofrío que me recorría la espina dorsal. Avancé un escalón..., el escalón no estaba y caí dos o tres escalones hasta dar en el suelo húmedo.

La figura se inclinó sobre mí. Di un alarido. Una voz dijo:

—¡Damask! —Era Bruno el que estaba encima mío y podía sentir su enojo.

—¿Qué haces aquí?

—Me..., me caí.

—Ya sé eso. ¡Viniste aquí a oscuras! ¿Con qué objeto?

—Honey se ha perdido —dije. Me ayudó a ponerme de pie. Estaba temblando.

Dijo:

—¿Estás bien? —Había ansiedad en su voz y pensé con resentimiento: No es por mí. Es por el niño que llevo.

Repuse temblorosa:

—Sí, estoy bien. ¿Has visto a Honey? Se ha perdido.

Estaba impaciente.

—Te he pedido que no entres en estos túneles.

—Nunca lo hice anteriormente. Fue por la niña.

—No está aquí. La hubiera visto.

Me tomó del brazo y subimos juntos las escaleras. Una vez arriba me estudió con intensidad. Luego dijo:

—Nunca vuelvas a bajar allí. Es peligroso.

Pregunté:

—¿Y tú, Bruno?

—Yo conozco esos túneles. Los conocí de niño. Sé cómo tener cuidado.

Estaba demasiado preocupada por Honey para cuestionar eso en ese momento pero lo recordaría más adelante.

Nos dejó abruptamente y la niñera y yo volvimos a entrar en la casa. Honey no había sido hallada todavía. Estaba poniéndome frenética cuando un chico vino con un mensaje. Honey estaba en la cabaña de la Madre Salter. ¿Podía ir a buscarla lo antes posible? No perdí tiempo y fui inmediatamente hacia la cabaña en el bosque.

El fuego ardía como antes y sobre este estaba la olla tiznada. De un lado del fuego estaba sentada la Madre Salter; no parecía haber cambiado desde que la había visto por primera vez y en el asiento al otro lado del fuego estaba Honey. Tenía la cara tiznada y su vestido estaba sucio. Di un grito de alegría y corrí hasta ella. La hubiera abrazado pero ella me apartó. Yo advertía los ojos escrutadores de la Madre Salter.

—¡Honey! —exclamé—. ¿Dónde has estado? Estuve tan asustada.

—¿Creíste que me habías perdido?

—Oh, Honey. Tenía miedo que algo terrible te hubiera sucedido.

—No te importaría. Tienes a Catty y al nuevo que viene.

—Oh, Honey, no creas que eso quiere decir que pueda soportar separarme de ti. Todavía estaba medio hosca.

—Tú puedes soportarlo —dijo—. Te gusta más Catty.

—Honey, las quiero a las dos.

—La niña no piensa eso —era la Madre Salter hablando con su voz baja como un graznido.

—Está equivocada. He estado frenética de ansiedad.

—Llévala entonces. Harías bien en amarla.

—Vamos, Honey —dije—, quieres venir a casa, ¿no es verdad? ¿No quieres quedarte aquí?

Miró a su alrededor y pude ver que estaba fascinada con lo que veía.

—A Wrekin le gusto.

—A Spot y Pudding también les gustas —observé nombrando a dos de nuestros perros.

Asintió con gusto. Había tomado su mano y no se resistía. Seguía contemplando la habitación y como todavía no había aprendido a disimular sus sentimientos pude ver que la estaba comparando con la comfortable nursery de la Abadía. Quería volver a casa, pero no quería que yo tuviera una victoria demasiado fácil. Conocía a Honey. Era una criatura posesiva, celosa. Durante algún tiempo me había tenido para ella y le resentía profundamente tener que compartirme.

—Es igual con todos los niños mayores —dije a la Madre Salter.

—Cuida de esta niña —dijo—. Ten el mayor cuidado.

—Siempre lo he hecho.

—Será mejor que lo hagas.

—No es necesario amenazarme. Amo a Honey. Fueron celos. ¿Cómo llegó hasta aquí?

—Yo velo por esta niña. Se escapó y se perdió en el bosque. Lo supe y envié un chico por ella. Él me la trajo.

Sus ojos estaban velados; la boca sonreía pero los ojos estaban fríos.

—Sabría si le faltara algo —continuó.

—Entonces sabes lo bien cuidada que está.

—Llévate a la niña. Está cansada. Sabrá venir si se encuentra en apuros.

—Nunca estará en apuros mientras yo esté para cuidarla.

Cuando dejamos la cabaña oprimí fuertemente la mano de Honey.

—Nunca, nunca vuelvas a escaparte —dije.

—No lo haré si me quieres más a mí..., más que a Cat..., más que al nuevo.

—No puedo quererte más, Honey. No hay tanto amor en el mundo. Te puedo querer igual.

—No quiero al nuevo. Le dije a la Abuelita Salter que no quiero al nuevo.

—Pero así serán tres. Tres es mejor que dos.

—No —dijo firmemente—. Uno es mejor que todo.

La llevé a casa y le lavé la suciedad de la cara, le di leche y una gran rebanada de un pan redondo recién horneado por Clement que tenía una gran H. Esto le encantó y se sintió feliz nuevamente.

Pero cuando estuvo en la cama me sentí atravesada por unos dolores atrozadores y esa noche perdí mi hijo.

Mi madre, al oír lo que había ocurrido, había venido enseguida trayendo a la partera con ella.

—Hubiera sido un varoncito —dijo la partera.

No le creía del todo; era una de esas tenebrosas mujeres que les gusta la tragedia. Sabía que deseábamos un varón.

Era una gran suerte, insinuó, que yo hubiera sobrevivido y eso se debía a su gran habilidad. Estuve confinada en mi cama por una semana y durante ese tiempo tuve tiempo de pensar. No podía olvidar la cara de Bruno cuando supo lo que había pasado. ¿El precioso niño perdido? Con seguridad que el mismo Rey no habría parecido tan terrorífico cuando estuvo junto a la cama de su triste Reina. En ese momento hasta me pareció ver odio en su cara.

Pensé mucho acerca de Bruno. Recordaba haberlo visto por la noche desde mi ventana. Venía de los túneles. ¿Y por qué había estado en los túneles ese día que yo había ido en busca de Honey? Si había peligro de desmoronamientos de tierra, los había en cualquier momento y no era más seguro para él que para cualquier otro.

En abril del año siguiente supe que estaba de nuevo encinta. El cambio en Bruno

cuando lo supo fue asombroso. Deseaba apasionadamente tener hijos y sin embargo, cuando llegaban era indiferente a ellos..., al menos lo era con Catharine. Desde luego, siempre demostraba resentimiento frente a Honey. ¿Cómo sería si mi hijo era un varón? ¿Trataría de quitármelo? Algunas veces me volvía extrañamente aprensiva.

¿Qué sabía de este extraño hombre que era mi marido? ¿Qué había sabido nunca? Sentía que lo comprendía y por esa razón podía sentir ternura hacia él, pero estaba empezando a ver lo felices que podríamos haber sido. Esta reconstrucción de nuestro pequeño mundo era un proyecto fascinante. Dábamos trabajo a numerosa gente y la vecindad volvía a prosperar: la gente estaba empezando a mirar ahora a la Abadía casi como en los viejos tiempos. Qué vidas útiles y felices hubiéramos podido llevar si Bruno no hubiera estado poseído por una necesidad de probarse a sí mismo que era sobrehumano. Lo vi menos durante mi embarazo. Trabajaba frenéticamente. Nos habíamos mudado de la Residencia del Abad a la fraternidad de los monjes mientras se reconstruía la Residencia. Bruno había diseñado la casa con el estilo de un castillo.

Había algo fantasmal en las dependencias de los monjes. No había una habitación suficientemente grande como para que la compartiéramos así que ocupábamos cámaras separadas. Honey y Catharine tenían una celda para ellas; podrían haber tenido una cada una, había suficientes celdas, el cielo lo sabía, pero yo temía que pudieran asustarse. Yo misma creía imaginarme que oía pasos furtivos por la noche y a menudo en la escalera de caracol creía ver una figura fantasmal. Desde luego, era imaginación, pero yo solía permanecer despierta y pensar en los monjes que habían vivido en ese lugar durante doscientos años.

A veces solía levantarme por la noche y miraba a través de la rejilla en la puerta de las niñas, sólo para asegurarme que estaban bien. Me alegraría cuando nos mudáramos de regreso a nuestra casa terminada. Pero cuando estaba encinta lo que sucedía fuera de mi pequeño mundo tenía menor importancia. Era la clase de mujer que es primero madre; hasta mis sentimientos por Bruno eran maternos. Tal vez si no hubiera sido así hubiera estado más atenta a lo que estaba ocurriendo a mi alrededor.

Algo cambió en la Mansión Caseman.

No visitaba a menudo la casa porque no deseaba ver a Simón Caseman, pero mi madre estaba lejos de ser sutil y dejaba escapar trozos de información. Me había contado que algunos de los ornamentos que solían estar en la capilla habían sido vendidos, y una vez dejó escapar que había un ejemplar de la traducción de Tindall de la Biblia en un sitio secreto de la capilla.

Si Simón Caseman estaba abrazando la doctrina de la Iglesia Reformista, estaba en gran peligro, así como yo temía que podía estarlo Bruno trayendo monjes a la Abadía.

Fue un verano raro; se podía oír el sonido de los trabajadores en sus tareas

durante los largos días. Veía a Bruno menos y menos, y a menudo pensaba que mientras los hombres estaban levantando las paredes de nuestro grandioso castillo, él estaba construyendo rápidamente una pared entre nosotros que se estaba volviendo tan alta que amenazaba dejarlo a él fuera de mí.

Ocasionalmente oía noticias del exterior. El Rey había sido declarado por el Parlamento Rey de Inglaterra, Francia e Irlanda, Defensor de la Fe y Cabeza Suprema de las Iglesias de Inglaterra e Irlanda.

El Arzobispo Cranmer, que se inclinaba hacia la religión Reformista, señaló al Rey que si la gente podía rezar en inglés entendería lo que rezaba y sus plegarias serían más fervientes. El Rey vio la ventaja de esto y permitió al Arzobispo que compusiera unas pocas plegarias en inglés y se rezaran en las iglesias.

Si yo no hubiera estado tan absorta en las niñas podría haber advertido el creciente conflicto de un país, como se lo podía sentir tan definidamente en las dos casas.

Luego oímos que el Delfín de Francia había dirigido un ejército contra el Rey y recapturado Boulogne.

—Podría haber sido una historia diferente —oí decir a Clement—, si Master Cranmer no hubiera intentado traer esas nociones Reformistas. Dios está claramente disgustado.

En los viejos tiempos mi padre hubiera discutido los cambios conmigo. Hubiera considerado las virtudes de la vieja y nueva Iglesia. Indudablemente hubiéramos desafiado la ley y tenido una copia de la Biblia de Tindall en la casa. Sabía que había una en Caseman Court. Esperaba que no fuera descubierta por nadie. Sabía lo que podía significar para mi madre y los mellizos. Por Simón Caseman no podía sentir preocupación alguna.

A medida que mi momento se acercaba empecé a sentirme muy enferma.

Noviembre era un mes oscuro y melancólico y yo no tenía deseos de pasar Navidad en los aposentos de los monjes. Contemplaba la transformación de la Residencia del Abad y me parecía que cada día se asemejaba más y más al Castillo Remus, sólo que era más grandiosa en todo sentido.

Un día, dos meses antes de tiempo, nació el niño, un varón muerto.

No supe esto hasta una semana más tarde. Yo misma había estado cerca de la muerte.

Bruno escribió a Kate pidiéndole que viniera a cuidarme. *Lord* Remus estaba ahora en Calais con las fuerzas que protegían la ciudad para el Rey. Kate vino sin demora.

Se impresionó al verme.

—Vaya, has cambiado, Damask —dijo—. Estas más delgada y tienes la cara más afilada. Has crecido. Te ves como si hubieras pasado por experiencias que han cambiado a la Damask que conocía.

—He perdido dos hijos.

—Muchas mujeres pierden hijos —dijo ella.

—Quizás las cambie a todas.

—Si son como tú. Eres la eterna madre. Damask ¿te has dado cuenta lo diferentes que somos y cómo cada uno de nosotros tiene características distintas?

—¿Quieres decir toda la gente?

—Quiero decir nosotros..., nosotros cuatro..., los de la rama que una vez te hablara. Éramos cuatro..., tú, yo, Rupert y Bruno..., todos juntos de niños.

—Bruno no era uno de nosotros.

—Oh, sí lo era. No estaba bajo nuestro techo pero era parte de nuestro cuarteto. Tú eras la eterna madre; yo la buscona; Rupert la buena influencia estable.

Hizo una pausa.

—¿Y Bruno?

—Bruno es el misterio. ¿Qué sabes de Bruno? Me gustaría descubrirlo.

—Parece que lo conociera menos y menos.

—Así sucede con los misterios. Cuanto más penetra uno en el laberinto, más se pierde. Debiste haberte casado con Rupert. ¿No te lo dije siempre?

—¿Cómo sabías lo que yo debía hacer?

—Porque en algunas cosas soy más sabia que tú, Damask. Carezco de tus conocimientos de griego y de latín pero sé otras cosas que son más importantes. Has estado muy enferma. Cuando lo supe me desesperé. ¡Ahí tienes! ¿Qué piensas de eso?

—Querida Kate.

—No, no soy tu querida Kate. Soy una mujer con intenciones, como bien lo sabes. Nada me cambia. Ahora te alegraré..., no con pociones ni bebidas ni hierbas. Dejo eso para tu madre. Te animaré con mi charla incesante. Dime, ¿te ama Bruno?

—No ama como otra gente lo hace.

—Bruno ama apasionadamente..., a sí mismo. Tiene un gran orgullo espiritual. De manera que construirá un gran castillo; tendrá un hijo para que lo siga. Será el señor de este mundo encerrado. Restaurará la Abadía.

—Podría ser traición.

—Los reyes no viven para siempre. Pero nuestra conversación se torna peligrosa y hablando de Reyes, antes que Remos saliera para Calais fue muy graciosamente recibido por la Reina.

—Cuéntame de ella.

—Una dama bondadosa y tranquila, con una especie de belleza diferente de las damas inglesas que antes habían atraído los caprichos del Rey. Es una excelente enfermera. He oído que nadie venda su pierna mejor que ella. Pero tontea con la religión Reformista.

—Kate, ¿cuánta gente está murmurando eso, piénsalo?

—Más y más cada día. Y te diré que la sexta esposa del Rey ha estado recientemente en peligro de perder su cabeza por ello.

—Pero yo creía que era tan buena enfermera para él.

—Indudablemente eso la salvó. El Obispo Gardiner ha estado trabajando en contra de ella. ¿Has oído hablar de Anne Askew?

Por supuesto que había oído hablar de Anne Askew, que se había declarado públicamente a favor de las ideas Reformistas y había sido enviada por ello a la Torre. Había sido cruelmente torturada en el potro y arrojada finalmente a las llamas.

—Es sabido —siguió Kate—, que mientras Anne Askew estuvo en prisión la Reina le envió comida y ropa de abrigo.

—Un acto de misericordia.

—Que podría ser malinterpretado por aquellos que sostienen la antigua fe como un acto de traición. Se dice que la esposa del Rey ha estado a punto de perder la cabeza.

Tuve un escalofrío.

—Qué cerca están las reinas de la muerte —dije.

—Que cerca estamos todos de la muerte —repuso Kate.

Poco tiempo después Kate nos dejó y me sorprendí cuando un mensajero me trajo una carta suya en la que me decía que esperaba un hijo:

«Remus está fuera de sí de regocijo. En cuanto a mí, estoy menos regocijada. Deploro los largos meses de impotencia tanto como el doloroso y humillante clímax. Cómo desearía que hubiera otro modo de tener hijos. Cuánto más digno sería si uno pudiera comprarlos como compra un castillo o una residencia y elegir el que uno desee. ¿No sería eso más civilizado que este proceso animal?».

Confieso que sentí un pinchazo de envidia. Pensé con ardiente resentimiento en mi niño que había tenido que morir, en lo mucho que lo deseaba. Y Kate iba a tener otro hijo, si bien no estaba hecha para ser madre.

Durante los meses siguientes me dediqué a mis niñas. Trataba de no lamentarme por mi hijo perdido. Contemplaba el gradual crecimiento de nuestro castillo y me asombraba que Bruno tuviera riquezas tales como para ser capaz de crear semejante lugar.

Cuando le pregunté acerca de ello demostró gran disgusto. Había cambiado con respecto a mí. El desencanto por la pérdida del niño era intenso y no hacía ningún secreto de ello. No podía evitar pensar en la pobre Ana Bolena cuando no había

podido dar a luz un niño. Luego recordé a Kate que se había referido a Bruno como un Rey. ¿Dónde estaba el muchacho joven y apasionado que me había cortejado? Algunas veces me preguntaba si esa no había sido una representación que había llevado a cabo él con algún propósito. ¡Propósito! Eso era. Había habido algún propósito detrás de todo lo que había sucedido desde su regreso.

Mi madre me visitaba frecuentemente, ya que yo no iba a la Mansión Caseman.

—Tu padrastro se maravilla ante la magnificencia de este nuevo lugar que están construyendo. Dice que tu marido debe ser un hombre de una riqueza ilimitada.

—No es así —dije rápidamente—. Sabes que la Abadía le fue conferida. Tenemos los elementos que necesitamos. Estamos usando los ladrillos de los aposentos de los seglares, así no es tan costoso.

—Tu padrastro dice que hay un movimiento en el país para traer de vuelta los monasterios y que los monjes se están reuniendo y viviendo juntos como lo hacían antes. Tu padrastro dice que ese es un modo muy peligroso de vida.

—Mucho más peligroso madre, es ocuparse de las nuevas ideas.

—¿Por qué no podrá ser sensata la gente y vivir para sus familias? —dijo con irritación. Estuve de acuerdo con ella.

Traía los mellizos y los niños jugaban todos juntos mientras los observábamos tiernamente y nos reíamos de sus travesuras. Vi lo que Kate quería decir. Mi madre y yo éramos iguales después de todo, las eternas madres, como diría Kate.

A su debido tiempo nació el hijo de Kate. Escribió: *«Es un niño sano y ávido. Remus está más orgulloso que un pavo real»*. Cuando le conté a Bruno vi que el mármol de su piel se sonrojaba.

—Un varón —comentó—. Ciertas mujeres tienen hijos varones.

Era un reproche y exclamé:

—¿Fue culpa mía que mi hijo naciera muerto? ¿Crees que me alegró?

—Estás histérica —me dijo fríamente.

Me sentí envidiosa de Kate y mi corazón ardía de resentimiento porque mi hijo había muerto, mientras que Kate, que nunca había estado dispuesta a ser madre, tenía el suyo.

Deseaba ir al bautismo.

«Trae las niñas», había escrito. *«Carey no hace otra cosa que mortificarme para que vengan Honey y Catharine. Ha pensado toda clase de formas para molestarlas»*. Bruno no hizo nada para impedirme ir al Castillo Remus, de modo que a su debido tiempo salí hacia allí con las dos niñas. El niño de Kate se llamó Nicholas.

—Por el santo —dijo.

Después de un tiempo Kate abrevió su nombre llamándolo «Colas».

Antes que regresara a la Abadía nos llegó la noticia de que el Rey había muerto.

Estaba en camino de regreso a la Abadía cuando vi pasar el cortejo fúnebre de

Westminster a Windsor. El coche fúnebre con sus ochenta cirios, cada uno de sesenta centímetros de largo y los estandartes de los santos hechos en oro sobre damasco y el dosel de seda orlado de seda negra y oro, eran muy impresionantes. Era el fin de una era. Me pregunté qué auguraría el futuro.

Teníamos un nuevo Rey, Eduardo, que sólo tenía diez años, demasiado joven para gobernar, pero tenía un par de tíos poderosos y ambiciosos.

Llegué a la Abadía. Parecía levantarse amenazadoramente y sentí poca confianza en el futuro.

LOS AÑOS TRANQUILOS

Había consternación en la Abadía. James, uno de los pescadores, que había ido a la Ciudad a vender el sobrante de pescado que había sido salado, regresó con la noticia de que había visto retirar imágenes de las Iglesias y que las quemaban en las calles. Se había sumado a una multitud en el Chepe y había escuchado conversaciones calamitosas.

—Este es el fin de los papistas. Los ahorcarán en sus Iglesias no en mucho tiempo.

El nuevo Rey se inclinaba hacia las ideas Reformistas y estaba rodeado por los que compartían sus puntos de vista. Las oraciones se decían en inglés en su capilla y ya no sería infracción poseer una traducción de la Biblia.

Mi madre nos visitó con las primeras flores de primavera de su jardín.

—El Rey ha muerto, Dios se apiade de su alma —dijo—, y parecería que estamos ante el comienzo de un nuevo y glorioso reinado.

Sabía que estaba repitiendo lo que había oído y adiviné que Simón Caseman era uno de los que no estaban disgustados con el vuelco de los acontecimientos.

Sin embargo, yo estaba intranquila. Bruno tendría que ser precavido. Si la nueva religión se veía favorecida, aquellos que tuvieran autoridad mirarían con malos ojos una comunidad tal como la que Bruno estaba intentando construir y, si bien él podría tratar de dar la impresión de ser simplemente la cabeza de una gran propiedad de campo, con seguridad estaría bajo sospecha.

Debido a que el Rey era demasiado niño para reinar, su tío, el Conde de Hertford, fue hecho protector. Inmediatamente fue nombrado Conde de Somerset y se convirtió en el hombre más poderoso del país. Era ambicioso y deseaba proseguir la guerra, y a menos de seis meses después de la muerte de Enrique VIII, marchaba a Escocia. Remus estaba con él y tomó parte de la famosa batalla de Pinkie Cleugh, una costosa victoria para el Protector.

También nos trajo la guerra a casa —en el pasado todo había parecido demasiado distante para preocuparnos— ya que Remus fue muerto en «Pinkie».

Kate nos escribió acerca de su valiente querido Remus, pero no estaba en su naturaleza condolerse o fingir una pena que no sentía. Ahora era rica y libre, de manera que supuse que no se afligiría por mucho tiempo.

Nuestro castillo estaba ahora terminado. Lo llamo castillo si bien todavía llevaba el nombre de Abadía de San Bruno, porque con sus paredes de piedra gris y su estilo gótico, tenía un aspecto medieval.

Si bien el exterior era el de una fortaleza medieval, el interior poseía todo el lujo y la elegancia que imaginaba que podría encontrarse en lugares tales como Hampton Court.

Cada torre tenía cuatro pisos y en cada uno había una cámara hexagonal. Estas torres eran como pequeñas casas en sí mismas y sería posible vivir allí bastante aparte del resto de la casa. Bruno tomó una de estas como propia y pasaba allí gran cantidad de tiempo. La habitación más alta era el dormitorio y desde que se mudó a su nueva vivienda lo veía muy poco.

Había un gran hall de banquetes y Bruno quería tapices finos para este. Fue a Flandes a buscarlos y se colgaron en las paredes; al final del hall había un estrado donde se había colocado una pequeña mesa de comedor, que era para Bruno y sus invitados de honor, mientras que el resto de la casa comía en la gran mesa.

Cuando veía este sitio no podía entender por qué Bruno lo había reconstruido. Algunas veces pensaba que quería vivir como un gran señor y otras me preguntaba si estaba intentando establecer una orden monástica.

Dimos una gran recepción cuando fuimos a vivir al castillo y muchos de nuestros vecinos fueron invitados; Simón Caseman vino con mi madre; Kate también vino.

El gran hall estaba decorado con hojas y flores de nuestros jardines y fue una ocasión grandiosa por cierto.

Estuve parada junto a Bruno recibiendo a nuestros invitados y rara vez lo vi tan excitado como en esa oportunidad.

Me senté en el estrado a su derecha, Kate a su izquierda. Simón Caseman y mi madre estaban allí. Bruno me había dicho que invitara a algunos de los hombres ricos que mi padre había conocido y yo lo había hecho. Todos habían venido, ansiosos por ver si los rumores que habían oído acerca de la reconstrucción de la Abadía eran ciertos.

Hubo un festín, ya que Clement se lució. Nunca vi tal aparatosidad de pasteles y tartas y grandes piernas de cordero y vaca. Habían lechones y cabezas de jabalí y pescados de todas clases. Mi madre estaba intrigada, probando esto y aquello y tratando de adivinar lo que había dado ciertos sabores.

Después hubo baile. Bruno y yo lo abrimos y luego me vi acompañada por Simón Caseman.

—No tenía idea —dijo—, que te habías casado con un hombre tan rico. Vaya, yo soy un indigente en comparación.

—Si te da rencor es mejor que no hagas comparaciones.

Bruno bailó con Kate y me pregunté de qué hablarían.

Algo extraño sucedió durante el baile, porque repentinamente una figura envuelta en negro apareció en medio nuestro, una vieja mujer envuelta en una capa, con la cabeza oculta por una capucha.

Los invitados se echaron atrás y la contemplaron, seguros, como lo estaba yo, que era portadora de algo malo.

Bruno se dirigió hacia ella.

—No he recibido invitación al baile —dijo con una risa ronca.

—No te conozco —repuso Bruno.

—Deberías hacerlo, hijo mío —fue la respuesta.

Entonces reconocí a la Madre Salter, de manera que fui hacia ella y dije:

—Bienvenida. ¿Puedo ofrecerte un refrigerio? —Pude ver sus colmillos amarillos cuando sonrió.

Y pensé: Tiene todo el derecho de estar aquí; es la bisabuela de Bruno y Honey.

—Vine con dos propósitos, bendecir o maldecir esta casa.

—No podrías maldecirla —le dije.

Rio de nuevo.

Luego alzó las manos y murmuró algo.

—Bendición o maldición —dijo—. Ya descubrirás cuál es.

—Pedí entonces vino, porque me vi colmada de una terrible premonición de desastre y en ese momento recordé que después que Honey se había perdido en el bosque yo había perdido mi hijo.

Bebió el vino y luego caminó alrededor del hall. Los invitados retrocedían cuando ella pasaba. Cuando llegó a la puerta dijo una vez más:

—Bendición o maldición. Eso lo descubrirán. —Y con eso se marchó.

Hubo un silencio y luego todos comenzaron a hablar a un tiempo.

Era una especie de entretenimiento, decían. Era un cómico disfrazado de bruja.

Pero algunos habían reconocido a la Madre Salter, la bruja del bosque.

Unos meses después de nuestro gran baile Honey se resfrió. No era gran cosa, pero siempre me intranquilizaba cuando cualquiera de las niñas no estaba bien.

Esa noche fría de enero empezó a toser. Me levanté de la cama y fui a la habitación de las niñas. Catharine dormía tranquila en su cuna. Honey, que ya era lo suficientemente grande para tener una cama me dio esa mirada de intenso amor cuando aparecí.

Le di su bebida, le acomodé las almohadas y puse un brazo alrededor de ella, que se recostó soñolienta y feliz.

Pienso que estaba casi contenta de tenerlos para poder contar con mi atención especial.

—Cat está profundamente dormida —susurró encantada—. No dejes que se despierte. Esto es lindo.

Se acurrucó contra mí. La miré; las pestañas espesas hacían un encantador semicírculo contra la palidez de su piel. Su abundante pelo negro le caía sobre los hombros. Iba a ser nuestra belleza. Catharine era vivaz, despreocupada, alegre; Honey era intensa y apasionada.

Catharine era encantadora, más amorosa, menos exigente, pero Honey era la belleza. Hasta ahora me perturbaba por su continua vigilancia por si yo demostraba

querer más a Catharine que a ella. Yo era el centro de su mundo.

Retiré suavemente el brazo y me deslicé a mi propia habitación cuando vi que Honey se había dormido.

Era una noche de luna y pensando todavía en las niñas, fui hasta la ventana y miré afuera. La vista de los edificios de la Abadía nunca dejaban de fascinarme y no podía acostumbrarme a vivir en semejante lugar. Pensé en lo extraño de mi vida y la de mi marido, y cuando traté de analizar mis sentimientos por él no pude hacerlo. Había empezado a sospechar que no deseaba hacerlo porque tenía miedo de lo que pudiera encontrar. En tantas formas era un extraño para mí. Nuestra proximidad siempre había sido física. Todavía éramos amantes. ¿Era porque los dos éramos jóvenes y sentíamos la necesidad de ese contacto? A menudo me sentía completamente excluida de sus pensamientos y me pregunté si él sentiría así también, o si ni siquiera consideraba el asunto. Lo había desilusionado porque no le había dado un hijo varón. Todavía esperábamos tenerlo.

Luego empecé a pensar en Rupert y en la ternura que demostraba por mí cada vez que nos encontrábamos y admití que era eso algo que echaba de menos en Bruno. ¿Había sido tierno alguna vez? Desvié mis pensamientos porque temía hacer algún descubrimiento.

Y entonces vi una figura surgir a la luz de la luna, Bruno, viniendo nuevamente de los túneles. Lo vi avanzar hacia la torre. Lo vi entrar. Observé y luego vi la luz de la linterna en su ventana.

Era la segunda vez que lo veía salir de los túneles por la noche. Me pregunté por qué. Podía ser solamente porque no deseaba que nadie supiera que él estaba allí.

Volví a mi cama. Me pregunté si vendría.

No lo hizo. Y a la mañana me dijo que debía realizar otro viaje al Continente. Esta vez deseaba comprar más tapices para las paredes de algunas de nuestra habitaciones.

Más adelante se me ocurrió que en la otra oportunidad en que lo había visto por la noche inmediatamente después había partido para el extranjero.

Me pregunté si esto tendría algún significado. Era típico de nuestra relación que yo sintiera que no era posible preguntárselo.

Mi madre vino a visitarme a la Abadía, con su canasta llena de lociones y ungüentos.

—Mi querida hija —exclamó—, cuida a las niñas. Uno de nuestros hombres vino de la ciudad con el cuento de que vio morir un hombre en Chepe. Vio otro en una de las barcas, en las escaleras de Westminster. Tenemos la peste entre nosotros.

Me alarmé por las niñas. Les di los remedios de mi madre y les prohibí que salieran de la casa, pero ¿cómo podía estar segura de que alguien no hubiera traído la temible plaga a la Abadía? Honey, sintiendo mis temores, se mostraba aterrada, se

colgaba de mí como si temiera que yo le fuera a ser arrancada. Catharine se mostraba desdeñosa y trató de escaparse cuanto podía. La reprendí y se mostró penitente, pero yo sabía que se olvidaría de la advertencia al minuto siguiente.

Kate vino en nuestra ayuda.

He oído que hay peste en Londres. Estás demasiado cerca para que me quede tranquila. Debes traer a las niñas a Remus. Aquí estarán a salvo del mal.

Yo me sentí encantada y me preparé para partir a Remus Castle.

La viudez le sentaba a Kate. Era rica y si bien hasta el momento nadie había pedido su mano, la muerte de su marido era demasiado reciente, uno o dos se estaban tomando su tiempo, si bien no esperarían mucho, ya que el rápido casamiento del Rey con Jane Seymour antes que Ana Bolena estuviera fría en su tumba había sentado un precedente.

Lord Remus nunca había sido un esposo exigente y siempre había estado dispuesto a malcriar a su mujer, pero ahora Kate era la dueña y señora de la casa y estaba decidida a disfrutar de su nuevo estado.

Tenía vestidos de terciopelo y seda y nunca había visto tales frunces y pliegues de mangas anteriormente.

—No sabes nada de las modas de la Corte —me dijo despreciativamente.

Carey era ahora *Lord* Remus; era un caballero muy importante. Alguien le había dicho que tenía que cuidar de su madre, con mucha ironía, ya que ninguna mujer podía cuidarse mejor que Kate misma, pero Carey lo tomó en serio. Sabía montar bien y estaba aprendiendo a tirar en el patio de la arquería; tenía un halcón que estaba aprendiendo a utilizar.

Catharine peleaba con él incesantemente; pero él y Honey eran buenos amigos.

Kate ya estaba haciendo planes para el futuro. Desde la muerte del Rey Enrique la Corte no existía, decía. ¡Cómo podía tener una Corte un chico de once años! Por supuesto el verdadero Rey era el Protector Somerset y su hermano, el *Lord High Admiral* Thomas Seymour, tal vez estuviera un poco envidioso de él.

—Tom Seymour tiene esperanzas en *Lady Elizabeth* —me contó Kate—. Puedes ver a dónde conducirá eso.

—Nunca podrá ser Reina de Inglaterra —dije—. Antes que ella está María y ¿no están consideradas las dos como ilegítimas?

—Pobre Eduardo, es un niño enfermizo. Es dudoso que engendre hijos.

—Me atrevo a decir que lo casarán lo antes posible.

—Se dedica a su prima, Jane Grey. Creo que estaría encantado de desposarla.

—Lo cual sería un casamiento satisfactorio, ya que ella tiene ciertas pretensiones al trono.

—¿Has pensado que podría ser un casamiento protestante, Damask, y lo que significaría para él así? Preferiría ver a alguien alegre en el trono. Jane es una

remilgada, he oído decir. Parecida a ti, me imagino. Tan buena con su latín y griego. Bastante erudita.

Los días pasaban amablemente en Remus, y ahora se había convertido en un oasis para mí. No había problemas y yo me di cuenta lo aliviada que me sentía de abandonar la Abadía por un tiempo.

Disfrutaba rememorando el pasado y recordaba más incidentes de nuestra niñez que lo que yo hubiera creído. Yo recordaba también, pero era más introspectiva que ella. De manera que era sorprendente descubrir que esos pequeños incidentes que habían parecido ser demasiado insignificantes habían permanecido de alguna manera guardados en su memoria.

Admitió francamente que siempre había tratado de conseguir lo que quería de la vida.

—Y debes concederme, Damask, que tengo bastante. La vida ha sido más bondadosa conmigo que contigo. Sin embargo tú has sido una mujer más buena que yo. Amabas a tu padre y sufriste profundamente cuando lo perdiste. Pensabas que yo no sabía cuan profundamente lo amabas, pero lo que supe, Damask, y mientras me entristecí por ti pensé que era tonto querer tanto a una persona y que perderlo fuera semejante tragedia. Nunca amaría a nadie así..., excepto a mí misma, desde luego.

—Hay una gran alegría en amar, también, Kate —dije—. Recuerdo tantas horas felices junto a mi padre. No hubiera perdido eso por nada del mundo.

—Cuanto mayor es la felicidad que tienes, mayor es la pena. La gente como tú paga por la felicidad que logran.

—¿Y tú no?

—Soy demasiado inteligente para eso —replicó Kate—. Me basto a mí misma. No dependo de nadie.

—¿Nunca has amado?

—A mi modo. Te tengo cariño a ti. Tengo cariño a Carey y al pequeño Colas. Ustedes son mi familia y me hace feliz tenerlos a mi alrededor. Pero esa devoción total y absoluta, no es para mí.

Hablamos de Bruno y de lo que había hecho en la Abadía y en lo que se proponía hacer.

—Bruno es un fanático —dijo—. Es la clase de hombre que termina en una pica.

—No digas eso, Kate —le reconvine rápidamente.

—¿Por qué? Sabes que es verdad. Es el hombre más extraño que he conocido. Algunas veces me ha hecho creer que verdaderamente fue enviado con algún propósito del cielo. ¿Sentías eso, Damask?

—No estoy segura. Pude haberlo sentido.

—¿Pero ya no?

Permanecí en silencio.

—Ah —acusó—. Veo que no. Pero él lo cree, Damask. Debes creerlo.

—¿Por qué debe? Si fuera probado...

—Debe. No se atreve a hacer otra cosa. Conozco bien a tu marido, Damask.

—Ya me lo has dicho antes.

—Lo comprendo cómo no puedes hacerlo tú. Somos parecidos de alguna manera. Tú eres demasiado normal, Damask. Te conozco bien.

—Siempre creíste que sabías todo.

—No todo, pero bastante. ¡Cómo debe haber sufrido cuando Keziah y el monje traicionaron su secreto! Lo compadecí entonces porque lo comprendía tan bien.

—Nunca hablamos de eso —dije.

—No. No te atrevas. No hables de eso. Ves lo que está tratando de hacer, Damask. De probarse a sí mismo.

—Me preocupa a veces.

—No lo dudo.

—En cierta forma todo se ha convertido en fantástico..., como un sueño. Antes de casarme con Bruno había una razón para todo. Ahora, a veces siento que ando a tientas.

—Tengo la sensación, Damask, que andarás a tientas durante largo tiempo y tal vez sea mejor así. La oscuridad es una protección. ¿Quién sabe qué podrías ver a la cegadora luz de la verdad?

—Siempre preferiría la verdad.

—Tal vez no, si la conocieras.

Mi madre escribió que los mellizos estaban bien y que la peste estaba cediendo; pero con todo permanecí allí.

Kate invitaba huéspedes a Remus y aquellos eran días animados en los que mirábamos desde la torre cuando entraban por la reja levadiza y hacia el patio.

La conversación era interesante en la mesa y supimos que la Reina Viuda, Catalina Parr, había desposado a Thomas Seymour, a quien amaba hacía tanto tiempo.

Kate estaba divertida.

—Desde luego él deseaba a la Princesa Elizabeth pero era demasiado peligrosa, de manera que prefirió a la Reina Catalina. ¡Una viuda del Rey en lugar de una Princesa que cree que puede tener derecho al trono!

Kate se reía acerca de los escándalos de Dover House, donde vivían la Reina y Seymour. La joven Elizabeth estaba a cargo del cuidado de la Reina y habían rumores de una relación nada inocente entre la Princesa y Seymour.

El día en que la Reina Viuda murió al dar a luz regresé a la Abadía.

Siguieron luego años tranquilos. Hubo cambios, pero fueron tan graduales que apenas los noté. La Abadía y la granja estaban muy activas, ya que habían aumentado

los trabajadores.

Extendíamos nuestra mansión. Bruno no parecía estar nunca satisfecho con ella. Muchas de nuestras habitaciones estaban adornadas con tapicerías. Una y otra vez Bruno hacía viajes al extranjero, y a menudo volvía con tesoros.

Honey tenía once años y no había perdido nada de su belleza. Catharine, dos años menor, era más vivaz e independiente. Las dos eran despiertas e inteligentes y yo estaba orgullosa de ellas. Valerian había tomado ahora el control de sus estudios y les daba lecciones todos los días en el scriptorium. Para mí era una desilusión no haber tenido otro hijo. Mi madre, que se imaginaba ser muy conocedora de estos asuntos, decía que tal vez lo deseaba demasiado apasionadamente. Siempre estaba preparándome pociones, pero no sucedía nada. A veces tenía la idea de que la Madre Salter me había echado una maldición porque temía que no quisiera suficientemente a Honey.

Visitaba a menudo a Kate y ella venía alguna que otra vez a la Abadía. No se había casado, si bien se había comprometido dos veces, pero se había arrepentido antes que la ceremonia se llevara a cabo. Me dijo que amaba su libertad y como era muy rica no necesitaba casarse.

Los niños ansiaban estar juntos. Catharine y Carey reñían bastante. Honey estaba distante; siempre parecía mucho mayor que Carey. El pequeño Colas era ignorado por los demás y solamente se le permitía jugar si llevaba las partes menos importantes en los juegos, el destino usual de los más chicos.

Algunas veces venían los mellizos, pero mi madre prefería que yo llevara los niños a Caseman Court. En varias oportunidades me habló de la religión reformista. Le gustaría que yo la abrazara. Le pregunté por qué.

—Oh, está todo en los libros —dijo.

Le sonreí. Una fe era tan buena como otra para ella. Estaba dispuesta a seguir a su marido de todas maneras.

Parecía que hubiéramos iniciado una era diferente. El joven Rey era muy diferente de su padre. Los tiempos habían cambiado. Ya no era peligroso mostrar interés por la fe reformista. El propio Rey estaba interesado en ella, y también lo estaban aquellos que lo rodeaban.

Era un rey enfermizo, es verdad, pero lo casarían joven y según Kate ya había escogido a la pequeña *Lady Jane Grey*, una elección muy bien recibida por aquellos que querían ver florecer la fe reformista.

Los rumores que nos llegaban durante esos años no parecían de tanta trascendencia como cuando el anciano Rey vivía.

El Gran *Lord* Almirante, Thomas Seymour, había perdido la cabeza y un tiempo después su hermano Somerset lo había seguido al cadalso.

¡Política!, pensé. Era tan peligrosa y tortuosa y el hombre que estaba en la

cúspide un día era aquel cuya cabeza rodaba a la canasta el siguiente.

No sabía que los años tranquilos estaban llegando a su fin.

La Abadía florecía. Las viejas casas de huéspedes estaban ocupadas por trabajadores.

Había descubierto que no menos de veinte de nuestros trabajadores habían estado ligados a la Abadía antes de su disolución, algunos monjes, algunos seglares. Parecía inevitable que se reunieran y recordaran las costumbres de los viejos tiempos.

La iglesia estaba intacta. Se usaba de noche. Frecuentemente veía desde mi ventana, después que la casa se había recogido, hombres que se dirigían hacia allí. Creo que celebraban Misa como lo habían hecho en los días del Abad.

Rupert nos visitaba de vez en cuando y cuando venía, Bruno experimentaba el placer de conducirlo a través de nuestra propiedad. No había envidia en Rupert; admiraba todo y parecía genuinamente alegre de ver tanta prosperidad.

Un día apareció durante uno de los viajes de Bruno al Continente y en cuanto lo vi supe que algo había ocurrido. Pensé: Ha venido a decirme que está por casarse. Me sorprendió el sentimiento de depresión que eso me provocó.

No era que yo tuviera hacia él una actitud de perro del hortelano, pero había llegado a considerarlo como a alguien muy importante en mi vida y súbitamente me di cuenta el consuelo que me significaba la devoción que me había demostrado durante tanto tiempo.

Llevé a Rupert a mi sala de invierno y envié a buscar vino y las tortas que servíamos con este. Clement siempre tenía una horneada recién sacada.

—Veo que tienes noticias —observé.

Me miró intensamente.

—Damask, —dijo— ¿qué sabes de lo que está sucediendo?

—¿Quieres decir aquí en la Abadía?

—Aquí y en el país.

—¿Aquí? Bueno, vivo aquí. Sé que están siempre ocupados produciendo y parece que vamos prosperando. ¿En el país? Bueno, Kate me mantiene informada, sabes, y oigo muchos rumores. Los viajeros nos traen noticias constantemente. Lo último que oí fue que el pobre Rey estaba muy enfermo con viruela y sarampión y que si bien se había recuperado había quedado consumido.

—Será un milagro si sobrevive este año.

—Entonces habrá una nueva Reina. ¿Será una Reina, verdad? La Reina María, supongo.

—Siempre hay peligro cuando un monarca muere sin dejar herederos directos.

—¿Es eso lo que te preocupa, Rupert?

—Tú me preocupas —contestó.

Desvié mis ojos. No deseaba una declaración de su devoción, que bien sabía que existía. Hubiera sido embarazoso para ambos. Creo que entonces advertí que amaba a

Rupert. Oh, no era ninguna pasión abrasadora. No era como lo que había sentido y todavía podía sentir por Bruno.

Mis pensamientos volaban y quería saber qué era lo que había traído a Rupert.

—Corren rumores acerca de este lugar —dijo Rupert—. No estás al tanto de ellos. El último en conocer los rumores es aquel a quién más le conciernen. Todavía son rumores, pero mucha gente está observando la Abadía de San Bruno. Hay un misterio que rodea el lugar.

—Es próspero porque hemos trabajado duro.

—Quiero que estés prevenida, Damask. Si hubiera algún peligro, no te detengas ante nada. Toma las niñas y acudid a mí. Si hubiera necesidad, podría ocultarte.

—¿Las niñas están en peligro?

—Cuando una casa está en peligro todos sus componentes pueden muy bien estarlo.

—¿Cuál es este peligro que ha surgido repentinamente?

—No es repentino, Damask. Ha estado aquí desde hace mucho. Desde que Bruno regresó y tomó la Abadía se dice que este lugar está siendo reformado... Se sabe que muchos de los monjes han vuelto. Habla con Bruno. No debieran haber asambleas..., ni servicios privados..., ni prácticas monásticas. Es inevitable que la gente diga que el monasterio ha sido reformado desafiando a la ley.

Pregunté:

—El Rey está enfermo, ¿no es así? He oído que cuando *Lady* María sea Reina puede ser que restaure los monasterios.

—No sería posible, pero por cierto que no vería mal a los que practicaron la vida monástica. Recuerda sin embargo, Damask, que no es Reina y en algunos ambientes se dice que nunca lo será.

—Es la heredera del trono.

—¿Lo es? ¿No se había declarado que el matrimonio de su madre con el Rey no había sido válido? En ese caso es una bastarda.

—El Rey no está muerto y no deberíamos estar hablando de su muerte. ¿No podría ser interpretado como traición?

—No le deseamos mal alguno. Le deseamos una larga vida. Pero si debemos hablar peligrosamente, lo haremos, ya que podrías muy bien hallarte en peligro. *Lord* Northumberland acaba de casar a su hijo con *Lady* Jane Grey. ¿Para qué? Eduardo apoya la fe reformista; así como también *Lady* Jane. Si se convirtiera en Reina con *Lord* Guilford Dudley como su consorte, la religión reformista prevalecería y aquellos sospechosos de ser papistas serían considerados enemigos del estado.

—Rupert, es muy bondadoso de tu parte preocuparte tanto por nosotros.

—No, no es bondadoso, pero no puedo hacer nada por impedirlo.

—Pero ¿cómo podría suceder esto? ¿Quién aceptaría a *Lady* Jane como Reina?

¿Quién cree ahora que el matrimonio del último Rey con Catalina de Aragón no fue matrimonio?

—No olvides al poderoso padre de Guilford Dudley. Northumberland podría usar la fuerza de las armas para apoyar los reclamos de su nuera.

—Pero no tendría éxito, ya que María tiene el verdadero derecho.

—¿Cuánto podrá contar el verdadero derecho contra la fuerza de las armas? ¿Quién crees que es hoy el hombre más poderoso de nuestro país? No es el Rey. No es más que un niño en las manos de Northumberland, y si este consigue poner en el trono a Jane Grey, el peligro en que ahora te encuentras no disminuiría, te lo aseguro. Pero yo pienso en este momento. Hay enemigos de la Abadía de San Bruno muy cerca tuyo, Damask.

—Creo que estás pensando en el marido de mi madre.

—Es un hombre ambicioso. Proviendo de orígenes humildes, se ha convertido en el dueño de la casa de tu padre. Te ha hecho un gran daño, y la gente que hace daño alberga a menudo un gran resentimiento hacia aquellos a quienes ha perjudicado.

—¿Piensas que desearía vengarse de mí por el daño que me hizo? ¿Crees entonces que fue el hombre que traicionó a mi padre?

—Lo he pensado, últimamente. Se ha enriquecido mucho. Solamente habría podido estar en la presente situación si se hubiera casado contigo y tú dejaste claro que eso estaba fuera de discusión.

—Sabes mucho, Rupert.

—Me he ocupado estrechamente de todo aquello que te concierne.

—¿Qué debo hacer ahora?

—Previene a tu marido. Ruégale que impida que estos hombres se reúnan. Sería mejor si los despidiera.

—¿A dónde los enviaría?

—Podría separarlos. Tal vez yo pueda tomar uno o dos. Kate podría tener más en Remus..., cualquier cosa antes que pueda parecer una comunidad de monjes.

—Le hablaré a su regreso, Rupert.

Estaba muy ansioso, pero esto lo tranquilizó un poco.

Mandé a buscar a las niñas. Estaba tan orgullosa de ellas. Honey tenía trece años y era una verdadera belleza; había superado esos tremendos celos hacia Catharine. Esta era, desde luego, mi preciosa querida, mi propia hija y la quería como no había querido a nadie, aparte de mi padre. Mis sentimientos por Bruno eran diferentes. Ahora sabía que era una fascinación. Podría haber crecido hasta ser un gran amor devastador, pero ya hacía algún tiempo que había advertido que no sería así.

Rupert era un favorito entre las chicas. Les gustaba visitar su granja; él fue quien las enseñó a montar y sentían que tenían más libertad allí que en la Abadía. La

indiferencia de Bruno hacia Catharine y el resentimiento hacia Honey no pasaban desapercibidos a las niñas. Lo aceptaban como suelen hacerlo los niños y no trataban de cambiarlo. Pero frecuentemente pensaba que Rupert les daba el amor que debiera haberles dado su padre. Era una mezcla de tío preferido y padre.

Charlaron, preguntándole acerca de los animales de su granja; algunos de los cuales ellas habían bautizado.

Lo abrazaron tiernamente cuando partió y sus ojos me previnieron: No olvides nuestra conversación. El peligro está aquí.

Bruno regresó de buen humor. Después de sus visitas al Continente estaba siempre jubiloso.

—¿Hiciste buenos negocios? —le pregunté.

Me aseguró que así había sido.

—¿Qué has traído a casa esta vez? ¿Algo diferente? Mi madre desea saber qué flores y hortalizas nuevas se han producido en otros países.

Dijo que había traído una tapicería fina que colgaría en el hall. A solas en nuestra cámara, esa noche le conté de la visita de Rupert y del aviso que me había dado.

—¡Rupert! —exclamó Bruno mordazmente—. ¿Qué está insinuando?

—Está realmente preocupado. Estamos en peligro. Yo lo siento así.

Me miró impaciente.

—¿No te he dicho que debes confiar en mí para todas las cosas? Dudas de mi habilidad para conducir mis asuntos. —Fue hasta la ventana y miró hacia afuera. Se volvió hacia mí—. Todo esto —dijo—, es mío. Lo he reconstruido. Se levanta como el ave fénix de las cenizas. ¡Yo hice esto y tú dudas de mi habilidad para manejar mis propios asuntos!

—No dudo de ella ni por un momento, pero sucede a menudo que algunos están más al tanto del peligro que otros. Y hay peligro en el aire.

—¡Peligro!

—Muchos de los viejos monjes y seglares están aquí. Llevan una vida muy semejante a la que llevaban en el monasterio.

—¿Y bien?

—Ha sido advertido.

Rio.

—Siempre has buscado menoscabarme. Siempre te ha molestado el hecho de que yo no sea como otros hombres. Entiende que no soy como otros hombres. Por Dios, ¿crees que cualquier otro hubiera podido venir a este lugar, tomarlo y levantarlo si no existiera algún poder superior en él?

Observé:

—Por cierto que es muy misterioso.

—¡Misterioso! ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—¿Cómo adquiriste la Abadía, Bruno?

—Te lo he dicho.

—Pero...

—Pero tú no me crees. Siempre has dudado de todo lo que he dicho. Nunca debí haberte escogido.

Verdaderamente me asustaba. Pensé: ¡Hay locura en él! Y siempre tuve miedo a la locura.

Exclamé:

—De manera que cometiste un error. Te equivocaste. Me escogiste y nunca debiste haberlo hecho.

Se volvió repentinamente hacia mí. Yo estaba sentada en la cama y me oprimió el brazo. Su apretón fue doloroso pero yo no grité; encontré la luz fanática de sus ojos.

Repetí:

—Fue un error, ¿no es así?

—No debió haberlo sido. En ese momento no fue un error. Entonces confiabas en mí.

—Sí, te creía entonces. Y creía que construiríamos una maravillosa vida juntos. Pero me engañaste desde el comienzo, ¿no es así? Me dijiste que eras pobre y humilde.

—Humilde..., ¡cuándo fui humilde!

—Tienes razón. Nunca fuiste humilde. Y la prueba a que me sometiste. Fuiste arrogante, ¿no es verdad? No me cortejaste como cualquier otro hombre lo hubiera hecho. Tenías que simular pobreza por temor a que me casara contigo por tus propiedades.

Soltó mi brazo con un gesto impaciente.

—Estás histérica. Rupert ha estado asustándote y a pesar de que no tiene fe en mí estás dispuesta a creerle a él.

—Le creo, porque lo que dice tiene sentido. El partido reformista está en el poder. El Rey es protestante. Northumberland es protestante y ellos gobiernan el país. ¿No hemos visto acaso las tragedias que pueden sobrevenir a quienes no cumplen con las doctrinas dispuestas por nuestros gobernantes?

—¿Y tú crees que yo sería gobernado por esa gente inferior?

—Ten cuidado con lo que dices, Bruno. ¿Quién sabe si puede ser oído y delatado? Me resulta claro que no te dejarías gobernar por nadie más que por tu presuntuoso orgullo..., tu deseo de probar que no eres como los demás hombres.

—¿Y lo soy? ¿Has olvidado mi llegada?

Pensé en Keziah en esa noche memorable, y en su terror por haber traicionado aquello que nunca debió ser traicionado; pensé en el Hermano Ambrose caminando a través del pasto con Bruno y en Rolf Weaver yendo hasta ellos, insultándolos. Bruno

había visto eso. Había visto a su padre matar al hombre que lo había insultado. Sí, lo había visto y había cerrado sus ojos porque no creía que Keziah y Ambrose decían la verdad. No lo aceptaba, porque si lo hacía la imagen que se había creado de sí mismo sería destruida. En esto reside la locura, pensé.

—No olvido nada —dije.

—Sería mejor que recordaras.

Permaneció junto a la cama, alto y erguido, con esa palidez marmórea de su cara, en contraste a sus sorprendentes ojos violeta, tan parecidos a los de Honey. Pensé: ¡Es tan hermoso como Dios! Y sentí esa abrumadora ternura que me envolvía y no pude decirle: Bruno, estás viviendo una mentira porque tienes miedo de enfrentar la verdad.

Comenzó a hablar.

—Yo..., sólo yo retorné a la Abadía, ¿no es verdad? Estaba perdida y la recuperé. ¿Cómo se hizo?

—Bruno, por favor dime honestamente. ¿Cómo se hizo?

—Fue un milagro. Fue el segundo milagro de San Bruno.

Me volví amargamente. No se podía razonar con él.

Le sonreí indulgentemente. ¡Cómo tratar de explicárselo! Pero sólo el hecho de que ella estuviera al tanto de esos asuntos demostraba lo firmemente plantados que debían estar en mi viejo hogar.

Era una noche de junio, había luna llena y yo estaba sentada a mi ventana cuando vi unas figuras oscuras dirigirse hacia la iglesia. Sabía lo que eso significaba. Iban a Misa. Bruno estaría entre ellos.

Tuve un pequeño escalofrío. Si eso se sabía se hallarían en peligro y sin embargo continuaban actuando de ese modo. Tal vez creyeran que Bruno, con sus poderes sobrenaturales, podría salvarlos de cualquier desastre que pudiera amenazarlos.

Las figuras habían desaparecido dentro de la iglesia cuando repentinamente vi otra figura. Esta vez no era ninguno de los monjes. Observé al hombre que avanzaba sigilosamente hacia la iglesia y reconocí a Simón Caseman.

Impulsivamente me puse una capa sobre mi camisa de dormir y corrí escaleras abajo.

Corrí a través del pasto hasta el atrio de la iglesia. Entré. Una figura se adelantó. No me había equivocado. Era Simón Caseman.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dije perentoriamente.

—Puedes preguntarlo. —Sus ojos estaban encendidos de excitación. Nunca había visto con tanta claridad la máscara del zorro.

—¡Esto es un atropello!

—Por una buena causa.

—No tienes derecho a estar aquí.

—Sí, todos los derechos.

—¿En nombre de quién?

—En nombre del Rey.

—Hablas bizarramente.

—Digo la verdad. ¿Qué está pasando aquí? Esto se ha convertido nuevamente en un monasterio. Fue disuelto, pero aquí está de nuevo.

—¿No sabes, Simón Caseman, que muchas tierras de abadías han sido conferidas?

—Lo sé muy bien. Tal vez haya alguna razón para semejantes concesiones.

—Una muy buena razón, la cual concierne solamente al donante y a quien lo recibe.

—En eso estoy de acuerdo, pero cuando se emplea el sitio para quebrar la ley del Rey...

—Aquí no se ha quebrado la ley del Rey.

—Sí, cuando aquello que ha sido abolido ha sido reconstruido secretamente.

—Hay muchos trabajadores aquí, Simón Caseman.

—También hay monjes.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —Una voz fría, brusca y autoritaria habló perentoriamente. Bruno había salido al atrio. De la iglesia llegaba el sonido de cánticos.

—Sucede —repuso Simón Caseman— que he sido testigo de algo que podría enviarte a la horca. Puedes estar tranquilo de que cumpliré con mi deber.

—Tu deber es regresar a tu casa y vivir tranquilamente allí, si bien no te mereces eso por haber tomado lo que nunca te hubiera conferido sino por injusticia.

—No hables de justicia, te lo ruego. ¿Qué está pasando en este lugar? ¿Por qué lo has reconstruido cómo lo has hecho? ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que puedes engañarme bajo mis propios ojos con tus cuentos de milagros? ¡Milagros en verdad! Está claro de dónde provino tu riqueza.

Vi que Bruno había palidecido. Estaba intranquilo.

—Sí —gritó Simón Caseman—. Lo sé muy bien. ¿De dónde viene el dinero para construir una espléndida Abadía, para reunir a monjes y seglares? ¿De dónde por cierto? De los enemigos de Inglaterra. De España y de Roma, de allí viene el dinero.

—¡Mientes! —gritó Bruno.

—Entonces si es mentira, ¿de dónde? Responde a eso, Bruno Kingsman, San Bruno..., ¡contesta eso! ¿De dónde vino el dinero para reconstruir la Abadía, eh? ¿Vas a decirme que proviene de los beneficios de la granja? No te creería. Se han usado enormes riquezas en este lugar y te pregunto de dónde salieron. Es lo que quiero saber.

El canto había cesado en la iglesia. Vi rondar las figuras de los hombres no lejos

del atrio.

—¡Miénteme si quieres! —exclamó Simón Caseman, con la cara desfigurada por la pasión—. No me engañarás. Yo sé. Siempre lo supe. El dinero viene de España y Roma. Sale de los enemigos de nuestro país. Viene de aquellos que volverían a poner al Papa como Cabeza Suprema de la Iglesia, en contra de las leyes de este país.

—Mientes —exclamó Bruno.

—Entonces, ¿de dónde? Dinos esto, Bruno, San Bruno..., tejedor de milagros, ¡dinos! ¿Vino de lo Alto? ¿Cayó dentro de tus arcas desde el Cielo?

—Sí —respondió Bruno sobriamente.

Simón Caseman rompió a reír.

—Podrías llamarlo del Cielo, ya que viene de España. Yo y muchos otros lo llamaríamos traición.

Hubo un silencio en el atrio ante la mención de la temida palabra.

Luego Bruno dijo:

—Vete de aquí. No nos hacen falta los de tu calaña.

—Desde luego que no. No me hallarías quebrando la ley del país. Esto quiere ser el comienzo de la restauración de los monasterios. Sé que están en marcha tales planes. Vienen de Roma y España..., donde se encuentran tus amos. No pienses que permitiré que prosiga esta traición.

Bruno entró en la Iglesia nuevamente. Yo retrocedí a las sombras y Simón Caseman pasó junto a mí. Jamás había visto una mirada tan determinada en su cara. Pensé: mañana nos delatará. Quizá mañana a la noche Bruno esté en la Torre.

Luego mis pensamientos volvieron a las niñas y me pregunté qué sería de ellas.

Corrí hasta Simón Caseman.

Escuchó mis pasos y se volvió lentamente.

—¿Y bien? —dijo.

—¿Qué vas a hacer?

—Mi deber.

—No será la primera vez que eres un delator —simuló no comprenderme.

—Puede que no sea la última. Soy un hombre que cumple con su deber.

—Particularmente cuando hay tanto que ganar.

—¿Ganar? ¿Qué ganaría yo?

—Venganza.

—Eres muy dramática, mi querida Damask.

Sus ojos me recorrieron y recordé que tenía solamente mi camisa de dormir bajo la capa.

Me sentí muy asustada y eso me hizo imprudente, supongo.

—¿Es la venganza tan satisfactoria como la espléndida casa que no tenías esperanzas de lograr mientras vivía mi padre?

—¿Qué tiene que ver eso con esto?

—Una situación similar. Antes cumpliste con tu provechoso deber, ¿no es verdad?

Permaneció en silencio, desconcertado.

—Sé —dije—, que delataste a mi padre. ¡Canalla desagradecido! Asesino.

—¿Esa es la manera de hablar a alguien que tiene tu vida en sus manos?

—No creería que esa vida valdría la pena de vivirse si no fuera fiel a mí misma.

—Eres indomable, Damask. Siempre lo fuiste. ¡Qué tontita imprudente! Podrías haber tenido tanto. Pero lo elegiste a él... ¿Es un hombre o un ídolo? Pronto lo veremos. Ahorcado se verá bien.

—¿Has decidido delatarlo como lo hiciste con mi padre?

—¿Tu padre?

—No trates de engañarme más, Simón Caseman. Mi padre te trajo a su casa. No tenías nada propio. Todo lo que tenías era envidia, codicia y una lamentable falta de principios. Tenías egoísmo, maldad, ingratitud...

—En realidad era un sujeto bastante pecador.

—Por una vez has dicho la verdad. Eres el asesino de mi padre, Simón Caseman. Querías sus propiedades.

—Quería a su hija, lo admito. Y la verdad es que aún cuando despotrica o insulta, todavía la deseo.

—¡Cómo te atreves!

—Cómo tú te atreves, mi imprudente belleza. Aquí está el hombre que podría haberte llevado a la Torre..., y tú te atreves a abusar de él.

—Abusaría de ti hasta con mi último suspiro. ¿Has amado alguna vez a un padre?

—Nunca conocí el mío, de manera que me fue imposible.

—Yo amé a mi padre. Lo amé entrañablemente. Lo vi en su prisión en la Torre. Tú cortaste esa cabeza, Simón Caseman. ¿Crees que te perdonaré alguna vez por eso?

—Tu padre fue un tonto. Nunca debió haber albergado al clérigo. Sabía que estaba faltando a la ley. Dar albergue a un cura, levantar una abadía que ha sido deshecha..., estos actos son contra las leyes del Rey y se castigan con la muerte. Harías bien en recordarlo.

—No contento con ser el asesino de mi padre, nos asesinarías a todos. ¿Deseas esta Abadía, no es así? ¿Es este el precio que pides?

—No seas tan tonta, Damask. Yo no te haría daño. ¿No eres acaso mi propia hijastra?

—Para mi más profunda vergüenza, lo soy.

—Y alguien por quién, a pesar de toda su intolerancia y malevolencia hacia mí, siempre he sentido un gran afecto.

—¿Has sentido eso alguna vez por alguien?

—Por ti, lo sabes.

—¿Estás sugiriendo que deseabas casarte conmigo por otras razones que porque era la heredera de mi padre?

—No eres la heredera de tu padre ahora, Damask. Estás en grave peligro. Mañana llegarán los hombres del Rey. No estabas allí cuando se llevaron a tu padre. Esta vez vendrán por tu marido, a menos...

—¿A menos que qué?

—Podrías hacer mucho por ti, Damask.

—Entonces ve y ahórcate.

Se rio.

—Eso es pedir un poco demasiado, porque si muriera, cómo podría disfrutar de tu compañía. No, Damask, tendrás que ser más complaciente conmigo..., si quieres seguir viviendo en la comodidad de tu oro español.

—Lamento no entenderte.

Dio un paso hacia mí.

—Creo que me entiendes demasiado bien. Si vinieras a mí de manera amistosa podría ser persuadido de mudar de opinión acerca de lo que ha ocurrido esta noche.

—Pediré consejo a mi madre —dijo cáusticamente.

—Oh Damask, no seas poco sensata. Piensa que si no lo hubieras sido, tu padre podría vivir hoy.

Me volví y empecé a dirigirme hacia la casa.

Me llamó:

—Te daré veinticuatro horas. Piénsalo. Podrías haber salvado a tu padre. Ahora es el momento de salvar a tu familia.

Bruno salía de la iglesia seguido por varios monjes.

Simón Caseman corrió y yo me apresuré a entrar a la casa temblando.

Bruno no vino a nuestra cámara esa noche. Pasé la mayor parte de ella esperando su regreso. Quería saber si verdaderamente había recibido dinero de España o de Roma. Me parecía que era la única explicación. Me preguntaba cómo no se me había ocurrido antes.

Las palabras de Simón Caseman me daban vueltas en la cabeza. Yo era responsable por la muerte de mi padre. Si me hubiera casado con Simón Caseman no lo hubiera delatado, porque habría obtenido la casa a través mío. Pero yo no quería casarme, de manera que mi padre tenía que morir. Y ahora me había hecho otra proposición. Si yo iba a él, y sabía lo que quería significar con eso, podría comprar su silencio.

Las perspectivas que nos esperaban me dieron escalofríos.

Al menos, estábamos a salvo por veinticuatro horas.

¿Por qué Bruno no venía y me consolaba? Qué característico de él era esto. No

me dejaba compartir nada porque sabía que yo no creía en él.

Por la mañana fui a la torre donde tenía sus aposentos privados. Trabajaba plácidamente en sus libros.

—Bruno —exclamé—. Había pensado que tendrías algo que decirme.

Se sorprendió.

—No puedes haber olvidado la escena de anoche.

—Tu padraastro no merece un momento de meditación.

Repuse agudamente:

—Fue responsable de la muerte de mi padre. Ahora amenaza con la tuya y la de muchos que dependen de ti.

—¿Y crees que lo logrará?

—Lo logró con mi padre.

—Tu padre actuó estúpidamente.

—No tan estúpidamente como tú. Quiebras descaradamente la ley. Al menos él lo hizo en secreto.

Sonrió y levantó la cabeza y se lo veía tan hermoso que pude haber llorado por todo lo que no estaba bien entre nosotros.

—Te digo que no hay qué temer.

—¡No hay qué temer! Ese hombre es nuestro enemigo y ha presenciado lo de anoche, y además ha amenazado con delatarte.

—No hará nada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque lo sé.

—Ha amenazado con desenmascararte.

—Confías en todo el mundo menos en mí. Das a entender que no me crees capaz de defender todo lo que he construido.

—¿Con el oro español? —pregunté.

—Ves, le crees.

—Pero ahora resulta tan obvio. ¿Dónde puedes haber encontrado todo ese dinero? —Sus ojos brillaron con un fuego interno.

—Preguntó si el Cielo me había abierto sus arcas. Y la respuesta es Sí. Fue un milagro. Fue con ese objeto que llegué al pesebre en esa mañana de Navidad. Hombres y mujeres han levantado calumnias respecto a mí. Pero juro que el dinero con que estoy reconstruyendo esta Abadía no proviene de España. Vino del cielo. Y si dices que solamente pudo ser un milagro, te contesto: Que sea. Te digo que ese hombre no puedo hacerme daño. Pero tú no me crees.

—Si me juras que no estás pagado por los españoles...

—No te ruego que me creas. Simplemente te digo que no nos traicionaré. Puede ser que a su debido tiempo tengas un poco de fe en mí.

Con esas palabras me dejó.

Veinticuatro horas de gracia. Conocía a Simón Caseman lo suficiente como para saber que llevaría a cabo su amenaza. Era un hombre avaro y vengativo. Disfrutaba atormentándome evidenciando cómo nos tenía en su poder a mí y a mi familia. Era más, no me codiciaba solamente a mí sino a la Abadía, y yo sabía que lograrla era su objetivo.

Era imposible hablar con Bruno. No dudaba que no solamente Simón Caseman había visto lo que estaba sucediendo en la Abadía, sino que tendría testigos.

Se me ocurrió que podría tomar las niñas y partir hacia casa de Kate. ¿Eso las salvaría? ¿Implicaría a Kate? La tensión era tan insoportable que me dejó insensible. Traté de comportarme normalmente y fui hasta la panadería como lo hacía a menudo por las mañanas, a consultar a Clement acerca de la comida del día. Había estado presente en la iglesia la noche anterior.

Me sorprendí, porque no parecía demasiado perturbado.

—Clement —dije—, ¿qué crees que será de todos nosotros?

—Estaremos a salvo —respondió.

—¿Piensas que fueron amenazas en vano?

Clement alzó los ojos al cielorraso.

—Bruno nos libraré de todo mal.

—¿Cómo podrá hacerlo?

—Sus medios son milagrosos.

La complacencia del hombre me asombró. Parecía no percatarse que podía ser arrastrado al lugar de ejecución, colgado, cortado vivo y bárbaramente torturado. ¿No había oído hablar de los monjes de la Cartuja?

—Oíste lo que ese hombre dijo anoche, Clement. Estabas allí.

—Estaba allí. Pero Bruno nos habló después. Afirmó que no había por qué temer.

—¿Qué puede hacer para salvarnos?

—Eso depende de él y de Dios.

Creen que es divino, pensé. Oh, ¡qué duro despertar tendrán! La repentina visión del bueno y simple Clement, que había llevado a mis niñas sobre sus espaldas, siendo torturado era más de lo que yo podía soportar.

—Clement —dije— podrías escaparte. Todavía hay tiempo.

Me miró con asombro.

—Esta es mi vida —respondió. Luego me sonrió casi con lástima—. No tienes fe. Pero no temas. Todo estará bien.

Ese día transcurrió como de costumbre. Nadie más que yo parecía darse cuenta de la amenaza que pendía sobre nosotros.

Mi madre nos visitó por la tarde. Me preguntaba si Simón Caseman habría confiado en ella y si habría venido a prevenirme. No podía haberle contado de sus

insinuaciones hacia mí.

Había traído la usual canasta de cosas ricas, su vino más nuevo, una nueva torta que había hecho, su mazapán especial.

Me besó y me dijo que no me veía bien. Sus ojos ansiosos me escudriñaron y sabía que estaba preguntándose, como lo hacía cada vez que nos encontrábamos, si estaría encinta.

Rápidamente me di cuenta que no sabía nada del descubrimiento de su marido porque era demasiado franca para ser capaz de ocultarlo, pero sí me habló de las ventajas de la religión reformista.

—Y es verdad, Damask —dijo—, que nuestro Rey es de la fe reformista. Pobre muchacho, está enfermo. Dicen que nunca se recuperó de aquella viruela. He oído decir que no vivirá mucho tiempo, pobre muchacho.

—Madre —le pregunté—, ¿se te ha ocurrido que si el Rey muriera, cosa que espero que no ocurra, *Lady Mary* podría ser Reina y si así fuera, podría haber un vuelco hacia Roma?

—¡Imposible! —exclamó mi madre, palideciendo ante la idea.

—Sin embargo no es imposible, madre. ¿No deberíamos ser precavidos al proclamar nuestros puntos de vista hasta estar seguros?

—Si conoces la verdadera fe, Damask, ¿cómo puedes negarla?

—¿Pero qué es la verdadera fe? ¿Por qué no podemos aceptar las sencillas leyes de Cristo? ¿Por qué ha de ser tan importante que profesemos de esta o aquella forma?

—No estoy segura, Damask, pero pienso que podrías estar hablando traición.

—Traición un día, madre, es la lealtad del siguiente. —Repentinamente tuve miedo por ella, porque era tan simple. No amaba una fe sino un marido, hubiera tomado cualquier cosa que él le ofreciera. Sin embargo, podría morir por esas creencias como otros habían muerto antes que ella.

La abracé súbitamente.

—Mi querida niña, estás afectuosa hoy.

—¿Cómo podía saber si podría hacerlo mañana?

—Vaya, ¡estamos sombrías! ¿Qué te ocurre, Damask? ¿No estás cayendo enferma? Te daré una pequeña bebida que contiene tomillo. Eso te dará dulces sueños y mañana te despertarás amando a todo el mundo.

¿Mañana?, pensé. ¿Qué nos deparará el mañana? El día me pareció largo. No podía abocarme a nada. Fui al scriptorium, como lo hacía algunas veces, y escuché a las niñas en sus lecciones. ¿Qué será de ellas?, me pregunté a mí misma y deseé, como mi padre había deseado para mí, que estuvieran seguramente casadas y viviendo en alguna parte muy distante.

Durante la cena nos sentamos a la mesa familiar sobre el estrado y el resto de la casa en la gran mesa en el hall. Sin embargo, cuando se oía algún sonido del exterior,

yo me daba cuenta de las miradas furtivas en dirección a la puerta y sabía que algunos sufrían una profunda aprensión y temblaban en sus asientos, pero no se advertía franca alarma y se arrojaban miradas confiadas en dirección a Bruno.

Justo cuando estábamos por dejar la mesa llegó un mensajero.

Nunca olvidaré la espantosa consternación que cundió por el hall. Me puse de pie. Había tomado la mano de Catharine, que estaba sentada junto a mí. Su mirada sorprendida se dirigió a mí. Pensé: Oh Dios, ha llegado. ¿Qué será de nosotros? Bruno también se había puesto de pie, pero no demostraba ninguna alteración. Tranquilamente abandonó su lugar y se dirigió a recibir al mensajero.

—Bienvenido —dijo.

—Traigo malas noticias —informó el mensajero—. El Rey ha muerto.

Pude sentir la tensión que se rompía, fue como si todo el mundo hubiera dejado escapar un lamento. El Rey había muerto. ¿Quién podía decir qué sucedería? *Lady Mary* era la que seguía en la línea al trono. La Abadía estaba salvada.

Vi la sonrisa complacida de Bruno. Vi las miradas de asombro en las caras de aquellos que habían estado con él la noche anterior en la iglesia.

Les había prometido un milagro, ya que solamente un milagro podía haber salvado la Abadía de la traición de Simón Caseman. Y este era su milagro. La muerte del Rey; el fin del gobierno protestante. La Princesa católica esperando para ascender al trono.

Por un momento sus ojos buscaron los míos. Vi allí el triunfo; el enorme orgullo que nadie había poseído con tal fuerza como él.

E inmediatamente pensé: Lo sabía. Sabía que el Rey estaba muerto. Sabía que para que la acusación de Simón Caseman prosperara tendría que haberla hecho meses atrás. Arregló para que el mensajero trajera la noticia en un momento que produjera el mayor efecto. Estaba empezando a conocer bien al hombre con quién me había casado.

Nadie pensaba lo que sucedería a continuación.

Cuando oí que Eduardo había muerto dos días antes de que su muerte hubiera sido dada a conocer, estuve segura que Bruno lo había sabido.

Estaba formándome un concepto tan cínico de mi marido que empecé a preguntarme si no lo odiaba.

Pero estuvo menos complacido cuando llegaron las noticias de que el Duque de Northumberland había persuadido al Rey que hiciera a un lado a sus dos hermanas, María y Elizabeth, en razón a su ilegitimidad, y que declarara a Jane Grey como la verdadera heredera al trono. María tenía demasiado apoyo para aceptar esto e inmediatamente se comenzó a formar una facción católica alrededor suyo y el país se vio dividido. Las familias estaban divididas. El único hecho que me alegraba era que teníamos un respiro. Las cuestiones del país eran tanto más importantes que las de

una abadía.

Mi madre llegó a la Abadía temblando y aprensiva. Simón había ido a Northumberland a ofrecer sus servicios en apoyo de Jane Grey que madre llamaba la verdadera Reina.

Yo sabía por qué había ido. Era imperativo que Jane Grey se convirtiera en Reina de Inglaterra, para que la fe Reformista pudiera ser preservada. Había llegado demasiado lejos de su lado para retirarse.

—La Reina Jane es una mujer virtuosa —dijo mi madre—. Ha vivido una vida piadosa.

—Creo que lo mismo puede decirse de aquella que muchos llaman Reina María.

—No es Reina. El casamiento de su padre fue invalidado —exclamó mi madre—. ¿Su madre no fue acaso la primer mujer de Arturo, el hermano del Rey Enrique?

—Hay muchos que la apoyan —afirmé.

—Serán los papistas —dijo mi madre amargamente.

Al día siguiente vino a decirme que habían cortado las orejas al chico de un viñatero en el Chepe porque había declarado que la Reina Jane no era la verdadera Reina.

—Ves —dijo mi madre con firmeza—, lo que sucede a aquellos que niegan la verdad.

Había muchos rumores. Oíamos que Jane se mostraba reticente a tomar la corona. No era más que una niña, tenía dieciséis años, no mucho mayor que Honey, y había sido forzada a esto por hombres ambiciosos. Sentí pena por la pobre Jane.

En la ciudad la gente murmuraba, temerosa de dar abiertamente una opinión, pero yo sentía que la mayoría de la gente estaba en contra de la Reina Jane, en parte porque detestaban a Northumberland, su suegro, y no estaban dispuestos a aceptar su dominación, pero principalmente porque sabían que María era la verdadera heredera al trono.

María había huido a Norfolk y había encontrado a miles que se congregaban por su causa. Cruzó la frontera hacia Suffolk y plantó su estandarte en el Castillo de Framlingham.

Esperábamos noticias cada día. Cuando Ridley, el Obispo de Londres, predicó en favor de la Reina Jane, mi madre estuvo encantada.

—Todo saldrá bien —dijo—. ¡Es una niña tan dulce y buena!

Pero unos días después, los Condes de Pembroke y Arundel proclamaban a María Reina de Inglaterra en Paul's Cross y nos dimos cuenta que el reinado de nueve días había llegado a su fin. La pobre pequeña Jane no podía sostenerse contra la fuerza del derecho. María era la verdadera heredera de Inglaterra; la patética Jane fue descartada.

Fui a ver a mi madre, porque imaginé que estaría muy angustiada.

—¿Qué está ocurriendo? —exclamó perturbada—. ¿En qué está pensando la gente? La Reina tiene el beneplácito del Obispo de Londres. ¿Quién puede negar eso?

—Muchos —dije y me sentí llena de ansiedad por ella—. Tendrás que ser muy cuidadosa. No hables libremente a los sirvientes.

Tomé los libros que Simón le había indicado que leyera y los escondí.

—No debes guardarlos aquí. Debes vivir muy calladamente por un tiempo. No debe ser recordado que apoyabas a la Reina Jane.

Simón Caseman había regresado sin ostentación a su casa, tratando de disimular que había estado fuera por asuntos de negocios y que había ido a Londres a apoyar a la Reina Jane.

Estaba tan dispuesto como cualquiera a gritar: «Viva la Reina». Al menos era sensato en eso. Esperaba que siguiera siéndolo.

Resultó evidente que los años comparativamente tranquilos del reinado de Eduardo habían terminado.

Antes que terminara el mes, *Lady Jane* y su marido, *Lord Guilford Dudley*, fueron confinados a la Torre de Londres.

Kate vino de Remus a la Abadía, trayendo a Carey y a Colas con ella. Estaba animada como siempre frente a los grandes acontecimientos. Quería que cabalgáramos con ella hasta Wanstead para ver entrar en la capital a la nueva Reina.

Me alegraba alejarme la Abadía y todos montamos para ir, yo y Kate con dos hombres de nuestra casa para protegernos, y Carey, Honey, Catharine y Colas.

Kate estaba excitada porque la Princesa Elizabeth iba a encontrarse con su hermana en Wanstead para acompañarla a Londres. En realidad todos estaban alegres y animados. Pero ni siquiera en ese momento podía olvidar a mi madre en Caseman Court y me pregunté cómo se sentiría y si se hallaría en la misma clase de peligro con que su marido había amenazado a mi casa tan poco tiempo atrás.

No podía evitar advertir las miradas de admiración dirigidas a mis chicas. Desde luego Kate dominaba cualquier escena con su encanto incomparable al que ahora se sumaban el plomo y una cierta mirada de experiencia. Pero Honey era una belleza aún mayor que Kate. Desde luego era una niña todavía, pero a punto de florecer como mujer y con su traje de montar rojizo y su garboso sombrero con plumas, pensé que era una de las criaturas más adorables que había visto. En cuanto a Catharine con un sombrero parecido pero de terciopelo verde oscuro, resplandecía de amor a la vida, en contraste con el silencio un poco melancólico de Honey, de manera que lo que le faltaba en verdadera belleza lo suplía con vital personalidad. Y Carey, qué muchacho apuesto, parecido a Kate y no muy diferente a mis chicas. En cuanto a Colas, de ocho años, el bebé del grupo, estaba decidido a disfrutar de aula momento. Podían muy bien haber sido todos hermanos y hermanas. Catharine y Carey reñían continuamente y tuvimos que reprenderlos una o dos veces, diciendo a Carey que recordara que no

debía hablar de ese modo a una dama, y a Catharine que lo provocara menos.

Y en Wanstead vimos la reunión de la Reina con su hermana Elizabeth. Fue un momento histórico, pensé: las hijas de Catalina de Aragón y Ana Bolena reunidas en Wanstead.

Juraría que habían más ojos puestos en la princesa Elizabeth que en la Reina. Esa joven pelirroja de veinte años me recordaba en cierto modo a mi hija Catharine. No era una belleza, pero poseía tal vitalidad y encanto que contrastaba mucho con los modales silenciosos de la nueva Reina.

María llevaba un traje de terciopelo color violeta, lo cual no favorecía su aspecto envejecido, ya que tenía treinta y siete años. Pero los vivos eran leales y cuando las hermanas se besaron fueron aún más fuertes.

Las hermanas dejaron Wanstead y se dirigieron hacia la Ciudad. Nos unimos al gentío y nuestros sirvientes nos rodearon para asegurar que nos abrieran sitio. Hice que las chicas cabalgaran una a cada lado mío y así entramos por el portal de Aldgate a la ciudad y a Londres. Nuestros jóvenes charlaban excitadamente todo el tiempo.

Seguimos todo el camino hasta la Torre; sobre el río las embarcaciones con sus cubiertas alegremente engalanadas parecían dar cabriolas de deleite y se oía una música dulce por todas partes y los cañones tronaban las salvas.

Catharine dijo repentinamente:

—¡Qué pena que Paul y Peter no hayan venido con nosotros! ¡Cómo les hubiera gustado la procesión!

Yo me estremecí y me pregunté cómo estaría tomando mi madre las noticias de la aclamación de la nueva Reina, mientras que aquella que había reinado tan brevemente esperaba su destino con terror. Kate permaneció con nosotros por algún tiempo en la Abadía.

Todos temían hablar libremente. Se veía lo rápidamente que uno podía caer en desgracia y era inevitable que después de semejante choque entre las dos Reinas y dos religiones debía correr sangre. Eduardo fue enterrado en Westminster y la Reina hizo decir un servicio solemne en su capilla privada con todos los ritos y ceremonias de la Iglesia de Roma.

Unos pocos días después el Duque de Northumberland perdió la cabeza.

Kate permaneció para la coronación, que fue en octubre y vimos a la Reina llevada en su litera, cubierta de tela de plata y tirada por seis caballos blancos.

Miré a Kate y me pregunté si recordaba aquella otra Reina que habíamos visto años atrás cuando Tom Skillen había sido sobornado por Kate para que nos llevara hasta Greenwich. ¡Qué diferente aquella, radiante Ana de esta mujer envejecida, cansada! Fue una ceremonia de gran pompa, pero yo me preguntaba y estoy segura que muchos lo hacían, qué nos depararía el futuro.

Desde luego que yo sabía que un nuevo reinado significaría cambios; para nosotros

en la Abadía era como si hubiéramos escapado por poco al desastre. Me alegraba que Simón Caseman permaneciera sereno. Era sensato y andaba por su propiedad sin aclamar ni condenar a la nueva Reina. En Bruno era aparente una mayor complacencia. Deduje por Clement que se creía que había logrado otro milagro, que había salvado la Abadía. Era el tercero. El primero había sido cuando había aparecido en la cuna, luego había regresado a la Abadía y había sido posible que muchos retornaran y ahora, cuando un enemigo había amenazado destruir lo que él había levantado, por un milagro el Rey había muerto a tiempo y una nueva Reina Católica se hallaba en el trono.

Bruno había hecho esto, Bruno el hacedor de milagros.

El primer cambio fue un decreto que abolía la liturgia reformista.

A comienzos de año oímos que se iba a llevar a cabo un matrimonio entre María y Felipe de España, el más fanático de los Católicos.

Supe que este hecho daba grandes esperanzas a aquellos que deseaban ver restablecida la Iglesia Reformista. María era popular pero el pueblo de Inglaterra no quería ser dominado por España. El Parlamento alzó su voz para pedir a la Reina que no desposara a un extranjero, pero esto pareció ser inútil.

Rara vez iba a la Mansión Caseman. Temía encontrarme con Simón Caseman, pero mi madre y los mellizos me visitaban continuamente.

Peter y Paul, tan parecidos que no se los podía diferenciar, eran menores que Carey y los niños formaban como una familia. Mi madre me había pedido que los mellizos compartieran los mentores de mis hijas y esto había sido arreglado y cuando Kate estaba con nosotros, Carey se les reunía en el scriptorium. Yo lamentaba que ninguna de mis chicas brillara en sus estudios. Eran despiertas sin ser inteligentes. Carey se destacaba más en los pasatiempos al aire libre que en sus lecciones; Peter era el más inteligente de los niños; Paul era el deportista y podía rivalizar con Carey en los deportes al aire libre. Siempre me parecía que los mellizos se repartían los atributos de una persona muy cabal.

La ingenuidad de mi madre a menudo me daba una visión de lo que podía estar ocurriendo en Caseman Court, y eso me alarmaba.

Cuando se habló del matrimonio de la Reina mi madre no pudo ocultar cierto contento y enseguida pude ver que tenía esperanzas de que la Reina fuera derrocada. Yo sabía que hablaba por los sentimientos de su marido, ya que ella consideraba su deber compartir sus opiniones.

—Casamiento con España —dijo, mientras estábamos sentadas juntas en mi jardín—. Vaya, ¡seríamos súbditos de ese país! ¿Quieren eso los ingleses?

—No dudo —respondí—, que si la Reina desposara a Felipe de España, habría toda clase de condiciones para prevenir que España se apoderara del país.

—Cuando una mujer se casa está influida por el marido.

Sonreí.

—Madre —dije—, todas las mujeres no son esposas tan obedientes como tú.

Continuó:

—Tendríamos la Inquisición aquí. ¿Puedes imaginar que significaría eso? Nadie estaría a salvo. Cualquiera de nosotros podría ser llevado ante un tribunal.

—Sería terrible. Odio la persecución en cualquier forma.

Mi madre dejó caer la camisa que estaba bordando.

Oprimió mi brazo.

—Entonces, mi querida Damask, debemos evitar que llegue a nuestras playas.

—Estoy segura de que el pueblo nunca la toleraría aquí.

—Si este casamiento español se lleva a cabo, ¿quién puede decir lo que pasará? Si fuéramos dominados por España, llegarían aquí con sus tornillos bajo las uñas y sus instrumentos de tortura.

—Ya están aquí, Madre y lo estaban antes de que la Reina pensara en casarse con un extranjero. Me estremezco a veces cuando paso por la Torre y pienso en las mazmorras y en las cámaras de tortura en las que muchos hijos y esposos bien amados han sufrido. También las mujeres... ¿Has olvidado a Arme Askew?

—Fue una mártir.

—Una mártir, verdaderamente.

—Una santa —dijo mi madre con fervor.

—Y lo hubiera sido también si hubiera sido de cualquier otra fe.

Mi madre calló y luego se inclinó hacia mí.

—Este reinado no puede durar —afirmó—. Tengo razones para saberlo. Me preocupas, Damask..., tú y tus niños.

—Madre, yo me preocupo por ti y los mellizos.

—Sí —dijo—. Es extraño que la religión sea la causa. No comprendo por qué no ven todos el camino verdadero.

—¿El tuyo madre? ¿O el de tu marido tal vez?

—Yo he visto la verdad —dijo—, y creo que vives peligrosamente. Me gustaría verte con nosotros, Damask. A tu padrastro también. Siempre habla bondadosamente de ti.

Sonreí con cinismo.

—Es bueno de veras de su parte, madre.

—Oh, es un hombre bueno. Un hombre de principios.

«¡Oh Dios!», pensé, «¿no sabes que asesinó a mi padre?».

—El piensa que tú resientes que haya tomado el sitio de tu padre.

—Nadie podría tomar su sitio —exclamé fervientemente.

—Quiero decir, mi querida, porque nos casamos. Algunas hijas son así..., los hijos también. Pero debes recordar que me ha hecho muy feliz.

Quería gritarle la verdad. Asesinó a mi padre; me pidió que me casara con él; ha tratado de hacerme una proposición infame, me ha pedido mi virtud como precio por mi seguridad. Y este es el hombre de quien tú, madre, tienes tan alta estima.

Pero por supuesto, no dije nada. Era tan inocente. Tenía que seguir en su bendita ignorancia.

—Tendrías que tratar de ser un poco más razonable, Damask. Me preocupo por ti —continuó—. Desearía que Bruno hubiera comprado una agradable mansión de campo. Una Abadía es sospechosa..., particularmente cuando...

—Oh, madre, cuidémonos todos. Y recordemos que los enemigos de Roma son los que están hoy en peligro, si bien mañana puede ser diferente.

—Mañana —dijo mi madre, alegrándose—. Eso llegará.

No era de extrañar que me perturbara.

En la panadería, Clement estaba amasando; tenía las mangas arremangadas hasta los codos y parecía acariciar la mezcla mientras trabajaba.

Catharine estaba sentada en un banco alto contemplándolo, y su cara adorable brillando de interés. Desde que yo podía recordar, siempre tenía algún entusiasmo. Se desvanecían rápidamente, pero mientras duraban eran intensos; Honey era más constante.

—Sigue, Clement —ordenó y lo oí decir mientras entraba—: El Abad nos había llamado y estábamos de pie alrededor del pesebre y en él había un niño vivo.

Se volvió cuando yo entré.

—Aquí viene la señora —dijo Clement— para darme las órdenes del día.

—Madre —explicó Catharine—. Clement ha estado contándome la historia. ¡Fue maravillosa! Es como algo de la Biblia. Moisés en los juncos. Siempre adoré esa historia y ahora saber esto...

Miré su cara animada y no supe qué decirle. Estaba tan conmovida por la idea que su padre fuera una especie de Mesías, que aun cuando yo estaba convencida que era falso y quería que mi hija aceptara la verdad, la verdad era algo que yo no podía contar a mi hija. Catharine siempre tenía que saber todo una vez que su interés despertaba. Sabía más de la gente que vivía alrededor nuestro que todos los demás componentes de la casa. Vi que estaba en un dilema. Ella tendría que aceptar a su padre como ese ser superior o conocer la sórdida historia de su nacimiento. Por el momento pensé que era mejor que aceptara la leyenda, pero deseé que no hubiera sido así.

Discutí la comida que había que preparar y dije:

—Vamos, Catharine, pronto será la hora de tus lecciones y quiero que me juntes algunas flores y las arregles.

—Oh, madre, odio arreglar flores. Sabes que no sé hacerlo.

—Razón de más para que aprendas. Es una de las condiciones necesarias para un

ama casa.

—Creo que no seré un ama de casa. Permaneceré aquí toda mi vida y me haré monja y tendré un convento propio. Supongo que sería una abadesa.

—Mi querida niña, no hace mucho tiempo los monasterios y los conventos fueron disueltos por órdenes del Rey.

—Ah, pero eso fue hace mucho tiempo, madre. Ahora tenemos una nueva Reina, una buena y virtuosa Reina. Indudablemente desearía ver retornar estas instituciones.

—Eres una niña, Cat —dije, no sin un asomo de alarma—. ¡Por amor de Dios, no te enredes todavía con estos asuntos!

—Querida madre, ¡qué vehemente eres! Siempre sospeché que eras algo irreligiosa. —Me besó de manera cariñosa—. No es que no te quiera por ello. Todo esto me asustaba... Tenía miedo de acercarme a algunos de los viejos edificios. ¿Recuerdas como solía colgarme de tu mano o de tus faldas? Solía pensar, nada me hará daño, mientras mi madre esté aquí y ella siempre cuidará de mí.

—Mi querida, y siempre lo haré.

—Lo sabía, madre queridísima. Eres tan..., como debe ser una madre. Él es diferente, desde luego. Es maravilloso. Clement ha estado contándome cómo era la Abadía cuando él llegó. No sabían cómo cuidar a un bebé y si bien no era un bebé común, vino con la forma de un bebé, y por lo tanto era a medias mortal.

—Clement habla demasiado.

—Todo es tan interesante. Hay tanto que quiero saber.

—Limita tus intereses a tus lecciones por un tiempo —dije.

Se rio con esa risa sonora, contagiosa que yo amaba tanto.

—Querida madre. Queridísima madre. Eres tan práctica..., siempre... Tan diferente de... No es de extrañar que tía Kate se ría de ti.

—¿De modo que soy el objeto de sus diversiones?

Me besó la punta de la nariz.

—Es algo bueno, y todos te amamos por ello. Vaya madre, ¿qué haríamos sin ti?

—Ahora —dije complacida—, tendrás justo el tiempo de recoger tus flores y arreglarlas antes de ir al scriptorium. Y no llegues tarde. Ya he tenido quejas de tu impuntualidad.

Corrió y la miré con ese amor que era tan intenso que me hacía sentir dolor.

Después de eso, frecuentemente la encontré con Clement, que le contaba historias de la niñez de su padre. Descubrió cosas que yo nunca había sabido. Cada día se interesaba más y más. Bruno lo había notado y se había vuelto afectuoso hacia ella. Finalmente se interesaba por su hija.

Un día entré a la sala de estudios y oí reñir a Catharine y a Honey.

—Te embaucan fácilmente, Cat. Siempre crees lo que quieres creer. Así no se puede saber lo que es verdad. Yo no lo creo. Él no me gusta. Nunca me gustó. Creo

que es cruel con..., nuestra madre.

Catharine le espetó:

—Es porque no es tu padre. Estás celosa.

—¡Celosa! Te digo que me alegro. Preferiría cualquier hombre antes que él como padre.

Hice una pausa ante la puerta y no entré. En cambio me escabullí silenciosamente.

Pensé mucho en esa conversación. Desde luego que era inevitable, ahora que estaban creciendo, que se formaran sus propias opiniones. Cuando habían sido pequeñas las había mantenido lejos de él, a sabiendas que en su vida no había lugar para niños pequeños. Me preguntaba cómo hubiera sido si Catharine hubiera sido varón.

Pensaba en ellas. Catharine tenía casi doce años, Honey catorce, casi una mujer. Había un cierto toque de la voluptuosidad de Keziah en ella y su belleza no había disminuido para nada. Solamente esos sorprendentes ojos violeta con sus pestañas negras hubieran bastado para hacer de ella una belleza.

Pero no era tan fácil de conocer como Catharine, que era toda efervescencia, con los sentimientos a flor de piel, con lágrimas y enojos que llegaban tan rápidamente como desaparecían. ¡Qué diferente era Honey! Yo sabía que tenía que ser cuidadosa con ella y siempre lo había sido, demostrándole que la amaba tanto como a Catharine. Estaba convencida que ella sentía por mí una devoción profunda y apasionada. Me gratificaba y al mismo tiempo me alarmaba un poco, porque uno nunca podía estar del todo segura con Honey. ¡Su nombre la desmentía! Era salvaje y apasionada.

Ahora que estaban creciendo y desarrollando personalidades muy diferentes y, cuanto más adoración demostraba Catharine por Bruno, más disgusto parecía sentir por él Honey. Bruno notaba el creciente aprecio e interés de su hija hacia él, y también advertía la repulsión de Honey.

Decidí que hablaría con Honey y le pedí que fuera conmigo una mañana al jardín y juntáramos flores.

—Honey —dije—, Catharine te habla a menudo de su padre.

—No habla de otra cosa en estos días. A veces pienso que Catharine no es muy inteligente.

—Mi querida Honey —repuse, con lo que Catharine llamaba mi voz virtuosa—, ¿es poco inteligente una hija que admire a su padre?

—Sí —replicó Honey—, si él no es admirable.

—Mi querida niña, no debes hablar así. Es..., ingrato e incorrecto.

—¿Debo estarle agradecida?

—Has vivido bajo su techo.

—Prefiero pensar que ha sido bajo el tuyo.

—Él lo suministró.

—Nunca me quiso aquí. Fue solamente porque tú insististe que yo pude quedarme. Sé eso. Voy a ver a mi abuela en el bosque.

—¿Te habla de esas cosas?

—Es una sabia mujer, madre y a veces me habla enigmáticamente, como lo hace la gente sabia. Me ha contado verdades. Dice que está bien que yo sepa ciertas cosas. A menudo pienso qué diferente podría haber sido mi vida si no hubiera sido por ti.

—Mi querida Honey, has sido una alegría y un consuelo para mí.

—Siempre procuraré serlo —me contestó fervientemente.

—Mi bendita niña, recuerda que eres mi propia hija.

—Pero de adopción. Cuéntame acerca de mi madre.

—Era alegre y hermosa a su modo..., si bien tú lo eres más.

—¿Entonces me parezco a ella?

—No, no en tus modales.

—No se casó con mi padre. Vino a disolver la Abadía. ¿Cómo era él?

—Lo vi poco —dije evasivamente.

—Y mi madre se enamoró de él y nació yo.

Asentí con la cabeza. Había sido así en cierto modo, y yo no podía contar a Honey la horrible verdad.

—Yo soy su hermana. Mi bisabuela me lo contó. Dijo: Ustedes dos son mis bisnetos. Y cuando lo supe no podía creerlo. Ella dice que es por eso que me odia. Preferiría no tener que verme.

—No lo cree, porque no quiere aceptar el hecho de que tu madre sea la de él.

—Se cree divino —rio—, ¿a la gente divina le importa tanto que la gente lo adore?

—El cree que tiene una gran misión en la vida. Les ha dado hogares a mucha gente.

—Nunca ha dado algo sin contar con lo que recibirá a cambio. Eso no es dar.

Era demasiado perspicaz, mi Honey.

—Tendrías que tratar de comprenderlo.

—Comprenderlo no aumenta mi respeto por él. Quizá lo comprenda demasiado bien, lo que es de esperarse, ya que provenimos de la misma madre.

—Honey, me gustaría que olvidaras eso. Yo pienso en mí misma como tu madre. ¿No podrías tratar de hacer lo mismo? —Se volvió hacia mí y vi arder la devoción en sus ojos.

—Mi querida niña —dije—, no puedes saber lo mucho que significas para mí.

—Si yo pudiera pedir un deseo —afirmó—, sería que yo fuera tu verdadera hija y Catharine la de mi propia madre.

—Nada de eso, yo querría que las dos fueran hijas mías.

—Yo preferiría ser la única.

Sí, Honey me producía alarma. Su odio sería tan feroz como su amor.

La paz no podía durar mucho tiempo. Mi madre vino para decirme que Simón Caseman había partido «por negocios». Estaba ansiosa, y me preguntó qué podían significar esos negocios.

Pronto lo descubriría. *Sir Thomas Wyatt* dirigía una rebelión contra la Reina María.

Mi madre se apresuró a venir a la Abadía con las noticias de que la Reina estaba en el Palacio de Whitehall y que los hombres de *Sir Thomas* marchaban sobre la ciudad. La Reina estaba desesperada.

—Sabe que es el final del reinado. —La voz de mi madre sonaba triunfante.

Le pregunté:

—¿Dónde está tu marido? —Y sonrió secretamente.

—Me preocupas, Damask —dijo casi inmediatamente—. Quiero que traigas a las niñas y vengas a Caseman Court. Cuando triunfe *Sir Thomas Wyatt* no te quiero aquí.

—¿Y si *Sir Thomas* no triunfa?

—Ya verás.

—Madre —insistí— ¿dónde está tu marido?

—Tenía negocios que hacer —me contestó.

—¿Negocios? ¿Con *Sir Thomas Wyatt*?

No respondió y yo no insistí, porque tenía miedo. Dije:

—*Sir Thomas* sentará en el trono a la Reina Jane o a la Princesa Elizabeth. ¿Y tú crees que la gente se quedaría tranquila y permitiría que arrojaran a un lado a la legítima Reina?

—Quiero que vengas conmigo a la Mansión Caseman —fue su respuesta.

Pero mi madre se vio desilusionada, ya que las fuerzas rebeldes marcharon sobre Londres y hubo lucha en las calles. Oí decir que la Reina se había mostrado intrépida y que había consolado a sus llorosas damas. Más adelante supe lo cerca del éxito que había estado Wyatt y que lo hubiera logrado si no hubiese sido porque al verse arrinconado en Fleet Street, rodeado y separado de sus fuerzas combatientes, se había entregado creyendo que la batalla estaba perdida.

Por cierto, mi madre estaba muy perturbada y sabiendo que Simón no estaba en Caseman Court, fui a verla.

—¿Qué salió mal? —exclamaba—. ¿Por qué gana siempre esa mujer papista?

—Tal vez —respondí—, porque es la verdadera Reina.

Poco tiempo después Jane, la Reina de los nueve días, fue ejecutada junto con su marido.

La Princesa Elizabeth estaba implicada en la rebelión y se decía que el objeto de esta había sido colocarla en el trono, y no a Jane.

Bruno comentó:

—Es una mujer astuta que codicia el trono. Es una pena que no le hayan cortado la cabeza a ella en vez de a Jane.

—Pobre Elizabeth —reparé—, es tan joven.

—Tiene veinte años, los suficientes para ser ambiciosa. La Reina no debiera dejarla con vida.

Pero la Reina le permitió vivir, ya que *Sir Thomas Wyatt* declaró antes de ser decapitado que la Princesa Elizabeth era inocente de cualquier conspiración contra su hermana.

Simón Caseman había regresado. Me preguntaba qué parte había tomado en la rebelión Wyatt.

Era maravilloso como podía comprometerse y liberarse antes que el compromiso se convirtiera en algo embarazoso. Estaba convencida que lo que él quería era ver el fin del reinado de María, para tener un gobernante protestante en el lugar de la Reina.

La elección obvia era Elizabeth.

Bruno creía que Elizabeth tomaba la religión como la política, por conveniencia. Había cobrado importancia. La gente reparaba más y más en ella. Muchos partidarios de María hubieran deseado tener su cabeza; pero la Reina no era vengativa.

De manera que, a pesar de que la Reina María se había instalado firmemente en el trono y que la rodeaban hombres fuertes con el objeto y la intención de conservarla allí, existía intranquilidad. Y los casamientos y esperanzas de numerosos hombres se volcaban hacia la hija de Ana Bolena.

Mi madre vino a la Abadía con su acostumbrada canasta de cosas buenas. Había traído a los mellizos, ya que estos aprovechaban toda oportunidad de venir a la Abadía y le ayudaban con su canasta.

Las chicas vinieron a ver qué había traído y a escuchar sus noticias.

—Vaya —exclamó, sentándose—, qué cosas ocurren en la ciudad.

—Cuéntanos, abuela —ordenó Catharine.

—Bueno, mi querida, hay una casa embrujada en Aldergate Street, si bien puede ser que no lo esté. Puede ser que habite allí un ángel de Dios ¿Quién puede decirlo?

—Prosigue —exclamó Catharine—. Oh, abuela, nos vuelves locas. Nos tienes en suspenso con tus cuentos.

—Te lo dirá a su tiempo —indiqué—. No la hostigues.

—A su tiempo —exclamó Catharine—. ¿Cuándo será eso? Ahora es el momento.

—¿Y quién es la que está haciendo perder tiempo? —preguntó Honey.

—Es una voz que sale de los ladrillos —dijo Peter—. Yo la oí. ¿No la oíste tú, Paul?

—¿Qué clase de voz? —insistió Catharine.

—Bueno, si me hubieran dejado explicar desde el comienzo —dijo mi madre—

ya lo sabrían.

—Lo cual es perfectamente cierto —agregué.

—Bueno, cuéntenos —exclamó Catharine.

—Hay una voz que proviene de los ladrillos de esa casa. Y cuando la gente grita «Dios salve a la Reina María», no dice nada.

—¿Cómo puede haber una voz si no dice nada? —exigió Catharine perentoriamente.

—Qué niña impaciente —dijo mi madre frunciendo el ceño—. No esperas a oír. Cuando la multitud grita: «Dios salve a *Lady Elizabeth*», la voz dice, «Así sea».

—Tiene que ser alguien —dije.

—No hay nadie. La casa está vacía. Y cuando la gente grita: ¿«Qué es la Misa»? la voz responde «Idolatría».

Catharine se había puesto roja.

—Es algún malvado que está tratando de embaucar a la gente.

—Es una voz —insistió mi madre—. Una voz sin cuerpo. ¿No es algo maravilloso?

—Lo sería si hablara juiciosamente —dijo Catharine.

—¿Juiciosamente! ¿Quién pude cuestionar la palabra divina?

—Yo —expresó Catharine—. Es divina sólo para los protestantes. Para la gente de verdadera fe es..., ¡herejía!

—Cállate Cat —ordené—, faltas el respeto a tu abuela.

—¿Es faltar el respeto decir la verdad?

—Verdad para unos y tal vez no para otros.

—¿Cómo puede ser? La verdad debe prevalecer siempre.

Dije con cansancio:

—No voy a permitir estos conflictos en la casa. ¿No es bastante malo que existan en el país?

Catharine insistió:

—Debo decir lo que siento.

—Tienes que aprender a sujetar tu lengua y mostrar el debido respeto.

—¡Respeto! —gritó Catharine—. Mi padre diría...

Intervine:

—¡Basta de esto!

Catharine se precipitó fuera de la habitación, murmurando:

—Es una bonita salida simular estar de acuerdo con perversas mentiras..., solamente para contentar a la gente.

—Vaya —dijo mi madre—, allí va una pequeña papista feroz.

Advertí que Honey sonreía, como siempre lo hacía cuando Catharine y yo teníamos una diferencia.

Con semejantes fricciones en la familia, me pregunté cómo se esperar que hubiera armonía en el mundo.

Catharine estuvo feliz cuando una investigación reveló que una joven, llamada Elizabeth Croft había sido ocultada en un agujero en la pared para responder a las preguntas que le hacían, e incitar al pueblo contra la Reina y su prometido español.

—Ahí tienes tu voz —exclamó Catharine, y se apresuró a ir a Caseman Court a contarle a mi madre.

—Estaba tan avergonzada, que no pude evitar reírme —me comentó cuando volvió.

—Tendrías que haber sido más compasiva —le dije.

—¡Comasión con semejante fanática!

—Y tú, mi querida, ¿no sufrirás del mismo mal?

—Pero yo estoy a favor de la verdadera religión.

—Como dije, eres una fanática, Catharine. No quiero que te veas envuelta en estos asuntos.

—Hablo de ellos con mi padre..., ahora —sus ojos brillaban—. Es maravilloso haberlo descubierto después de todos estos años.

—No te prestaba atención.

—Desde luego, cuando era niña y estúpida. Ahora es diferente.

—Te ruego que seas cuidadosa.

Corrió hasta mí y me abrazó.

—Queridísima madre, debes saber que ya soy adulta..., casi.

—Pero no del todo —le recordé.

Peter vino a contarnos que Elizabeth Croft estaba en el cepo por haber tomado parte en el engaño.

—Pobre niña —dije—. Espero que no pague con su cabeza por esto.

Ese mes de julio el Príncipe Felipe de España desembarcó en Inglaterra y la Reina viajó hasta Winchester, donde iban a casarse.

Vimos su entrada a la capital. Cruzaron el Puente de Londres a caballo y me impresionó la palidez de la Reina y la forma patética en que adoraba a su pálido novio de labios finos. Era casi diez años mayor que él, y sentí pena por ella.

El matrimonio no era nada popular, pero la gente vitoreó cuando vio el tesoro que Felipe había traído consigo. Se precisaron noventa y nueve cofres para llevar las arcas repletas de oro y de lingotes de plata. El tesoro acompañó a la pareja real en su viaje hasta la Torre, y al menos eso contó con la aprobación del pueblo.

Después vimos cambios en el país.

Se estaban trayendo al país las leyes de España. Oímos hablar mucho de la verdadera iglesia, que era la Santa Iglesia Romana y se empleaba continuamente la palabra hereje.

Y los fuegos de Smithfield comenzaron a arder.

Frecuentemente podíamos ver desde los jardines la capa de humo y cuando el viento soplaba del este lo podíamos oler; nos estremecíamos y nos parecía oír los alaridos de los moribundos.

La Reina había recibido un nuevo nombre. Era María la Sanguinaria.

Una fría mañana de febrero del año 1555 se llevaron a Simón Caseman. Peter y Paul vinieron corriendo hasta la Abadía.

—Vinieron..., buscaron por todas partes...

—Se llevaron libros con ellos...

—Ataron su barca a nuestro embarcadero...

Exigí:

—Peter. Paul, cuéntenme desde el principio. ¿Qué es esto?

Creo que adiviné muy pronto. Después de todo, no era extraño. Y yo sabía desde hacía tiempo que Simón Caseman estaba flirteando con la nueva fe.

De pronto Paul comenzó a llorar.

—Se han llevado a nuestro padre —dijo.

—¿Dónde está tu madre?

—Está sentada allí..., mirando. No habla. Ven rápido, Damask. Por favor, ven con nosotros.

Corrí hacia la casa. Entré al hall donde la mesa estaba puesta para la comida y pensé: a este hall vinieron a buscar a mi padre... Simón Caseman los trajo para que se lo llevaran..., y ahora han venido por Simón Caseman.

Mi madre estaba sentada a la mesa. Miraba como si estuviera aturdida. Me arrodillé a su lado y tomé su mano fría entre las mías.

—Madre —dije— estoy aquí.

Habló entonces.

—¿Es Damask? Mi niña Damask.

—Sí, madre. Estoy aquí.

—Vinieron y se lo llevaron.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué tenían que llevárselo? ¿Por qué...?

—Tal vez regrese —la consolé sabiendo bien que no regresaría.

¿Acaso no habían dicho los mellizos que se habían llevado libros? Estaba condenado como hereje.

—Madre —rogué— debes recostarte. Te daré una de tus pociones. Si durmieras un poco..., quizá cuando despiertes...

—¿Volverá?

—Quizás. Tal vez lo han llevado para interrogarlo. —Se tomó de mi brazo.

—Eso es. Lo han llevado para interrogarlo acerca de algún asunto. Regresará. Es

un buen hombre, Damask.

Los mellizos me contemplaban como si yo tuviera algún poder para tranquilizarla. ¡Como hubiera deseado tenerlo! Por primera vez en mi vida me hubiera sentido muy feliz de ver entrar a Simón Caseman.

—¿Qué daño ha hecho? —preguntaba ella.

Me permitió que la ayudara a meterse en cama, le di la bebida tranquilizante y pensé: Dos veces en su vida le han arrebatado mi marido, y dos veces en nombre de la religión.

Cuando se durmió volví a la Abadía. Encontré a Bruno al entrar al hall.

Dije:

—Vengo de casa de mi madre. Está deshecha de pena.

—De manera que se lo llevaron —comentó y en sus labios se esbozó una sonrisa.

—¡Lo sabes! —exclamé.

Asintió con la cabeza, sonriendo misteriosamente.

Exclamé:

—Tú..., lo preparaste. Tú lo delataste.

—Es un hereje —replicó.

—Es el marido de mi madre.

—¿Has olvidado que una noche casi hizo lo mismo?

—Entonces es venganza —dije.

—Es justicia.

—¡Oh Dios! —exclamé—. Irá a Smithfield.

—El premio a los herejes.

Escondí la cara entre las manos, porque no podía soportar seguir mirando la cara de Bruno.

—¡Tanta pena por el asesino de tu padre!

Me volví y corrí hasta mi habitación.

Las niñas vinieron.

—Madre, ¿es cierto, entonces? —exclamó Catharine, con la cara traspasada de emoción—. Se lo han llevado. ¿Qué le harán? ¿Qué están haciendo ahora?

—Morirá —dijo Honey—. Morirá en la hoguera.

La cara de Catharine se arrugó.

—No pueden hacer eso, ¿verdad? ¡No pueden..., a él! Es tu padrastro.

—Eso no los detendrá —observé tristemente.

Catharine exclamó:

—¿Y lo quemarán hasta matarlo, simplemente porque cree que Dios debe ser adorado de una cierta forma? Sé que es hereje y que los herejes son malvados, pero quemarlo...

—Hasta morir —añadió Honey sombríamente.

Eran demasiado jóvenes para saber de esos horrores.

Dije:

—Puede ser que no ocurra. Voy a traer aquí a los mellizos. Tienen que ser bondadosas con ellos. Recuerden que es su padre...

Asintieron con la cabeza.

Luego volví a mi viejo hogar a cuidar a mi madre. Me senté con ella e intenté hablar de otras cosas: de su jardín, de su despensa. Pero todo el tiempo sus oídos estaban alertas al sonido de una barca, a la voz que yo sabía que no volvería a oír.

No servía de nada. Debíamos hablar de él porque era en él en quién ella estaba pensando. Me dijo lo bueno que siempre había sido; lo felices que habían sido esos años con él.

—Era el marido perfecto —me contó y yo pensé en aquel buen hombre, mi padre y me pregunté a mí misma si lo había llorado así.

—Era tan inteligente —decía—. Quería saber lo que la gente escribía..., lo que pensaba.

Ah, pobre Simón Caseman, debió haber sabido que uno no debe demostrar interés.

—Debían haber conservado a Jane en el trono. Esto no hubiera ocurrido.

No, madre, pensé, no a ti. Pero a otros. Quizá a Bruno. Luego recordé que era Bruno el que había causado esto. Había hecho a Simón Caseman lo que Simón había tratado de hacerle a él.

El día llegó. Mi madre quería ir a Hampton Court a ver a la Reina para implorarle que perdonara a su marido.

Era hereje, se había probado que era un hereje y, había oído decir, que no renegaría de sus opiniones. Un hombre extraño, con tanta maldad en él y sin embargo mi madre lo creía el perfecto marido y permaneció fiel a sus creencias ante la muerte.

Ese día tranquilicé a mi madre con su jugo de amapolas y dormí.

Salí al jardín y miré hacia la ciudad. Una capa de humo bajaba hacia el río. Los fuegos de Smithfield estaban ardiendo.

Luego entré y me senté junto a la cama de mi madre para consolarla cuando despertara.

MUERTE DE UNA BRUJA

Había pasado un año desde que Simón Caseman sufriera la muerte de los herejes. Mi madre parecía haber envejecido diez años. Caseman Court había sido devuelta a su legítima propietaria, yo. Por ser la esposa de un buen católico que había desafiado el reinado de los herejes y en alguna medida reformado la vieja Abadía yo estaba en alta estima.

No le dije a mi madre que la casa me había sido devuelta. Su pena era demasiado grande para ocuparse de tales asuntos. Siguió viviendo allí. Era una casa triste.

Rupert iba a menudo; había ofrecido ayudar con la propiedad y lo había hecho. Lo veía frecuentemente y su bondad con mi madre me conmovía profundamente.

Amaba a Rupert. No era una pasión indómita, simplemente un dulce afecto persistente. Desde la traición a Simón Caseman yo había sentido una especie de repulsión hacia Bruno. Él lo sabía y me odiaba por ello. Honey estaba en lo cierto cuando decía de él que deseaba admiración todo el tiempo. Yo diría que deseaba adoración.

A pesar de su impresión acerca de la muerte de Simón Caseman, la devoción de Catharine hacia su padre se había incrementado.

Estaban frecuentemente juntos y creo que Bruno encontraba placer en alejarla de mí. Me dolía que mis años de amor y devoción pudieran ser minados tan fácilmente. Pero ella estaba aturdida por él, como otros lo habían estado antes y todavía lo estaban. Dios sabe que yo podía entenderlo. ¿Acaso no había estado yo tan subyugada como cualquiera? Honey contemplaba la creciente devoción de Catharine por su padre y su alejamiento de mí con una satisfacción que me alarmaba.

Los tiempos eran enfermizamente melancólicos pero nunca antes había existido tanta discordia en mi propio círculo familiar.

Volvía más y más a mi viejo hogar, donde mi madre siempre se alegraba de verme. Rupert estaba frecuentemente allí y los tres solíamos reunirnos, encontrando algún consuelo en hablar de los viejos tiempos.

Fue un año terrible. Recuerdo cuando el Obispo Cranmer fue quemado en la hoguera en un amargo día de marzo, frente al Balliot College en Oxford. Decían que había tendido primero su mano derecha hacia las llamas porque con ella había firmado un documento renegando de sus creencias.

Noventa y cuatro personas fueron quemadas ese año, cuarenta y cinco de ellas mujeres, inclusive murieron cuatro niños.

Encontraba difícil seguir con mis tareas ordinarias. Cada vez que salía al aire libre olía los fuegos de Smithfield. Soñaba con Simón Caseman retorciéndose en su agonía y no podía evitar pensar que Bruno lo había enviado a ese destino.

Kate escribió desde Remus. Carey cumpliría pronto dieciséis años y quería dar un baile para celebrar su cumpleaños.

Honey, Catharine y yo viajamos a Remus con los mellizos y algunos sirvientes. Bruno rechazó la invitación y mi madre prefirió quedarse en casa, y a medida que nuestra barca nos llevaba río abajo alejándonos de Smithfield y de la Torre, sentía que mi ánimo mejoraba un poco.

Me divertía con Catharine, que no podía ocultar su excitación ante la perspectiva de un baile y al mismo tiempo se preguntaba si no debía haber permanecido con su padre. El vestido que había mandado hacer para ella era de terciopelo color oro de Italia. El cuerpo era ajustado y el frente se abría para enseñar una falda de brocado hermosamente bordada. El vestido de Honey era parecido, pero de terciopelo azul. Honey tenía casi diecisiete años, Catharine quince. Pensé con una punzada: están creciendo. Pronto habrá que buscarles marido.

Era agradable estar nuevamente con Kate. Si bien ya había pasado los treinta, no era menos atractiva que lo que había sido a los diecisiete. A menudo me preguntaba por qué no se había casado nuevamente. Por cierto que no era por devoción a Remus.

Recibía mucho en su Castillo Remus. Ahora sus invitados eran familias católicas. Kate era demasiado despierta para enredarse en política: ella oscilaba con el viento.

Tan pronto como llegamos me llevó aparte para tener una charla en privado y sus primeras palabras fueron para felicitarme por el aspecto de mis niñas.

—No será difícil encontrarles marido. Catharine tendrá una gran dote. ¿Qué hay de Honey?

—Me preocuparé de que tenga una adecuada.

—Ah, sí, la Mansión Caseman es tuya ahora —una sombra cruzó por mi cara—. Un asunto feo. ¿Cómo está tu madre?

—Ha envejecido diez años. Trabaja en su jardín. Gracias a Dios tiene eso. Oh, ¡Kate qué melancólico se ha vuelto el país!

—Era más alegre bajo Enrique, cuando éramos muchachas. Sin embargo, tengo la sensación que esto no durará. La Reina es una mujer enferma. —Bajó la voz—. Uno debe tener cuidado al hablar.

—¿Es la reina o son los ministros?

—Ah, ahí tienes. Es una fanática rodeada de fanáticos.

—Estas hogueras son horrosas.

—Te olvidas de los que fueron ahorcados, arrastrados y descuartizados.

—Me pregunto qué será de todos nosotros.

—Esto no puede durar. Es la influencia española. La hoguera ha sido un símbolo de la vida española desde Torquemada, y Elizabeth revivió la Inquisición en España. Si los españoles se apoderan de Inglaterra sucederá lo mismo aquí.

—¡Dios no lo permita!

—Ten cuidado, Damask. ¿En quién puede uno confiar?

—¡Todo esto en nombre de la religión!

Permanecemos en silencio durante un momento y luego prosiguió:

—No durará, Damask. Se dice que la Reina no puede vivir mucho tiempo. Es la mujer más desgraciada de Inglaterra. Su marido no la ama. Le resulta desagradable, dicen.

—¿Pero es cierto? Es un hombre frío, raro y nunca entenderemos a estos españoles.

—Lo siento por ella, pero deploro este lamentable estado en que hemos caído. Parece que uno es hereje sólo por discutir una idea.

La sala de baile del castillo estaba decorada con hojas y flores y los músicos se habían instalado en la galería de los juglares, casi ocultos a la vista por pesadas cortinas a ambos lados.

A las seis tuvimos un banquete en el gran hall y yo rara vez había visto platos tan complicados. Pensé cómo le hubiera gustado a Clement revisar los contenidos de esos pasteles y probar la calidad de la masa. Las principales familias presentes tuvieron el placer de ver sus escudos sobre los pasteles; los lechones fueron traídos humeando por los sirvientes de Kate vestidos con las libreas Remus y cuando se trajo la carne todos nos pusimos de pie y rendimos homenaje al plato que había sido condecorado por el Rey Enrique.

Las tortas habían sido horneadas y cubiertas de jengibre: en una de ellas se escondía la diminuta figura de un rey. Estas se distribuyeron entre los hombres y aquel que encontrara el rey era elegido Rey de la Alegría o Señor del Disparate por la noche.

Carey encontró la figura del rey; era evidente que esperaba que una muchacha bonita, Mary Ennis, hija de *Lord Calperton*, ganara la figura. Fue lo suficientemente bien educado como para ocultar su desánimo cuando Catharine la ganó.

Catharine se rio con deleite y no pude evitar sonreír recordando lo solemne que había estado mientras se preguntaba si debía dejar la Abadía para unirse a nuestra frivolidad.

Ella y Carey tenían que juntarse y planear juegos y payasadas para nuestro entretenimiento y eso fue lo que hicieron. Hubo charadas y juegos de adivinanzas y estuvimos muy alegres.

Carey y Catharine debían iniciar el baile y lo hicieron con cierto decoro, si bien escuché a Catharine susurrar a su compañero:

—Soy casi tan grande como tú, y en todo caso todo el mundo sabe que las chicas maduran antes que los varones.

Me encontré bailando con Rupert.

—Es agradable estar aquí —afirmó.

—No me he sentido tan contenta desde hace mucho tiempo.

—Así tendría que ser siempre la vida —dijo—. No simplemente un oasis de placer, sino tener reuniones familiares como esta.

—Y sin embargo, Rupert —observé— aún en tales ocasiones uno debe vigilar su lengua, para no traicionar algo que pudiera acarrearos daño. Es solamente con nuestros más próximos y fieles amigos con quienes podemos ser francos.

—Damask —preguntó—. ¿Cuán franca puedes ser conmigo?

—¿En qué sentido?

—Me pregunto tanto acerca de ti. Pienso en ti continuamente. A veces cavilo cómo podría haber sido todo. Luego pienso en ti en la Abadía...

—Sí, Rupert.

—Una vida extraña —dijo—. ¿Cómo es allí, Damask? ¿Eres feliz?

—Tengo a las chicas —repuse.

—¿Y bastan?

—Significaron mucho para mí, pero se casarán y tendrán sus vidas propias. Debiste haberte casado, Rupert. Entonces tendrías hijos.

—Que se casarían y tendrían vidas propias. Pero me hubieran gustado los niños.

—Todavía eres joven. Quién sabe, en esta misma reunión tal vez encuentres a alguien. Estás en tus treinta años... algunos dicen que es la mejor edad.

—Sentémonos —dijo—. Esta conversación me interesa tanto que prefiero no adecuarla al baile.

De manera que nos sentamos y contemplamos a mis hijas. Honey, devastadoramente hermosa, bailando con Edward Ennis y Catharine con Carey, regañándolo. De vez en cuando le pisaba un pie, y sin embargo con los ojos encendidos por la excitación, ya que adoraba bailar. Y qué bien le sentaba, mucho más que cavilar acerca de si debería entrar en un convento, ya que ahora que estábamos bajo un riguroso gobierno católico, se le podía encontrar uno.

—Sabes que no lo haré —dijo Rupert.

—¿Qué era eso? Estaba pensando en Catharine.

—Casarme y establecerme. Y tú sabes por qué.

Lo miré y al ver la expresión de sus ojos me maravillé que hubiera permanecido fiel todos esos años. No podía evitar mi alegría, lo cual estaba mal porque no era vida para él esperar a una mujer que estaba casada con otro.

—¿Y Bruno? —dijo.

—¿Qué hay con él?

—¿Es todo lo que esperabas que fuera?

—Generalmente pedimos demasiado de la gente, ¿no es así?

—¿Y pediste demasiado? —Titubee y luego dije—: A veces me pregunto acerca de nuestra vida en la Abadía. A veces parece un sueño. Es tan..., irreal.

—Si fueras feliz, pensarías que valdría la pena. No eres feliz, Damask.

—¿Qué es la felicidad? Apenas un día más o menos al azar..., un momento quizás... ¿Quién puede decir frecuentemente «Ahora soy completamente feliz?».

—No tendría que ser así. Debería estar a nuestro alcance una vida de satisfacción.

—¡Con la inseguridad que nos rodea! ¡Cuando de un día para otro no sabemos qué palabra o conducta mal dirigida puede llevarnos a la muerte!

—Razón de más para aprovechar la felicidad que podemos tener.

Suspiré.

—Vi llevar a mi padre. Mi madre ha perdido dos maridos. Por un capricho del destino ahora no soy viuda. Oh, vivimos en un mundo violento. ¿Será siempre así?

—Cambiará. El cambio es inevitable.

Repentinamente toqué su brazo.

—Rupert, cuídate. No te inclines hacia un lado u otro, ya que ¿cómo sabremos de una semana para otra cual es el lado seguro?

—No soy un hombre fanático, Damask. Sigo un camino estable..., tranquilo, sin excitación, supongo.

Sugerí:

—Deberíamos bailar.

Cuando nos reunimos con los demás bailarines supe que estaba diciéndome que me amaba como lo había hecho desde un comienzo y sucediera lo que sucediera no cambiaría.

Cuando sus manos tocaron las mías en el baile, dijo:

—Recuerda siempre, pase lo que pase..., que estaré cerca tuyo.

Era un consuelo.

Lord Calperton y su familia fueron huéspedes del Castillo durante varios días y empecé a notar que el joven Edward estaba junto a Honey todo el tiempo. Esta florecía; a su belleza había que agregarle un resplandor.

Temía por ella. La familia Ennis era noble y mi Honey, de padres dudosos, no les parecería un buen casamiento, estaba segura. No deseaba que la niña sufriera y era más susceptible que Catharine, que tenía la seguridad de ser mi propia hija y la de Bruno.

De todos modos, lamenté cuando llegó el momento de volver a la Abadía, pero no pasó mucho tiempo después de nuestro regreso cuando recibí una invitación para visitar Grebblesworth, la propiedad de los Ennis en Hertfordshire, llevando conmigo a mis dos niñas.

Kate también estaba invitada. Me escribió jubilosamente:

«Madame Honey ha impresionado bastante a Master Edward. No me sorprende. Esa chica es una verdadera belleza. Es fascinante.»

»Hay una especie de pasión latente detrás de sus ojos glorioso. Pero estoy sorprendida. Después de todo, Edward es el heredero Calperton. Bueno, ya veremos. Desde luego, todos sabemos que Bruno es muy rico y que su situación es muy apropiada a nuestro actual modo de vida. Verdaderamente estoy ansiosa por ver el resultado de esto».

Honey estaba encantada. Me di cuenta que por primera vez en su vida ella era el centro de atracción. Era debido a ella que habíamos recibido esta invitación. Catharine también había sido invitada, pero simplemente porque formaba parte de la familia.

Pasé las semanas siguientes con las costureras e hicimos vestidos para Honey. Se la veía deliciosa en sus trajes de montar.

Mientras le probábamos un hermoso vestido de brocado le dije:

—¿Eres feliz, Honey?

Me arrojó los brazos al cuello y tuve que protestar porque me sofocaba.

—Todo lo que he tenido y lo que tenga siempre ha venido de ti.

Me emocioné profundamente y contesté:

—Pase lo que pase, tú y yo nos amaremos.

La noche antes de nuestra partida para Grebblesworth no se hallaba en su habitación cuando fui a consultarla acerca de una cinta para su pelo.

Sentí una punzada de alarma cuando fui a la habitación de Catharine para saber si la había visto. Catharine estaba sentada estudiando un libro de oraciones en latín. Pareció muy contenta de hacerlo a un lado.

—¿Dónde está Honey? —le pregunté.

—La vi salir hace alrededor de media hora.

—¿Dijo dónde iba?

—No, pero va a menudo en esa dirección.

—¿Qué dirección?

—Al bosque, creo.

—No me gusta que salga sola. Hay salteadores.

—No se atreverían a hacer daño a nadie de la Abadía, madre. Tendrían miedo de mi padre. —Cuando lo nombró, una sonrisa rozó sus labios—. Es maravilloso tener un santo por padre.

Me volví con impaciencia. Me preguntaba a mí misma si no estaría celosa de la devoción de Catharine hacia su padre.

Dejé a Catharine y volví a la habitación de Honey. Esperé allí ansiosamente hasta que regresó.

—¡Honey! —exclamé—. ¿Dónde has estado?

—Fui a ver a mi bisabuela.

—¿La Madre Salter?

—La llamo Abuela. Es mi bisabuela, sabes.

Recordé la vez que Honey se me escapó porque pensaba que yo la quería menos que a Catharine.

—Siempre voy cuando sucede algo importante. Ella desea que lo haga.

—¿Y ha sucedido algo importante?

—¿No es importante que hayamos sido invitadas a Grebblesworth?

—Podría serlo, Honey.

—Lo es. Sé que lo es.

—Honey, mi niña querida, ¿te hace feliz..., que te hayan invitado?

—Tan feliz como nunca esperé serlo —contestó.

Lord Calperton nos recibió cálidamente. Era viudo desde hacía unos años y me resultó claro que en su gran mansión hacía falta una señora. Eran una buena familia católica y como decía Kate, «no mundanos», pero yo sentí que no me gustaban menos por eso.

Me pareció que *Lord Calperton*, como la mayoría de los hombres, estaba un poco enamorado de Kate; quizás fuera esta una de las razones por las que había recibido tan bondadosamente a la familia.

Los invitados no éramos muchos, lo que lo hacía más agradable. Anduvimos a caballo por los alrededores; bailamos un poco; participamos en juegos y se dieron cenas en las que conocimos a las familias del lugar. Carey buscó la compañía de la bonita Mary y eso dejaba a Honey para Edward. Catharine y Thomas, el hijo menor de la casa, jugaban juntos y formábamos un grupo muy alegre.

Kate se divertía con la amistad entre Edward y Honey, que avanzaba rápidamente.

Me susurró:

—Verdaderamente creo que Calperton está tan encantado con nosotros que pediría una dote muy pequeña por Honey.

—¿Crees realmente que la considerarían?

Kate se rio de mí.

—¡Qué excitada estás! Vaya, Damask, eres una mamá casamentera. Estoy sorprendida.

—Quiero que Honey sea feliz. Está muy prendada de Edward.

—Y él de ella.

—Oh —exclamé—. Creo que sería muy feliz. Siempre ha sentido que no tenía la misma importancia que Catharine. El cielo sabe que he hecho lo imposible por convencerla. Pero si en verdad esto se convierte en casamiento..., puedo verla como señora de esta casa.

—Desde luego, si Calperton no se casa nuevamente.

—Kate, ¿no estarás pensando...?

—He rechazado un Duque y dos Condes. ¿Piensas que sucumbiría a milord Calperton?

—Podrías amar más al hombre que a un gran título.

—Ahí habla la vieja sentimental Damask. Debo aclarar que me asombras. Una calculadora casamentera un momento, deleitándose sobre el buen casamiento que hará su hija y luego hablando sentimentalmente de amor. Déjame decirte esto, Damask. No tengo intención de aceptar a Calperton. Por lo que a mí respecta, Honey tendrá toda la escena para ella. Pero yo conozco a mi Calperton. Quiere que Edward se case. Quiere un nieto. El joven Edward está completamente enamorado de Mistress Honey y no me sorprende. Milord razonará que es más probable que tenga nietos sanos con una mujer joven que tanto lo cautiva. Te apuesto a que no antes de mucho tiempo habrá una discreta petición de mano.

Y cuando la propuesta llegó, yo misma vi a *Lord* Calperton. Le dije que Honey era mi hija adoptiva; que yo misma proveería su dote. Era bien educada, una dama en todo sentido. Era hija de una mujer que me había servido, pero que había sido mi amiga y su padre había trabajado para Thomas Cromwell. Quedó satisfecho.

Honey se casó en ese día de junio de 1557 en que se declaró la guerra en Francia.

El casamiento se celebró en la capilla de la Mansión Caseman. La había escogido porque, después de todo, era mi hogar y di la excusa de que haría bien a mi madre supervisar la celebración. Y así fue; el atarearse con su jardín, juntando hierbas para esto y aquello, ensayar sus nuevas ensaladas y dar órdenes en la cocina, parecieron traerla nuevamente a la vida.

Bruno asistió al casamiento, pero permaneció alejado. En cuanto a Honey, tuvo poco que decirle; siempre lo había evitado.

Se hicieron las ceremonias habituales con la tarta de bodas y vinieron a actuar los cómicos. Me alegró ver a mi madre reír ante sus payasadas. Yo estaba feliz de dar a Honey a Edward Ennis, porque me hacía dichosa el verla ubicada felizmente.

Después del casamiento todos quedamos un poco deprimidos. Mi madre, privada de las tareas que había supuesto el casamiento, se hundió una vez más en la melancolía. Lo que más me sorprendía era ver cuánto echaba de menos Catharine a Honey, mucho más de lo que yo había creído posible. Estaba melancólica, muy diferente a la muchacha que había bailado y atormentado a Carey tan alegremente como Reina del Disparate.

Kate ayudó sugiriendo que Catharine podía ir al Castillo Remus por una temporada. Me sorprendió la alegría con que se marchó.

Poco tiempo después de su partida, uno de los sirvientes me trajo un mensaje de la Madre Salter. Estos mensajes eran como órdenes y no se me ocurría desobedecerlos. Supongo que en lo profundo de mi ser era supersticiosa como la mayoría de la gente, si bien las enseñanzas de mi padre debían haberme colocado más

allá de tales pensamientos primitivos. La Madre Salter era una bruja pero era la bisabuela de Bruno, hijo de una sirvienta y de un monje, que se había levantado hasta ser la cabeza de una comunidad y de Honey, que se había casado con un aristócrata. Cuando yo pensaba en eso me daba cuenta que era la Madre Salter la que había hecho la fortuna de ambos niños.

Ella se imponía en su pequeña cabaña así como Bruno lo hacía en su Abadía y la razón para esto era que todos creíamos, en mayor o menor grado, en su poder extraordinario, yo no menos que la más crédula de mis muchachas de servicio.

De manera que no perdí tiempo en visitar a la Madre Salter en el bosque.

Cuando la vi me impresionó. Siempre había sido encorvada, ahora estaba demacrada.

Exclamé:

—Pero, Madre Salter, estás enferma.

Tomó mi mano, las de ella estaban frías y parecían garras; noté las marcas marrones sobre su piel, que llamamos las flores de la muerte.

—Estoy lista para partir —dijo—. El destino de mi bisnieto está en sus propias manos. Me he preocupado del de mi bisnieta.

Pude haber sonreído, ya que, ¿no había sido yo la que había alimentado a Honey y la había educado para ser la novia apropiada para un caballero noble? Pero sabía lo que quería significar. Ella había insistido en que yo cuidara de Honey y si se le podía creer a Keziah, era la Madre Salter la que había ideado que el niño fuera colocado en el Pesebre de Navidad.

—Has hecho bien —dijo—. Quería bendecirte antes de partir.

—Gracias.

—No hace falta que me agradezcas. Si no hubieras querido a la niña te hubiera maldecido.

—La quiero como si fuera mía. Me ha dado una gran alegría.

—Diste mucho, recibiste mucho. Esa es la ley —dijo.

—No debes estar sola. ¿Quién cuida de ti aquí?

—Siempre me he cuidado yo misma.

—¿Dónde está tu gata? —pregunté. No la veo.

—La enterré hoy.

—Te sentirás sola sin ella.

—Ha llegado mi momento.

Dije:

—No voy a permitir que permanezcas aquí para morir.

—Tú, Mistress, no puedes.

—Este bosque es el bosque de la Abadía y tú eres la bisabuela de mi Honey. ¿Podría dejar que te quedes aquí sola?

—¿Qué hago entonces, Señora?

—Se me acaba de ocurrir una idea. Pienso que harás mucho bien. Te llevaré a casa de mi madre. Te cuidará. Necesita ayuda porque es una mujer triste. Tú le darás eso. Se interesa mucho por hierbas y remedios. Le podrías enseñar mucho.

—¡Una noble señora con la vieja Madre Salter en su casa!

—Oh, vamos, la vieja Madre Salter no tiene tan pobre opinión de sí misma.

—De manera que das órdenes aquí.

—Me preocupo por los enfermos de las tierras de la Abadía de mi marido. Me miró.

—No me llevarías donde mi bisnieto.

—Te llevaría donde mi madre.

—He, he —siempre pensé que graznaba como una bruja—. El no estaría contento de verme. Honey solía venir. Se confiaba en mí. Me contaba de su amor por ti y cómo temía que tú amaras más a tu propia hija. Era natural. No te culpé por ello. Has hecho bien tu tarea y yo no lo olvido. Pero que teman aquellos que no me hacen caso.

Mi corazón se llenó de compasión por esa pobre vieja, enferma y próxima a la muerte, aferrándose todavía a los poderes que había poseído o que había hecho que la gente creyera que poseía.

Le dije que prepararía a mi madre para recibirla y fui a verla inmediatamente. Estuvo de acuerdo en recibir a la Madre Salter una vez que se acostumbró a lo incongruente de la idea; ordenó a los sirvientes que prepararan una habitación, pusieran felpudos nuevos sobre el piso y un jergón como cama. Luego ella y yo fuimos juntas, colocamos a la Madre Salter sobre una mula y la llevamos a Caseman Court.

Hice algo no convencional. Bruno estaba espantado.

—¡Llevar a esa vieja mujer a casa de tu madre! Debes estar loca. ¿Vas a reunir a todos los pobres y ubicarlos en la Mansión Caseman?

—No es una mujer corriente.

—No, tiene una mala reputación. Trata con el Demonio. Podría ser quemada en la hoguera por sus actividades.

—Muchos hombres y mujeres buenos han encontrado ese destino. Con toda seguridad podrás entender por qué debo cuidar especialmente a esa mujer.

—Por su parentesco con la bastarda que adoptaste.

Luego, al no poder tolerar que se refiriera a Honey con menosprecio, exclamé:

—Sí, porque es la bisabuela de Honey..., y la tuya.

Vi odio en su rostro. Sabía que yo nunca había creído en el milagro y esa era la raíz misma del precipicio entre nosotros. Antes le había dado a entender mi incredulidad; ahora se la expresaba directamente.

—Siempre has estado en contra mía —dijo.

—Gustosamente estaría contigo y para ti. ¿Por qué permites que el enfrentar la verdad interfiera con eso?

—Porque es falso..., falso..., y solamente tú, cuyo deber era apoyarme, has hecho todo lo que has podido por fortalecer esas creencias falsas.

—Soy culpable de herejía, entonces —dije.

Se volvió y me dejó.

Era extraño, pero yo había dejado de lamentar que todo el amor se hubiera perdido entre nosotros.

No pude haber hecho nada mejor por mi madre que llevarle a la Madre Salter. Cuando fui a visitarla nuevamente encontré la habitación de la enferma limpia y arreglada. En una mesa junto al jergón de la bruja estaban las pociones y ungüentos que mi madre había preparado. Se sentía excitada e importante y se atareaba sobre la vieja mujer como si fuera un niño, lo que parecía divertir a la Madre Salter.

Desde luego, ella estaba muriendo; lo sabía y le causaba gracia pasar sus últimos días en una gran casa.

Mi madre me contó que le había transmitido muchos conocimientos acerca de plantas, tanto benignas como malignas. No permitía que mi madre los escribiera, tal vez porque ella no sabía escribir y pensaba que había algo malo en ponerlos sobre papel. Mi madre tenía buena memoria para aquellas cosas que le interesaban y durante ese tiempo llegó a aprender mucho, lo cual estoy segura que fue amplia retribución por todo lo que hizo por la Madre Salter. Pero había más que eso. No puedo decir si la vieja tenía poderes para bendecir o maldecir, pero a partir de ese momento mi madre verdaderamente superó su pena y mientras la Madre Salter estuvo en su casa la oí cantar.

Dos o tres días antes que muriera fui a verla y estuve a solas con ella. Le pedí que me dijera la verdad acerca del nacimiento de Bruno.

—Sabes —dije— que él cree que tiene poderes especiales. No acepta la historia que contaron Keziah y el monje.

—No, no la cree. Tiene poderes especiales. Eso es claro, ¿no es así? Mira lo que ha hecho. Se ha construido un mundo alrededor suyo. ¿Podría haberlo hecho un hombre común?

—¿Entonces lo que contó Keziah fueron mentiras?

Se rio con desagradable risita de bruja.

—Hay poderes especiales en todos nosotros. Tenemos que encontrarlos, ¿no es así? Yo nací de un leñador. Era cierto que él era el séptimo hijo de su madre y mi madre decía que yo era la séptima de un séptimo hijo. Me dije a mí misma que había algo diferente en mí..., y lo había. Estudié las plantas. No había una flor ni una hoja ni un pimpollo que yo no conociera. Y los probé y acudí a una vieja mujer que era bruja y que me enseñó mucho. De manera que me convertí en una mujer sabia. Todos

podemos convertimos en sabios, mujeres u hombres.

—¿Y Bruno?

—Es hijo de mi Keziah.

—¿Y es cierto que fue puesto en el pesebre por el monje?

—Es cierto, fue idea mía. Keziah estaba embarazada. ¿Qué sería del niño?, pregunté. Él o ella sería sirviente, incapaz de leer o escribir. Siempre me importó mucho saber escribir. Hay poderes en eso..., y lo que está escrito se puede leer. Leer y escribir, a pesar de toda mi sabiduría no pude hacer eso. Ni Keziah tampoco. Pero mis bisnietos pudieron. Y eso es lo que yo quise para ellos. No había que culpar al monje. Ni a Keziah. Ella hizo lo que era natural y él no se atrevió a desobedecerme. De modo que yo ideé el plan; ellos lo siguieron. Mi bisnieto fue colocado en el Pesebre de Navidad y eso pudo haber sido muy sabio si no hubiera venido Weaver. Mi bisnieto hubiera sido el Abad, sabio y hacedor de milagros, porque esos poderes están en todos nosotros, pero tenemos que saber que los tenemos antes de poder usarlos.

—Has confirmado lo que siempre creí. Bruno me odia por saberlo.

—Su arrogancia lo destruirá. Hay grandeza en él, pero también hay debilidad y si la debilidad es mayor que la grandeza entonces está condenado.

—¿Deberé simular que le creo? ¿Hago mal en dejarlo saber que sé la verdad?

—Nada de eso —dijo ella—, sé fiel a ti misma, muchacha.

—¿Debería tratar de hacerlo aceptar la verdad?

—Si hiciera eso podría salvarse. Porque su orgullo es grande. Lo conozco bien a pesar de haber puesto los ojos en él solamente una vez desde que naciera desnudo. Pero Honey hablaba de él. Me contó acerca de..., ustedes dos. Ahora te digo esto. El monje, antes que se conociera su parte, estaba abrumado por su pecado. Decía que la única manera de salvarse por su pecado era escribiendo una confesión completa. Quebraba las reglas de la Abadía, pero no eran mis leyes y yo tenía que pensar en mi bisnieto. Sentía profundamente su pecado. Y escribió la historia de su pecado y la escondió para que a su debido momento se supiera.

—¿Dónde está esta confesión?

—Está escondida en la celda de su dormitorio. Encuéntrala. Guárdala. Y enséñasela a Bruno. Será la prueba, y luego le dirás que debe ser fiel a sí mismo. Es inteligente. Tiene grandes poderes. Puede ser más grande sin esta mentira. Así lo ayudarás a destruir esa arrogancia que con el tiempo lo destruirá a él.

—Buscaré esa confesión —dije—, y si la encuentro se la mostraré a Bruno y le diré lo que has dicho.

Asintió con la cabeza.

—Le deseo bien. Es de mi propia sangre. Dile que yo dije eso. Dile que puede ser grande, pero no se puede alzar sobre la debilidad.

Nuestra conversación fue interrumpida por mi madre, que entró apresuradamente y dijo que yo estaba fatigando a su inválida.

Unos días después moría la Madre Salter. Mi madre plantó flores en su tumba y las cuidó regularmente.

LA CONFESIÓN DEL MONJE

El dormitorio de los monjes se había convertido en un sitio que yo evitaba. Había algo más misterioso en él que en el resto de la parte deshabitada de la Abadía y si bien para ese tiempo muchos de los edificios de la Abadía habían sido demolidos, el dormitorio era una sección que había permanecido intacta.

Después de la revelación de la Madre Salter fui allí a menudo. Quería encontrar esa confesión. Si pudiera hacerlo y mostrársela a Bruno, tendría que enfrentarse cara a cara con la verdad. Podía ver, como lo había visto la Madre Salter, que hasta que él la aceptara yo no podría respetarlo, ni él se podría respetar a sí mismo.

¿Sería cierto eso?, me preguntaba a mí misma. ¿Qué difícil es poner a prueba las propias motivaciones! Yo quería decir: «Mira, yo tengo razón». ¿O verdaderamente deseaba ayudarlo? Una vez, que aceptara el hecho de que su nacimiento era similar al de muchos otros, ¿comenzaría a alejarse de su mito? ¿Construiría su vida sobre las bases firmes de la verdad? No lo sabía, porque no entendía a Bruno ni mis sentimientos hacia él. La historia de su milagrosa aparición sobre la tierra me aturdí. Había sido arrastrada a esta unión en un estado de exultación. Él no me había hecho feliz, excepto porque me había dado a Catharine.

Fuera cual fuera el motivo, me veía empujada por una cierta urgencia por buscar el documento que, de acuerdo con la Madre Salter, Ambrose había dejado detrás suyo.

A medida que subía por la escalera de piedra de caracol con su gruesa baranda de cuerda, pensaba en todos los monjes que habrían desfilado por ella durante los últimos doscientos años y se me ocurrió que muchos de ellos debían haber dejado algo detrás de ellos.

Creo que no me hubiera visto muy sorprendida si al llegar a lo alto de la escalera me hubiera enfrentado con algún monje muerto mucho tiempo atrás, que encontraba imposible descansar en su tumba.

Parada allí en el descanso me pregunté a mí misma cuál de esas celdas idénticas habría sido la de Ambrose. Era imposible saberlo. ¿Podría preguntarle a alguien? ¿A Clement? ¿A Eugene? Informarían inmediatamente de mi interés a Bruno. No, tenía que encontrar la celda de Ambrose y de ser posible, su confesión, por mí misma.

Entré a la primera celda. Contuve la respiración con horror cuando la puerta se cerró detrás mío. Sentí pánico como rara vez había sentido antes. Es asombroso cuánto puede relampaguear por la mente de uno en tan poco tiempo. Me vi a mí misma aprisionada en una de las celdas. Nadie pensaría en buscarme allí. Permanecería en mi fría prisión de piedra hasta que no quedara vida en mí y con el tiempo me reuniría con los fantasmas de los monjes que mudaban el dormitorio.

Pero no había necesidad de semejante pánico. La puerta no tenía cerradura.

Recordé que Clement me lo había explicado. Las puertas podían ser abiertas en cualquier momento por el Abad o cualquiera de sus subordinados, de la misma manera que podían espiar a través de las mirillas.

Volví a la celda. Examiné las paredes. No podía encontrar un lugar donde se pudiera esconder una confesión. Toqué las paredes mirando todo el tiempo sobre mi hombro, tan convencida estaba de no estar sola.

La fría humedad del lugar me helaba. Miré en varias celdas, todas semejantes. Si pudiera descubrir cuál era la de Ambrose, eso ayudaría. ¡Una confesión escondida en la pared! ¿Por qué habría de confesar Ambrose cuando su enorme deseo era tapar su pecado? Quise convencerme a mí misma que no había tal confesión y la razón para ello era que quería salir de ese lugar y no volver más a él. No podía quitarme de encima la sensación que era espiada y que algo malo estaba esperándome para atraparme.

Había cuarenta celdas en ese piso. Busqué en todas ellas; eran todas iguales, cada una de ellas. ¿Cómo podría saber cuál había pertenecido a Ambrose? En cada extremo del piso había una escalera en espiral. Recordé que mientras yo subía por una escalera, alguien podía estar subiendo por la otra. Alguien podía acechar en una de las celdas y saltar sobre mí.

¿Quién? ¿Qué me sucedía? Un momento tenía miedo a los fantasmas y el otro estaba pensando en un asaltante humano.

No podía entenderme. Todo lo que sabía era que cuando entraba al dormitorio de los monjes tenía conciencia que algo me advertía que fuera sensata y me alejara de allí.

Kate me escribió que traía a Catharine de regreso a la Abadía.

Le contesté que estaría encantada de verla, como siempre, y que confiaba en que Catharine se habría comportado con el decoro necesario para sus años.

Esperaba con alegría el regreso de Catharine y la llegada de Kate. Las dos tenían el poder de alegrarme.

Todavía no había encontrado la confesión, a pesar que había ido varias veces al dormitorio. Intentaba buscar y luego esa inexplicable sensación de peligro inminente me sobrevenía. Miraba a través de la rejilla esperando encontrar a alguien y aun cuando no encontraba a nadie, el miedo persistía.

Empecé a tener terror de ir allí, y sin embargo sentía un fuerte impulso de hacerlo. Regresé otra vez al dormitorio. Subí las escaleras de piedra.

—¿Y para *Lady Remus*?

—Habrás un pastel de venado y trabajaré el escudo de armas Remus en la masa. Habrá tocino y lechón. Esos son sus platos favoritos.

—Sabrás como complacerla, Clement —proseguí—, debes preparar ahora tanta comida como antes.

Asintió pensativamente con la cabeza.

—¿Echas de menos los viejos tiempos, Clement?

Estrechó los ojos, mirando hacia atrás.

—Me gusta el presente, señora.

—¿Vas alguna vez al dormitorio, Clement? —Sacudió la cabeza.

—No desde que el día en que el hereje —se santiguó—. Simón Caseman nos delató y casi nos llevó a la muerte.

—Antes de eso, ¿ibas a tu propia celda y te imaginabas que habían vuelto los viejos tiempos?

Asintió con la cabeza, sonriendo.

—Estuve viendo las celdas no hace mucho. Pensé que podríamos hacer una mantequería allí. Esas gruesas paredes lo hacen muy frío. ¿Qué piensas de ello, Clement?

—¿Qué piensa el patrón?

Siempre era así. Parecían tener miedo de expresar una opinión sin la aprobación de Bruno.

—Le hablé de eso. Pensó que era una idea excelente. ¿Vendrías a verlo en algún momento para darme tu opinión?

No había nada que a Clement le gustara tanto como que se le pidiera una opinión. Su cara se arrugó en sonrisas.

—¿Cuándo sería eso, señora?

—No hay mejor momento que el presente. ¿Podrías encontrarme allí en media hora?

Estaba encantado. Lo esperé abajo. Era diferente subir esas escaleras con él subiendo pesadamente detrás mío.

—Una de estas debe haber sido tu celda, Clement.

—Oh, sí.

Me condujo a lo largo del pasillo.

—Son tan parecidas, ¿cómo puedes estar seguro? —pregunté.

—Siempre contaba —dijo—. La número siete, esa era la mía.

—¿Y quién estaba al lado tuyo?

—El Hermano Thomas de ese lado. El Hermano Arnold allí.

—Me atrevo a decir que recuerdas los nombres de la mayoría.

—Estuvimos muchos años juntos.

—Te he oído hablar de alguno de ellos. ¿Eugene..., dónde estaba él?

—Allí. Y junto a él Valerian y luego Thomas.

—¿Dónde dijiste que estaba Ambrose?

—¿Ambrose? No lo dije. —Se persignó nuevamente—. Dije Eugene. Pero Ambrose estaba aquí, frente a mí. Solía oírlo rezar, de noche.

Conté rápidamente. Siete a partir del final, esa era la celda de Ambrose.

Bueno —pregunté—, ¿qué piensas de mi idea de la mantequería?

Pensó que era excelente. Tuve que escuchar sus puntos de vista acerca de la manera de conservar las carnes saladas, ya que él pensaba que esas celdas serían ideales para ese objeto.

—Las gruesas paredes de piedra no dejan pasar el calor —dijo—. Podría conservar aquí cerdo salado durante mucho tiempo.

Yo escuché; estuve de acuerdo y deseaba librarme de él, porque ahora que sabía cuál era la celda de Ambrose estaba ansiosa por ponerme a trabajar. Regresé esa tarde. Me llevó una hora revisar la celda. Luego descubrí que detrás del crucifijo que colgaba de la pared, una de las losas estaba suelta.

La quité. Detrás de esta había una cavidad y en ella encontré la confesión de Ambrose.

La llevé a mi dormitorio. Me encerré. Comenzaba: «Yo, *Hermano Ambrose de la Abadía de San Bruno, he cometido pecado mortal y he puesto en peligro mi alma inmortal*».

Era el grito de un hombre atormentado y me conmovió profundamente por los sufrimientos que obviamente había soportado. Lo había escrito todo: sus sueños y anhelos, sus imaginaciones eróticas en esa celda mientras yacía sobre su duro jergón. Escribió acerca de su gran deseo de purgar su alma de lujuria y de las horas que pasó en plegaria y penitencia. Y luego la llegada de Keziah; la tentación que había sido demasiado grande para resistir; las horas de remordimiento que siguieron. El tormento de la camisa de crin y las laceraciones de la carne. Él la había desenfrenado; él la crucificaría. Pero el pecado estaba cometido y luego supo que ese pecado iba a dar fruto.

Había pecado doblemente. Había quebrado el estado de clausura, había hablado con la bruja del bosque, había estado de acuerdo con su monstruoso plan para engañar al Abad y a todos en San Bruno. Y esto lo había hecho porque le había venido otra tentación: cuidar de su hijo, verlo educado y alzado a la grandeza. Nuevamente no había podido resistir.

Nunca expiaría su pecado; estaba condenado a la maldición eterna, de manera que se había arrojado, precipitándose al pecado y amado a este hijo con la idolatría que debía darse solamente a Dios.

Él había hecho esta confesión. Era para las generaciones futuras. Nadie debía leerla mientras su bien amado hijo viviera, porque todos debían creerlo divino.

Era culpable de lujuria y de mentira. Ardería para siempre en el infierno, pero había tenido un gran placer en la mujer que lo había tentado y en el hijo que había sido el resultado de su unión lujuriosa.

Lo doblé cuidadosamente y lo guardé con llave en una caja de sándalo que mi

padre me había dado años atrás.

Pronto le diría a Bruno que yo tenía pruebas de lo que había sucedido al nacer él, no solamente por su bisabuela, que me lo había contado al morir, sino por esta confesión de su padre.

Pero debía demorar esto hasta que Kate regresara a Remus.

REVELACIONES

Cuando Kate llegó al día siguiente parecía más calmada que de costumbre. Catharine también estaba callada. Pensé que estaría molesta con Kate, lo cual era raro; generalmente estaban en armonía ya que compartían sus puntos de vista alegres y despreocupados acerca de la vida.

Cuando acompañé a Kate hasta su dormitorio me dijo que debía hablarme cuanto antes. ¿Dónde podíamos ir para estar tranquilas?

Sugerí la sala de invierno.

—Estaré contigo en quince minutos —me dijo.

Fui directamente a la habitación de Catharine. Estaba parada junto a su ventana, mirando melancólicamente hacia afuera.

—Cat querida, ¿qué pasa? —pregunté. Se volvió en redondo y se arrojó a mis brazos. La consolé—. Sea lo que sea, me atrevo a decir que podemos hacer algo por ti.

—Es Tía Kate. Dice que no podemos casarnos. Dice que debemos separarnos y olvidar y ha venido para hablarte de ello. ¡Cómo se atreve! No lo aceptaremos. Nosotros...

—¿Catharine, de qué estás hablando? ¿Casarte con quién? No eres más que una niña.

—Tengo casi diecisiete años, madre. Los suficientes como para saber que lo que más quiero en esta tierra es casarme con Carey.

—¡Carey! Pero tú y él...

—Oh, sí, sí, solíamos reñir. Pero no lo ves, eso era todo parte de ello. Reñir con Carey era siempre más excitante que ser amiga de cualquier otro. Ambos nos reímos de eso ahora y nunca, nunca, podremos ser felices lejos el uno del otro. Oh, madre, tienes que persuadir a Tía Kate. Se está portando tan tontamente... ¿Por qué habría de desaprobarme? ¡No somos tan nobles como ella! Es una especie de prima tuya, ¿no es así? Y tus padres cuidaron de ella, o ella hubiera sido muy pobre y no hubiera tenido oportunidad de casarse con *Lord* Remus y tener a Carey...

—Por favor Catharine, no tan rápido. Tú y Carey han participado a Tía Kate de su decisión y ella rehúsa permitir el casamiento. Sigue desde allí.

—Se puso muy rara cuando le conté. Dijo que no lo permitiría y que venía a verte..., sin demora. Y luego te escribió directamente y te dijo que veníamos..., y aquí estamos.

—Estás agotada —observé—. Iré a ver a Kate y a descubrir de qué se trata todo esto.

—¿Pero tú no serás tan despiadada? ¿No dirás que no?

—No veo ninguna razón por la que tú y Carey no se casen, excepto que tú eres

demasiado joven, pero el tiempo cambia eso desde luego y si no desean apurarse a casarse...

—¿Qué sentido tiene esperar?

—Mucho sentido. Pero déjame ir y ver qué es lo que está preocupando a Kate.

—¡Y dile lo tonta que es! Creo que quiere la hija de un Duque para Carey. Pero él rehusará.

Le pedí que no se excitara y bajé al salón de invierno, donde Kate ya estaba esperando, inesperadamente puntual.

—Kate, ¿qué es todo esto?

—Oh, Damask, esto es terrible.

—Deduzco por Catharine que ella y Carey quieren casarse y tú estás en contra del matrimonio.

—También lo estarás tú cuando sepas la verdad.

—¿Qué verdad?

—Eres tan ciega siempre en algunas cosas. No pueden casarse porque Carey es hijo de Bruno y hermano, por lo tanto, de Catharine.

—¡No!

—Pero sí. También lo es Colas. No te imaginarías que Remus podía tener hijos, ¿verdad?

—¡Pero él era tu marido!

Kate rio, pero sin felicidad ni alegría.

—Oh, sí, él era mi marido pero no el padre de mis hijos. ¿Es tan difícil de entender eso? Éramos nosotros tres, no es así, jugando allí en el pasto prohibido. Bruno no es el santo que a menudo pretende ser. Me amaba. Me deseaba. Y para ti y para mí era desde luego el niño en el pesebre. Nos engañamos a nosotras mismas, no es así, muy..., ¿excitantemente? Estábamos en compañía de uno de los dioses que había descendido de las alturas del Olimpo. Era tan pagano como eso. Y sin embargo era divino; era un santo. En todo caso era diferente de todos los que conocíamos. Y era importante para nosotras dos. Pero yo siempre fui la única. Damask. Él lo sabía. Cuando la Abadía fue disuelta vino a Caseman Court. Me amaba y quería que compartiéramos nuestras vidas, ¿pero cómo podía yo compartir mi vida con un muchacho sin un centavo?

»Y allí estaba Remus con tanto para ofrecer. De manera que acepté a Remus, pero no antes que Bruno y yo hubiéramos sido amantes. Pero casarme con él, ¡no! El casamiento era para Remus. Pienso que Bruno llegó casi a odiarme. Sabes que puede odiar..., ferozmente. Odia a todos aquellos que menoscaban su arrogancia. Keziah, su madre; Ambrose, su padre; a mí misma por preferir una vida de lujos con Remus a una vida de pobreza con él. De manera que antes de mi matrimonio había una especie de amor entre nosotros, no un amor de todo corazón. Para ambos, este estaba

dominado por la ambición, en mí hacia una vida de lujos, en él hacia su arrogancia, su eterna, abrumadora arrogancia. Pensé que no podía darme lo que yo quería y con mi rechazo lo lastimé donde era más vulnerable. Pero el hecho es que Bruno es el padre de mi hijo y de tu hija y no puede haber matrimonio entre hermanos.

—¡Oh Dios! —exclamé—, ¿qué hemos hecho a estos chicos?

—La cuestión más importante, Damask —dijo Kate sombríamente— es, ¿qué vamos a hacer?

—¿Les has dicho que no pueden casarse sin darles razón alguna?

Asintió con la cabeza.

—Me odian por ello. Piensan que estoy buscando una heredera de noble origen para Carey.

—Es la conclusión obvia. Debemos decirles la verdad. Es el único modo.

—Así pensé yo, pero primero tenía que contártelo y debemos hablar con Bruno.

Estaba de pie en la sala de invierno, con la luz cayéndole de pleno sobre esas magníficas facciones y aún ahora parecía como si un halo brillara sobre ellas.

Dije:

—Bruno, Kate ha venido con un terrible problema. Cat y Carey desean casarse.

Estudié intensamente su cara. Observó:

—¿Y bien? —Apenas podía creer que se mostrara tan desentendido.

Grité:

—Kate me ha dicho que Carey es hijo tuyo. ¿Has olvidado que Catharine es tu hija? —Miró a Kate casi con reproche.

—¿Has contado eso a Damask?

—Pensé que era necesario por esto.

Dijo fríamente:

—No debe saberse. El casamiento debe ser impedido por alguna otra razón.

—¿Por qué razón? —grité.

—¿Tienen que dar razones los padres a sus hijos? No deseamos que se lleve a cabo el matrimonio. Eso bastará.

Lo odié en ese momento. Nunca lo había visto con tanta claridad. No estaba tan conmovido por la decisión de su hijo y de su hija como por la perspectiva de cómo lo afectaría esto a él.

Dije:

—No bastará. No puedes romper los corazones de la gente y no darles una razón porque sería inconveniente hacerlo.

—Estás histérica, Damask.

—Estoy profundamente preocupada por mi hija, la que lamento que también sea tuya. Oh, Bruno, baja a la tierra. ¿Quién eres, piensa, para adoptar ese papel de santidad?

Fue Kate quien dijo:

—Te estás excitando, Damask.

Era como si hubiéramos cambiado de roles. Yo siempre había sido la calmada y razonable y había sido yo quien en el pasado le advirtiera que fuera cauta.

—¡Excitada! —grité—. Esto es la vida de mi hija. Va a conocer la verdad. Va a conocer a su padre por lo que es.

—No debes estar celosa porque Kate y yo hayamos sido amantes.

—¡Celosa! —exclamé—. No estoy celosa. Creo que siempre supe que era el segundo plato..., la que había venido a ti sólo porque Kate había rehusado hacerlo. Todo está claro ahora para mí. No tenías nada que ofrecer a Kate excepto ser su amante, entonces te rechazó como marido. Descaradamente tuvo tu hijo. Luego, picado, fuiste a Londres. Allí, tú te acercaste o se te acercaron los espías extranjeros que estaban interesados en revivir lo que el Rey había destruido.

—Estás equivocada.

—Por supuesto que no lo estoy. Tú, el dios o lo que sea que te creas, no eres más que una de las muchas pequeñas facetas del plan español. Fuiste al Continente en una embajada del Rey, nos dices. Fuiste al Continente a recibir instrucciones de tus amos. Se te dio dinero para adquirir la Abadía y restaurarla. Fuiste elegido porque te habían encontrado en el pesebre de Navidad en la Capilla de Nuestra Señora. Oh, todo se está volviendo muy claro para mí.

—Estás gritando —dijo Bruno.

—Y temes que haga estallar tu mito. ¿No es hora que ese mito estalle? Es hora que se te conozca por lo que eres. Un hombre ambicioso..., que no carece de sus momentos de lujuria y debilidad y que sacrificaría a su hijo y a su hija si fuera preciso para preservar intacto su orgullo.

Kate preguntó:

—¿Qué te sucede, Damask? No pareces tú.

—Así soy hace mucho tiempo. He visto demasiado últimamente. He visto a este hombre como es realmente.

—Pero lo amas. Siempre lo amaste. Estamos muy unidos. Los tres somos como uno.

—Ya no más, Kate. Ya no estoy junto a ninguno de ustedes. Me han engañado, ustedes dos. No volverán a hacerlo.

—No debes tomarlo tan mal —dijo Kate—. Todo ocurrió tan naturalmente.

—¿Es tan natural —observé—, que un hombre sea infiel a su esposa, que tenga hijos y su propia hija quiera casarse con uno de ellos?

—Esa es la situación que debemos considerar —dijo Bruno mirándome fríamente—. Cuando Damask termine de tenerse lástima tal vez podamos discutirla.

—¡Pena de mí misma! Mi pena es por esa gente joven.

—No debe saberse —expresó Bruno—. Catharine puede casarse convenientemente o Kate puede encontrarle una esposa a Carey que le haga olvidar a Catharine.

—No todos somos tan ligeros en nuestros afectos como lo eres tú —le recordé.

—Son jóvenes. Se recuperarán. En unos pocos meses eso habrá sido apenas una aventura para ellos —dijo Kate.

—¡Qué fácilmente arreglas las vidas de los demás! Para ti no es nada hacer un matrimonio sin amor en aras de la conveniencia. Otros no sienten lo mismo. Hay que decirles la verdad.

—Lo prohíbo —intervino Bruno.

—Tú lo prohíbes. Puede que no tengas cabida en ese asunto. Ella es mi hija. Se los diré, porque como se sienten actualmente pueden escaparse y casarse sin que importe lo que digamos.

—¿Y si lo hicieran?

—¡Son hermanos! ¿Qué sucedería si tuvieran hijos?

Nadie habló y me horroricé, porque supe que Bruno estaba dispuesto a dejarlos casarse y arriesgar las consecuencias antes que decirles la verdad.

Lo miré.

Y no pude tolerar más. Me volví y corrí fuera de la habitación.

Catharine me alcanzó en las escaleras.

—Oh, madre, ¿qué está ocurriendo?

—Ven a tu habitación, mi querida. Debo hablarte.

La tomé en mis brazos y la apreté contra mí.

—Oh, Catharine, mi queridísima niña.

—¿Qué sucede, madre? ¿Qué está tratando de hacer Tía Kate? Me odia.

—No, mi queridísima. Pero no puedes casarte con Carey.

—¿Por qué? ¿Por qué? Te digo que lo haré. Hemos dicho que no permitiremos que ninguno de ustedes nos arruine la vida.

—No puedes casarte con él porque es tu hermano.

Me contempló y la conduje al asiento del alféizar de la ventana y nos sentamos allí con mi brazo alrededor suyo. Contada simplemente parecía una historia tan sórdida.

—Verás, éramos nosotros tres, Kate, tu padre y yo. Él amaba a Kate, pero como él era pobre ella se casó con *Lord Remus*, pero tuvo un hijo de tu padre. De manera que, como ves, es tu hermano. Por eso no pueden casarse.

—No es cierto. No puede serlo. ¡Mi padre! Él es...

Me miró como implorándome que lo negara.

—Los hombres hacen estas cosas —dije—. No es una historia poco común.

—Pero él no es como los hombres comunes.

—¿Tú creíste eso, no es verdad?

—Lo creí divino de algún modo. El cuento del pesebre...

—Sí, supongo que es allí donde empieza, con el cuento de la cuna. Mi queridísima niña, eres joven y sin embargo tu amor por Carey y la tragedia te han hecho mujer, de modo que te trataré como tal. Has escuchado a Clement y él te ha contado la maravillosa historia de cómo el Abad entró a la Capilla de Nuestra Señora una mañana de Navidad y encontró un niño en el pesebre. Ese niño era tu padre. Fue conocido como el Milagro de San Bruno. Conoces esa historia.

—Clement me contó. Otros han hablado de eso. Aquí toda la gente habla de ello.

—Y con la llegada del niño la Abadía prosperó. La Abadía fue disuelta junto con otras en el país, pero se está levantando nuevamente a través del niño del pesebre. Crees eso, ¿no es verdad? Y es cierto. Pero debes saber más de la verdad y creo que te ayudará a recuperarte de tu tragedia. Todo lo que te han contado es cierto. Tu padre fue encontrado en la cuna, pero fue puesto allí por su padre y su nacimiento fue el resultado de la unión de ese monje con una sirvienta. La conocí bien. Fue mi niñera.

—No puede ser verdad, madre.

—Es cierto. Keziah contó la versión verdadera; también lo hizo la abuela de Keziah y tengo la confesión escrita del monje.

—Pero él..., ¿mi padre no lo sabe?

—Lo sabe. Lo sabe su corazón. Lo sabe desde que Keziah lo divulgó. Pero no lo admitirá y su negativa a hacerlo lo ha convertido en lo que es.

—Lo odias —dijo, alejándose de mí.

—Sí. Creo que lo odio. Este odio ha ido creciendo en mi corazón por mucho tiempo. Pienso que desde que naciste tú y él se alejó de ti porque eras una niña y no el varón que exigía su orgullo. No, fue antes de eso. Fue cuando Honey vino y él la rechazó, una niñita indefensa y adorable. Pero ella era su hermana y él no podía tolerar que le recordaran a la madre que los había concebido a los dos. Odiaba a Honey, tenía resentimiento contra ella. Sí, fue ahí cuando empecé a volverme en contra suya.

—Oh, madre, ¿qué voy a hacer?

—Lo soportaremos juntas, mi amor —exclamé, llorando con ella.

En la Abadía existía odio ahora. Podía advertirlo.

Catharine se había encerrado en su habitación. No veía a nadie más que a mí. Me alegré de poder ofrecerle un poco de consuelo.

Dijo de su padre:

—No quiero verlo nunca más.

Kate permaneció en su habitación escribiendo a Carey.

Ahora que yo había aclarado mis sentimientos a Bruno estaba decidida a mostrarle la confesión de Ambrose, ya que sabía que habíamos llegado demasiado

lejos para poder volver atrás. Bruno debía enfrentar la verdad. Aun así, no creía que fuera posible comenzar una nueva vida.

Encontré a Bruno en la iglesia de la Abadía y me pregunté si habría estado rezando.

—Hay algo que tengo que decirte —expresé.

—Puedes contármelo aquí —respondió fríamente.

—No es un lugar muy apropiado.

—¿Qué puedes tener que decirme que no pueda ser dicho en la iglesia?

—Tal vez esté bien, después de todo —dije—. Fue aquí donde te encontraron. Sí, fue aquí que Ambrose te puso en el pesebre de Navidad.

—Has venido a insultarme con esa mentira.

—No es mentira y tú lo sabes.

—Oh vamos, estoy harto de tus desvaríos.

—Creo en la evidencia de Keziah y Ambrose.

—¿Lograda bajo torturas?

—La Madre Salter contó su historia libremente.

—¿Una vieja bruja en una cabaña en el bosque?

—Una mujer que se burlaba de las mentiras. Cuando estaba en su lecho de muerte dijo cómo había ordenado a Ambrose que te colocara en la cuna.

—De manera que les crees a todos menos a mí.

—No. Tengo la confesión de Ambrose escrita mucho antes que Rolf Weaver viniera a la Abadía.

—¿La confesión de Ambrose! ¿De qué estás hablando?

—La encontré en su celda, en el dormitorio de los monjes. La Madre Salter me dijo que la buscara.

—De modo que por eso estabas hurgando.

—Tengo esa confesión. Cuenta su pecado al engendrarte y su pecado subsiguiente al ponerte en la cuna para que pudiera parecer algo milagroso.

—Dame esa confesión.

—A su debido tiempo.

—¿Dónde está?

—Eso lo sabrás cuando me des tu palabra de terminar con tanta simulación..., para seguir como un hombre real.

—Estás loca, Damask.

—Eres tú el que está loco..., loco de arrogancia. Te pido ahora, Bruno, renuncia a este misterio con el que te consuelas. Acepta la verdad. Eres inteligente. Eres más que eso. Has logrado que la Abadía sea lo que es. ¿Por qué habrías de simular estar poseído por poderes sobrenaturales cuando tienes tantos que son naturales? Bruno, quiero que hagas saber que se ha encontrado esta confesión. Quiero que hagas saber a

todos que eres un hombre..., no cierta figura mística diferente del resto de nosotros. Allí reside la locura.

—¿Dónde está esa confesión?

—Está guardada con llave en un lugar seguro.

—Dámela.

—¿Para que la destruyas?

—Es un fraude.

—Nada de eso, no es un fraude. Quiero que empieces con estos monjes que has traído aquí. Diles la verdad. Diles que Ambrose dejó su confesión y que en realidad tú eres su hijo y el de mi niñera.

—Sí, por cierto, tu cerebro ha sido afectado por la locura.

—Eso es lo que pido. Muy pronto se sabrá que la confesión de Ambrose ha sido hallada. Preferiría que lo contaras tú en vez de hacerlo yo.

—Te has convertido en un maestro que me instruye.

—Aquí está tu oportunidad, Bruno. Enfrenta la verdad. Tienes una esposa; tienes una hija. Podrían aprender a amarte. Tienes hombres que te sirven bien. Te respetarán por la verdad. Eres rico. Podrías emplear esa riqueza sensatamente, que juraría que algunos dicen que lo estás haciendo ahora. Pero renuncia a esta alianza con un poder extranjero. Buen Dios, ¿no sabes lo cerca que estuviste de la muerte durante el reinado anterior! ¿Y ahora? El año próximo podríamos tener un nuevo soberano. ¿Has pensado alguna vez lo que significaría? Este momento no va a durar para siempre. Tienes que elegir.

Sostenía en alto la cabeza, se lo veía asombrosamente hermoso: en realidad se lo veía divino. Podría haber estado tallado en mármol, tan pálida era su cara, tan exquisitas esas facciones arrogantes. Sentí una súbita oleada de amor por él. Casi deseé que dijera: «Sí, haré a un lado mi arrogancia. No me ocultaré más de la verdad como si fuera la peste. Diré al mundo quién soy. Haré saber que Ambrose escribió la historia del milagro de la Abadía de San Bruno».

Le hablé suavemente.

—Renuncia a todo esto. Tengo a Caseman Court y sus ricas tierras. Si debes renunciar a la Abadía, hazlo. Construiremos una nueva vida basada en la verdad... Tenemos una hija que consolar por su tragedia. Quizás pudiéramos olvidar todo lo que ha pasado antes y llegar a cierta felicidad.

Me miró desdeñosamente.

—La impresión de saber que Carey es mi hijo te ha alterado el cerebro —dijo—. Si existe esta confesión de la que hablas..., y lo dudo, porque pensé que actuabas muy rara cuando te encontré hurgando en el dormitorio..., deberás traérmela enseguida. Desde luego es un engaño, pero semejantes documentos son peligrosos. Ve y tráela para que pueda verla, tráemela aquí.

Sacudí la cabeza.

—No la tendrás. Te ruego, Bruno, piensa en lo que he dicho.

Salí y lo dejé.

Qué taciturna estaba la casa. Kate había escrito a Carey y había enviado un mensajero con la carta. Catharine seguía encerrada en su habitación sin comer nada. En los viejos tiempos hubiera acudido a Kate para compartir mi pena con ella. Ahora permanecí aparte.

Al anochecer de ese largo día estaba sola, sentada en mi dormitorio cuando entró Bruno.

Dijo:

—Tengo que hablar contigo. Tenemos que llegar a un entendimiento.

—Eso me agradecería, pero tienes que entender que no puedo continuar compartiendo esta mentira.

—Quiero que me des la confesión de Ambrose.

—¿Para que puedas destruirla?

—Para que pueda leerla.

—Una mentira ha sobrevivido tanto tiempo. No hubo milagro en San Bruno. Desde la confesión de Keziah nunca pude simular que lo hubo. Si hubieras intentado ser un hombre en lugar de un dios todo hubiera sido diferente.

—¿Qué hubiera sido diferente?

—Tal vez me hubieras dicho que Kate te había rechazado.

—¿Qué diferencia habría habido? ¡Me habrías aceptado!

—¿Estabas tan seguro de mí como todo eso?

—Estaba seguro.

—Cuando ella te rechazó por el rico Remus tu orgullo se vio profundamente herido. Entiendo, Bruno. Tú, el ser sobrehumano, el dios, el misterio, el niño milagroso se veía repentinamente reducido a un ser común, a un amante rechazado, bastardo de una sirvienta y un monje. Era más que lo que podías tolerar.

—Kate llegó a lamentar su decisión. —Vi el brillo de satisfacción en su mirada.

—Tu arrogancia se vio profundamente herida. Tenías que aplicarle el bálsamo reparador que fue mi consentimiento de seguirte a dónde quisieras..., de vivir en una cabaña si hubiera sido preciso. Eso era lo que querías de mí.

Golpearon la puerta y Eugene entró con una bandeja donde había un botellón de vino y dos copas.

—De manera que deseas que probemos tu nuevo licor, Eugene —dijo Bruno.

Tomó la bandeja de Eugene y la apoyó.

—Es de mis mejores bayas de saúco —me explicó Eugene.

—Es lo que me estabas contando —dijo Bruno—. Y quieres que la señora lo pruebe especialmente.

Eugene salió sonriendo complacido y Bruno sirvió el vino en las copas y me alcanzó una.

No me sentía con ánimo para beber. Dejé a un lado el vaso y dije:

—Es inútil, Bruno. Veo esto con claridad. No podemos seguir viviendo esta vida. Es falsa. Hay una sola oportunidad de que podamos hacer una vida para nosotros mismos y para nuestra hija. Haremos saber que hemos encontrado la confesión del monje. El milagro de San Bruno terminará para siempre. Con el tiempo será olvidado.

—¿Y qué deseas que haga?

—Es sencillo. Diremos a todos en la Abadía que hemos encontrado la confesión. Esta es la prueba que necesitamos para demostrar que la historia de Keziah era verdadera. Debes decir a tus amos españoles que no puedes seguir con estas falsedades.

—Te digo que no tengo amos españoles.

—Entonces, dime esto también. ¿Cómo encontraste el dinero para hacer todo lo que has hecho aquí?

—Es allí donde se quiebra tu historia, ¿no es así? Por eso tienes que darme unos amos españoles. Te digo que no los tengo. No he recibido dinero de países extranjeros para rehacer la Abadía.

—¿Entonces dónde encontraste el dinero?

—Vino a mí..., como te he dicho, del cielo.

—¡Insistes en ese cuento!

—Te juro que los medios para reconstruir la Abadía vinieron del cielo. Estás metiéndote en asuntos demasiado grandes para ti, Damask. No entiendes. Vamos, bebe tu vino. Eugene querrá saber qué piensas de su última destilación.

Tomé el vaso y al hacerlo advertí la mirada de Bruno fija en mí. Había odio en ella. Oh, sí, él me odiaba. Entonces supe que era debido a que yo tenía en mi poder los medios para desenmascararlo.

¿Qué fue? Algún aviso tal vez. Nunca lo supe. Pero sentí simplemente que no debía beber ese vino.

Lo dejé y dije:

—No estoy con ánimos para beber.

—¿No puedes tomar al menos un trago para complacer a Eugene?

—No estoy con ánimo para juzgar.

—Entonces no beberé solo.

—De modo que tampoco conocerá tu opinión.

—Yo ya la he dado. Es de sus mejores vinos.

—Tal vez lo pruebe más tarde.

Bruno salió y me dejó.

El corazón me latía rápidamente. Tomé el vino y lo olí. No pude notar nada.

Tomé los dos vasos y abriendo la ventana arrojé el vino.

Luego me reí de mí misma. Es orgulloso, pensé; es arrogante, se ve a sí mismo con más importancia que los otros hombres. Pero eso no significa que sea un asesino.

Repentinamente pensé en Simón Caseman y tuve una visión de él retorciéndose entre las llamas. Bruno lo había enviado a su muerte..., como Simón había procurado enviarlo a él, como Simón había enviado a mi propio padre.

¿Eso no era asesinato? Simón se había demostrado como enemigo de Bruno, como yo lo había hecho...

Al día siguiente fui a la Mansión Caseman. Mi madre estaba encantada de verme.

—Hoy mismo estaba diciéndoles a los mellizos —dijo—, que vendrías y me traerías también a Kate. Entiendo que está en la Abadía. —Me miró detenidamente—. Vaya, Damask, ¿pasa algo malo?

Pensé: Desde luego, debe saber que Catharine y Carey no pueden casarse y debe saber por qué. De manera que le conté.

—Un mal negocio —comentó—. Siempre hubo algo de buscona en Kate. A menudo pensé que engañaba a Remus. Y el chico además..., bueno, Remus estaba orgulloso como un pavo real en esa época de su vida. Es un asunto triste. Pobre Catharine; le enviaré algo. ¡Y tú, hija! Bueno, los maridos son infieles..., si bien un hombre en la posición de Bruno... Bueno, bueno, tu padrastro nunca creyó en su fe. No es la verdadera fe, ves.

—Madre —exigí— ten cuidado. Se queman hombres y mujeres en Smithfield simplemente por decir lo que acabas de decir.

—Es así y también es un asunto lamentable. Pobre, pobre Catharine. Tan joven, sin embargo. Se recuperará. Y Carey también. No lo hubiera pensado de Bruno. Tan bien conceptuado. Casi santo, Clement y Eugene solían hacer una genuflexión cuando hablaban de él. No estaba bien. Tu padrastro...

—Me ha impresionado mucho —dije—. Pero tú me has consolado.

—Bendita seas, hija. Para eso estamos las madres. Y tú consolarás a Catharine.

—Trataré de hacerlo con todo el corazón.

—Ah, yo tuve un buen marido.

—Dos buenos maridos, madre.

—Sí, supongo que eso es un buen lote.

—Sí que lo es.

—Voy a darte un poco de mi nuevo remedio. Se llama Hierba de Dos Peniques y sé por la Madre Salter que cura casi todas las enfermedades que puedas nombrar. Cuando la estaba juntando vi a Bruno. También estaba juntando hierbas. Hablé con él y me sorprendió cuánto sabía de ellas. Dijo que le habían enseñado el poder de estas cuando era niño. Tenía verbena, porque dijo que Thomas, uno de sus hombres, sufría

de fiebre intermitente y no hay nada como la verbena para eso. Y estaba buscando ruda para el hígado de algún otro. Luego vi que entre las hierbas que había reunido había lo que parecía ser perejil, pero yo sé que era cicuta y se lo dije. «¿Mira lo que tienes ahí? ¿No sabes que eso es cicuta?». Dijo que la conocía bien, pero que Clement la había juntado creyendo que era perejil y le llevaba un poco para mostrarle la diferencia.

—Cicuta..., eso es un veneno mortal, ¿no es así?

—Todos debieran saberlo. Me sorprende en Clement. Vaya, recuerdo que una de nuestras doncellas la confundió con perejil y ese fue su fin.

Pensé en los vasos de vino sin tocar y quise contarle de mis temores. Las madres, como decía ella tan a menudo, estaban para consolar.

—Veamos —preguntó— ¿qué te doy? ¿Algo para hacerte dormir?

—No —dije—, dame rama de fresno, madre porque una vez dijiste que alejaría los males de mi almohada.

Había caído el crepúsculo. La Abadía estaba silenciosa.

Imaginé a Catharine en su habitación, con la cara boca abajo sobre su cama, mirando en el espacio a un futuro desolado que no incluía a su amado. ¿Y en qué pensaba Kate en su habitación? ¿Revivía el pasado? ¿El mal que había hecho a Remus, las terribles consecuencias que significaban los pecados de los padres y debían ser sufridas por los hijos? Puse en mi almohada la rama de fresno que mi madre me había dado, pero no pude dormir fácilmente. Dormité un poco y soñé que Bruno se deslizaba en mi habitación y se paraba junto a mí y vi que tenía dos cabezas y una era la de Simón Caseman.

Hablé en mis sueños y cuando desperté la palabra «Asesinos» estaba en mis labios.

Me sobresalté. Estaba demasiado turbada para dormir. Seguía pensando en Bruno juntando cicuta y trayendo el vino.

¡Me odiaba tanto como eso! Hubiera odiado a cualquiera que lo contrariara. Su amor por sí mismo era tan grande que cualquiera que no lo aumentara era su enemigo. No aceptaba el hecho de ser un mortal común y allí residía su locura.

Si lo había intentado con el vino, ¿no lo intentaría nuevamente? Pensé en abandonarlo, llevando a Catharine conmigo a Caseman Court.

Me levanté de la cama y me senté en el asiento del alféizar de la ventana cavilando acerca de mi situación. ¿Haría con Kate? No, porque ya no confiaba en Kate. Todos esos años en que yo había confiado en ella, ella había sido su amante; ya que Colas debía haber sido concebido en una de sus visitas a la Abadía. Me lo imaginé compartiendo confidencias conmigo y yendo luego a compartir la cama de Bruno.

—¿En quién podía uno confiar? Me parecía que solamente en mi madre.

Debo haber estado sentada allí meditando más de una hora cuando vi a Bruno. Se dirigía hacia los túneles.

Lo observé. Lo había visto ir hacia allí anteriormente. Recordaba una ocasión lejana en que pensé que Honey vagabundeaba por los túneles. Había ido en busca de ella. Bruno estaba allí y había estado muy enojado al encontrarme.

Nunca había ido a los túneles. Era una de las pocas partes de la Abadía que no había explorado porque Bruno había dicho que era peligroso. Había habido un derrumbe de tierra cuando él era pequeño y prevenía a todos para que no se aventuraran dentro de esos pasajes subterráneos que conducían a ellos.

Sin embargo, él no titubeaba en ir.

Después pensé que había sido tonto de mi parte, pero ya era demasiado tarde. Estaba fuera de la cama ya, con zapatillas en mis pies, una capa sobre mis hombros.

Era una noche cálida y sin embargo temblaba, de miedo supongo y aprensión, pero algo más que la curiosidad me empujaba.

Tenía la sensación de que era de la mayor importancia que siguiera a Bruno esa noche. La Madre Salter le había dicho a mi madre que en los momentos en que nuestras vidas están cerca de la muerte tenemos un deseo abrumador de alcanzarla. Es como si fuéramos atraídos por un ángel al que no podemos resistir y este ángel es el Ángel de la Muerte.

Así me sentí esa noche. Aún de día esos túneles me repelían y ahora estaba aquí a la entrada de ellos y debía descender esa escalera oscura, si bien sabía que allí abajo había un hombre que, creía, había tenido en su mente asesinar me.

Había una pequeña luz a la entrada de los túneles, suficiente para mostrarme las escaleras por las que había caído cuando fui en busca de Honey.

Llegué al último escalón y, deslizando mis pies a lo largo del piso, descendí cautelosamente.

Mis ojos se habían acostumbrado un poco a la oscuridad y me di cuenta que había tres salidas frente a mí. Titubeé y luego advertí una luz tenue al final de una de ellas. Se movía. Podía ser que llevara una linterna. Debía ser Bruno.

Toqué la pared fría. Era viscosa. Mi sentido común decía: Vuélvete. Cuenta primero los túneles y vuelve mañana, trae una linterna. Tal vez trae a Catharine contigo y explora. Pero esa urgencia que pensaba que era el Ángel de la Muerte me empujaba y tenía que seguir.

Busqué mi camino cuidadosamente, deslizando mis pies sobre las piedras del pasadizo. La luz seguía y seguía; desaparecía y volvía a aparecer. Era como un fuego fatuo y tuve un pensamiento. Tal vez no fuera Bruno sino el espíritu de un monje muerto mucho tiempo atrás que me castigaría por fisgonear en lo que bien podía ser un sitio sagrado.

La luz desapareció repentinamente. La oscuridad parecía intensa, pero seguí

adelante. Tanteaba cuidadosamente mi camino con las manos, deslizando los pies para no tropezar.

Luego llegué a un recinto en que había luz nuevamente. La linterna estaba en el suelo. Había un hombre parado allí. Supe que era Bruno.

—Te atreviste... —exclamó.

—Sí, me atreví.

Vino hacia mí y al hacerlo surgió una figura detrás suyo, una gran figura fulgurante. Vi la corona con la gran piedra que refulgía en la luz débil.

—Maldita seas —dijo Bruno—. Debí haberte matado..., antes de esto.

Vino hacia mí. Pensé velozmente: he sido atrapada por el Ángel de la Muerte. Iba a matarme; me dejaría allí en esos túneles y nadie sabría jamás qué había sido de mí.

Al dirigirse hacia mí, la gran figura se movió. Pareció tambalearse por un momento, luego cayó. Se vino abajo estrepitosamente y cerré los ojos, esperando la muerte. Luego los abrí y vi que Bruno yacía debajo de la gran imagen.

Olvidé todo lo demás excepto que era mi marido y que una vez lo había amado.

—¡Bruno! —grité—. Bruno.

Me arrodillé junto a él. Arrimé la linterna. Su cuerpo estaba aplastado y tenía los ojos bien abiertos mirándome, pero no parecían verme.

Debo buscar ayuda, me dije. Miré a mí alrededor buscando la entrada a ese lugar y vi que estaba en una especie de cámara. Sus paredes eran de roca; como así también el techo. Había sido construida, adiviné, para guardar los tesoros de la Abadía. Yo había visto anteriormente esa gran figura que yacía sobre el piso, resplandeciente de joyas. Era la Virgen Recamada de la capilla secreta.

Fue comparativamente fácil salir de la cámara, pero al hacerlo tropecé con una especie de palanca y escuché un ruido sordo. Pensé que era un derrumbe de tierra, pero no lo era. Me volví. La cámara había desaparecido. Supe que se había corrido una puerta cerrando la cámara y que Bruno estaba de un lado de ella y yo del otro. Dejé la linterna y examiné la puerta. No podía ver picaporte alguno, ningún medio de abrirla. Luego, así como había sentido el impulso de seguir a Bruno, tuve un intenso deseo de irme.

Estaba sola en esos túneles oscuros. Tenía que intentar traer ayuda para Bruno y no podía hacerlo sola. Tenía que conseguir ayuda. Lentamente desanduve mi camino hasta la escalera.

¿Quién podría ayudar mejor? Pensé inmediatamente en Valerian.

Sabía dónde dormía. Era en una de las viejas casas de huéspedes donde varios de los monjes tenían sus aposentos.

Llevando todavía la linterna fui a su habitación. Era como había supuesto, el crucifijo sobre la pared, el jergón duro, un escritorio, una silla, ningún otro mueble.

—¡Valerian! —exclamé.

Se levantó de la cama y le dije que Bruno yacía en los túneles, herido y temía que muerto.

No contestó, se levantó, se puso un traje de pana y juntos regresamos a los túneles.

A medida que íbamos, le conté lo que había sucedido. Cómo había seguido a Bruno, cómo él me había visto y entonces en la cámara secreta la figura había caído sobre él.

Tomó la linterna; conocía los túneles mejor que yo. Hizo el camino y yo lo seguí.

Llegamos hasta la puerta de la cámara, pero todos sus esfuerzos fracasaron en abrirla. Me pidió que volviera con él al scriptorium y una vez allí me rogó que tomara asiento.

—No hay nada que podamos hacer —dijo.

—Podría salvarse.

—Su momento ha llegado.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Sé estas cosas. El milagro debe vivir.

—No hubo milagro. Debido a que yo lo había probado el me odiaba.

—Solamente él sabía cómo abrir la puerta. El Abad se lo dijo porque solamente los Abades conocían el secreto y se lo pasaban al que sucedería. El código estaba escrito y guardado en un lugar secreto. Solamente dos de los monjes sabían dónde y ambos están muertos. Bruno no se lo dijo a nadie. El secreto era solamente suyo. Estaba escrito.

—Ahora sé dónde encontró él la riqueza para reconstruir la Abadía. Era de las alhajas de la Virgen. Debe haberlas tomado y vendido cuando las necesitaba.

Valerian asintió con la cabeza.

—Habían tantas alhajas que había que tomar la mayor cautela para venderlas —dijo—. Tuvo que dejar pasar un tiempo antes de ir al extranjero para vender la primera y la más pequeña produjo una gran suma. De manera que cuando necesitaba dinero tomaba una alhaja y la vendía en el extranjero.

Ni siquiera Valerian sabía cómo habían llevado abajo la Virgen. Un día había estado en su sitio en la sagrada capilla y había desaparecido al siguiente. Se pensó que había sido un milagro porque pocos días después vino Rolf Weaver. El sirviente gigante del Abad podía tal vez haberla llevado abajo. Tenía la fuerza de cuatro hombres. Había desaparecido cuando el Abad había muerto. Podría haber ayudado al Abad y a Bruno a esconderla en la cámara. Ese era el único medio que Valerian creía posible.

—Este es el final —dijo—. Lo veía venir. Un nuevo reinado está casi sobre nosotros. No podríamos haber sobrevivido bajo el nuevo Soberano. Esta es la respuesta de la Virgen.

—¿No hay nada que podamos hacer? Si está con vida...

—Está muerto. Lo sé. Estábamos muy próximos, él y yo. Cuando tú llegaste estaba despierto, esperando una llamada. Hay algo que te ruego. Regresa a tu habitación y no digas nada de los acontecimientos de esta noche.

—¿Guardar su secreto?

—Tiene que ser así. Solamente podrá salir algo bueno de esto. Se habrá marchado tan extrañamente como llegó y en las generaciones por venir la gente hablará del Milagro de la Abadía de San Bruno y será para bien.

Regresé a mi habitación y esperé que amaneciera.

Kate permaneció con nosotros durante ese año. No deseaba regresar al Castillo Remus ahora, ya que Carey estaba allí para reprocharla.

Durante meses, después de esa noche en que Bruno había muerto en la cámara de la Virgen, se había esperado su regreso y cuando no lo hizo la gente empezó a decir: «Fue un milagro. Apareció en el Día de la Navidad en la Capilla de Nuestra Señora, un bebé en la cuna, y desapareció en el año treinta y seis de su vida». Nunca sería olvidado.

Kate y yo volvimos a ser amigas como en los viejos tiempos. Solía venir a mi habitación y hablar de lo que sucedía en el mundo exterior como siempre lo había hecho: Como la vieja Reina estaba muriendo debido a un corazón destrozado porque su marido, Felipe de España, la descuidaba. Como ella había declarado que su corazón se había roto de todos modos debido a la pérdida de Calais y que cuando muriera ese nombre estaría escrito en su corazón.

—Tal vez el nombre de Felipe también esté allí —dijo Kate, si puedo seguir con ese vuelo de imaginación.

Cada día estaba más alegre.

—Uno no puede seguir de luto para siempre —observó.

Honey estaba feliz porque iba a tener un hijo; yo insistía en que viniera a la Abadía para poder cuidarla. Catharine empezó a recobrar su ánimo, si bien nunca más volvió a ser la misma chica alegre.

—Catharine olvidará con el tiempo —dijo Kate—. Carey también. Tú olvidarás. Yo olvidaré. Todos olvidamos, de manera que cuanto antes lo hagamos, mejor.

Me miró intensamente, y prosiguió:

—Qué extraño que Bruno desapareciera. ¿Crees que volverá algún día?

—No —aseguré—. Nunca.

—Sabes más de lo que dices.

—Uno nunca debería dejar saber todo lo que sabe.

—A menudo me pregunto —dijo Kate—, dónde encontró el dinero para hacer lo que hizo. Creo que estaba pagado por España.

—Uno debe creer en algo —le repliqué.

—La única conclusión a que puedo llegar es que verdaderamente hubo un milagro en San Bruno.

—No es una mala conclusión.

Ese mes de septiembre el Emperador Carlos, el padre de Felipe de España, murió y en su testamento exhortó a su hijo a causar castigos todavía más severos a los herejes. La gente decía que los fuegos de Smithfield serían intensificados. Estaban asustados.

Pero la Reina murió en noviembre y se proclamó un nuevo Soberano en Hartfield, donde ella había estado viviendo en una reclusión que podría haberse llamado prisión.

Había regocijo en todo el país. El pueblo decía que los días tenebrosos habían terminado. No habría más humo en Smithfield.

Tomamos nuestra barca y bajamos por el río para ver a la nueva Reina conducida en triunfo hasta Londres. Kate y Catharine, mi madre, Rupert y yo nos unimos a los gritos leales de ¡Larga Vida a la Reina! Era joven, vital y brillaba con un objetivo. Nos dijo que se dedicaría a su pueblo y a su país. Y le creímos.

A medida que íbamos río arriba dejando la lúgubre fortaleza gris de la Torre de Londres detrás nuestro, supe que estábamos, cada uno de nosotros, convencidos de que habrían cambios en nuestras vidas y nuestros ánimos mejoraron y nuestros corazones se regocijaron.

FIN.



Eleanor Alice Burford (Londres, 1 de septiembre de 1906 - mar Mediterráneo, cerca de Grecia, 18 de enero de 1993), Sra. de George Percival Hibbert fue una escritora británica, autora de unas doscientas novelas históricas, la mayor parte de ellas con el seudónimo **Jean Plaidy**. Escogió usar varios nombres debido a las diferencias en cuanto al tema entre sus distintos libros; los más conocidos, además de los de Plaidy, son **Philippa Carr** y **Victoria Holt**. Aún menos conocidas son las novelas que Hibbert publicó con los seudónimos de **Eleanor Burford**, **Elbur Ford**, **Kathleen Kellow** y **Ellalice Tate**, aunque algunas de ellas fueron reeditadas bajo el seudónimo de Jayne Plaidy. Muchos de sus lectores bajo un seudónimo nunca sospecharon sus otras identidades.